



PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

LA TUMBA DE AURORA K.

PEDRO RIERA

edebé

PEDRO RIERA

LA TUMBA DE AURORA K.

PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
JUVENIL



Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Xavier Brines, Victoria Fernández, Anna Gasol, Rosa Navarro y Robert Saladrigas.

© Pedro Riera, 2014

Agencia Literaria Sandra Bruna

© Edición cast.: EDEBÉ, 2014

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

www.tienda.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Dirección de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil y Juvenil: Elena Valencia

Diseño de la colección: César Farrés

Fotografía de la cubierta: Getty Images

© Fotografía del autor: Violeta Montaner

1ª edición, marzo 2014

ISBN: 978-84-683-1963-6

Depósito Legal: B-17177-2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Aliénor.

Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco

Agradecimientos

Capítulo uno

El coche de alquiler no arrancó.

La abuela habría interpretado el incidente como un mal augurio y habría tratado de convencernos por todos los medios de que nos olvidáramos de aquel asunto y volviéramos a casa. Y ella tenía buen instinto para esas cosas. Sin embargo, la abuela no estaba allí y nosotros no teníamos ninguna intención de abandonar. Mi padre recogió la mochila y el maletín del asiento trasero del coche, y me pasó mi bufanda.

—En marcha, Anna —dijo—. Iremos andando.

El cementerio se encontraba fuera del pueblo, a unos veinte minutos a pie por una carretera de tierra que avanzaba en línea recta entre campos cubiertos de escarcha por los que revoloteaban ruidosas las cornejas. El suelo estaba lleno de charcos helados, de distintos tamaños, con una tentadora capa de hielo blanquecino. En general, me encanta pisarlos y notar cómo el hielo se resquebraja bajo la suela de mi zapato; pero ese día no pisé ninguno. Quería demostrarle a mi padre que era capaz de comportarme con la madurez que requería la situación.

Entre la niebla, distinguimos los muros del cementerio. Tenían un aspecto siniestro en la luz mortecina del amanecer. Me volví hacia mi padre. Él me sonrió. Sus ojos tenían un azul clarísimo e irradiaban su habitual parsimonia.

Era un cementerio antiguo y sombrío.

La hiedra lo había invadido todo; trepaba hasta las copas de los árboles y había devorado la mayoría de las lápidas. Solo un par de altas cruces y la estatua de un ángel que lloraba desconsolado sobre una tumba resistían en parte a la voracidad de la vegetación.

Mi padre sacó el plano que le habían enviado por correo electrónico y lo desdobló. Tras consultarlo, miró a su alrededor, y me condujo por un pequeño sendero con el asfalto agrietado. A través de un viejo arco de piedra, accedimos a un espacio más moderno y mucho mejor cuidado, amplio y sin árboles. La hierba apenas alcanzaba unos centímetros de altura, y había flores de plástico y cirios consumidos sobre algunas tumbas.

Los nichos estaban situados al fondo.

A medida que nos acercábamos, noté que mi padre aceleraba el paso. Al llegar al último pasillo, volvió a consultar el plano. Avanzó despacio, con la mirada fija en los nichos que ocupaban la tercera hilera contando desde el suelo. Se detuvo frente a uno que llamaba la atención porque, en la lápida, el apellido aparecía representado solo por una inicial: «Aurora K.».

Se quedó con la vista clavada en la inscripción largo rato.

De repente, sonaron voces y risas.

Giré la cabeza hacia el arco de piedra y vi aparecer por debajo a dos hombres con monos de trabajo de color azul. El mayor tenía el pelo blanco y cargaba una escalera al hombro. Su compañero era mucho más joven; se había recogido el pelo en una cola de caballo y acarrearba una caja de herramientas de aspecto pesado. Les seguía un tercer hombre, alto y delgado, vestido con americana y corbata, y con un anorak oscuro abierto por encima. Sujetaba una carpeta

marrón en la mano.

Nos quedamos observando cómo se acercaban. Ellos también habían advertido nuestra presencia y se quedaron serios y callados. El hombre de la carpeta marrón se adelantó en los últimos metros. Iba bien afeitado y olía a colonia. Nos dio los buenos días y estrechó la mano a mi padre de forma enérgica, al tiempo que le preguntaba:

—¿Mike Peterson?

—No. Soy Stefan Malnik. Yo me encargaré de tomar las muestras.

—Ningún problema. Los papeles están en regla. ¿Le parece que procedamos?

Mi padre asintió.

El hombre del pelo blanco apoyó entonces la escalera junto al nicho de Aurora K. y la sujetó con fuerza. Su compañero se subió con un gran martillo y un cincel. Con mucho cuidado, empezó a picar en el cemento que fijaba la lápida de mármol al nicho por todo su perímetro. Su golpeteo era rítmico. El silencio en el que nos manteníamos se veía interrumpido cada poco por las órdenes del hombre del pelo blanco, que le decía a su ayudante que golpeará más flojo o le advertía que no variara el ángulo del cincel. Una lluvia de piedrecitas rebotaba sobre el pavimento. Una de ellas rodó hasta mis pies y quedó en equilibrio sobre la punta de mi zapato. La estaba observando, cuando sonó un fuerte crujido. Alcé la vista a tiempo de ver cómo un trozo de la lápida de mármol se precipitaba al vacío y se hacía pedazos contra el suelo. Mi padre me pasó el brazo por detrás de mi espalda y me apretó el hombro, reconfortante.

El joven del martillo miró a su compañero, como disculpándose, y a un gesto afirmativo de este, acabó de sacar la lápida a martillazo limpio, ya sin ninguna delicadeza. Después, agarró el ataúd que había dentro y estiró de él con fuerza. Entre los dos operarios lo bajaron al el suelo y lo depositaron a nuestros pies.

Era un ataúd sin asas ni adornos, de madera de pino, y bastante deteriorado por la humedad.

El mayor sacó una pata de cabra de la caja de herramientas y la encajó bajo la tapa del ataúd. Entonces me miró un instante, y a continuación se volvió interrogante hacia mi padre. Debía de pensar que aquel no era un espectáculo apropiado para una chica de quince años. Mi padre le indicó con un gesto de la cabeza que prosiguiera. El hombre hizo palanca, utilizando el peso de su cuerpo, y sonó un fuerte crujido. Tuvo que repetir la operación tres veces para soltar todos los clavos.

Cuando retiraron la tapa, se me escapó un grito. Una calavera de expresión furiosa nos observaba fijamente a mi padre y a mí desde las cuencas vacías de sus ojos. Parecía recriminarnos con un aullido mudo que hubiésemos osado perturbar su reposo. Y aunque más tarde mi padre me lo negó, yo sé que a él también le impresionó, porque su mano se cerró sobre mi hombro con demasiada fuerza.

—¿Estás bien, Anna? —me preguntó en un susurro.

—Sí... —dije, si bien no debí de sonar muy convincente.

—Tiene la cabeza ladeada hacia nosotros; por eso da la sensación de que nos mira —me argumentó—. Pero no es más que un esqueleto. No puede hacernos daño.

Yo sabía que tenía razón, y que la apariencia de que nos gritaba se debía a que se le había descolgado la mandíbula. Aun así, me hubiera quedado mucho más tranquila si el esqueleto de Aurora K. hubiera mirado hacia los tres hombres que ahora nos contemplaban con cara de circunstancias. Me solté de mi padre y me alejé lo suficiente para quedar fuera del campo de visión de aquella odiosa calavera. Solo entonces me di cuenta de que el esqueleto era muy grande; cabía justo en el ataúd y tenía unos pies enormes.

—¿Me dejan espacio, por favor? —les pidió mi padre a los otros.

Los tres se retiraron un par de metros hacia atrás.

Mi padre apoyó el maletín en el suelo y lo abrió. Mientras observaba su instrumental, como decidiendo qué iba a utilizar para tomar las muestras, metió la mano con mucho disimulo dentro del ataúd y alcanzó un objeto pequeño. Era un frasquito de cristal. Antes de que desapareciera dentro de su mano, distinguí en su interior un papelito enrollado. Un mensaje, pues creí ver que estaba escrito. Los tres hombres no advirtieron nada porque mi padre había ocultado la maniobra con su cuerpo. El pulso se me aceleró. ¿Qué mensaje nos mandaba Aurora K. desde el más allá? Entonces, al desviar la vista, descubrí que bajo la mano izquierda del esqueleto había tres llaves en una arandela de hierro.

—Papá... —se me escapó, y me encontré señalándolas con el dedo.

Todos me miraron con curiosidad. Por suerte, los tres hombres no podían ver las llaves desde donde estaban, porque el propio ataúd se lo impedía.

—Tiene unos brazos muy largos —añadí para justificar mi reacción.

—Ve a dar una vuelta, hija —me dijo mi padre, y me guiñó el ojo, indicando que ya había visto las llaves—. Esto me llevará un rato.

Le obedecí.

Estuve paseando arriba y abajo, frente a los nichos.

Ya no me acordaba de todas las cosas horribles que me habían sucedido en las últimas semanas. Solo pensaba en abrir el frasco y empezar una investigación que intuía fascinante. En ese momento estaba convencida de que acabábamos de encontrar las pistas que nos conducirían hasta un tesoro.

Habíamos viajado hasta el pequeño pueblo de Clayton para que mi padre tomara las muestras de ADN y averiguara si aquella mujer, Aurora K., era la «madre de mi padre». La biológica. Y remarco lo de la «madre de mi padre» porque, para mí, aquella mujer nunca sería mi abuela. Mi abuela era la otra, la de toda la vida, la que montaba multitudinarias partidas de cartas con los primos, la que me hacía empanadillas de pollo para mi cumpleaños, la que nos contaba aquellas asombrosas historias sobre la vida en Turenia antes de la guerra; la mujer supersticiosa que cerraba todas las ventanas de la casa en pleno verano porque le aterraban las corrientes de aire, la que se colaba en el jardín de su mejor amiga de noche y arrancaba las hortensias, convencida de que traían mala suerte. La abuela. Y ninguna prueba de ADN iba a cambiar eso. No me importaba que su sangre no corriera por mis venas, ni la del abuelo, ni la de mis primos. Ellos eran mi familia. Yo era y sería siempre una Pekar.

Pero me temo que me estoy liando...

Mi padre no se cansa de repetirme que las historias hay que explicarlas desde el principio. Yo suelo dejarme llevar por el entusiasmo y a menudo las empiezo por la mitad, y luego me veo obligada a hacer aclaraciones y más aclaraciones, y acabo creando tanta confusión que nadie me sigue. De hecho, mis primos me tienen prohibido contar historias porque dicen que las estropeo. Por supuesto, eso no me detiene. En eso también se nota que soy una Pekar. Basta que me prohíban algo para que me entren aún más ganas de hacerlo.

Sin embargo, esta historia es demasiado extraordinaria y me gustaría contarla bien. Así que la empezaré de nuevo. Desde el principio. No sé cómo estaréis vosotros de tiempo. Yo tengo unas cuantas horas por delante. Me conozco y sé que, con lo nerviosa que estoy, esta noche no voy a pegar ojo. Y os prometo que la historia vale la pena.

Arranca muy atrás en el tiempo, mucho antes de que yo naciera, cuando mi padre era un niño

pequeño y estalló la guerra en Turenia...

Capítulo dos

En el colegio nos pasaron unas imágenes de los primeros meses de guerra de Turenia que me impresionaron mucho.

En ellas, una riada de civiles távaros escapa de los combates por una carretera de montaña. Los más afortunados viajan en camiones. Las cajas de los vehículos están tan abarrotadas que es imposible hacer sitio a nadie más. No cabría ni un alfiler. Alrededor ellos, cientos de personas huyen a pie, cargando las pocas pertenencias que pueden llevar a cuestas. Es gente humilde, va pobremente vestida, agotada y sucia. En los márgenes de la carretera hay nieve, así que debe de hacer frío. De pronto, una de las mujeres que va andando se acerca a un camión y les entrega al niño que lleva en brazos a los que viajan en el interior.

El profesor nos explicó que aquella mujer actuó así con la intención de salvar la vida a su hijo, ya que durante aquella penosa huida muchos creían que las milicias urenas los alcanzarían y los masacrarían a todos.

Sin embargo, aquel niño, que tendría unos dos años, no quería separarse de su madre. En las imágenes se ve cómo llora desconsolado y lucha con todas sus fuerzas contra los desconocidos que lo retienen en el interior del camión, hasta que este desaparece de plano. La madre permanece inmóvil, como una estatua de sal, con la vista perdida al frente. A su alrededor la gente sigue desfilando a pie, indiferente a la terrible escena que se ha desarrollado frente a sus ojos: la guerra acaba de separar a una madre de su hijo, quizás para siempre.

El niño de las imágenes no es mi padre, pero podría haberlo sido.

Cuando el abuelo Josef tenía veintitrés años, abandonó su pueblo hacinado en la caja de un camión. Le acompañaban las mujeres y los niños de la familia: su esposa, sus dos hijos pequeños, su madre, tres cuñadas y siete sobrinos. Por el camino, en una carretera de montaña como la de las imágenes, aprovechando que el camión se había detenido un momento, un hombre que iba a pie le confió a su hijo de tres años y le suplicó que lo pusiera a salvo. Antes de que el vehículo arrancara de nuevo, aquel hombre solo tuvo tiempo de decirle el nombre del niño: Stefan Malnik. Mi padre.

El abuelo Josef hizo lo que estuvo en su mano por reunir de nuevo a padre e hijo.

Los siguientes ocho meses los pasaron en un campo de refugiados. A menudo recibían visitas de miembros de ONG que trataban de reagrupar a los familiares que se habían separado durante el caótico éxodo. Se repartieron fotos de mi padre entre los demás campos de refugiados y su nombre se incluyó en diferentes listas, pero nadie reclamó a un niño llamado Stefan Malnik.

Entonces les concedieron los visados para emigrar a Estados Unidos.

El abuelo se llevó a mi padre con él, aunque siguió en contacto con aquellas ONG para que, si el hombre aparecía, pudiera reunirse con su hijo. Nunca sucedió. El abuelo Josef entendió el motivo cuando ya llevaba tres años en Estados Unidos, gracias a un libro de fotografías sobre la guerra de Turenia. Ahí estaba el hombre, en blanco y negro, en la página diecisiete, tendido sobre una pila de cadáveres. En su cara, en su torso y en sus brazos, había signos claros de que le

habían torturado antes de pegarle un tiro en la sien. Tenía cortes y señales de quemaduras de cigarrillos por todo el cuerpo, y le habían grabado con un cuchillo el símbolo de la Doble U en el pecho. Su nombre no aparecía en el libro, pero el abuelo Josef lo reconoció sin la menor duda. Además el pie de foto indicaba que la instantánea la habían sacado en Grébovo, un pueblo a diez kilómetros escasos del punto de la carretera donde aquel desconocido le había confiado al pequeño, y tan solo dos días después de que lo hiciera. Todo cuadraba.

El abuelo se puso en contacto con el reportero de guerra que había sacado la foto y le preguntó si tenía más información sobre aquel hombre. No la tenía. Sin embargo, recordaba perfectamente aquella mañana, no solo por las escenas de horror que presencié, sino por el miedo que pasó. Temió que los milicianos no le permitieran salir vivo del pueblo para no dejar testigos de la masacre. El fotógrafo vio cómo cargaban una veintena de cadáveres en un camión y se los llevaban. Aquella era una práctica habitual de la milicias urenas. Enterraban a los civiles que asesinaban en fosas comunes escondidas en medio del bosque para borrar las pruebas de sus crímenes, en previsión de que alguien investigara en el futuro.

Y eso es todo lo que llegó a saber mi padre de su familia real, hasta que, hace unos meses, recibió una carta anónima con un detalle que indicaba que Aurora K. podía ser su madre.

Esa pista fue la que nos llevó aquella mañana hasta el cementerio de Clayton, ya que mi padre consiguió el permiso para exhumar el cadáver de Aurora K. y tomar muestras de ADN.

Pero de nuevo me estoy adelantando, y he de seguir con la historia del abuelo Josef...

Capítulo tres

El abuelo Josef escapó de su pueblo durante el segundo mes de guerra. Por ser el pequeño de los hermanos, le encargaron que pusiera a salvo a las mujeres y a los niños de la familia, mientras su padre y sus tres hermanos se quedaban a defender sus tierras. Ya en el campo de refugiados, averiguó por un vecino que los cuatro habían muerto a los pocos días a manos de las Hienas de Kiril, una de las milicias urenas que no tardaría en hacerse tristemente famosa en el mundo entero. Sus cuerpos continúan en paradero desconocido.

Por lo que cuentan, el abuelo no derramó una sola lágrima al enterarse.

Cuando su padre y sus hermanos decidieron quedarse en el pueblo a combatir, él ya sabía que acabarían así. Sus muertes se produjeron mucho antes de lo que había previsto, pero se había preparado para recibir la noticia. Ahora era el jefe de familia. No se podía permitir ser débil.

Abandonar el campo de refugiados se convirtió en su prioridad. El abuelo Josef se sentía como en una cárcel allí dentro. Consideraba indigno que un hombre joven se pasara los días mano sobre mano y tuviera que hacer cola para comer, como si estuviera pidiendo limosna. Él quería trabajar y dar una vida digna a su familia. Muchos de sus amigos del campo de refugiados le recomendaron que tuviera paciencia. Ellos estaban convencidos de que la comunidad internacional jamás permitiría que se cometiera un genocidio en el corazón de Europa y que no tardaría en intervenir militarmente para frenar al ejército ureno. Creían sinceramente que la guerra duraría a lo sumo unos meses y pronto podrían volver a sus casas. Sin embargo, el abuelo no confiaba en la comunidad internacional, así que contactó con Darko, un tío segundo que había emigrado a Estados Unidos al estallar la crisis económica en Turenia.

Darko les consiguió visados y les adelantó el dinero para los billetes de avión.

Se instalaron con él en Lower Hill, una ciudad de la costa oeste en pleno crecimiento y reputada por su gran calidad de vida, aunque en un suburbio depauperado y abandonado de la mano de Dios. Allí no llegaban el metro ni el autobús, y era necesario conducir varias millas para encontrar una tienda de comestibles. La policía nunca patrullaba por aquellas calles, donde imponía su ley La 48, una banda hispana que se disputaba a tiro limpio el mercado de la droga con otras bandas rivales.

Para mi padre, la sensación de haber vivido una guerra no está asociada a Turenia, sino a aquellos primeros años en Lower Hill. Las calles eran tan peligrosas que tenían que jugar dentro de las casas. Cada tanto se entablaban verdaderas batallas, que podían durar varios minutos. El traqueteo de los fusiles automáticos se mezclaba con el sonido de las explosiones de las granadas de mano. Cuando el tiroteo estallaba cerca, los niños tenían la consigna de tumbarse debajo de las camas. No era una precaución exagerada. A un vecino le hirió una bala perdida en un brazo mientras veía la televisión en el salón de su casa.

El abuelo Josef consiguió un empleo en la estación de servicio de Tibor, un hermano del cuñado de Darko, también távaro. Escogió el turno de noche porque la paga era mejor y se presentaban más ocasiones de hacer horas extra. Aun así, el sueldo apenas le llegaba a fin de

mes. Tenía demasiadas bocas que alimentar. Y aunque Darko insistía en que no había prisa en que le devolviera el dinero que le había prestado para los billetes de avión, él quería saldar la deuda cuanto antes. Era una cuestión de honor. Y sabía que Darko había estado ahorrando aquel dinero para trasladarse con su familia a un barrio menos peligroso. Se puso a buscar un trabajo mejor. Pero no era fácil. El abuelo no tenía estudios y su inglés todavía no era muy bueno.

Una noche, cuando ya llevaba seis meses en la estación de servicio, se detuvo a repostar un todoterreno con los cristales tintados. Eran la tres de la madrugada y la gasolinera estaba desierta. Del interior del vehículo le llegaba el sonido amortiguado de un narcocorrido a volumen muy alto. Mi abuelo se había familiarizado con aquella música porque era la que escuchaban los miembros de La 48. Las puertas delanteras del todoterreno se abrieron de forma simultánea y dos tipos saltaron fuera. El conductor se dirigió con paso firme hacia él; llevaba un pañuelo anudado a la cabeza y una camiseta sin mangas que dejaba a la vista los tatuajes que le distinguían como miembro de la banda. Con un gesto brusco, alcanzó algo de la parte trasera de su pantalón. En ese instante, el abuelo tuvo la certeza de que le iban a atracar. Sin embargo, aquella mano, donde esperaba ver aparecer una pistola, sostenía una cartera. El tipo le pidió que llenara el depósito y pagó al contado. Incluso le dio propina. Su amigo había ido al lavabo. El abuelo Josef se fijó en él cuando regresó, y le reconoció por la gruesa cicatriz que tenía en la frente. Era un vecino. Y por la mirada que le echó el tipo, supo que él también le había reconocido.

La estación de servicio estaba a tres cuartos de hora en coche del barrio, así que el abuelo Josef dio por sentado que aquellos dos se encontraban en la zona haciendo alguno de sus negocios. Sin embargo, más tarde, en la oficina, consultó un mapa en el que aparecían todas las estaciones de servicio de la ciudad. Descubrió que no había ninguna en nuestro barrio, ni en el nuestro ni en los dos colindantes. Los habitantes de aquel inmenso suburbio, donde no llegaba el transporte público, tenían que recorrer varias millas para llenar el depósito de sus vehículos. Eran decenas de miles de potenciales clientes. Si alguien abría una gasolinera allí en medio, se haría de oro.

Y ese alguien podía ser él.

Al día siguiente, les contó su idea a Darko y a Tibor, y les ofreció que se asociaran con él. Ambos desecharon el plan por suicida.

—¿Por qué te crees que no hay ninguna gasolinera en todo el barrio? —le dijo Tibor—. Un tipo ya lo intentó. A él también le pareció una idea genial. Pero no lo fue. Harto de que le atracaran, se compró una pistola. Acabó cosido a balazos. Él y sus dos empleados. Ahora, la gasolinera está abandonada. Puedes ir a verla, no está lejos de tu casa. Se ha convertido en un monumento funerario a las ideas brillantes.

—Tibor lleva razón —añadió Darko—. Tienes una familia que mantener, olvídalo. No has huido de la guerra de Turenia para que te maten aquí.

Sin embargo, mi abuelo no lo olvidó.

Ese mismo día fue a visitar la gasolinera donde habían matado a aquel tipo y a sus empleados. Estaba en pésimo estado; habían destrozado los surtidores y saqueado las oficinas. Algunos drogadictos utilizaban el edificio para fumar *crack*. No obstante, la estación de servicio ya estaba construida y los tanques subterráneos seguían intactos. Sin duda, se la venderían barata, con la licencia, y no tendría que invertir demasiado para ponerla en funcionamiento. En aquel barrio a nadie le importaría el aspecto exterior de la estación de servicio mientras la gente pudiera llenar los depósitos de sus vehículos. Comprendió que, si conseguía resolver el problema de la seguridad, aquel sería el negocio de su vida.

Inmediatamente se le ocurrió una idea.

Como no conocía a nadie dentro de La 48, se presentó en casa del vecino de la cicatriz en la frente y le comentó que necesitaba hablar con su jefe para ofrecerle un negocio. Por mucho que el otro insistió, el abuelo Josef no le adelantó nada. Unos días después, el tipo le pasó a buscar por su casa. Le cachearon, le metieron a empujones en un coche lleno de hombres armados y le advirtieron que, si les estaba haciendo perder el tiempo, no volvería a ver a su familia. Le condujeron a un descampado. Allí los esperaba otro todoterreno. El jefe de la banda estaba apoyado en el capó de su coche, fumando un cigarrillo. Era delgado, muy fibroso, de mirada gélida, y completamente cubierto de tatuajes. Mi abuelo nunca llegó a conocer su nombre.

—Te doy un minuto —le dijo el tipo.

El abuelo Josef tenía su discurso preparado y bien ensayado, así que se lanzó.

—Sé que tenéis un problema para repostar. Esos trastos consumen mucho —señaló al todoterreno—. Y es obvio que necesitáis los depósitos siempre llenos para estar preparados ante cualquier eventualidad. Eso os obliga a desplazáros a diario hasta una estación de servicio. Perdéis mucho tiempo en ir a repostar. Y lo peor no es eso. Lo peor es el peligro que asumís. Fuera del barrio sois mucho más vulnerables. Supongo que cada vez cambiáis de estación de servicio para que vuestros movimientos sean menos previsibles. Aun así, si yo fuera de una banda rival y quisiera echaros el guante, me armaría de paciencia y os esperaría en alguna de esas gasolineras. Ya os sucedió hace poco, ¿no? Oí en la radio que uno de vuestro coches se vio envuelto en un tiroteo y explotó. La bola de fuego se vio a una milla de distancia. Dicen que iba cargado de bidones de gasolina.

—Cuéntame algo que no sepa —le cortó el otro.

—He venido a ofrecerte la solución. Estoy dispuesto a abrir una gasolinera en el barrio si colaboras conmigo. Ya sabes cómo acabó el último que lo intentó.

—¿Me estás pidiendo protección?

—No, la protección cuesta dinero. Y yo no tengo dinero. Lo que te estoy pidiendo es que colaboremos. Vosotros solo tenéis que correr la voz de que, si alguien se atreve a atracar mi establecimiento, se las verá con La 48. Eso disuadirá a muchos. Del resto me ocuparé yo. Soy távaro. He vivido una guerra. Mi padre y mis tres hermanos murieron combatiendo en ella. Sabré defenderme.

—Nunca se puede saber cómo va a acabar un tiroteo.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a asumir. Y mientras viva, vosotros podréis llenar los depósitos de vuestros coches sin salir del barrio. No perdéis nada con intentarlo.

El jefe de la banda estudió al abuelo durante un largo minuto. Luego, con un gesto de la cabeza indicó a sus hombres que se lo llevaran. Lo subieron al coche y lo condujeron de vuelta a su casa.

Una semana más tarde, el tipo de la cicatriz en la frente le dijo que podía montar la gasolinera siempre que llenara el depósito gratis a todos los miembros de La 48. El abuelo se negó. Sabía que aquello sería su ruina. Volvió a reunirse con el jefe de la banda. Tras una intensa negociación, se estableció un máximo de litros por mes.

El abuelo Josef se asoció entonces con Tibor y Darko.

Tibor puso el dinero; ellos dos, el trabajo. Durante la primera semana, dos drogadictos los atracaron a punta de pistola. Mi abuelo y Darko los repelieron a tiros, demostrando que estaban dispuestos a defenderse con uñas y dientes. La 48 tampoco se quedó de brazos cruzados. Aquellos dos drogadictos aparecieron decapitados en un descampado cercano al día siguiente. Sus cabezas permanecieron durante veinticuatro horas ensartadas en dos picas de hierro.

El barrio entendió el mensaje.

Nunca más intentaron atracarlos.

La estación de servicio se puso a funcionar a pleno rendimiento. Mi abuelo cumplió de largo con su parte del trato. Llenó gratis los depósitos a los miembros de La 48 mucho más allá del límite acordado. Las ganancias se lo permitían y necesitaba mantener las buenas relaciones con la banda.

Entonces tuvo otra idea brillante. Hizo unas obras de ampliación en la gasolinera y montó un pequeño supermercado. Como era el único de la zona, el éxito fue inmediato. Dos empleados no paraban de reponer productos en las estanterías; cuatro atendían en las cajas, y tres vigilaban que los clientes no les robaran. Y aunque podría haber hinchado los precios, no lo hizo. Fue inteligente. El margen de beneficio era pequeño, pero lo compensaba por la gran cantidad de mercancía que vendía a diario. De paso, tenía a los vecinos contentos.

El abuelo Josef ganó mucho dinero en poco tiempo.

En los siguientes dos años, montó otras tres gasolineras con sus correspondientes supermercados. Darko se trasladó a un suburbio de clase media, lejos de la violencia y de las drogas, donde su familia podía salir a la calle sin miedo a verse envuelta en un tiroteo y sus nietos podían estudiar en un buen colegio. No entendía que su sobrino se empeñara en quedarse en el viejo barrio, ahora que era rico, y a menudo trataba de convencerle de que se mudara antes de que les sucediera una desgracia. Sin embargo, el abuelo Josef sabía que, si abandonaba el barrio, dejarían de respetar sus gasolineras. La gente tenía que considerarle uno de los suyos. Y ya que no podía irse, decidió transformar el barrio, demostrando que, más que un hábil hombre de negocios, era un visionario.

Un domingo acudió con toda su familia a la nueva casa de Darko para celebrar su cumpleaños. Hicieron una barbacoa. Después de comer, se sentó en el jardín con él. El abuelo Josef le entregó un sobre a su tío.

—Tu regalo de cumpleaños —le dijo.

Darko abrió el sobre y sacó los papeles que había dentro. Los examinó unos instantes en silencio y, cuando comprendió de qué se trataba, adoptó una expresión de estupor.

—¡Has comprado mi vieja casa! —exclamó.

—Es por si algún día te decides a volver al barrio.

—Estás loco —rio—. Jamás volveré allí. Con lo que me ha costado salir.

—Tú, por si acaso, conserva la propiedad. No la vendas.

—¿Y a quién se la iba a vender? Aparte de ti, no conozco a ningún loco capaz de comprar una casa en medio del infierno.

—Tú consérvala —le sonrió el abuelo.

En aquella época apenas vivían doscientos távaros en el barrio y, como Darko, todos consideraban su estancia provisional, hasta que consiguieran una posición más desahogada que les permitiera mudarse a un sitio más seguro.

Tras cuatro años de combates ininterrumpidos, la guerra de Turenia acababa de finalizar; había dejado doscientos cincuenta mil muertos y más de un millón de desplazados. Por los acuerdos de paz, el país quedó dividido en dos. El norte, de donde proveníamos los Pekar, quedó bajo control de los mismos ultranacionalistas urenos que habían iniciado el conflicto. Eso significaba que los refugiados távaros a los que habían expulsado de aquella zona no podrían volver a su hogares. Y su futuro tampoco era nada halagüeño en el sur, donde más que como távaros se les veía como rudos montañeros de costumbres primitivas, y donde no había suficiente

trabajo para todo el mundo. El abuelo Josef sabía que la mayoría de aquellas familias no tendría más remedio que emigrar al extranjero, y alentó a amigos y conocidos a que probaran suerte en Lower Hill.

Muchos le hicieron caso.

Para entonces, el abuelo Josef había invertido la mayor parte de su dinero en comprar casas en el barrio a precios ridículos. Allí alojaba a los recién llegados. La mayoría de los refugiados távaros eran excelentes albañiles, electricistas y fontaneros, porque en el norte de Turenia la costumbre era que la gente se construyera las casas con sus propias manos. Mientras no conseguían un empleo, el abuelo les permitía que le pagaran el alquiler haciendo reparaciones en sus edificios. Él ponía el material de construcción, y aquellos hombres, la mano de obra. Arreglaban tuberías, cambiaban la instalación eléctrica, aislaban tejados... Lo que hiciera falta. Y todos salían ganando. Revalorizaban las propiedades del abuelo y mejoraban las condiciones en que vivían sus propias familias.

El siguiente paso fue obvio.

El abuelo Josef montó una empresa de reformas y reparaciones. Trabajadores competentes le sobraban, y aquellos a los que contrataba estaban tan agradecidos de ganarse el pan de forma digna tras años viviendo en campos de refugiados, que le ponían todo su empeño. La empresa de mi abuelo adquirió enseguida fama de seria y de no ser cara. No tardaron en salirle encargos por toda la ciudad. Cada vez empleaba a más hombres. Y a medida que el nivel de vida del barrio crecía, no cesaba el flujo de távaros que acudían allí en busca de una oportunidad. Poco a poco, los recién llegados fueron desplazando a los antiguos habitantes del barrio hacia el sur. Y con ellos se fueron las bandas y las drogas.

Fue por aquella época cuando lo bautizaron con el nombre de Little Tavaría.

Cuando yo nací, Little Tavaría había dejado de ser un sitio peligroso, pero todavía no se habían empezado a edificar los terrenos que bordeaban la vía del tren y los niños teníamos aquella enorme extensión de campos para jugar. Era el paraíso.

Capítulo cuatro

Cuando hablan de mi madre delante de mí, aparto la mirada y callo.

La gente cree que lo hago porque no he conseguido superar del todo su muerte. Pero lo cierto es que nunca la eché de menos. Apenas la recuerdo. Yo solo tenía cuatro años cuando murió dando a luz a mi hermano, y la abuela y las tías suplieron con creces su ausencia. Éramos una gran familia. Vivíamos todos juntos en un edificio de cinco plantas. Las puertas de los pisos estaban siempre abiertas para los niños, que correteábamos por todas partes a nuestro antojo. Allí donde nos pillara la hora de la cena, había siempre un plato para nosotros en la mesa, y era habitual que nos quedáramos a dormir en casa de alguno de los primos. Siempre estábamos negociando entre nosotros para intercambiarlos las camas. Así que la cruda realidad es que mi madre no dejó ningún vacío en mi vida. Y si callo cuando hablan de ella, no es por fingir un dolor que no siento, sino por vergüenza. Me parece monstruoso que no me haya marcado profundamente su muerte. Pero es así.

Dudo que mucha gente haya tenido una infancia tan feliz y plena como la mía.

En el barrio, los niños éramos los reyes, nos lo consentían todo.

El Centro Cultural Távaro estaba a dos manzanas de nuestra casa, en una calle llena de comercios en la que solía haber bastante tráfico. Pues bien, de pequeños elegimos precisamente esa manzana para montar nuestros improvisados y multitudinarios partidos de fútbol. Colocábamos unas piedras a modo de portería en cada extremo de la calle, y cuarenta o cincuenta críos nos lanzábamos a correr enloquecidos detrás de la pelota. Nunca sabías muy bien quién estaba en tu equipo y quién en el contrario, pero eso era lo de menos. Se trataba de abrirse paso hasta la pelota y pegarle una patada. Era muy divertido. Por supuesto, cortábamos la circulación de la calle; los coches tenían que dar un rodeo y se formaban unos atascos tremendos. Aun así, nunca nos pidieron que fuéramos a jugar al fútbol a los descampados o a una calle menos transitada. Al contrario, parecían encantados de que nos quedáramos ahí. Muchos vecinos se sentaban en las escaleras de entrada de sus casas a mirarnos y reían cuando se producía una jugada divertida o celebrábamos un gol. Ni siquiera los dueños de las tiendas protestaban cuando le pegábamos un pelotazo al cristal de su escaparate.

Mi padre ya ocupaba entonces las oficinas de la segunda planta del Centro Cultural y le encantaba trabajar con la algarabía que montábamos. No hace mucho me comentó que echaba de menos aquellos tiempos. Y es que ahora los niños ya no juegan en la calle.

Desde que hace tres años construyeron el polideportivo, todos se toman el fútbol mucho más en serio. Tienen un entrenador y una posición asignada, como central, lateral o volante, y compiten en una liga. Los domingos que juegan en casa voy a verlos. Y aunque soy la primera en animarlos desde las gradas, me apena comprobar que lo único que les importa es ganar. Han perdido la alegría de los anárquicos partidos callejeros. Incluso los más pequeños se esfuerzan tanto por imitar las actitudes de los mayores dentro del campo, que no parecen divertirse. Se ha impuesto la competitividad y ya nadie juega por el placer de jugar.

Pero ya me vuelvo a adelantar.

Regresemos a mi infancia.

Si ser niño en Little Tavaría en aquella época era absolutamente genial, había algo que era aún mejor: ser una Pekar, la nieta del hombre que había obrado el milagro de transformar aquel peligroso barrio en una isla de paz y prosperidad. Porque yo, aunque me apellidaba Malnik, como mi padre, también era una Pekar por derecho propio.

Los Pekar, como nos conocía todo el mundo, éramos un grupo de diecisiete primos y hermanos que íbamos siempre juntos a todas partes. Éramos inseparables. Con el tiempo, se nos fueron uniendo algunos amigos y llegamos a ser más de treinta.

Pasábamos mucho tiempo en los terrenos que flanqueaban la vía del tren. Allí siempre encontrábamos algo interesante. Como no había ningún vertedero cercano, la gente usaba aquellos descampados para tirar lo que ya no le servía: muebles, colchones, televisores, lavadoras y todo tipo de objetos que nosotros nos apresurábamos a reciclar para nuestros juegos. A menudo, mis primos se dedicaban a romper a patadas lo primero que encontraban. En esos casos, yo me mantenía al margen. Nunca entendí el placer que sacaban de destrozar por destrozar. En cambio, sí me divertía cuando alineábamos una larga fila de botellas y las rompíamos a pedradas, ya que se requería puntería. Y cuando la botella estallaba en mil pedazos era un premio a tu destreza, y no simple vandalismo.

Otro de mis juegos favoritos era las carreras de neumáticos o las «carreras locas», como las llamábamos. Llegamos a reunir una veintena de neumáticos. Los subíamos por una larga pendiente y, a la voz de ya, los impulsábamos con fuerza cuesta abajo. Ganaba el que conseguía llegar más lejos. Para que nadie hiciera trampas y no hubiera duda de quién era el vencedor, los numerábamos con una tiza en un lateral. Era un juego más estratégico de lo que puede parecer. Había que apuntar muy bien para esquivar los obstáculos y no podías desviarte demasiado de tu trayectoria por el riesgo de chocar con los otros neumáticos. Aunque el mayor peligro de todos era Danylo. A él le traía sin cuidado ganar, y siempre lanzaba su neumático en diagonal y con mucha fuerza para llevarse por delante el mayor número de contrincantes posible. Como era el más ágil de todos, siempre era el primero en llegar corriendo al final de la cuesta y así podía escoger un neumático con llanta, porque pesaba mucho más y aguantaba mejor las colisiones.

También nos encantaba jugar en la estación de tren.

Como llevaba años abandonada, habían tapiado las puertas y ventanas de la planta baja para que nadie se colara dentro. Un día, mis primos utilizaron una viga de hierro de ariete para practicar un boquete en la puerta principal lo suficientemente grande como para que cupiéramos a gatas. Inspeccionar por primera vez el edificio fue tan divertido como aterrador. Marko y Tomas, mis dos primos mayores, se escondieron nada más entrar y se dedicaron a darnos sustos. Los pequeños corríamos de un lado para el otro, muertos de miedo, rogándoles que pararan. Por supuesto, en el fondo, deseábamos que siguieran con aquel juego. Al piso de arriba se accedía desde el vestíbulo por dos escaleras; algunas habitaciones se comunicaban entre sí y estaba lleno de recovecos, con lo que se convirtió en el lugar ideal para jugar al escondite.

Y finalmente hacíamos guerras.

Frente a la estación habían plantado dos hileras de cipreses, y en los cipreses crecían unos frutos que, cuando estaban verdes, eran gordos, duros y redondeados. Cuando te los tiraban hacían mucho menos daño que una piedra, así que nos llenábamos los bolsillos hasta arriba de aquellas municiones, nos dividíamos en dos equipos, y nos liábamos a bolazo limpio por toda la estación. Lo malo era que, antes o después, alguien caía en la tentación de traicionar a un compañero de equipo atacándole por la espalda, y la lucha no tardaba en degenerar en un

peligrosísimo todos contra todos. El juego solía acabar en llantos. Volvíamos a casa cubiertos de moratones y llenos de rencor hacia alguno de nuestros primos o hermanos, pero se nos pasaba enseguida. A los pocos días, ya estábamos listos para otra guerra.

En la estación montamos el Club. Utilizamos un cuarto de la segunda planta que todavía tenía puerta. Nos llevó casi un mes amueblarlo y nos quedó muy bien. Juntamos colchones y almohadones de distintos sofás, y los colocamos en el suelo, pegados a la pared, unos a continuación de los otros, formando un largo asiento en forma de U en el que cabíamos todos un poco apretados. De casa solo nos llevamos unas sábanas viejas que nos dio la abuela. Con ellas cubrimos los colchones y los almohadones, que no estaban precisamente limpios.

También teníamos unos cojines que utilizábamos de respaldo. Como no había para todos, siempre eran motivo de disputa. Yo prefería apoyarme directamente en la pared. Era mejor no entrar en aquellas luchas.

Los que se hacían con uno de los cojines no conseguían relajarse nunca, porque siempre había alguien aguardando un descuido para arrebatárselo a traición. Y cuando les quitaban el cojín, los Pekar hacían una cuestión de honor el recuperarlo. Era una pesadez.

Al Club íbamos sobre todo los días de lluvia o cuando nos hartábamos de deambular por ahí. Jugábamos a las películas, a verdad o prenda... Marko nos hacía los últimos juegos de magia que había aprendido y Jurek, cuando se sentía inspirado, nos contaba historias de terror. Incluso teníamos nuestra propia televisión. No funcionaba, pero ahí estaba, encima de una cajonera, con su mando a distancia y todo. Nos sentíamos muy orgullosos de ella.

En la puerta, pusimos un grueso candado del que solo había tres llaves, que custodiaban Marko, Tomas y Jurek. Ellos eran los tres mayores de los Pekar y respectivamente ocupaban los cargos de presidente, vicepresidente y vicepresidente segundo del Club. Frente a ellos, los demás tuvimos que hacer el juramento de fidelidad con una rodilla hincada en el suelo antes de ser admitidos como miembros de pleno derecho.

El Club era genial, aunque tuvo una vida corta.

Un día, al llegar a la estación, vimos que había desaparecido la tabla que colocábamos para disimular el boquete del muro. Comprendimos enseguida que alguien había entrado en el edificio, pero no estábamos preparados para lo que nos íbamos a encontrar. El Club había sido profanado. Habían arrancado el candado de cuajo y lo habían destrozado todo: la cajonera, las sillas, la televisión, los pósters de las paredes, las sábanas, los cojines, hasta el mando a distancia. Aunque lo peor era que la habitación apestaba a meados. Esos cerdos habían hecho pipí sobre los almohadones y los colchones.

Supimos que aquello era cosa de los Miedicas. Y juramos que pagarían muy caro su atrevimiento.

Los Miedicas eran un grupo con los que nos cruzábamos cada tanto en los descampados de las vías. Eran diez o doce y, siempre que nos veían, cambiaban de dirección para no pasar cerca de nosotros. Trataban de fingir que nuestra presencia no les había hecho desviarse de su camino, pero a nosotros no nos engañaban. Sabíamos que nos tenían miedo y, mientras se marchaban, les gritábamos que eran unos cobardes. Los Miedicas nos contestaban con algún que otro insulto, pero seguían alejándose. Hasta ese día, los considerábamos inofensivos, pero era evidente que las continuas humillaciones habían hecho mella en ellos y que, al descubrir nuestro Club, habían descargado su frustración de aquella forma tan miserable.

Durante las siguientes dos semanas, salimos todas las tardes a buscarlos, sin éxito. Empezamos a temer que estuvieran tan asustados que no se atrevieran a poner nunca más el pie en los descampados y que nos quedáramos sin la ansiada venganza. Lo que no sabíamos era que

los Miedicas nos estuvieron observando todo ese tiempo ocultos tras una pequeña loma. Justificaban su comportamiento diciéndose que, como éramos más numerosos, no se podían enfrentar cara a cara con nosotros. Por eso habían decidido iniciar una guerra de guerrillas. Estaban esperando a pillarnos en minoría para atacar. No era una mala táctica. Podría haber funcionado con otros, pero nosotros éramos los Pekar; todo el mundo quería ser amigo nuestro, así que no pasó mucho tiempo hasta que un compañero de colegio le contó todo a Marko.

Los siguientes días seguimos saliendo a buscarlos como si no supiéramos que nos observaban desde lo alto de la loma. Necesitábamos tiempo para tenerlo todo listo. Cuando estuvimos preparados, me ofrecí voluntaria como señuelo. Al principio, mis primos mayores se negaron. Los muy machistas, consideraban que aquella no era una misión para una niña. Los convencí con unos argumentos irrefutables:

—Nosotros nunca nos dividimos —les dije—. Si lo hacemos ahora, podrían olerse que es una trampa. Sin embargo, si dos de nosotros fingimos que somos novios, a nadie le extrañará que queramos separarnos del grupo. Y todos sabéis que soy muy rápida corriendo. Nunca me atraparán.

Al día siguiente, Danylo y yo nos fuimos a pasear por los descampados, de la mano y en actitud acaramelada. Nos detuvimos al pie de la loma como si hubiéramos elegido precisamente aquel lugar para besarnos. Los Miedicas mordieron el anzuelo. Al grito de «al ataque» se lanzaron sobre nosotros como hienas. Salimos corriendo. Cuando ya estábamos cerca de la estación, reduje el paso deliberadamente, como si me empezaran a flaquear las fuerzas. Aquello animó a nuestros perseguidores, que empezaron a proferir amenazas y a anunciarnos lo que nos harían cuando nos pillaran.

—¡No puedo más! —le grité a Danylo como si me faltara el aire—. Escapa tú. Ve a buscar ayuda. A mí no se atreverán a hacerme nada.

—No, nunca te dejaré sola— me contestó él—. ¡A la estación! ¡Corre!

Nuestra actuación fue sublime. Por ella nos concedieron la medalla al valor del Club.

Los Miedicas se metieron por el boquete del muro detrás de nosotros sin imaginar lo que les esperaba dentro. Dos de mis primos aguardaban ocultos en el exterior y, en cuanto el último de aquellos cobardes entró en el edificio, taparon el acceso con una gruesa tabla que atrancaron con dos tablones más.

Ninguno pudo escapar.

La entrada daba al vestíbulo de la estación. Era un espacio abierto hasta el techo, muy alto. Dos escaleras, una a cada lado, conducían a un corredor elevado que bordeaba todo el perímetro del vestíbulo y desde el que se accedía a diferentes habitaciones. Desde aquel corredor se tenía una vista privilegiada. Allí se habían escondido el resto de los Pekar con las municiones. Danylo y yo nos reunimos con ellos y nos pusimos a tirarles a los Miedicas los huevos y tomates podridos que habíamos estado acumulando durante aquellos días. Por supuesto, habíamos atrancado firmemente las puertas de las habitaciones de la planta baja, con lo que la única forma que tenían de escapar de aquel bombardeo era enfrentándose con nosotros.

Sin embargo, los Miedicas no nos atacaron. Concentraron sus energías en tratar de tumbar a patadas la tabla que les impedía la huida y, cuando comprendieron que era inútil, se pusieron a gritar que se rendían.

Fue una victoria aplastante.

Lo malo fue que perdimos el edificio de la estación. ¿Quién iba a querer jugar en un sitio que apestaba a huevos podridos? Esa misma tarde, después de concedernos a Danylo y a mí la

medalla al valor, el Club quedó disuelto. Pero no nos costó superarlo. En aquellos descampados había un montón de cosas divertidas que hacer. Y aunque tengo muchas anécdotas más, no os las voy a contar ahora porque me conozco y, si me pongo, no acabaré nunca.

Simplemente estaba poniéndoos en antecedentes para que podáis comprender lo que sucedió después de abrir el ataúd de Aurora K. Solo añadiré que fue una época maravillosa que duró hasta que mis tres primos mayores empezaron a interesarse por las chicas y nos dejaron de lado. Los demás nos dividimos entonces en varios grupitos. Nuestra vida cambió... Yo empecé a verme más a menudo con mis amigas del colegio, las mejores amigas del mundo, y dejamos de frecuentar los descampados de las vías. Ser una Pekar siguió siendo estupendo, solo que era diferente.

Y entonces, hace algo más de un año, sucedió algo inconcebible. Yo, Anna Malnik, me convertí en la chica más popular del colegio. Se organizó una votación entre todos los alumnos y me llevé el 41% de los votos. La votación la organizaron las amigas de Elsa Bisiak y las de Nina Nadik para dirimir de una vez por todas cuál de las dos era más popular. Elsa y Nina tenían dieciséis años y eran de largo las más guapas de la escuela, además de ser buenas deportistas y mejores estudiantes. Todos los chicos andaban locos por ellas. Llevaban años rivalizando en todo y habían llegado a odiarse de tal forma que sus compañeros de curso tenían que elegir entre ser amigos de una o de otra. No podían serlo de las dos a la vez.

¿Y cómo conseguí yo, una chica del montón, que entonces tenía catorce años, derrotar a aquellos dos dechados de perfección? Evidentemente, no fue por méritos propios. Gané por un cúmulo de circunstancias. Todo lo empezó mi padre. Precisamente en el momento que más se cuestionaba su trabajo al frente del Centro Cultural y cuando más enemigos tenía, consiguió algo increíble, en lo que la gente ya había dejado de soñar, y se convirtió en el héroe de Little Tavaría.

Capítulo cinco

Un día, el abuelo Josef me dijo medio en broma que, de sus hijos, el que había heredado su inteligencia y su instinto para los negocios era precisamente el único que no era suyo. Se refería a mi padre, por supuesto. Supongo que por eso, cuando fundó el Centro Cultural Távaro, y tras verse obligado a destituir a tres directores en poco tiempo, le ofreció el cargo a él.

Aquella decisión sorprendió a todo el mundo. Mi padre tenía entonces diecinueve años, no llevaba ni seis meses casado, y mi madre ya estaba embarazada de mí. La gente le consideraba demasiado joven y pensaba que estaría mucho más pendiente de su nueva familia que de gestionar el Centro, con lo que nunca conseguiría satisfacer las exigencias del abuelo.

Se equivocaron. Todos.

Mi padre no solo aguantó en el cargo, sino que revolucionó el Centro Cultural y lo convirtió en el lugar de referencia del barrio. El abuelo Josef tuvo que gastar un montón de dinero en su proyecto, pero a la larga aquella inversión le salió rentable. La primera medida de mi padre fue trasladarlo a un edificio mucho más grande, que también era propiedad del abuelo. Lo dividió en dos zonas: una más amplia, exclusiva para socios, y otra abierta a todo el vecindario. También montó un restaurante de cocina tradicional távara en la planta baja en el que servían desayunos, comidas y cenas, y que fue un éxito desde su inauguración. Y aún más cuando contrató a un cocinero con una estrella Michelin. Por la noche y sin reserva, ahora es imposible encontrar mesa, incluso entre semana.

El Centro tiene seis grandes salas de uso exclusivo para los socios. Allí se puede jugar a las cartas, al billar, o simplemente sentarse a charlar o a leer en unos cómodos sillones individuales con orejeras. En teoría, a los menores de edad, solo se nos permitía jugar en la sala grande de la televisión, pero en la práctica nos dejaban corretear por todos lados. En la segunda planta del Centro hay una biblioteca abierta a todo el mundo con ordenadores y conexión a Internet, y también hay tres salas en las que regularmente se organizan exposiciones. Las oficinas donde trabaja mi padre se encuentran en el ala que da a la calle.

El Centro se financia enteramente con las ganancias del restaurante y el bar, y con las cuotas de los socios.

La otra actividad de mi padre, la realmente importante, se costea con el dinero que le conceden cada año las empresas del abuelo y con las donaciones particulares: consiste en perseguir a los criminales de guerra y recopilar información que ayude a localizar fosas comunes en la República Urena.

Ya he dicho que tras la guerra Turenia quedó dividida en dos países independientes. El norte se convirtió en la República Urena. Los mismos hombres que provocaron el conflicto y ordenaron masacrar y expulsar del territorio a la población távara siguieron controlando al principio el gobierno y el Ejército. Eran criminales y asesinos, pero en la República Urena los consideraban héroes. Mi padre me contó que, cuando iban al teatro o entraban en un restaurante, la gente los recibía con aplausos. Ellos eran los fundadores de la patria urena, una patria que

nunca llegaría a convertirse en el reino dorado que habían prometido los ultranacionalistas. De hecho, fue todo lo contrario. Durante los años de posguerra, la población tuvo que soportar verdaderas penurias. La guerra lo había destruido todo y el embargo que impuso la comunidad internacional para forzar a las autoridades a entregar a los criminales de guerra echó por tierra cualquier posibilidad de recuperación económica.

Al principio, el patriotismo siguió teniendo más peso que el hambre.

Sin embargo, tras la muerte del presidente Víktor Skorina, las cosas empezaron a cambiar. Una nueva generación de políticos, que también eran ultranacionalistas pero que no tenían las manos manchadas de sangre, empezaron a abrirse paso. En cuanto se asentaron en el poder, se mostraron dispuestos a entregar a algunos criminales de guerra de segunda fila a la Corte Penal Internacional a cambio de que la ONU levantara el embargo que ya duraba diez años y que habían situado a la República Urena entre los territorios más pobres del mundo. Y aunque el nuevo gobierno no se atrevió a entregar a los verdaderos responsables de las matanzas, estos ya no se sintieron a salvo y huyeron al extranjero bajo identidades falsas.

Aquello marcó el inicio de la caza.

Algunos criminales de guerra urenos fueron capturados a lo largo de los siguientes meses o años. Dos aparecieron degollados en sus casas, en Oslo y Londres, asesinados por un grupo armado távaro que había decidido tomarse la justicia por su mano. Otros consiguieron borrar su rastro y desaparecer. Entre ellos estaba el que encabezaba la lista de los criminales más buscados: Kiril Demjanko, el líder de las sanguinarias Hienas de Kiril, el asesino del padre del abuelo Josef, de sus hermanos, y de tantos y tantos távaros.

Kiril tenía un rasgo distintivo: era bizco.

Mi padre estaba convencido de que lo primero que habría hecho al huir al extranjero habría sido operarse de su estrabismo, ya que aquella peculiaridad era demasiado llamativa y podía delatarle. Y en esa suposición centró todas sus investigaciones. Por supuesto, no fue el único al que se le ocurrió la idea. Los servicios secretos de algunos países indagaron a fondo en aquella posibilidad, pero nadie encontró el rastro de Kiril. La mayoría dio por supuesto que debía de haberse operado en la República Urena antes de huir. Mi padre no lo creía. Cuando el gobierno ureno decidió entregar a la Corte Penal Internacional a dos de sus hombres, Kiril hizo un llamamiento a la población para que tomara las calles. Sin embargo, apenas consiguió reunir a un millar de exaltados. En aquella manifestación se grabaron las últimas imágenes que se tenían de Kiril. Y aunque él trató de mostrarse entero, su rostro reflejaba una profunda decepción. Sin duda, al averiguar que nadie se estaba movilizándolo por los «héroes de la patria», como él los llamaba, se sintió traicionado por su pueblo. Y según mi padre, operarse en la República Urena habría sido como admitir ante la misma gente que le acababa de dar la espalda que tenía miedo de que le capturasen. Y eso era demasiado para un hombre tan orgulloso y arrogante como Kiril.

Mi padre estaba convencido de que se habría operado en el extranjero, así que continuó invirtiendo buena parte de su presupuesto en seguir la pista a médicos que trabajaban de forma clandestina o semiclandestina en países de todo el mundo. Nunca obtenía resultados, pero no se desanimaba. Yo no lo entendía; debía de ser una pesadilla hacer un trabajo tan frustrante.

—¿Y qué pasa si Kiril se operó en la República Urena? —le pregunté un día.

—No lo hizo, hija.

—Pues llevas años detrás de esos médicos y no encuentras nada.

—Buscar criminales de guerra consiste precisamente en eso —me dijo—. Es como estar en una inmensa habitación en la que hay millones de puertas. Tú sabes que detrás de una de ellas se esconde la persona que andas buscando. Solo tienes dos opciones: abandonar o armarte de

paciencia y abrirlas de una en una. Y, sobre todo, debes confiar en que tendrás un golpe de suerte, porque, a lo largo de tu vida, como mucho conseguirás abrir una décima parte de esas puertas.

—¿Hablas en serio?

—El abuelo y yo somos conscientes de que lo más probable es que fracasemos —me sonrió—. Aun así tenemos que intentarlo. Se lo debemos a nuestra familia. Sería mucho peor quedarse de brazos cruzados, ¿no crees?

Mi padre no fracasó. Y no fue por suerte.

Tuvo una idea que no se le había ocurrido a nadie, una idea en la que yo tuve algo que ver. Para que luego digan que no se puede sacar nada bueno de ser mala estudiante.

En el colegio nos hicieron leer un cuento titulado *La carta robada*, de Edgar Allan Poe. Teníamos que hacer un comentario de texto y, como siempre, lo dejé para el último momento y tuve que pedirle ayuda a mi padre. El cuento trata de un ladrón que roba una carta con la que se dedica a hacer chantaje a su dueña. La policía sabe quién la ha robado, pero aunque registra a fondo la vivienda del ladrón varias veces, no consigue dar con ella, así que pide ayuda a un detective, que desentraña enseguida el misterio. La carta no está escondida, sino que está encima de la repisa de la chimenea de la casa del ladrón, en un sitio tan accesible y tan a mano que a nadie se le había pasado por la cabeza que esa era la importante carta que todo el mundo buscaba.

—¿Entiendes el truco del ladrón? —me preguntó mi padre—. Puso la carta bien a la vista para que nadie la viera...

En ese instante su mirada se llenó de vida y sus ojos azules, ya claros de por sí, se pusieron de un azul casi transparente. Se le acababa de ocurrir la idea que le convertiría en un héroe y que traería alivio a tantas y tantas familias távaras.

Todo el mundo había dado por supuesto que Kiril se habría hecho operar por un médico que trabajara de forma clandestina, probablemente en un país del Tercer Mundo, donde era más fácil encontrar a un cirujano dispuesto a hacer la intervención de forma discreta y anónima. Incluso se barajó la posibilidad de que Kiril hubiera asesinado al médico tras la operación para borrar su rastro, lo que llevó a investigar asesinatos y desapariciones de médicos por todo el mundo. Pero... ¿y si Kiril había optado por hacer exactamente lo contrario? ¿Y si había estado siempre bien a la vista, como la carta del cuento de Edgar Allan Poe?

Mi padre empezó por investigar las operaciones de estrabismo realizadas en Estados Unidos durante los meses en que se calculaba que Kiril había abandonado la República Urena. En solo tres semanas dio con la pista buena. Mike Peterson, el detective que trabajaba para él, le trajo una copia del expediente con su foto. Y ahí estaba, el asesino de nuestra familia, posando con una sonrisa amable y peinado con la raya a la derecha. Se había operado bajo un nombre falso hacía doce años.

Mi padre pensó que aquel sería el principio de una larga investigación, pero no lo fue. El asunto se resolvió en cuestión de días. Por increíble que parezca, después de operarse, Kiril Demjanko no adoptó una nueva identidad. Mantuvo el mismo nombre. Supongo que se creía más listo de nadie y estaba convencido de que no le encontrarían. O, quizás, solo era su forma de reírse de los que le perseguían, de desafiarlos. Fuera como fuera, su arrogancia le perdió. La policía le capturó en un rancho en Utah, donde vivía solo desde hace años, con una docena de perros, y sin tener apenas contacto con sus vecinos. Aunque la casa estaba llena de armas, no opuso resistencia. Uno de los agentes comentó ante las cámaras que aquel hombre parecía aliviado de que lo hubieran arrestado. Kiril no vivió para ser juzgado en la Corte Penal

Internacional. Se suicidó tres días después de su detención. Se colgó del techo de su celda con una sábana.

Mi padre fue entrevistado una semana más tarde en directo en el *show* de Eddy Glenn, el programa de máxima audiencia en Estados Unidos. Familiares, amigos y conocidos nos reunimos en la sala grande del Centro Cultural Távaro para ver la entrevista. Yo estaba muy nerviosa. Temía que algo saliera mal, pero mi padre estuvo fantástico. Aunque era la primera vez que salía en televisión, se le veía muy relajado, como si llevara toda la vida dedicándose a ello. Habló de muchas cosas. En un momento dado, y de forma totalmente inesperada, explicó cómo se le había ocurrido la idea que había conducido a la captura de Kiril. Habló del cuento de *La carta robada* y de mí, Anna Malnik, su hija. Me citó con nombre y apellido delante de millones de telespectadores, y dijo textualmente que sin mí nunca lo hubiera conseguido.

Sin ese comentario, yo jamás habría ganado las elecciones que se tendrían que haber llevado Elsa Bisiak o Nina Nadik.

Capítulo seis

Convertirse de un día para el otro en la chica más popular del colegio puede parecer un sueño, pero os aseguro que no lo es, y mucho menos si te pasa de la forma en que me sucedió a mí.

En mi colegio muchos alumnos estaban hartos de las disputas entre Elsa Bisiak y Nina Nadik, y les parecía patético que hubieran llegado al extremo de organizar unas elecciones para decidir quién era la más popular de las dos. Hubo quien propuso boicotear el evento. El objetivo era conseguir que la participación fuera muy baja para que entendieran que no eran el centro del universo.

Entonces mi padre fue al *show* de Eddy Glenn y dijo aquello de que sin mí nunca habría conseguido capturar a Kiril, y a algún iluminado se le ocurrió una manera mucho más ingeniosa de fastidiar a Nina y Elsa: votarme a mí. Estoy casi segura de que la iniciativa partió de Danylo. Cuando después se lo pregunté, él lo negó, aunque soltó esa risotada tan suya que venía a decir algo así como: «Ha sido una pasada, ¿eh?». El caso es que la propuesta cuajó y me convertí en el voto de castigo de aquellas elecciones.

Cuando se hicieron públicos los resultados, yo estaba de un humor de perros en la sala de espera del dentista, convencida de que me estaba perdiendo uno de los acontecimientos del año. Llevaba un buen rato sin dirigirle la palabra a mi padre. Era mi forma de castigarle. Le había suplicado que cambiara la cita con el dentista para cualquier otro día. Pero, por lo visto, no había hora libre hasta dentro de tres semanas y él se negó a utilizar su influencia para que me colaran entre dos pacientes al día siguiente. No le hubiera costado nada siendo el héroe de Little Tavaría, pero él era demasiado recto para exigir ningún trato de favor. Y por culpa de esa mentalidad tan rígida, yo iba a perderme la cara de Elsa o de Nina al verse derrotada por su rival de toda la vida. En ese momento, no podía ni imaginarme que acabaría ganando yo. La propuesta de votarme a mí seguía siendo un chiste malo que corría por el colegio.

Del dentista fuimos directos a casa.

Y allí me encontré a todas mis amigas esperándome. Cuando me anunciaron el resultado de las votaciones hablando todas a la vez y muy excitadas, pensé que se trataba de una broma, hasta que Irena me enseñó el vídeo que había grabado con su móvil y en el que aparecía un montón de gente puesta en pie en la sala de actos, aplaudiendo y coreando mi nombre. Casi me da algo. Sin comerlo ni beberlo, me encontraba en el centro de una tormenta de consecuencias nada halagüeñas.

Nina y Elsa eran letales haciendo trizas a sus enemigos. Dos chicas habían tenido que cambiarse de colegio el año anterior por culpa del hostigamiento al que las habían sometido los séquitos de incondicionales de Nina y Elsa. Y a aquellas dos chicas las destrozaron los dos grupos por separado; una cometió el error de cruzarse en el camino de Elsa, y la otra, en el de Nina. Yo había conseguido ponerlas a ambas en mi contra. Debían de odiarme con toda su alma. No quería ni imaginar lo que podían hacerme si unían sus fuerzas.

Ni siendo una Pekar me sentía a salvo.

Subimos a mi casa y estuvimos buscando una solución junto con mis primos. Tras discutirlo, llegamos a la conclusión de que lo mejor sería que hablara con Nina y Elsa y les explicara que estaba tan disgustada como ellas con el resultado de las votaciones. Me habían utilizado para humillarlas, cierto, y al hacerlo también me habían insultado a mí, ya que el mensaje que les habían enviado era algo así como: «Mirad qué poca cosa sois que hasta una chica tan insulsa como Anna Malnik os gana». La idea era convencerlas de que las tres éramos víctimas de aquella confabulación, con lo que no había motivo para que me guardaran rencor. Y, sobre todo, para que desahogaran su rabia sobre mí.

Me pareció una buena solución.

Me había metido ya en la cama, cuando el abuelo Josef se presentó en casa. Le oí hablar con mi padre, avanzar por el pasillo y llamar a mi puerta.

—¿Duermes? —preguntó.

—No, abuelo, pasa.

Iba vestido con su delantal y su gorro blanco. Cuando los negocios empezaron a irle bien, el abuelo había montado una panadería en el barrio, una afición que le relajaba. El pan que hace es muy denso, de harina de sorgo, como se hacía en el norte de Turenia. La primera vez que lo probé, no me gustó nada; luego, me fui acostumbrando al sabor y ahora no lo cambiaría por ningún otro. Una vez por semana, el abuelo se pasa la noche horneando con sus trabajadores porque dice que un hombre no debe olvidar sus orígenes.

—Tu primo me ha contado tus planes para mañana —dijo, y se sentó en el borde de la cama.

Por su expresión comprendí que no aprobaba nuestro plan. Esperé a que siguiera hablando.

—¿Qué opinas de esas dos? —me preguntó—. ¿Te caen bien?

—No. Para nada.

—Entonces vas a ir a disculparte porque les tienes miedo.

—Sí.

—¿Y qué te pueden hacer Elsa y Nina que sea tan horrible?

—¿Qué me pueden hacer? Machacarme viva. Tú no sabes cómo son.

—Unas chicas que organizan una votación para que los demás decidan cuál de las dos es la más popular, solo pueden ser imbéciles. Así que me hago una idea bastante clara de cómo son. Y me cuesta creer que tengan tanto poder como tú crees.

—Pues lo tienen, te lo aseguro.

—Y sin embargo un cuarenta por ciento de la escuela ha votado en contra de ellas.

—Ya, pero esos no saldrán en mi defensa cuando las cosas se pongan feas.

—¿Y qué? ¿Acaso no eres una Pekar?

Me sentí avergonzada y aparté la vista.

El abuelo apoyó su mano sobre mi rodilla por encima de la sábana, cariñoso.

—Si vas a disculparte con Elsa y con Nina, tal vez consigas que no te acosen, pero no te librarás de que te desprecien. Aunque tú no hayas elegido ser el instrumento de tus compañeros para reírse de ellas, lo eres. Y nada va a cambiar eso. Tu primo me ha enseñado el vídeo. Todos esos chicos puestos en pie aplaudiendo y coreando tu nombre. Fue muy humillante para ellas. Nunca te lo perdonarán. Y encima, al tratar de congraciarte con ellas, demostrarás que las temes, lo que hará que te desprecien aún más.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?

—Plántales cara.

Negué con la cabeza, aterrada.

—Es fácil —el abuelo apretó mi rodilla—. No te estoy diciendo que te enfrentes abiertamente a ellas. Lo único que tienes que hacer es seguir con tu vida como si nada hubiera sucedido. Demuéstrales que esa votación te parece la mayor estupidez del mundo y que no le das ninguna importancia a haberla ganado.

—Así las pondré aún más furiosas.

—¿Y qué? Esas chicas ya te odian, Anna. Que te odien un poco más no va a cambiar nada. En cambio, si actúas como te digo, te ganarás el respeto de toda la gente que te ha votado.

—Es que tú no sabes de lo que son capaces de hacer.

—¿Tienes miedo de que te peguen una paliza?

—No, eso no, pero empezarán a decir cosas horribles sobre mí y a cuchichear a mi paso.

—Las ignoras. Por mucho que te duelan esos comentarios, no demuestres que te afectan. Convéncelas de que su opinión te trae sin cuidado. No eres una presa tan fácil como crees. Eres una Pekar, Anna. Y en ese colegio tienes muchos apoyos. Están todos tus primos y tus amigas. Y a medida que resistas a sus ataques, más y más gente se pondrá de tu lado. Además, tienes otra gran ventaja sobre ellas: tu edad. Solo tienes catorce años y ellas dieciséis. Si ven que tienen dificultades para doblegar a una chica más joven que ellas, se retirarán por miedo a hacer un ridículo mayor del que ya han hecho al organizar esa estúpida votación.

Permanecí en silencio.

No tenía valor de decirle al abuelo que en el fondo a mí me daba igual que Nina y Elsa me despreciaran. Lo único que quería era que me dejaran en paz. Y tampoco me importaba que pensarán que les tenía miedo, porque lo cierto era que les tenía un miedo atroz.

—Sé que ahora te parece muy duro —insistió—, pero en la vida hay momentos en que no hay más remedio que nadar contracorriente, Anna. No hay otra alternativa. Fíjate en tu padre. Para atrapar a Kiril, se ha pasado una década siguiendo pistas que no conducían a ninguna parte. ¿Le has visto flaquear? No. Y eso que tenía a mucha gente en su contra. Durante los últimos cuatro años, las reuniones del Comité Ejecutivo del Centro Cultural han sido muy tensas; le han acusado de incompetente, de despilfarrar el presupuesto, le han insultado... Y no te puedes ni imaginar la cantidad de socios que vinieron a amenazarme con retirar sus donativos si no le sustituía por un director más sensato —me miró—. ¿Y sabes por qué he apoyado a tu padre durante todos estos años? No ha sido porque supiera que iba a tener éxito. Le he apoyado porque hizo lo que él creía que tenía que hacer. Hizo lo que, desde su punto de vista, era lo correcto. Como hicieron en su día mi padre y mis hermanos cuando se quedaron a defender nuestras tierras en Turenia en vez de huir con nosotros. Los cuatro sabían que iban a morir. Y aun así, se quedaron.

El abuelo apartó la mirada hacia la ventana y se quedó con la vista perdida un rato; tenía una expresión muy triste. Luego, se volvió hacia mí y me sonrió.

—Podrás con esas dos, Anna —me guiñó un ojo—. Eres una Pekar.

Me dio las buenas noches y se fue.

Después de acompañar al abuelo Josef a la puerta, mi padre vino a la habitación a hablar conmigo. Había estado escuchando desde el pasillo.

—No tienes por qué hacerle caso al abuelo, hija —me dijo.

—¿Cómo que no? Si le he entendido bien, me ha dicho que o me enfrento a Elsa y Nina, o estaré ensuciando la memoria de su padre y de sus hermanos.

—A veces, el abuelo se olvida de que vivimos en Estados Unidos y sigue funcionando con

las categorías de sus antepasados. Ya sabes que en las montañas del norte de Turenia los pueblos se fundaron en torno a clanes familiares. Y allí, según una norma no escrita, todo el clan era responsable de los actos de cada uno de sus miembros. Por ejemplo, si uno robaba una vaca, el honor de todos quedaba manchado; así el clan vigilaría a sus miembros para que nadie robara. Pero por la misma norma, si uno de los miembros era humillado, se humillaba a todo el clan. Y eso es lo que en realidad le molesta al abuelo. Una de las chicas con las que tienes problemas es Elsa Bisiak. Y los Pekar estamos enfrentados con los Bisiak. El tío de Elsa es un fanático y un enemigo declarado mío. Lleva cuatro años intentando que dimita del Centro Cultural. Para el abuelo, si te humillas ante Elsa, es como si me humillaras a mí ante su tío, como si humillaras a todos los Pekar frente a los Bisiak.

—¿Y esto me lo cuentas para tranquilizarme, papá?

—Lo que trato de decirte es que las normas con las que piensa el abuelo son arcaicas y no se pueden aplicar en Estados Unidos. Si vas a hablar mañana con Elsa Bisiak, no me estarás humillando a mí ni al resto de la familia. El abuelo no puede tomar esa decisión por ti.

¡Pero vaya si la tomó!

Después del discurso que me soltó, no podría haber vuelto a mirarlo a la cara si no hubiera seguido su consejo. Me preocupaba mucho más la posibilidad de decepcionarle a él que lo que me pudieran hacer Elsa y Nina juntas.

Por suerte el asunto se resolvió bastante rápido y las cosas se desarrollaron punto por punto como había previsto el abuelo. Yo fingí que los ataques de Elsa y Nina no me afectaban, y al cabo de unos días me dejaron en paz. De cara a sus amigos, pretendieron que no valía la pena perder el tiempo ocupándose de una niñata como yo. A pesar de ello, muchos en el colegio comprendieron que mi firmeza las había descolocado. Fui la vencedora indiscutible de aquel enfrentamiento y, por increíble que parezca, me convertí en una chica popular de verdad. Fue como si la gente descubriera de repente algo en mí que no había visto antes, y que ese algo les gustara. Fuera donde fuera, me veía rodeada de sonrisas amables y todos me saludaban. Era genial.

Encima, cuando iba por la calle con mi padre, era imposible avanzar una manzana sin que alguien nos parara para darle las gracias. Muchos habitantes de Little Tavaría habían perdido a familiares y a amigos a manos de la Hienas de Kiril y sentían una inmensa gratitud hacia él por haberle capturado. Algunos le contaban cómo habían sido asesinados sus parientes durante la guerra. Mi padre conocía de memoria aquellas historias porque había entrevistado a fondo a toda aquella gente, pero siempre los escuchaba con respeto hasta el final. Aquellas escenas me emocionaban y me hacían sentir muy orgullosa de mi padre.

Fueron unos meses increíbles.

Durante ese tiempo, la captura de Kiril pasó a ocupar el tercer puesto en mi lista de las mejores cosas que me han sucedido en la vida, después de ser una Pekar y haber nacido en Little Tavaría. Sin embargo, no tardaría en saltar no solo de esa posición, sino de la lista. De haber tenido una lista negra, creo que habría pasado a encabezarla.

Cuando se conoció la noticia de que Kiril había sido detenido en el rancho de Utah, todo el mundo salió a la calle a celebrarlo. Durante varios días el barrio fue una fiesta: las ventanas se llenaron de banderas, estallaban petardos a todas horas, los conductores hacían sonar las bocinas, la gente descorchaba botellas de champán... El segundo día, una anciana dejó la fotografía enmarcada de su hijo, que había sido asesinado en la guerra, apoyada contra la fachada del Centro Cultural. Fue un gesto de agradecimiento hacia mi padre. Otros vecinos la imitaron. Muy pronto, los retratos de los muertos daba la vuelta a la manzana y frente a ellos la gente depositaba

a diario miles y miles de flores. Fue muy impresionante. La imagen salió en todos los telediarios del país y en periódicos de medio mundo. Por supuesto, yo también me dejé llevar por la euforia y disfruté de la fiesta como la que más, sin sospechar que mi vida no tardaría en dar un vuelco. Aquella explosión de júbilo hizo que mi padre cayera en la cuenta de que todo en mi vida era távaro y que vivía en un ambiente demasiado marcado por la guerra. Y le pareció un error.

Así que me cambió de colegio sin ni siquiera consultármelo.

Capítulo siete

Más adelante supe que mi padre ya había decidido cambiarme de colegio cuando apareció en el *show* de Eddy Glenn. Si no me informó enseguida fue porque quiso que disfrutara de mi último trimestre allí. Y yo, como una imbécil, me pasé aquellos tres meses en una nube, creyéndome la dueña de mi destino, imbatible, hasta que mi padre me demostró lo equivocada que estaba.

Me comunicó su decisión el primer día de vacaciones.

Habíamos cenado una pizza en casa delante de la tele, los tres solos, mi padre, mi hermano y yo. Yo estaba exultante. Esa misma mañana me habían dado las notas y no había suspendido ninguna asignatura. Ante mí se presentaba un verano maravilloso, por estrenar, lleno de posibilidades y todo mío. Cuando acabó la película, ayudé a mi padre a recoger. Al entrar en la cocina, se volvió hacia mí con una expresión que no auguraba nada bueno.

—Escucha, Anna —dijo—, hay algo que debes saber. He estado buscando una forma delicada de decírtelo y no la he encontrado, así que perdóname si soy demasiado directo... El curso que viene irás a otro colegio.

La noticia era tan inesperada, tan injusta, tan retorcida, que no fui capaz de decir nada, simplemente aflojé las manos y los platos que cargaba se hicieron pedazos a mis pies. No los dejé caer adrede, se me escurrieron de entre los dedos. Pero aquel gesto reflejaba tan bien lo que opinaba, que no consideré necesario añadir nada más.

Salí de la cocina y me encerré en mi cuarto pegando un portazo.

Fue el primer asalto de un enfrentamiento que duró la mayor parte del verano.

Para mí era un combate a vida o muerte. Ni siquiera consideré la posibilidad de salir derrotada. Iba con todo. Si había que recurrir al juego sucio, no lo dudaba.

Me pasé dos semanas sin dirigir la palabra a mi padre, inicié una huelga de hambre, y llegué a gritarle en público que tras diez años persiguiendo a Kiril se le había contagiado su carácter tiránico y arrogante, que no había tanta diferencia entre él y el asesino de nuestra familia. Pero toda mi furia, mis ataques y mis intrigas se estrellaban una y otra vez contra su serena determinación. Solo logré hacerle perder los nervios cuando, tras amenazarle con escaparme de casa, me pasé dos días escondida en el desván de nuestro edificio. Esa vez se asustó en serio. No obstante, ni eso le hizo recapacitar. Lo único que conseguí fue que me castigara.

Acudí a los abuelos y a las tías en buscas de apoyo.

El abuelo Josef me dijo que aquella era una decisión de papá y que, a pesar de que no la compartía, no tenía más remedio que acatarla. Las tías sí que intercedieron por mí, aunque tampoco sirvió de nada. La abuela me recomendó que tratara de discutir el asunto con mi padre de forma serena, de adulto a adulto, sin gritos ni insultos. Y juro que lo intenté. Fui a hablar con él con la mejor disposición. Le expuse con mucha calma los motivos por los que quería seguir en mi colegio, y le prometí que estudiaría más. Fue inútil. Él me repitió que en Little Tavaría vivía en un ambiente demasiado mediatizado por la guerra y que debía conocer otras realidades para poder elegir en el futuro. Me exasperaba. Si había aceptado ir a hablar con él era para

convencerle, no para que él me convenciera a mí. Y lo que acabó de sacarme de quicio fue que me dijera que aunque ahora me pareciera algo terrible, acabaría por agradecerse.

En mi desesperación, caí tan bajo como para exigirle que, si me cambiaba de colegio, tenía que cambiar también a mi hermano. Y eso era muy rastrero. Matja es un niño de una timidez casi enfermiza. En nuestra escuela nunca había tenido problemas porque estaba muy arropado por todos los Pekar. Pero hubiera sufrido un auténtico calvario en un entorno desconocido. Aun así, no dudé en utilizarlo.

—Tú hermano aún es pequeño —me contestó mi padre ante mi insistencia.

—¿Quiere eso decir que lo cambiarás cuando cumpla catorce años?

—No lo sé, ya veremos.

—Ya veremos, no, papá. Quiero una respuesta ahora.

Yo intuía que no tenía ninguna intención de cambiarlo de escuela y le estaba retando a mentirme. Sabía lo importante que era para él decir la verdad.

—No, no creo que cambie a Matja —admitió por fin.

Era la contestación que deseaba oír.

—¿Y por qué a mí sí y a él no? Para pasarte todo el día hablando de derechos humanos, tienes un concepto de la justicia bastante particular. ¿O es que el ambiente de Little Tavaría solo es perjudicial para mí?

Mi padre respiró hondo antes de hablar.

—Tu hermano necesita que lo protejamos, Anna —dijo—. Lo sabes muy bien. Crecer sin una madre le afectó mucho y ha marcado su carácter. Tú, en cambio... —hizo una pausa—, tú encontraste la forma de suplirla. Te volcaste con el resto de la familia, con las tías y la abuela...

Sus palabras me hirieron profundamente, sobre todo aquella pausa, ese breve titubeo. Tuve la sensación de que había estado a punto de decir que a mí me había traído sin cuidado la muerte de mamá, pero que había conseguido rectificar a tiempo. Y si me dolió tanto, fue porque era cierto.

—¡Tú no tienes ni idea de cómo me afectó a mí la muerte de mamá! —le grité y corrí a encerrarme en mi cuarto, llorando a moco tendido.

Mi padre vino a disculparse conmigo, habló a través de la puerta, y en su voz se le notaba apesadumbrado, lo que, lejos de consolarme, hizo que me sintiera aún más mezquina.

A partir de ese día, mi determinación se desinfló.

Dejé de luchar con uñas y dientes, y comencé a aceptar que no tenía ninguna oportunidad contra mi padre. Aquel era el hombre que había seguido incansable durante más de una década una línea de investigación que mucha gente consideraba absurda y que los servicios secretos de los países más poderosos del planeta habían desechado, y el único fundamento que había tenido para seguir adelante era su convencimiento de que él estaba en lo cierto y el resto del mundo se equivocaba. El tiempo le había dado la razón. Había capturado a Kiril Demjanko. Él solo, con una terquedad a prueba de bombas. Y ahora ese mismo hombre estaba convencido de que lo mejor para mí era cambiarme de colegio. ¿Qué posibilidades tenía contra él?

Volví a salir de nuevo con mis amigos. Seguía muy enfadada con mi padre, pero, al menos, conseguí salvar las últimas semanas de aquel fatídico verano.

Capítulo ocho

Mis compañeros del nuevo colegio eran simpáticos y me acogieron bien, pero no llegué a integrarme. Yo solo pensaba en volver al barrio. Durante los recreos, me encerraba en la biblioteca a adelantar los deberes todo lo que podía; así tenía más tiempo libre para mis amigas. Y en cuanto sonaba la campana de la última clase, salía disparada. Mi ansiedad era tal que, si perdía el autobús, volvía a pie. Cruzaba la vía del tren y acortaba por los descampados. Sabía muy bien que caminando tardaba más que si hubiera cogido el siguiente autobús, pero aun así era incapaz de quedarme en la parada esperando. La impaciencia me podía.

Con mis amigas me seguía llevando de maravilla. A pesar de que siempre estábamos hablando de compañeros y profesores que ya no eran los míos, no me sentía desplazada. Al contrario. Aquellas charlas me permitían mantenerme al día de mi antigua vida y seguir de alguna manera conectada con ella. Y mis amigas estaban determinadas a que el cambio de colegio no afectara en nada a nuestra amistad.

Lo que llevaba peor era que ya apenas veía a Danylo.

Danylo no es un primo cualquiera; es mi mejor amigo. Hasta entonces habíamos sido inseparables. De bebés nos daban de comer juntos, nos sacaban a pasear juntos y nos ponían a dormir la siesta en la misma habitación. En casa todos recuerdan aún las rabietas que montábamos cuando nuestras madres intentaban separarnos. Y cuando de pequeños negociábamos con los demás primos los cambios de camas, era para poder dormir juntos. Nos pasábamos horas hablando en la oscuridad. En el colegio compartimos pupitre durante cinco años, y cuando los profesores se hartaron de nuestros cuchicheos y de nuestras risas y nos separaron, nos pasábamos las clases intercambiándonos papelitos. Por las mañanas, yo bajaba a desayunar a su casa, y luego íbamos juntos al colegio con los demás primos. Y si no hacía los deberes con Danylo era únicamente porque, cuando nos juntábamos, encontrábamos mil cosas más interesantes que hacer que estudiar. ¿Y quién creéis que me trajo comida y vino a hacerme compañía cuando en verano fingí escaparme de casa y me escondí en el desván? Sí, él. Así que cuando digo que éramos inseparables, quiero decir inseparables, literalmente. Danylo siempre había estado ahí. Era una presencia fija en mi día a día.

Y, de pronto, me cambiaron de colegio y desapareció de mi vida.

Ni siquiera le veía en el desayuno, ya que yo tenía que salir de casa tres cuartos de hora antes que mis primos. Para colmo, su equipo había ascendido a una estúpida liga regional y todos se tomaban el fútbol mucho más en serio, como si le fuera la vida en ello. Era una pesadez. Entrenaban cuatro tardes por semana; a veces, cinco, porque les daban charlas tácticas o les pasaban vídeos de sus adversarios. Y cada dos sábados se subían a un autobús, se iban a jugar por ahí, y no volvían hasta muy entrada la tarde, o ya de noche.

Yo detestaba no poder pasar más tiempo con Danylo.

Y lo más duro era que mi ausencia no parecía haberle afectado lo más mínimo a él.

Por lo que me contaban mis amigas, seguía siendo el Danylo de siempre: gamberro,

divertido, contagiando buen humor a su paso. Cuando nos encontrábamos, era muy cariñoso conmigo, pero él era así con mucha otra gente. Sentí que yo no era tan importante para él como él lo era para mí. Y eso me dolió muchísimo... Porque yo..., en fin..., supongo que ya os lo habéis imaginado... Yo, Anna Malnik, estoy perdidamente enamorada de Danylo... Es un secreto. Y si os lo cuento a vosotros ahora es únicamente para que comprendáis por qué me comporté como lo hice, y no penséis que no tengo escrúpulos.

Recuerdo perfectamente el instante en que averigüé que estaba enamorada de él. Fue el día en que hicimos de señuelo para los Miedicas.

Habíamos salido de la estación y caminábamos por los descampados hacia la loma donde sabíamos que nos estarían esperando esos cobardes. Para mí todavía se trataba de un juego. Danylo seguía siendo mi amigo del alma. Al llegar a los pies de la loma nos detuvimos y me volví hacia él. Y fue entonces, al mirarle a los ojos, metida en mi papel de novia, cuando me estremecí de pies a cabeza y noté cómo el mundo se borraba a mi alrededor. Si los Miedicas no se hubieran lanzado en ese instante sobre nosotros, me temo que no hubiera podido evitar besarle con toda mi alma.

Durante un par de días jugué con la idea de que quizás me correspondía, pero él me demostró que no era así. ¿Recordáis que por nuestro comportamiento con los Miedicas nos concedieron la medalla al valor del Club? Bien, pues para mí esa medalla representaba lo que habíamos vivido juntos aquella tarde. Durante los siguientes días, me encontré varias veces contemplándola, la acariciaba, me la acercaba a la nariz y aspiraba el leve olor a pegamento que todavía desprendía; y en cada ocasión sentía que el suelo temblaba bajo mis pies. Danylo, en cambio, dejó su medalla tirada por ahí, abandonada, y acabó por regalársela a Ewa, su hermana pequeña. Si le hubiera embargado aunque fuera una décima parte de la emoción que sentí yo al mirarle a los ojos, hubiera conservado la medalla como un preciado tesoro y no hubiera permitido que se convirtiera en un juguete más de su hermana. Ewa se prendió la medalla a la solapa de su chaqueta y la exhibía muy orgullosa por ahí. A todos les hacía mucha gracia, pero a mí me dolía tanto que lo hiciera, que acabé por robársela.

Todavía la conservo. Está en una caja de zapatos, en mi armario, sepultada bajo un montón de trastos y de jerséis viejos.

El caso es que tuve que aprender a convivir con el hecho de que Danylo no me correspondía.

A fin de cuentas, no era tan extraño que no estuviera enamorado de mí. Soy bastante simpática y, si tengo el día, puedo ser francamente divertida, pero nunca he destacado sobre las otras chicas por guapa (odio mi nariz y mis muslos) y la única vez que sobresalí, al derrotar a Nina y Elsa, no fue por méritos propios. La prueba es que bastó que mi padre me cambiara de colegio para que mi popularidad cayera en picado.

Danylo, en cambio, es perfecto.

Si le hubieran cambiado a él de colegio en vez de a mí, se habría hecho inmediatamente amigo de todo el mundo. Profesores incluidos. Lo tiene todo. Y no hablo así porque me ciegue el amor. Le podéis preguntar a quien queráis. Danylo es divertido, es valiente, es generoso, es inteligente, es guapo y siempre le están pasando cosas increíbles. No me refiero únicamente a que le guste meterse en líos, que es una de sus especialidades, sino a que le pasan cosas realmente increíbles. Es como si tuviera una especie de magia.

Os pondré algunos ejemplos.

Cuando éramos pequeños, el tío Karol, que por entonces todavía estaba de novio con la tía Emma, nos invitó a pescar a algunos primos para ganar puntos frente al abuelo Josef y el resto de la familia. Éramos siete u ocho. Nos apretujó en el asiento trasero de su coche y nos llevó al

puerto deportivo. Nos instalamos en el espigón. Antes de repartir las cañas, nos dio una lección teórica de cómo se pescaba. Sobre todo insistió en que no acercáramos el sedal a las rocas para que no se nos enganchara el anzuelo. Nos obligó a repetirlo uno por uno en voz alta para asegurarse de que lo habíamos entendido.

Por supuesto, Danylo no tardó en desarrollar su propia teoría. Su razonamiento no carecía de lógica, al menos para un niño de ocho años. Pensó que, dado que los pescadores lanzaban los anzuelos lejos de las rocas, si él fuera un pez inteligente, iría a refugiarse precisamente allí. Y como los peces inteligentes sin duda vivían más que los peces tontos, los que se refugiaban en las rocas tenían que ser por fuerza más grandes. Y Danylo quería pescar un pez grande. Así que, en cuanto el tío le dio la espalda, acercó su sedal a las rocas y al poco se le enganchó. El tío Karol trató de liberarlo dando golpes secos con la caña en diferentes direcciones y acabó por romper el hilo, con lo que perdió el anzuelo y el plomo. En aquella época, aún trataba de disimular que era un tacaño delante de la tía Emma, así que se esforzó por mantener la calma. Aunque todos notamos que estaba muy enfadado. Le montó un nuevo sedal a Danylo y, antes de devolverle la caña, le hizo jurar que no se acercaría otra vez a las rocas. Evidentemente Danylo consideraba que su plan era demasiado bueno como para mantener su palabra. Tardó un minuto escaso en enganchar el anzuelo de nuevo, con el mismo resultado.

El tío se puso fuera de sí. Le arrancó la caña de las manos y le castigó sin pescar por desobediente. Los primos observábamos la escena de reojo, algo asustados y conteniendo la risa. Y es que hasta la tía Emma tenía dificultades para no soltar una carcajada. Luego, mientras nosotros nos cuidábamos de no acercarnos al sedal a las rocas, Danylo estuvo merodeando por ahí. Encontró un ladrillo, lo ató a una cuerda, lo sumergió en el agua y lo dejó allí un rato. Cuando lo sacó, había un pulpo agarrado al ladrillo. ¡Sí, un pulpo! Solo Danylo era capaz de pescar un pulpo con esa técnica.

Él es así. Le ocurren cosas que no le suceden a nadie más.

¿Cómo se explica si no que le haya tocado tres veces el primer premio en la tómbola del colegio en los últimos cinco años? Tres bicicletas de montaña. El año pasado, el director del colegio bromeó durante el discurso que precedió a la extracción de los números, y dijo que si le volvía a tocar la bicicleta a Danylo Pekar, llamaría a la policía para que investigara el caso. Aunque lo mejor es que no se quedó con ninguna de las bicicletas. Las regaló las tres, a amigos a los que les hacía más ilusión que a él. Danylo sigue usando la vieja bicicleta heredada de su hermano.

Nunca he conocido a nadie más generoso.

Hace unos años, en el colegio, establecieron un sistema para estimular la competencia entre los alumnos que consistía en dar una medalla a los que sacaban la mejor nota en cada asignatura, ganaban el concurso de redacción o se imponían en las diferentes pruebas de atletismo. Danylo siempre se llevaba un montón. No entiendo cómo lo conseguía. No es que estudiara mucho, pero él sacaba diez en todo. El caso es que el abuelo Josef prometió llevarse de viaje a un parque de atracciones al primo que consiguiera más medallas. Cuando acabó el curso, el abuelo anunció durante una reunión familiar que Marko había ganado el viaje gracias a sus cinco medallas y todos rompieron a aplaudir. Yo quedé desconcertada. Danylo había conseguido nueve. Iba a intervenir para decirlo cuando vi que Danylo, con gesto alarmado, me pedía que me callara. Entonces lo entendí: había escondido sus medallas para que su hermano mayor ganara, simplemente porque Marko llevaba tiempo soñando con ese viaje al parque de atracciones.

Ese es Danylo.

Aunque también tiene sus cosas malas, no creáis. A veces se comporta como un auténtico

irresponsable y te entran ganas de matarlo.

Recuerdo cuando Ogi, un compañero de clase, se quedó un fin de semana a dormir con nosotros porque a sus padres los habían invitado a una boda fuera de la ciudad. El padre de Ogi tenía un arco olímpico, con flechas de verdad, y una de esas grandes dianas de paja. Danylo se moría de ganas de probar el arco y decidió que aquella era su gran oportunidad. Ogi vivía en un edificio con una puerta trasera que daba directamente a los descampados de la vía del tren, con lo que no era del todo descabellado sacar la diana, disparar una cuantas flechas, y devolver todo el material a su sitio sin que nadie nos viera. Al principio Ogi se negó. Si su padre se enteraba, le iba a caer una buena bronca. Pero Danylo era demasiado persuasivo para el pobre Ogi. Le juró que iríamos con cuidado y que nadie se enteraría. Para que la cosa no se nos escapara de las manos, mantuvimos nuestros planes en secreto y solo fuimos a tirar al arco Ogi, Danylo, mi hermano y yo. Colocamos la diana delante de un pequeño promontorio, de forma que, si no dábamos en el blanco, las flechas se clavaran en la tierra. Así no había riesgo de herir a nadie ni de perder una flecha. Un edificio en obras nos mantenía al resguardo de las miradas indiscretas. Disparábamos por turnos. Por supuesto, Danylo siempre acertaba en el blanco, por lejos que se pusiera.

Todo podría haber ido como la seda... Pero cuando ya habíamos decidido dejarlo, Danylo, en un impulso, apuntó al cielo con el arco, lo tensó al máximo y disparó. No tuve tiempo de detenerle. La flecha ascendió en vertical, por encima de nuestras cabezas. Todos miramos hacia arriba, con la sangre palpitando en nuestras sienes, tratando de no perder de vista aquella flecha que enseguida desapareció en el cielo azul. Aterrados, echamos a correr en todas direcciones. Y entonces vi a mi hermano. Él no se había movido, estaba paralizado. Tuve un horrible presentimiento. Corrí hasta él y lo arrastré detrás de mí. Dos segundos más tarde, la flecha se clavó profundamente en el suelo, justo donde Matja había permanecido inmóvil. Me volví hacia Danylo dispuesta a arrancarle la cabeza. Él me miró y soltó esa risa suya como diciendo: «¡De la que nos hemos librado!». Y le perdoné. En ese mismo instante. Sin necesidad de que se disculpara o prometiera que nunca volvería a hacer algo semejante.

Es otra de sus grandes virtudes: que sabe hacerse perdonar.

En fin, no voy a extenderme más sobre Danylo. Supongo que queda claro por qué estoy loca por él. Es un tío increíble. Así que me sentí como una auténtica imbécil por no haber previsto algo tan obvio como que alguna de mis amigas se enamorara de él.

Capítulo nueve

Ni siquiera sospeché lo que mis amigas estaban tramando cuando empezamos a reunirnos en las gradas del campo de fútbol para ver entrenar a los chicos. Lo propuso Irena, y como ella salía con Aleksander, ni se me pasó por la cabeza que hubiera gato encerrado. Además, aunque estábamos a finales de noviembre y el viento barría inclemente aquella gradería, yo estaba encantada con la iniciativa, ya que luego volvíamos todos juntos caminando hacia casa, y así tenía ocasión de charlar con Danylo. A ratos, llegaba a sentir que nada había cambiado entre nosotros y eso me hacía feliz.

No me enteré de lo que estaba sucediendo hasta que una tarde Irena me agarró por el codo y me arrastró a los lavabos del campo de fútbol.

—¿Se puede saber a qué estás jugando? —me preguntó.

—¿Yo?

—Sí, tú. No te hagas la loca.

—No sé de qué me estás hablando...

—De Danylo. ¿De quién voy a hablar? No puedes seguir acaparándolo de esa forma. Al final voy a pensar que Olga tiene razón.

La miré atónita.

Ella escrutó mi rostro durante unos instantes y negó con la cabeza.

—¿En serio no te has dado cuenta? —dijo—. ¿En qué mundo vives, tía? ¿Por qué te crees que llevamos semanas pelándonos de frío en esas gradas? ¿No pensarás que lo hacemos por gusto? Olga está loca por Danylo.

—¿Olga...? —balbuceé.

—No quiere que te lo contemos, le da vergüenza. Se le ha metido en la cabeza que no la consideras lo suficientemente buena para salir con él y que por eso no te despegas de él, para no darles ocasión de estar a solas.

—Eso es ridículo...

—Lo mismo le he dicho yo. Así que vas a ir a hablar con ella y le vas a dar permiso para salir con Danylo.

—¿Que le dé permiso? —alcé la voz.

—No te cuesta nada...

—¡Tú estás loca!

—Es la única manera de acabar con esto, Anna.

—Ni lo sueñes. No pienso hacerlo.

—Lo vas a hacer o no te volveré a hablar en mi vida. Acompáñame.

Irena me sujetó por la muñeca y consiguió arrastrarme fuera del lavabo. Salimos al pasillo forcejeando y empujándonos, y nos encontramos de cara con las demás, que habían venido a buscarnos. Se quedaron mirándonos con los ojos como platos.

—¿Qué pasa? —preguntó Olga con voz temblorosa.

—Anna tiene algo que decirte —dijo Irena.

Yo me acaricié la muñeca, todavía furibunda, y apreté los dientes.

—Anna... —insistió Irena.

Alcé la mirada hacia Olga con ganas de pelea.

Unas lágrimas temblaban en sus ojos y tenía tal expresión de desamparo que me desarmó. No tuve más remedio que darle permiso para que saliera con Danylo. Sin embargo, Olga rompió a llorar y se alejó corriendo por el pasillo. Había entendido por qué nos peleábamos. Tuve que ir a consolarla y explicarle que, si me había resistido, era porque yo no tenía ningún derecho a decidir con quién podía salir o dejar de salir Danylo, que esa elección solo le correspondía a él. Y añadí que por supuesto tenía mi bendición. Sí, mi bendición. Al parecer esa fue la palabra que elegí. Y esta vez resulté convincente, porque Olga me abrazó.

Lloraba de nuevo, pero ahora de alegría.

Durante las siguientes dos horas me estuvo detallando por qué creía que Danylo la correspondía. Reprodujo palabra por palabra conversaciones que había mantenido con él en las últimas semanas. Me describió cada sonrisa y cada mirada que habían intercambiado. Me contó cómo la agarraba en clase de gimnasia cuando les tocaba hacer un ejercicio juntos, y hasta me enseñó un dibujo muy cursi que Danylo le había hecho de dos cisnes que formaban un corazón con sus cuellos.

Fue atroz.

Yo la escuchaba con una sonrisa dibujada en el rostro, pero cada uno de aquellos detalles eran como una cuchillada que me desgarraba por dentro. Y, para rematarlo, cuando los chicos salieron del entrenamiento, tuve que quedarme rezagada para que Olga pudiera hablar a solas con Danylo.

No pude apartar la mirada de ellos. Caminaban unos metros por delante de mí. En sus gestos, en la forma en la que sus cuerpos se rozaban, como por casualidad, en sus risas, en cada uno de sus ademanes, veía la confirmación de lo que me había contado Olga.

De mis amigas, Olga es la que tiene el corazón más grande, la más buena, la más dulce, y es muy difícil odiarla. Pero juro que en ese momento la odié con toda mi alma.

Aguanté aquel suplicio un día más.

Luego, me desmoroné.

No me sentí capaz de seguir disimulando. A mis amigas les dije que tenía exámenes y desaparecí. Del colegio, iba directa a la oficina de mi padre, en el Centro Cultural Távaro. Él trabajaba siempre hasta tarde, y durante años estuve yendo a hacer los deberes allí como mínimo un par de veces por semana, hasta que yo rompí la costumbre a principios de ese curso; era mi forma de demostrarle que no le había perdonado que me cambiara de escuela. Pero ahora no podía soportar quedarme sola en casa y volví al despacho.

Irena me llamaba cada día para darme el parte de los avances de Olga. Así lo llamaba: «el parte». Y siempre tenía algo doloroso que contar. Ella no era consciente del daño que me hacía, pero al menos, por teléfono, yo únicamente tenía que disimular mi voz, y no me veía obligada a sonreír como una estúpida. Y, por fin, llegó el día que tanto había temido. Irena me llamó muy excitada una mañana, durante el recreo, y me informó de que la cosa estaba a punto de caramelo. Iba a suceder esa tarde. Los padres de Aleksander estaban fuera, así que después de entrenar, iban a ir todos a su casa. Poco a poco, la gente se iba a ir yendo, y se iban a quedar solos Irena, Aleksander, Olga y Danylo.

—Aleksander y yo desapareceremos y dejaremos que la naturaleza haga el resto —dijo.

Tal como colgué el teléfono, fui al despacho de la directora. Le expliqué que me encontraba mal y que quería irme a casa. No tuve que fingir. Al ver mi cara, se asustó tanto que me costó convencerla de que no era necesario que llamara a mi padre para que pasara a recogerme.

Capítulo diez

Estuve deambulando por los descampados de la vía del tren.

Paseé por los escenarios de mi infancia, que todavía no habían desaparecido bajo las nuevas edificaciones. Me detuve en lo alto de la pendiente donde solíamos hacer las «carreras locas». Al fondo se veían varios neumáticos. Bajé a por uno. En un exceso de ingenuidad, miré si alguno conservaba un número marcado a tiza en el lateral. Elegí el que estaba en mejor estado y lo cargué hasta arriba. Tras hacer un rápido estudio del terreno, lo impulsé con fuerza por la pendiente. Llegó abajo esquivando todas las piedras limpiamente, sin siquiera tambalearse. Me gustó comprobar que mis habilidades continuaban intactas.

Más allá, se extendía una zona urbanizada. Las calles ya estaban asfaltadas y con aceras, pero muchas solo delimitaban solares llenos de hierbajos y de basura. Era donde se había alzado la loma de los Miedicas, ahora aplanada. Fui incapaz de localizar su antigua ubicación. El lugar donde me había enamorado de Danylo ya no existía.

A medida que me acercaba a la vieja estación de tren, había más y más casas. La mayoría habitadas. El edificio de la estación era el mismo, pero lo habían reformado y convertido en un bloque de viviendas. Habían abierto más ventanas y lo habían pintado de amarillo. En la parte posterior habían construido un jardín comunitario, con una piscina y todo. Y allí estaban los cipreses. Me iba a acercar a recoger algunas bolas, pero vi que una mujer me vigilaba desde una ventana y seguí mi camino.

Atravesé un barrio nuevo, con tiendas de comestibles, peluquerías, parques infantiles, bares, academias de idiomas y autoescuelas. Sentía que mi felicidad yacía ahí, bajo toneladas de cemento armado y alquitrán. Aceleré el paso para llegar cuanto antes a los descampados que todavía quedaban, los más alejados, en los que nos habíamos aventurado en contadas ocasiones. Volver a caminar entre hierbajos, pedruscos y basura no me reportó alivio. Al contrario. Cada vez me costaba más respirar. Reuní unas cuantas botellas de cristal y las coloqué en fila. Era un gesto forzado, un intento por recuperar unas sensaciones que se habían escapado para siempre. Recogí piedras y empecé a lanzarlas contra las botellas, pero las lágrimas me nublaban la vista y me impedían apuntar bien.

Me dejé caer de rodillas en el suelo y rompí a llorar.

Luego, caminé siguiendo la vía del tren, alejándome más y más del barrio, hasta que las piernas empezaron a pesarme. Me colé en las obras de un edificio y me senté a contemplar cómo se ponía el sol. Tiritaba. Danylo ya estaría entrenando. Muy pronto irían todos a casa de Aleksander. Me puse en pie. Al abandonar la obra me di cuenta de que había perdido mi mochila con los libros de texto, pero no me importó.

Tardé más de una hora en volver al barrio.

Avanzaba como anestesiada, los oídos me zumbaban y solo deseaba que aquel día terminara de una vez. Si Danylo iba a acabar con Olga, prefería saberlo cuanto antes. Aquella incertidumbre me estaba matando. Necesitaba algo sólido a lo que enfrentarme, por doloroso que

fuera. Al doblar la esquina de mi casa, una voz familiar me habló:

—Por fin.

Alcé la vista y el corazón me dio un vuelco. Danylo estaba sentado en las escaleras de nuestro edificio y me sonreía.

—¿Sabes ese cable que te dan cuando te compras un móvil? —dijo viniendo a mi encuentro—. Uno que lleva un enchufe en un extremo. Pues sirve para cargar la batería. Es bastante útil. Deberías probarlo. Así, si alguien te quiere localizar, puede hacerlo.

Saqué mi teléfono del bolsillo y lo examiné, como si no supiera que lo llevaba apagado. Lo hice únicamente para esquivar la mirada de Danylo.

—Debo de haberme olvidado de encenderlo al salir de clase —dije.

—¿Estás bien?

—Un poco cansada... —le contesté—. ¿Tú no deberías de estar entrenando?

—Ayer me torcí un tobillo y he preferido no forzar... Te esperaba. Han montado una especie de fiesta en casa de Aleksander y no sabía si te habían avisado.

—Me lo ha dicho Irena, pero no puedo ir...

—Vente un rato. Hace días que no nos vemos.

—No puedo. Tengo exámenes.

—¿Desde cuándo te importan a ti tanto los exámenes? —rio.

—Desde que quiero aprobar —respondí—. No todos tenemos tu facilidad para sacar buenas notas.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Que te diviertas...

Subí las escaleras del edificio notando su mirada fija en mí. Las manos me temblaban. No conseguí introducir la llave en la cerradura del portal y acabó por caérseme el llavero al suelo. Me agaché a recogerlo.

—¿Te he hecho algo? —me preguntó Danylo.

Me volví hacia él. Seguía ahí plantado, con los brazos caídos y serio.

—No —le contesté.

—Si estuvieras enfadada conmigo, me lo dirías, ¿verdad?

—Sí...

Él asintió y me dio la espalda.

Y, entonces, al ver que se alejaba, algo estalló en mi interior. Sentí que si le dejaba marchar, le perdería para siempre. No fue algo premeditado. Noté que me ahogaba y me encontré pronunciando aquellas palabras en voz alta para retenerlo. Fue lo primero que se me ocurrió.

—Un ureno se ha instalado en el barrio...

Danylo se detuvo en seco y volvió sobre sus pasos.

—¿Un ureno? ¿En Little Tavaria?

—Shhh... Baja la voz.

Me reuní con él. Tenía ese brillo en los ojos, tan arrebatador como peligroso. Intuí que acabaríamos metidos en un buen lío, pero no me importó.

Le expliqué que la tarde anterior mi padre había recibido una visita en su despacho. Yo estaba estudiando allí. El hombre mencionó que un ureno había alquilado una casa en el barrio y se calló de golpe. Supongo que mi padre le pidió con un gesto que no hablara del tema delante de mí. Noté que los dos me miraban. Yo fingí no darme cuenta y seguí con la vista clavada en mi

libro, pero me mantuve atenta. No conseguí entender gran cosa, porque hablaron en susurros y apenas intercambiaron unas palabras más, pero vi de reojo cómo ese señor le entregaba una nota de color azul a mi padre, y oí cómo mi padre abría y cerraba el cajón de su escritorio. Tanto Danylo como yo estábamos convencidos de que en aquel trozo de papel debía de estar escrita la dirección del ureno.

—Tenemos que conseguir esa nota —dijo Danylo.

—Es muy posible que ya no esté allí.

—Solo hay una forma de averiguarlo. ¿Vamos a por ella?

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

Me miró a los ojos y yo asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Nos escondimos en el callejón que hay frente al Centro Cultural, detrás de unos contenedores de basuras. Desde ahí se veían las ventanas del despacho de mi padre, en el primer piso. Las luces todavía estaban encendidas, así que nos sentamos en una caja de madera a esperar. Danylo había puesto su móvil en silencio. Recibió tres llamadas de Aleksander, casi seguidas. Las dos primeras no las contestó, porque me estaba intentando convencer de que su plan de acción era mejor que el mío y no quiso que le interrumpieran. Con la tercera, le vi dudar.

—¿Vas a contestar? —le pregunté—. No le digas que estoy contigo, ¿vale?

Me miró extrañado.

—No se lo digas, por favor... —me sonrojé—. No quiero que nadie lo sepa. Le he dicho a Irena que no podía ir a la fiesta porque tenía exámenes.

Bajó la vista a su teléfono y lo apagó. Me sentí fatal. Fui consciente de que le estaba jugando una mala pasada a Olga. Aunque al mismo tiempo me dije que no se me podía recriminar nada. Había intentado dejarle el camino libre. Había antepuesto su felicidad a la mía. De no haberme encontrado a Danylo esperándome en las escaleras de nuestro edificio, yo nunca habría hecho nada para evitar que fuera aquella tarde a casa de Aleksander.

La abuela habría dicho que era cosa del destino.

Así que seguí discutiendo el plan con él. Lo más sencillo hubiera sido que me encargara yo de todo. Si le decía al portero que me había olvidado un libro en el despacho de mi padre, me dejaría subir. Podía buscar la nota azul, copiarla en un papel y salir de ahí con total impunidad. Nadie sospecharía nada. Pero lo sencillo estaba reñido con Danylo, sobre todo cuando él quedaba excluido de la acción. Finalmente cedí y nos decidimos por la opción más complicada. A fin de cuentas, para mí no se trataba de conseguir la dirección del ureno, sino de hacer una locura los dos juntos.

Capítulo once

Por fin se apagaron las luces del despacho de mi padre, pero este tardó aún diez minutos en salir del Centro Cultural. Le acompañaba Mike Peterson, el detective que trabajaba para él, un tipo enorme, con el pelo rapado al cero, y muy simpático. Caminaron juntos hasta un coche que estaba aparcado a media manzana. Mike abrió la puerta, aunque no se subió enseguida. Estuvieron charlando un rato más.

—¿Desde cuándo vuelves a estudiar en su despacho? —me preguntó Danylo mientras tanto.

—Desde hace unos días, ¿por qué?

—¿Ya le has perdonado?

Tuve que meditar la respuesta.

—Supongo... —dije.

Cuando mi padre se despidió de Mike, se alejó en dirección a casa.

Cruzamos la calle y entramos en el Centro Cultural.

Drago, el portero, nos saludó y me dijo que mi padre se acababa de marchar. Le contesté que no había ido a verle a él y le di las gracias. Pasamos por delante de la escalera que conducía a la primera planta. Un simple cordón impedía el paso. No había nadie a la vista, así que hubiéramos podido perfectamente saltarlo y subir a la oficina de mi padre, pero no teníamos ninguna garantía de que de bajada no nos sorprendiera alguien. Y habría sido demasiado fácil para Danylo. Seguimos hacia la sala grande de la televisión. El lavabo de hombres estaba situado a mitad del amplio pasillo. Nos detuvimos frente al cartelón de anuncios y fingimos consultarlo, hasta que el lugar quedó desierto. Danylo abrió entonces la puerta del lavabo, se asomó dentro y me indicó con la mano que me apresurara. Cruzamos a toda velocidad hasta el váter de minusválidos y nos encerramos dentro. Danylo se acababa de subir a la taza del váter y había abierto la ventana cuando alguien entró en los servicios silbando. Nos quedamos los dos inmóviles. Los pasos se acercaron. Los urinarios estaban justo al lado. Pude oír con demasiada nitidez cómo el hombre se bajaba la cremallera del pantalón, y el ruido del chorro de orina al chocar contra la loza. Me mordí el labio y mantuve la vista clavada en el suelo. Sabía que si cruzaba la mirada con Danylo, no podría contener un ataque de risa.

Cuando el hombre se fue, Danylo se agarró a la parte superior del marco de la ventana y, pasando primero las piernas por el hueco, saltó al estrecho patio de luces. Yo le seguí. Desde aquel patio, se podía subir a los lavabos del primer piso trepando por el bajante. Ya lo habíamos hecho en tres ocasiones, de pequeños, un verano en que nos dio por jugar a policías y ladrones en el Centro Cultural. Estaba prohibido esconderse en el primer piso y eso era lo que lo hacía más divertido. Nos quedábamos en los lavabos de arriba, mientras los que actuaban de policías se volvían locos buscándonos por la planta baja. Cuando ya habían mirado en todos los rincones, subían convencidos de que habíamos hecho trampas y estábamos en el primer piso. En cuanto los oíamos acercarse, nos descolgábamos por el bajante, nos colábamos de nuevo en el lavabo de la planta baja, salíamos al pasillo y corríamos a liberar a todos los ladrones que ya habían

capturado. Nunca averiguaron cuál era nuestro truco.

El único problema era que de aquello habían pasado casi cinco años. Entonces éramos unos críos. Temí que los bajantes no aguantaran nuestro peso, pero me reservé mi opinión. Sabía que ningún argumento haría retroceder a Danylo. Subió él primero. Al llegar a la altura del váter, empujó la ventana con la palma abierta. Casi deseé que estuviera cerrada, pero cedió sin oponer ninguna resistencia. Danylo se metió de cabeza por el hueco. Sus piernas quedaron unos instantes asomando por fuera, en precario equilibrio, y de pronto se elevaron bruscamente en el aire y desaparecieron dentro del lavabo. Sonó un fuerte golpetazo. Temí que se hubiera hecho daño, pero enseguida me llegó el sonido ahogado de su risa. Al momento, asomó la cabeza. Tenía la mano apoyada sobre una ceja con una mueca a medio camino entre el dolor y la risa.

Yo trepé hasta más arriba de la ventana para poder meter las piernas antes que el tronco. Danylo me ayudó desde dentro y durante unos instantes nos encontramos abrazados en lo alto de la taza del váter, cara a cara. Me agarraba por la cintura y sonreía, mirándome a los ojos. Noté que me faltaba la respiración.

—¿Se nota mucho? —me preguntó.

—¿El qué...? —conseguí decir.

—El golpe de la ceja...

Negué con la cabeza, le solté y abrí la puerta del cubículo.

A esa hora, la biblioteca ya estaba cerrada y las posibilidades de encontrarse con alguien eran mínimas. Nos asomamos al pasillo. A través de la escalera principal nos llegaba suficiente luz como para desplazarnos sin tropezar con nada. Caminamos hacia allí. El suelo de madera crujía levemente. Al llegar a la altura de la escalera, nos detuvimos y escuchamos. Era el único tramo delicado. Desde abajo nos podían ver. No se oían voces. Cruzamos por delante de la escalera corriendo y agachados, y llegamos a la oficina de mi padre. La puerta no estaba cerrada con llave. Mi padre no lo consideraba necesario. Su ordenador portátil y los documentos importantes los guardaba cada noche en la caja fuerte.

Las farolas de la calle alumbraban el despacho.

Me coloqué detrás del escritorio y abrí el cajón donde creía que había guardado la nota. Allí estaba el papelito azul. Encima de todo. En efecto, era una dirección. Casi me desilusionó que hubiera sido tan fácil conseguirla. Me entretuve un poco en copiarla porque no había forma de encontrar un bolígrafo que funcionara. Al final tuve que utilizar un lápiz. Danylo tomó el libro donde aparecía la fotografía de mi otro abuelo, el de sangre, muerto sobre una pila de cadáveres, y lo estuvo hojeando.

—Página diecisiete —le dije en un susurro.

—Lo sé. Estaba pensando en la carpeta con fotos de fosas comunes.

—No la he vuelto a ver. Ahora mi padre guarda los papeles importantes en la caja fuerte del sótano.

Me coloqué junto a Danylo para contemplar la foto. De niños nos habíamos colado unas cuantas veces en el despacho para verla, a veces los dos solos, a veces con mis primos o con mi hermano. Me estremecí, como me sucedía siempre. Aunque la expresión de mi abuelo biológico era serena, aquellos cortes y las quemaduras de cigarrillos que tenía por todo el cuerpo indicaban que había sufrido un verdadero calvario antes de morir.

—Vamos —dije.

Danylo asintió y cerró el libro.

Cuando lo fue a devolver a la estantería, vaciló. Había varios huecos. Lo colocó junto a una

guía turística de Turenia.

—¿Seguro que estaba ahí? —le pregunté.

—Seguro.

—Hay que dejarlo todo exactamente como lo hemos encontrado.

—No te preocupes.

Acabábamos de salir del despacho, cuando oímos uno pasos subiendo las escaleras, pesados y lentos. La sala de reuniones estaba abierta. Nos metimos en ella con mucho sigilo y nos escondimos detrás de la puerta. La luz del pasillo se encendió y los pasos se alejaron en dirección a la biblioteca. En su cadencia cansina, reconocimos a Drago y su tos bronca nos confirmó que en efecto era él. Aguardamos. Oíamos pequeños ruidos lejanos que no conseguíamos identificar, hasta que sonó la música característica que indicaba que acababa de encender un ordenador. Danylo se asomó al pasillo con cuidado y, con un gesto de la mano, me indicó que le siguiera. Entendí lo que pretendía. Le retuve por el brazo y negué con la cabeza. Era demasiado arriesgado. Desde donde estábamos hasta los lavabos había por lo menos diez metros y los tendríamos que recorrer con las luces encendidas, sin contar con que el portero podía oír el ruido de la puerta del lavabo. Danylo acercó su boca a mi oído.

—Ha encendido un ordenador para consultar algo —me dijo en un susurro—. Por corto que sea, le llevará cinco minutos y estará concentrado en eso. Luego, será mucho más arriesgado.

Comprendí que tenía razón y empecé a seguirle, cuando me pareció oír algo. Nos detuvimos en seco. Otros pasos subían las escaleras, estos ágiles. Nos volvimos a meter con cierta precipitación en la sala de reuniones, y no pudimos evitar que el suelo crujiera. Quien fuera tardó pocos segundos en llegar hasta nuestra planta.

—¿Señor Drago? ¿Está usted ahí? —preguntó alguien.

Era la voz del nuevo chico de mantenimiento.

Esperó quieto a que le contestaran.

—¿Señor Drago?

A través de la rendija de la puerta vi su sombra en el suelo del pasillo, avanzando en nuestra dirección.

—¿Quién anda ahí? —la voz del portero sonó lejana.

El chico se detuvo a un par de metros de la sala de reuniones.

—Soy yo, Dino —dijo.

—¿Qué haces aquí? —el portero se acercaba—. Si ya has acabado, ve a sentarte a la entrada, anda. Yo bajo enseguida.

—Pasa algo raro con el lavabo de minusválidos.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba reponiendo los rollos de papel higiénico y he visto que estaba ocupado. No se oía ningún ruido dentro, así que he llamado a la puerta, pero no contesta nadie.

—¿Has insistido?

—Claro que he insistido. Si no, no hubiera venido a buscarle.

Los pasos del portero se detuvieron, había llegado a la altura de Dino. Sus dos sombras se confundieron sobre el suelo del pasillo.

—¿Estás seguro de que hay alguien?

—Está cerrado con pestillo.

—¿Crees que a alguien le ha dado un ataque dentro?

—O eso o es sordo.

—Acompáñame. Abriremos el pestillo con un destornillador desde fuera.

Empezaron a bajar las escaleras.

Me volví hacia Danylo. Estaba inmóvil, con expresión concentrada, pendiente de los pasos de Drago y Dino. De pronto, me agarró de la mano, me arrastró fuera de la sala de reuniones y corrimos por el pasillo. A la altura de la escalera me soltó y me indicó con la mano que bajara por ahí. Él siguió adelante. Comprendí lo que pretendía. Quería volver a colarse en el váter de inválidos antes de que abrieran la puerta con el destornillador. No tenía ninguna objeción a esa parte del plan. Lo que no sabía era cómo iba a conseguir bajar yo por las escaleras sin que nadie me viera. De abajo me llegaba una discusión sobre una partida de cartas. Alguien se había equivocado al descartarse y una mujer se lo recriminaba. Por la voz, creí reconocer a una amiga de mi tía. Tuve la seguridad de que, si me quedaba allí arriba, acabarían por descubrirme, así que yo también salí corriendo hacia los servicios.

Me asomé a la ventana a tiempo de ver a Danylo colarse dentro del váter de minusválidos. Escuché. No se oían voces, ni golpes. Me arriesgué y me descolgué por el bajante. Necesitaba avisar a Danylo de que estaba allí, para que me ayudara a salir del lavabo. Al llegar a la altura de la ventana, me asomé para advertirle de mi presencia. Estaba sentado en el váter, con los pantalones bajados, y se estaba ajustando los auriculares del iPod. Al verme, levantó el pulgar en señal de que todo estaba bajo control y me guiñó un ojo. Sonreía, radiante. Se lo estaba pasando en grande. Salté al patio de luces y esperé. El portero y Dino tardaron aún unos minutos. Sonaron tres fuertes golpes en la puerta.

—¿Ahí alguien dentro? —gritó Drago.

Danylo guardó silencio.

Me lo imaginé conteniendo la risa.

Cuando abrieron la puerta, Danylo lanzó un aullido. Drago también gritó. Se debió de llevar un buen susto. Y yo me tuve que morderme el puño para no reír.

—Por Dios, ¿cómo es posible que no nos hayas oído?

—¿Cómo dice...? —gritó Danylo.

—Quítate eso. Nos has dado un buen susto. Pensábamos que nos íbamos a encontrar a un muerto.

—Pues por el olor no será. Todavía no había empezado.

El portero soltó una carcajada.

—No puede ser —dijo Dino—. ¿De verdad has estado aquí todo el rato?

—¿A qué te refieres?

—Me he pasado cinco minutos esperando aquí fuera y no se oía nada.

—¿No había otro váter libre?

—Tenía que entrar a dejar un rollo de papel —contestó Dino, enfadado.

—Si tan urgente es, dámelo, ya lo dejo yo.

Me mordí el puño tan fuerte que al día siguiente seguía notándose la marca de los dientes.

—Anda, vamos —rio Drago—, el chaval querrá un poco de intimidación.

Cerraron la puerta y se fueron.

Salimos del Centro Cultural diez minutos más tarde, sin más percances.

Yo era feliz. Hacía mucho que no me sentía tan cercana a Danylo. De pronto, habíamos recuperado nuestra vieja complicidad. Me parecía inconcebible que solo unas horas antes hubiera

estado paseando por los descampados sintiéndome la chica más desgraciada del mundo. Tenía la sensación de que aquello había sucedido días atrás, o directamente en otra vida. Nos apresuramos en volver a casa. Ya eran casi las nueve, la hora límite que tenía Danylo para regresar. Mi tío se había puesto muy estricto con el tema de los horarios y era capaz de castigarle si llegaba un solo minuto tarde. Nos despedimos en su rellano y seguí subiendo hacia mi casa.

—Anna... —me dijo.

Me volví hacia él.

Todavía no había abierto la puerta.

—Puede que tú hayas perdonado a tu padre por haberte cambiado de colegio —siguió—. Pero yo no lo he hecho.

Aquellas palabras acabaron de inflamar mi corazón.

Mi padre y mi hermano ya habían cenado. Me habían dejado estofado. Me calenté un plato enorme en el microondas y fui a comérmelo con ellos, delante de la tele. Estaban viendo una comedia y cada tanto reían. Yo miraba hacia la pantalla, pero mi cabeza estaba muy lejos. Me sentía levitar. Había sido una tarde fabulosa. Y ahora sabía que a Danylo no le gustaba Olga. No porque hubiera renunciado con tanta facilidad ir a casa de Aleksander, que ya era un indicio claro, sino porque comprendí que él solo podría enamorarse de una chica que estuviera dispuesta a trepar por un bajante para ir a robar la dirección de un ureno. Y Olga era incapaz de hacer algo así.

Me fui a mi cuarto antes de que acabara la película.

Desde que mi padre me había comprado el móvil, a principios de aquel curso, lo usaba de despertador. Al dejarlo sobre la mesilla, me di cuenta de que seguía apagado. Lo encendí y vi que tenía media docena de llamadas perdidas de Irena. Me entró un ataque de pánico. La mayoría las había recibido durante la hora que había estado con Danylo en el callejón, esperando a que mi padre abandonara su oficina. Comprendí lo que había sucedido. Al ver que Danylo no se presentaba en casa de Aleksander y no contestaba a su móvil, Irena me había llamado a mí para preguntarme si sabía algo de él. Conociéndola, temí que hubiera deducido que estábamos juntos. Irena tenía un sexto sentido para esas cosas. Era medio bruja.

Y si mis amigas descubrían que yo era el motivo por el cual Danylo no había acudido a casa de Aleksander esa tarde, no me lo perdonarían nunca.

Capítulo doce

Mis temores eran infundados. Por una vez, a Irena le fallaron sus poderes de bruja.

Me llamó durante el recreo.

—Anna, no puedes quedarte día sí día también sin batería —me riñó—. Ayer te necesitábamos.

—¿Qué ha pasado?

—Danylo no se presentó.

—Ah.

—Tú no le hablarías de nuestro plan, ¿verdad?

—No... ¿Cómo está Olga?

—Fatal. ¿Cómo va estar?

Por lo visto, Aleksander comprendió enseguida que Danylo no se iba a presentar. Los demás fueron perdiendo las esperanzas a medida que avanzaba la tarde. Todos se esforzaron por mostrarse alegres, pero la cara de Olga era un poema y era imposible pasárselo bien. La gente empezó a marcharse, y Olga rompió a llorar, inconsolable. Por mucho que las chicas le decían que a Danylo debía de haberle surgido algo en el último momento y que esperara a sacar conclusiones, Olga no atendía a razones. Ella le había llamado para asegurarse de que acudiría a casa de Aleksander y, si no se había presentado, solo podía querer decir una cosa.

—Y mucho me temo que es cierto —concluyó Irena.

Noté que el corazón se me aceleraba.

—¿Qué quieres decir?

—¿Me juras que no le repetirás a nadie lo que te voy a contar?

—Claro.

—Si Olga se entera, se muere, ¿me oyes? Las demás tampoco lo saben.

—Seré una tumba.

—Aleksander consiguió hablar con Danylo ayer por la noche. Se ve que le insistimos tanto para que viniera a la fiesta, que se olió la encerrona. Por eso no vino, porque no soporta a Olga.

—¿No la soporta...?

—No, no la soporta. Hasta le pidió ayuda a Aleksander para quitársela de encima. Dice que, cada vez que se gira, se la encuentra allí, sonriéndole con cara de idiota, y que está harto.

—¿Qué le habéis dicho a Olga?

—Le hemos contado que Danylo está enamorado de otra chica.

—¿De otra chica? ¿De quién?

—De nadie, Anna. ¿Estás tonta? Es solo una excusa.

—Ya sé que es una excusa... Pero igual se trataba una excusa con nombre y apellido.

—No, le hemos dicho que no sabemos quién es. Y tú le dirás lo mismo. Seguro que te lo

pregunta. Oye, Anna, no sé cómo llevas los exámenes, pero si hoy tienes un rato, estaría bien que te vinieras. Olga lo está pasando muy mal y nos necesita a todas.

—Por supuesto, contad conmigo.

Y así fue cómo me encontré consolando a Olga.

Igual que días antes había tenido que disimular mi dolor, en esa ocasión disimulé mi alegría. No me sentía orgullosa de mi jugada, pero tampoco me sentía especialmente culpable. A fin de cuentas, Olga no estaba destrozada porque Danylo no se hubiera presentado en casa de Aleksander, sino porque Danylo no la soportaba. Y yo no tenía nada que ver en eso. Incluso se podría decir que le había hecho un favor a Olga al ahorrarle el mal trago de que la rechazara en persona.

Lo malo fue que Danylo volvió a desaparecer de mi vida.

Al fracasar el proyecto de romance entre él y Olga, ya no había motivo para que volviéramos a las gradas a ver cómo entrenaban. De hecho, durante la siguiente semana estuvimos evitando a los chicos. Encima, el tío había castigado a Danylo a volver directamente a casa después de los entrenamientos. No le dejaba recibir visitas. Ni mías. El tío le daba mucha importancia a la disciplina y en los últimos tiempos se había obsesionado con la falta de respeto que demostraba Danylo hacia cualquier autoridad; temía que acabara descarriándose. Danylo no era el más gamberro de la clase, pero como siempre daba la cara, parecía que estaba metido en todos los fregados. Por eso el tío le había impuesto unas normas que debía acatar. No eran muchas, pero tan ridículas y arbitrarias, que Danylo las incumplía de forma casi desafiante. En eso tenía muy poca perspicacia. Si le hubiera seguido un poco la corriente a su padre y hubiera fingido obedecerle, las cosas nunca hubieran llegado tan lejos...

Y luego estaba Mykhailo. Él sí que era un peligro.

Aunque a mí me encanta que Danylo tenga el mejor corazón del mundo, eso no siempre es bueno, ya que era capaz de meterse en un lío descomunal por ayudar un amigo. Y escogiendo a los amigos, no siempre demostró tener buen juicio.

El curso pasado habían admitido en el colegio a un chico bastante conflictivo: Mykhailo. La junta directiva decidió darle una oportunidad. Incluso mi padre, tras explicarme que tenía una situación familiar muy complicada, me pidió que hablara con mis compañeros para que hiciéramos un esfuerzo y se sintiera bien acogido. Más tarde descubrimos que le habían expulsado de su anterior colegio por meter a un compañero en un tonel y tirarlo cuesta abajo por una larga pendiente llena de brascos desniveles y piedras. Al pobre chico lo sacaron medio muerto. Mykhailo nunca contó por qué lo había hecho, pero daba a entender que había un motivo importante y que aquel compañero se merecía el castigo. Danylo le creyó. Los demás, no. Para mí Mykhailo era malo, y punto. Me dio muy mala espina desde el principio. Había algo en su mirada que te ponía los pelos de punta. En clase, todos procurábamos mantenernos alejados de él. Solo Danylo se hizo amigo suyo.

Si no expulsaron a Mykhailo tras el primer año fue únicamente porque no pudieron probar que estuviera detrás de los robos y de los actos vandálicos que se produjeron. Y no fueron pocos. Saquearon la despensa, robaron en el laboratorio de química, reventaron varias taquillas y desaparecieron media docena de móviles de alumnos... Danylo se indignaba cuando la gente señalaba a Mykhailo, pero para mí no había la menor duda de que era cosa suya. Nunca antes habían ocurrido cosas así en nuestro colegio.

La gota que colmó el vaso sucedió a principios de este curso, cuando yo ya no estaba en el colegio.

Al parecer, pillaron a Mykhailo jugando a baloncesto en la cancha de básquet, él solo y en

horario de clase. Cuando el profesor de gimnasia fue a comprobar cómo había conseguido la pelota, se encontró con que había reventado la cerradura del cuartito del material de una patada. Mykhailo aseguró que se lo había encontrado así, pero esta vez sus mentiras no le sirvieron de nada. Le expulsaron de inmediato. Mis antiguos compañeros se sintieron aliviados de librarse de él. Únicamente Danylo siguió defendiendo su inocencia. Era imposible razonar con él. Al final, le sugerí a Danylo que le preguntara si había roto la maldita puerta o no. A él le diría la verdad.

En buena hora le di el consejo.

Danylo le fue a ver a su casa y a la mañana siguiente se presentó en el despacho del director para decir que él había roto la puerta del cuartito del material. Todos se dieron cuenta de que lo hacía para exculpar a Mykhailo pero, ante su insistencia, no tuvieron más remedio que expulsarle una semana y readmitir a Mykhailo.

Cuando me enteré de lo que había hecho, me puse furiosa.

—¿Cómo te puedes dejar engañar por ese tío? ¡A veces pareces idiota!

—No me ha engañado.

—Te aseguro que Mykhailo rompió esa puerta.

—Lo sé. Él me lo dijo.

Quedé desconcertada.

—¿Entonces por qué le has dicho al director que fuiste tú?

—Tú no has visto la gente con la que anda. Ayer cuando fui a verle, en su casa había unos amigos de su hermano que parecían drogadictos. Te juro que pasé miedo. El colegio es el único sitio donde Mykhailo sigue en contacto con gente normal. Si le echan, acabará convertido en un delincuente o en algo peor.

El sacrificio de Danylo fue tan admirable como inútil.

Aunque le readmitieron, Mykhailo no volvió a pisar el colegio. Y Danylo acabó pagando un precio demasiado alto por aquel gesto, ya que a raíz de aquel asunto empezó a tener problemas serios en casa. Yo traté de interceder por él, fui a ver al tío y le expliqué el motivo por el que se había autoinculcado. Quería que entendiera que en realidad había sido una acción muy noble. Pero solo conseguí empeorar la situación. Para el tío era más preocupante que Danylo fuera amigo de Mykhailo que el hecho de haber roto o no una puerta de una patada. A partir de entonces le empezó a imponer aquellas normas cada vez más exageradas.

El día en que entramos en el Centro Cultural Távaro a robar la dirección del ureno, Danylo tenía que estar de vuelta en casa a las ocho y media, y no a las nueve, como yo pensaba. Por eso le castigaron a volver directamente a casa desde el entrenamiento.

Capítulo trece

Aunque no le veía, esos días hablé mucho por teléfono con Danylo. La magia seguía allí, en cada comentario, en cada risa.

Ambos coincidíamos en que era inadmisibile que un ureno se instalara en nuestro barrio. Ellos nos habían expulsado de Turenia, nos habían robado nuestras casas, nuestras tierras, habían asesinado a nuestra familia y ni siquiera nos dejaban recuperar sus restos para que les diéramos una sepultura digna. ¿Y ahora querían instalarse en Little Tavaría? No lo podíamos consentir. Si la situación económica en la República Urena estaba tan mal, no era nuestro problema. Yo, personalmente, me alegraba. Ellos se lo habían buscado, por negarse a entregar a los criminales de guerra. A sus admirados héroes. Y si ahora tenían que emigrar, adelante, que lo hicieran, pero que se fueran a otro lado. El mundo era muy grande.

En lo que no estábamos de acuerdo Danylo y yo era en la forma de proceder.

Yo opinaba que debíamos dejar el asunto en manos de mi padre. Él había capturado a Kiril y sabría mejor que nadie cómo librarse del ureno. Pero, como ya sabéis, a Danylo no le gustan los planes que le excluyen de la acción. Al final, llegamos a un compromiso. Decidimos organizar una incursión nocturna para hacer unas pintadas en casa del ureno en las que le dejaríamos claro que no era bienvenido. En el peor de los casos, esas pintadas le darían a mi padre más argumentos para echarle del barrio.

Mi misión fue inspeccionar el terreno.

Fui tres veces a aquella dirección, después de clase. Era una casa unifamiliar de dos plantas, pintada de verde, que se encontraba unas manzanas más allá del límite sur de Little Tavaría, en un área ocupada principalmente por naves industriales y en la que había mucha actividad durante el día, pero que sin duda era muy solitaria durante la noche. Eso jugaba a nuestro favor. Había pocos vecinos y muchas calles oscuras por las que huir. La casa tenía un jardín al frente bordeado por una valla de madera de no más de un metro de altura, que podríamos saltar sin problema para hacer las pintadas. De todas formas, encontré la puerta del jardín siempre abierta de par en par. Aquel ureno no tomaba muchas precauciones...

El último día, lo vi. Llegó en coche con su mujer y su hijo. El niño saltó fuera del vehículo y corrió hacia un camión de plástico que había volcado en medio del jardín, seguido de cerca de un perro salchicha que ladraba con voz aguda, agitando las orejas. Al poner el camión en pie, el niño apoyó una galleta en el suelo y el perro la devoró en dos bocados. El niño le miró, pero no pareció importarle. Tomó al perro en brazos y lo montó en la caja del camión. El ureno y su mujer estaban descargando unas bolsas del supermercado. Era una pareja joven. Él le susurró algo al oído a ella que la hizo reír. Se besaron y entraron en el jardín. El niño arrastraba el camión, tirando de una cuerda, y el perro mantenía a duras penas el equilibrio. Era una familia simpática. De haber sido unos vecinos cualquiera, me habrían caído bien de inmediato. Aquello me descolocó. Tuve que recordarme que Kiril también parecía una buena persona en la foto de su expediente médico.

La misión de Danylo mientras tanto era portarse bien y ser obediente. Tenía que conseguir que el tío le levantara el castigo antes del sábado.

En la planta baja de nuestro edificio había un apartamento con varias habitaciones que estaba deshabitado. Lo usaban mis tíos y mi padre para alojar a los amigos y familiares que nos visitaban. De vez en cuando, nos dejaban montar una fiesta o dormir allí el fin de semana. Así podíamos quedarnos charlando hasta tarde, en un espacio controlado. Ya nos habían dado permiso para montar una noche de primos el sábado. Lo único que no estaba claro era si el tío le iba a levantar el castigo a tiempo a Danylo. Habíamos decidido no esperar más. Queríamos hacer las pintadas antes de que mi padre se ocupara del ureno. Contando a Danylo, éramos cinco los únicos que estábamos al tanto de aquel asunto. No dejé que mi hermano se nos uniera. Le expliqué que aquella era una noche de mayores y que no podíamos admitirle porque entonces los otros primos de su edad también se querrían apuntar. Mi hermano se lo tomó muy mal, pero no cedí para no involucrarlo en aquel asunto por si algo salía mal.

El plan era sencillo. A eso de la una, nos escaparíamos del edificio por la puerta de servicio, iríamos hasta la casa del ureno, haríamos las pintadas y volveríamos antes de que descubrieran que habíamos desaparecido. Los *sprays* de pintura los había comprado Laszlo fuera del barrio para no levantar sospechas.

Danylo hizo bien su papel. Aguantó las charlas del tío y le hizo creer que había aprendido la lección. Aun así, hasta el último momento, no supimos que le permitirían participar en la noche de primos. Pedimos *pizzas* y estuvimos jugando a la Play. El tío se presentó un par de veces por sorpresa para asegurarse de que no habíamos invitado a nadie más ni estábamos haciendo nada malo. Hasta olisqueó nuestros vasos para asegurarse de que no contuvieran alcohol. A la una nos pusimos en marcha. Antes de abandonar el apartamento, colocamos almohadas debajo de las mantas para que pareciera que había alguien durmiendo.

La casa del ureno estaba a más de media hora a pie. Al principio, barajamos la posibilidad de ir en bicicleta, pero para eso hubiéramos tenido que entrar en el garaje del edificio y el mecanismo de la puerta hacía un ruido infernal. Así que fuimos andando. La primera parte del camino la recorrimos en silencio, por calles secundarias, y procurando no cruzarnos con nadie. Dimos un pequeño rodeo para evitar la zona de bares. Solo nos relajamos cuando enfilamos la calle que bordeaba los descampados. Poco a poco, Danylo y yo nos fuimos quedando rezagados. Era la primera vez que nos encontrábamos a solas desde nuestra aventura en el Centro Cultural.

—Hay algo que me gustaría preguntarte —me dijo.

Su tono me puso a la defensiva.

—¿Qué?

—¿Es verdad que le diste tu bendición a Olga para que saliera conmigo?

—¿Quién te ha contado eso?

—Irena.

—*Bendición* me parece una palabra un poco fuerte.

—Según ella, es la que utilizaste. Pero no es eso lo que te estoy preguntando. ¿En serio le diste permiso a Olga para salir conmigo?

—No tuve más remedio.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que Irena me arrastró hasta Olga y me obligó a darle permiso. Eso quiere decir. Y cuando digo que me arrastró hasta ella, lo digo literalmente. Me estuvo doliendo la muñeca dos días.

—¿Y si no te hubiera obligado?

—Yo no soy nadie para decidir con quién puedes salir o dejar de salir. Eso es asunto tuyo.

—¿De verdad no te importaría que saliera con Olga?

Noté que se me secaba la boca.

—¿Te gusta? —pregunté.

—No, Anna, por Dios. ¿Cómo puedes pensar que me gusta una tía así?

—Bueno, me enseñó los cisnes que le dibujaste.

—¿Qué...? Yo no le dibujé ningún cisne.

—Sé reconocer un dibujo tuyo, Danylo.

—El dibujo era mío, pero no lo hice para ella. Olga nos pidió a todos los tíos de la clase que dibujáramos esa cursilada y lo hice, pero no significaba nada. ¿Qué te pasa? No solo piensas que me podría gustar Olga, sino que me crees capaz de dibujarle a un tía un corazón con el cuello de dos cisnes. ¿Es que no me conoces? Desde luego, te ha sentado muy mal cambiar de colegio.

Me reí.

—Perdona... —le dije.

Permanecimos unos instantes en silencio. Habíamos dejado los descampados atrás y avanzábamos por el centro de una calle poco iluminada, con coches aparcados a ambos lados. Mis otros primos iban unos veinte metros más adelante, por la acera, y les oíamos charlar. Un perro les ladró desde una casa y ellos se rieron. Iba a pedirles que no montaran tanto escándalo cuando Danylo volvió a hablar:

—He estado dándole vueltas a lo que sucedió aquella tarde. Cuando estábamos en el callejón y me llamó Aleksander, me pediste que no le dijera que estábamos juntos. Tú sabías que me habían montado una encerrona, ¿verdad?

Asentí, incómoda. Ese tema de conversación no me gustaba nada.

—¿Por eso no querías que fuera a la fiesta? —me preguntó.

—¿Quién ha dicho que no quería que fueras a la fiesta?

—Venga ya, me retuviste con la historia del ureno.

—No sucedió exactamente así, Danylo.

—Claro que sí. Estabas muy enfadada por algo, no querías ni hablar conmigo, y cuando ya me iba, me soltaste lo del ureno. Igual me equivoco, pero tengo la sensación de que lo que te puso tan furiosa fue la idea de que me enrollara con Olga...

Danylo me miraba, esperando que dijera algo.

La cabeza me iba a mil y notaba calor en las mejillas. Tragué saliva.

—No es que no quisiera que te enrollaras con Olga... —dije, con la vista al frente—. Pero no me gustó que te montaran esa encerrona. Las cosas no se hacen así. Le había prometido a Irena que no te contaría nada y al mismo tiempo me sentía fatal por no avisarte. Cuando vi que te alejabas, se me ocurrió lo del ureno. Era una forma de retenerte sin romper mi palabra.

Danylo asintió.

—Sí —dijo—, eso tiene sentido...

Se acomodó la mochila que llevaba colgada de un hombro y los *sprays* de pintura chocaron entre sí. Me volví hacia él. Ahora era Danylo el que me evitaba la mirada. Todo estaba muy silencioso a nuestro alrededor. Los primos habían desaparecido. Debían de haber girado por alguna calle. Ya estábamos cerca de casa del ureno.

—Anna... —dijo Danylo.

Y la forma en que pronunció mi nombre me puso alerta, pero no llegó a añadir nada más.

Justo en ese momento sonó su móvil indicando que había recibido un mensaje. Lo sacó del bolsillo y lo consultó. Supuse que serían los primos, pero vi que Danylo se detenía de golpe con el rostro demudado. Miré hacia la pantalla. Era un mensaje de Mykhailo y decía: «Ya no os esperamos más. Empezamos la juerga sin vosotros».

—¿Qué has hecho? —le grité.

—Nada...

—Le has contado a Mykhailo lo del ureno. No me lo puedo creer.

—No... Yo no le he contado nada... —se defendió, pero noté la vacilación en su voz.

En ese momento oímos un griterío en la lejanía y salimos disparados hacia allí. Al doblar la esquina, vimos a nuestros primos corriendo delante de nosotros; nos llevaban unos buenos cien metros de ventaja. Más al fondo, a unas tres manzanas, frente a la casa del ureno, se había juntado una docena de tipos. Desde aquella distancia, no eran más que sombras que se agitaban con una furia frenética. Vimos volar piedras. Sonó un cristal al romperse y gritos de «asesino» y «fuera». Un tipo enorme blandía un tablón y se disponía a tirarlo como si fueran uno de esos lanzadores de troncos escoceses. Avanzó unos metros de lado, con el tablón en precario equilibrio, y lo arrojó con todas sus fuerzas. Nosotros lo perdimos de vista enseguida porque unos edificios nos tapaban la casa del ureno, pero el lanzamiento quedó corto. El tablón debió de caer en medio del jardín. Entre las risas y los insultos creí distinguir el ladrido de un perro. Mis primos se habían detenido a unos diez metros de la casa y observaban la escena inmóviles, con los brazos separados del cuerpo. Nosotros estábamos todavía a una manzana. Entonces divisé a un tipo en cuclillas junto a un muro, en un rincón oscuro, intentando prender algo con un mechero. Cuando lo consiguió vi que se trataba de un cóctel molotov. El individuo se puso de pie y dio unos pasos en dirección a la casa. Distinguí perfectamente su rostro. Era Mykhailo.

—¡No! —le gritó Danylo.

Mykhailo se volvió hacia nosotros.

Debió de reconocer a Danylo, porque sonrió y alzó el pulgar en el aire. Inmediatamente, tomó carrerilla y ya se disponía a lanzar el cóctel molotov, cuando sonaron dos detonaciones secas. Yo nunca había oído disparos en mi vida, pero no tuve la menor duda al identificarlos. Mykhailo hizo un gesto extraño, como si tratara de cubrirse de las balas, y se le escapó el cóctel molotov, que trazó una parábola extraña en el aire y se estrelló contra la valla del jardín. Una gran bola de fuego se elevó en el aire. Tuve la sensación de vivir la escena a cámara lenta, como si el tiempo se hubiera detenido. Entonces, sonó otro disparo y todo se aceleró de nuevo. Mykhailo salió corriendo, agachado. Había una gran confusión, todo el mundo salió disparado en todas direcciones, y en pocos segundos la calle quedó desierta. Mis primos también habían desaparecido. Me quedé observando el fuego que había prendido la valla, como hipnotizada. Ahora distinguía perfectamente el llanto del niño y los agudos ladridos del perro salchicha. El fuego crepitaba. Me costaba creer que yo hubiera desencadenado esa locura.

—¡He llamado a la policía! —advirtió la voz de un hombre.

Los edificios seguían tapándome la casa. Así que ni el hombre me podía ver ni yo le podía ver a él. Seguramente hablaba a través de la ventana del segundo piso. Sentí el impulso de ir a pedirle perdón y di un paso en su dirección, pero Danylo me agarró del codo y tiró de mí.

—¿Quieres que te peguen un tiro? —me riñó.

Solo entonces fui consciente de la situación en que me encontraba. Aquel hombre estaba armado y asustado. Era peligroso.

Huimos a todo correr.

A las pocas manzanas, redujimos el paso. Seguimos caminando a buen ritmo, pero con más prudencia. Buscábamos las calles más oscuras y estábamos muy atentos a los ruidos. En cualquier momento podía presentarse la policía. De pronto, oímos el motor de un coche que se nos acercaba por la espalda y nos agachamos a toda prisa detrás de una furgoneta. El coche pasó como una exhalación. De su interior nos llegaron con claridad risotadas. Las ruedas del vehículo derraparon al girar por la primera calle.

—Ahí van tus amigos —le dije a Danylo.

Vi que sus labios se abrían, como si fuera a contestarme, pero se lo pensó dos veces y se calló. Se asomó por detrás de la furgoneta y me indicó con un gesto que le siguiera. No habíamos avanzado ni cinco metros, cuando oímos el motor de otro coche, también se acercaba por nuestra espalda y también iba a toda velocidad. Nos tiramos de nuevo al suelo. El vehículo pasó de largo. Los destellos azules nos indicaron que eran policías. No giró por la primera calle. Siguió recto. En cuanto dejamos de oírlo, llegamos hasta la esquina y nos asomamos con cuidado. Cruzamos la calle y corrimos hacia la siguiente manzana. En ese momento, oí unos pasos detrás de nosotros. Al volverme, no vi a nadie. Quizás confundí el eco de nuestras propias pisadas con las de un perseguidor. Fuera como fuera, me entró pánico, y me eché a correr con todas mis fuerzas. Cruzaba las calles sin tomar ninguna precaución y sin hacer caso a las peticiones de Danylo de que me calmara. Solo me detuve cuando llegué a los descampados y me sentí a salvo. Me dejé caer en el suelo sin aliento y con el pulso martilleándose en los oídos. Danylo se estiró a mi lado.

Mientras me recuperaba, trató de hablar con los primos, pero los tres tenían el teléfono apagado. Era muy raro. Oímos unas sirenas que se aproximaban. Dos coches de policía cruzaron a toda velocidad la calle perpendicular que teníamos justo enfrente, en dirección a casa del ureno. Permanecimos ahí hasta que dejamos de oír las sirenas. Luego, nos pusimos en pie.

—Estarás contento —le dije a Danylo mientras me sacudía el polvo los pantalones.

—No, no mucho. ¿Y tú?

—¿Yo? No podría estar más feliz.

Su teléfono empezó a sonar.

Danylo se apresuró a contestar. No eran los primos. Era Mykhailo. Sus palabras me llegaron con claridad a través del auricular. Llamaba para averiguar si habíamos conseguido escapar. Cuando se enteró de que no teníamos noticias de los primos, le advirtió a Danylo que tenía que asegurarse de que no hablaran. Y añadió algo que a mí me sonó a amenaza. Oí con claridad las palabras: «Es la ley de la calle».

Cuando colgó, Danylo no se atrevió a mirarme.

Tardamos veinte minutos en volver a casa. Nos colamos por la puerta de servicio y entramos en el apartamento sin hacer ningún ruido. Fuimos directos a la habitación donde íbamos a dormir los cinco, aunque ya sabíamos que la íbamos a encontrar vacía. La casa estaba demasiado silenciosa. Vi el teléfono de uno de los primos sobre la cómoda y encendí la luz. No tardamos en encontrar los otros dos. Los habían dejado en casa. Eso era buena señal. Explicaba por qué no contestaban a nuestras llamadas. Nos pusimos el pijama por si aparecía alguno de nuestros tíos y nos sentamos en la sala a esperar, a oscuras. Eran las dos y media. Nosotros habíamos vuelto bastante rápido. Su retraso no tenía por qué significar que los hubieran detenido.

Los minutos fueron pasando con una lentitud exasperante.

Dieron las tres. Las tres y cuarto. La tres y veinte. Danylo recibió dos mensajes. Los contestó serio, evitándome la mirada. Sin duda era Mykhailo pidiendo novedades. Yo estaba cada vez

más furiosa. Una cosa era hacer unas pintadas y otra muy diferente lanzar cócteles molotov contra una casa. Aquel asunto era muy serio.

De pronto, oímos que un coche se detenía frente al edificio.

Nos miramos, tensos. Sonó un portazo. Me puse en pie y miré con mucha prudencia por la estrecha rendija que había entre la cortina y el marco de la ventana. Sentí que el corazón se me detenía. Era un coche de policía. Un agente subía por la escalera de nuestro edificio. Al llegar arriba tocó el interfono. El pitido sonó por encima de nuestras cabezas. No fui capaz de discernir a qué apartamento estaban llamando.

El policía esperó y, cuando le contestaron, dijo:

—Ya estamos aquí.

Se reunió con su compañero, que también había salido del coche, y estuvo charlando con él en actitud distendida. Danylo se había pegado a mí y observaba por encima de mi cabeza. A los pocos minutos, oímos pasos apresurados que bajaban las escaleras del edificio. La puerta de la calle se abrió y una figura salió al exterior. Era mi padre. Aquello me desconcertó. No tenía sentido. Si habían detenido a nuestros primos, ¿por qué le venían a buscar a él? Mi padre le estrechó la mano a los policías y todos se subieron al vehículo.

Cuando el coche de policía pasó por delante de nosotros, mi padre miró a través de su ventanilla hacia mí. Sentí un escalofrío. Sabía que no podía verme. Era imposible. Y, sin embargo, durante un instante, nuestras miradas se cruzaron. Instintivamente me aparté hacia atrás y choqué con Danylo. Le empujé, irritada.

—¿Te quieres tranquilizar de una vez? —me espetó.

—¿Que me tranquilice? ¿No has visto en qué lío nos has metido?

—Te recuerdo que fuiste tú la que me habló del ureno.

—Así que es todo culpa mía, ¿no?

—¡Desde luego! Tú has empezado todo esto.

Iba a replicarle cuando oímos cómo una piedrecita golpeaba contra el cristal de la ventana que daba al callejón. Corrimos a asomarnos. Eran nuestros primos. Los tres. No tenían llaves de la puerta de servicio. Danylo se ofreció a abrirles, pero ellos prefirieron trepar por la ventana. Nos dijeron que había luces encendidas en el edificio. La visita nocturna de la policía debía de haber despertado a los tíos. Saltaron dentro y corrieron a ponerse el pijama. Nos metimos todos en la cama y aguardamos en silencio.

Los ruidos aislados que nos llegaban de los pisos superiores indicaban que, en efecto, alguien estaba despierto en el edificio. Nadie bajó a comprobar si estábamos en casa. Eso era buena señal. No sospechaban de nosotros.

Me parecía increíble que nos hubiéramos librado de aquella.

Mis primos nos contaron su aventura.

En la urgencia por huir de los disparos, habían corrido en dirección contraria a nuestra casa, lo que les había obligado a dar la vuelta y pasar de nuevo a pocas manzanas de casa del ureno. Iban por una calle oscura cuando vieron los faros de un coche a lo lejos. Como no había ningún sitio donde esconderse, saltaron a un jardín. El coche avanzó muy despacio y un potente haz de luz pasó por encima del seto detrás del que se habían agazapado. Al principio pensaron que les habían visto. Pero el vehículo siguió adelante a la misma velocidad, barriendo la calle con el foco. La policía debía de estar dando vueltas por el barrio intentando sorprender a los atacantes de la casa del ureno. Por prudencia, permanecieron allí escondidos casi una hora. Después emprendieron el regreso. No tuvieron más problemas hasta que, al llegar, se encontraron la

puerta de servicio cerrada. Habían dado la vuelta al edificio y se disponían a avisarnos, cuando oyeron el motor de un coche. Decidieron esperar a que se alejara. Ni siquiera se habían dado cuenta de que se trataba de un coche de policía.

Yo les expliqué que habían venido a buscar a mi padre y discutimos sobre lo que podía significar. No llegamos a ninguna conclusión, aunque todos estábamos convencidos de que la visita tenía que ver con el incidente del ureno. No podía tratarse de una coincidencia. Mis primos nos explicaron que habían dejado sus móviles porque por la tarde habían visto una noticia de un ladrón al que habían atrapado por perder su teléfono durante un robo. Y lo interpretaron como una señal. La influencia de la abuela, supongo. Ni se les pasó por la cabeza que pudiéramos separarnos. Jonas había presenciado cómo el ureno disparaba desde la segunda planta de la casa. Nos aseguró que no había apuntado al aire. Había apuntado contra Mykhailo y, según él, había sido un milagro que no le diera.

Realmente nos habíamos librado de una buena.

Seguimos comentando la jugada durante más de una hora. Todos estábamos muy excitados. Todos salvo Danylo, que apenas participaba en la conversación. Había un aspecto fundamental de aquella historia que todavía nadie había mencionado: ¿cómo se había enterado Mykhailo de nuestros planes? Yo me moría de ganas de sacar el tema, pero me contuve. Quería obligar a Danylo a hacerlo. Quería ver si se atrevía a repetir delante de todos que no había sido él. Y el hecho de que lo retrasara tanto, para mí, no hacía más que confirmar su culpabilidad.

Por fin surgió la pregunta.

Laszlo, que siempre intentaba evitar las confrontaciones, sugirió que quizás Mykhailo se había enterado por sus propios medios de que había ureno en el barrio.

—No —dije yo entonces—. Mykhailo sabía el día y la hora en que íbamos a hacer las pintadas. Antes de atacar la casa, le ha mandado un mensaje a Danylo diciéndole que no nos podían esperar más. ¿Es verdad o no, Danylo?

—Sí —contestó él en tono seco.

Durante los siguientes minutos, nadie habló.

Al final, Jonas dijo que era muy tarde y que era mejor que tratáramos de dormir un poco. Con aquellas palabras se dio por finalizada oficialmente la conversación.

Permanecí tumbada, con los ojos abiertos. La respiración de mis primos me indicó que alguno se había conseguido dormir. Yo sabía que a mí me costaría mucho más conciliar el sueño. Estaba más decepcionada que furiosa con Danylo. Me sentía traicionada. Debía de llevar una hora repasando todo lo que había sucedido esa noche, cuando oí que se abría la puerta de nuestro apartamento. Cerré los ojos y fingí dormir. Unos pasos atravesaron la sala, sigilosos, y se detuvieron frente a la puerta de nuestro cuarto, que estaba abierta de par en par. Durante un larguísimo minuto no se oyó nada. Luego, la persona que nos observaba se fue. Oí los pasos alejarse y la puerta del apartamento cerrarse de nuevo.

—¿Era tu padre? —susurró Danylo al rato.

No le contesté.

Pero sí, estaba convencida de que quien nos había hecho esa visita nocturna había sido mi padre.

Capítulo catorce

Al día siguiente, en el barrio solo se hablaba del incidente del ureno.

Fue un domingo muy intenso, lleno de emociones y sobresaltos. A cada hora que pasaba surgía un nuevo rumor que se desmentía o se confirmaba al rato. Algunos eran muy preocupantes; otros, tranquilizadores.

Entre nuestros amigos, la opinión dominante era que el ureno se merecía que lo expulsaran y consideraban inaceptable que se hubiera atrevido a liarse a tiros. Durante unas horas corrió el rumor de que la policía había encontrado un charco de sangre, lo que indicaba que uno de los asaltantes había sido herido de bala. Eso enfureció a mucha gente e incluso algunos hablaron de tomar represalias. Después se supo que la pistola del ureno era de fogueo, y que el supuesto charco de sangre era una mancha de aceite.

Gracias a la abuela nos enteramos de que la policía había venido a buscar a mi padre en mitad de la noche porque era un líder local respetado y requerían su ayuda para calmar los ánimos en el vecindario. Pero también, para interrogarle, ya que, aparte de él, muy pocas personas sabían que aquel ureno se había instalado en el barrio. La policía intentaba averiguar cómo habían conseguido los asaltantes la dirección. Y eso era muy inquietante. La visita nocturna de mi padre podía indicar que sospechaba de nosotros. A la hora de comer, le noté preocupado, aunque no me interrogó ni me miró de forma extraña, lo que apaciguó mis temores.

El gran susto nos lo dimos a media tarde.

La policía convocó en el Centro Cultural al director del colegio de nuestro barrio, a varios profesores, a mi padre, a algunos de mis tíos y a otros vecinos. En total habría unas cuarenta personas. Por lo visto había una filmación del asalto de una cámara de seguridad situada en un almacén cercano, y querían mostrársela para ver si eran capaces de reconocer a alguien.

Nosotros esperamos durante más de una hora frente al Centro Cultural con el corazón en un puño, intentando aparentar calma ante nuestros amigos, hasta que por fin salió el profesor de ciencias. Fue Irena quien lo abordó. Por él nos enteramos de que las imágenes recogían el asalto muy tangencialmente y que eran de pésima calidad, con lo que era imposible identificar a nadie.

Los continuos vaivenes del día, entre creernos a salvo y vernos de nuevo al borde del precipicio, hicieron que me sintiera muy cercana a mis primos; y sobre todo y muy a pesar mío, a Danylo. Nos bastaba una mirada de refilón para decírnoslo todo. Y lo peor era que notaba que mi enfado se iba apaciguando a marchas forzadas. Sin embargo, no quería perdonarle. Todavía no. Al contarle nuestro plan a Mykhailo, había cruzado una línea roja. Esta vez no le iba a bastar con una de sus encantadoras sonrisas para que todo quedara olvidado. No se lo iba a poner tan fácil.

A las seis y media empezó a hacer frío de verdad. Como todavía no habíamos devuelto las llaves del apartamento de invitados, Danylo propuso que fuéramos todos allí. De camino, le estuve evitando, y al llegar me disculpé y dije que me tenía que ir a casa a estudiar. Su mirada de desconcierto me confirmó que él creía que ya le había perdonado. Y no me cupo la menor duda de que entendió que continuaba muy enfadada con él.

No fui consciente de lo cansada que estaba hasta que me tumbé encima de la cama. Debí de quedarme dormida enseguida.

Mi hermano me despertó a la hora de cenar. Me lavé la cara para despejarme y me senté a la mesa. Estaba hambrienta. Mi padre seguía sin sacar el tema del ureno. Comía en silencio, con aire ausente. Pensé que resultaría sospechoso que yo tampoco dijera nada, así que actué como una hija que no tiene nada que ocultar y le pregunté por el vídeo que le había enseñado la policía. Acabó de masticar y, mientras pinchaba otro trozo de carne con el tenedor, dijo:

—No salía ninguna chica.

Su tono había sido neutro y siguió comiendo como si hubiera hecho un comentario inocente, pero yo noté que se me helaba la sangre.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, fingiendo estar molesta por la insinuación.

—A nada —levantó la mirada de su plato—. A que todos eran chicos.

A partir de ese momento, cada bocado me cayó en el estómago como una piedra. No obstante, para que no notara hasta qué punto me habían afectado sus palabras, no solo me acabé el plato, sino que lo rebañé a conciencia con un trozo de pan.

Me acababa de meter en la cama cuando mi padre llamó a la puerta y entró en mi habitación. Me incorporé y apoyé la espalda en el cabecero de la cama. Volvía a notar la comida en el estómago. Se sentó a mi lado, en el mismo sitio que había ocupado el abuelo Josef cuando me obligó a plantarle cara a Elsa y a Nina. Traté de imaginar qué tenía contra mí, para ver si todavía me podía salvar.

—¿Qué opinas del ureno? —me preguntó—. ¿Tú también crees que se tiene que ir del barrio?

—Sí —le contesté con demasiada vehemencia, a la defensiva.

—Pareces muy segura de ti misma.

—Lo estoy. Aquí no se le ha perdido nada. Ellos nos echaron de Turenia, nos robaron nuestras tierras y asesinaron a nuestra familia. Y ahora ni siquiera nos dejan recuperar sus cuerpos para darles un entierro digno —recité mis argumentos—. Si ahora no hay trabajo en la República Urena y tienen que emigrar, como mínimo que no vengán a nuestro nuevo hogar. Estados Unidos es muy grande.

—¿Entonces piensas que todos los urenos son iguales?

—Lo que pienso es que aquí no se les ha perdido nada, papá.

—No todos los urenos tuvieron la misma responsabilidad en la guerra, Anna. Hubo un grupo de políticos y militares que diseñaron el plan de limpieza étnica y dieron las órdenes para que se llevara a la práctica. Otros lo ejecutaron con sus manos, violaron, torturaron, saquearon y asesinaron a sangre fría. También hubo quienes apoyaron al nuevo gobierno porque eso les permitió conseguir un puesto de trabajo, adquirir poder o apropiarse de las tierras o del negocio de sus vecinos távaros. Los más estúpidos simplemente se dejaron contagiar por la efervescencia nacionalista sin sacar nada a cambio. Y hubo urenos que estaban en contra de que se expulsara a los távaros, pero que no se atrevieron a protestar. Había que ser muy valiente para disentir. El peligro era real. Los pocos urenos que alzaron la voz contra la guerra y contra la política de limpieza étnica fueron tiroteados en medio de la calle, murieron en extraños accidentes o acabaron en la cárcel por delitos que no habían cometido. Algunos urenos también tuvieron que huir al extranjero. Y no olvidemos a las víctimas urenas, gente normal, inocente, como nuestra familia, que fue masacrada en sus casas por las milicias távaras. Aunque se hable poco de ellas, existieron, Anna. Cuando empezó la guerra, nosotros no disponíamos de un ejército. Los únicos

távaros que tenían armas y una estructura jerarquizada, de estilo militar, eran los criminales y los mafiosos. Ellos fueron los primeros en organizarse. Y no fueron a enfrentarse con los soldados enemigos, sino que se dedicaron a atacar pueblos urenos. Mataron, violaron y saquearon. Y, aunque asesinaron a mucha menos gente, no eran diferentes a las Hienas de Kiril. Lo que quiero decir con esto es que no todos los urenos son iguales, Anna. Y antes de opinar sobre uno de ellos y exigir que abandone el barrio, conviene averiguar el grado de responsabilidad que tuvo en la guerra, si es que tuvo alguno. ¿Tú sabes algo de ese ureno al que atacaron ayer?

—¿Y qué quieres que sepa yo?

—Yo sí sé algunas cosas sobre él. Mandó a un amigo suyo para preguntarme si creía que era un problema que viviera en Little Tavaría, así que fui a visitarle. Por cierto, se llama Marko, como tu primo. Me presentó a su mujer y a su hijo. Son una familia encantadora. Le aconsejé que se quedara, pero que mantuviera un perfil bajo durante un tiempo. Desde la captura de Kiril el patriotismo en el barrio se ha exacerbado y temí que alguien cometiera una estupidez.

Me miró un instante en silencio.

—¿Sabes cuántos años tiene Marko? —me preguntó.

—No.

—Tiene veinticinco años, Anna. Nació un año después de que acabara la guerra, así que no tuvo muchas oportunidades de asesinar a nuestra familia, ni de robarnos nuestras tierras... Quizás su padre sí que estuvo involucrado de alguna forma en las matanzas. O quizás fue una de las voces discordantes. No se lo pregunté. Y no porque me diera reparo, sino porque no es relevante. Uno no es responsable de lo que haya hecho su padre o su familia. Si yo fuera un asesino, eso no te convertiría a ti automáticamente en una asesina, ¿a que no? Y el simple hecho de que Marko haya decidido instalarse a nuestro lado indica que no odia a los távaros ni nos ve como enemigos.

Mi padre hizo una pausa.

—Eso es lo que sé sobre Marko. Y también sé que yo tenía apuntada la dirección de Marko en un papel. Lo guardé en el cajón de mi escritorio. Y creo que alguien copió la dirección de ahí, y que ese alguien fuiste tú.

Adopté una expresión indignada y me dispuse a protestar, pero mi padre me lo impidió con un gesto brusco de la mano.

—No digas nada, Anna. Antes déjame acabar.

Yo asentí.

—¿Tú sabes en qué consiste mi trabajo, hija?

—En perseguir criminales de guerra.

—Sí, esa es una parte, pero no la más importante. Mi cometido es hacer pública la verdad, Anna. Darla a conocer al mundo. Cuando Kiril Demjanko se suicidó en la cárcel, muchos lo celebraron en la calle y brindaron con champán. Para mí fue un día triste. Yo quería que se le juzgara, que las televisiones de todo el planeta retransmitieran el proceso y que se le condenara por sus crímenes. En la República Urena todavía muy pocos son conscientes de que se cometió un genocidio contra nuestra gente. La mayoría de los medios de comunicación sigue en manos de ultranacionalistas, y en las escuelas se enseña a los niños que la guerra fue un mal necesario para preservar la paz; se les explica que se nos expulsó porque representábamos un peligro. No les cuentan que durante los primeros meses de guerra no hubo dos ejércitos combatiendo sobre el terreno, sino un ejército y unas milicias urenas masacrando a civiles desarmados. El juicio de Kiril habría servido para difundir esa verdad. Porque un juicio no se basa en opiniones, se

fundamenta en pruebas, en hechos. Quizás así, más urenos habrían sido capaces de aceptar que fuimos las víctimas de aquel conflicto. Y eso es fundamental, Anna, porque hasta que no admitan su culpa y reconozcan que los távaros fuimos víctimas, no serán capaces de pedirnos perdón y no podremos reconciliarnos y empezar a sanar nuestras heridas. Yo he sido muy feliz con el abuelo y con los tíos, pero necesito que me pidan perdón por haber asesinado a mi padre, y por haberme arrebatado una vida a su lado. ¿Me entiendes?

—Sí...

—¿Pero con qué autoridad moral podemos exigir que nos pidan perdón si nosotros no somos capaces de disculparnos por el daño que causamos? Y no me refiero a los asesinatos que cometieron las milicias távaras, Anna. Me refiero al ureno cuya casa asaltaron anoche. ¿Sabías que uno de los ladrillos que les lanzaron cayó a un palmo de la cabeza del niño? De haberle dado, podía haberle matado. ¿Y por qué? Porque es un niño ureno. ¿Te parece un buen motivo para matar a alguien? No sé a ti, pero a mí me recuerda demasiado a los argumentos que utilizaron las Hienas de Kiril para asesinar a nuestra familia.

Hizo una pausa y me miró tan intensamente, que tuve que bajar la vista.

—Y ahora dime, Anna: ¿sigues pensando que Marko debe abandonar el barrio por ser ureno?

—No... Supongo que no.

Me besó en la frente y se puso en pie.

—En el fondo, vosotros no tenéis la culpa de lo que ha sucedido. Los responsables del asalto a la casa de Marko somos nosotros, los adultos. No hemos sabido gestionar bien la captura de Kiril. Llenamos el barrio de retratos de nuestros muertos, colgamos banderas en todos los balcones, organizamos fiestas y exaltamos al extremo el orgullo de ser távaros. Vosotros, los jóvenes, solo os habéis dejado contagiar por la atmósfera. Por ese motivo te cambié de colegio, Anna, porque temía que antes o después pasara algo así. Quise que conocieras otra realidad, para que entendieras que no todo en tu vida debe girar en torno a ser távara. De todas formas —continuó—, aunque es cierto que nosotros somos responsables de crear un ambiente enrarecido, eso no te exime de tus errores. Si robaste la dirección del ureno de mi escritorio, me gustaría que lo admitieras y asumieras las consecuencias. No me contestes ahora. Piénsatelo unos días si lo necesitas antes de darme una respuesta definitiva. Sea la que sea, yo te creeré. Lo dejo en tus manos, cariño.

Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Tardé unos minutos en entender lo que había sucedido. Y, de pronto, me sentí tan manipulada que me entraron ganas de estampar la lámpara de mi mesilla contra la pared. Le odiaba. Mi padre insistía en que debía tomar mis propias decisiones, pero antes siempre me soltaba uno de sus grandes discursos para asegurarse de que, si no hacía exactamente lo que él me había sugerido, me sintiera miserable por el resto de mis días. No era diferente al abuelo. De hecho, era peor. Al menos, el abuelo Josef iba de frente y te exigía que hicieras algo. Él no tenía el cinismo de decir que dejaba la decisión en mis manos. Y eso no era lo peor. Lo peor era que no veía la forma de confesar que había robado la dirección del ureno sin involucrar a mis primos, algo que no estaba dispuesta a hacer. Ya empezaba a temer que me iba a pasar otra noche en vela, cuando di con la solución. Era perfecta. Bueno, casi perfecta. Se trataba de una verdad a medias, pero me permitiría mantener a mis primos al margen y, al mismo tiempo, lavar mi conciencia.

Capítulo quince

Cuando mi padre entró en la cocina, yo ya había acabado de desayunar. Mi hermano todavía dormía. Decidí no posponerlo más. Era una ocasión tan buena como cualquier otra. Mientras se preparaba un café, admití mi culpa en tono apesadumbrado. Le dije que, en efecto, yo había copiado el nombre y la dirección del ureno en un papel, pero le aseguré que no se lo había contado a nadie. Ni siquiera a los primos. Y fui muy categórica al afirmar que no tenía nada que ver con el ataque a la casa; incluso puse en duda que los asaltantes hubieran conseguido la dirección por mí.

—Hay otra posibilidad —dije—, aunque bastante remota... La nota donde la copié estaba dentro de uno de los libros de texto que llevaba en la mochila que perdí el otro día. Puede que alguien la encontrara y, al ver el apellido, comprendiera que era la dirección de un ureno. Ya sé que es mucha casualidad. Tuvieron que encontrar mi mochila, abrir el libro, dar con la nota... Y que el que la encontrara fuera un salvaje. Por eso creo que se enteraron de que el ureno vivía allí de otra manera...

—La vida está llena de casualidades mucho más increíbles, hija. Lo veo a diario en mi trabajo... Solo hay una cosa que no entiendo, Anna: ¿qué pensabas hacer con la dirección del ureno?

—No lo sé —le contesté—. Ni idea...

Mi padre me abrazó y me dijo que estaba muy orgulloso de mí. Y yo me fui al colegio convencida de que aquel asunto estaba solucionado.

Qué ingenua soy a veces.

No llevaba ni media hora en clase cuando mi padre se presentó en el aula con el bedel y me pidió que recogiera mis cosas y le acompañara. Aunque me guiñó el ojo de forma tranquilizadora, sospeché que no me aguardaba nada bueno. Camino del coche, me explicó que tenía que ir a hacer una declaración a la policía. Yo me detuve en seco.

—No puedo hacer eso, papá.

—Solo tienes que repetirles lo que me has contado —me dijo, como si aquello fuera lo más divertido del mundo—. No tienes por qué preocuparte.

Yo no estaba preocupada, estaba aterrada. Una cosa era mentirle a medias a mi padre, en mi propia casa, antes de que se hubiera tomado el primer café del día, y otra muy diferente venderle mi historia a un policía. Ellos eran expertos en detectar mentiras. Ese era su trabajo. Insistí en que no quería hacerlo, pero mi padre me explicó que no tenía opción; ya había hablado con el inspector que llevaba el caso. Nos esperaba.

La fría sonrisa con la que me recibió el policía que estaba de guardia en la puerta del edificio me hizo sentir que todos estaban al tanto de mi secreto y que, en realidad, la declaración no era más que un pretexto para atraerme hasta la comisaría y detenerme. Sin embargo, lo cierto es que el inspector fue muy amable conmigo. Era amigo de mi padre. Ni siquiera me metió en una sala de interrogatorios como las de las películas. Hablamos en su despacho. Me ofreció un vaso de

agua y en ningún momento me trató como si fuera sospechosa. Únicamente me interrumpió en una ocasión, para preguntarme cómo podía haber averiguado quien encontró mis libros que la dirección pertenecía a un ureno. La respuesta era sencilla: en la nota había escrito también el nombre completo de Marko, y Usko era un apellido ureno. Todo el mundo sabía eso en nuestro barrio.

De vuelta en el coche me sentí muy orgullosa de mí misma. Mi historia había superado la prueba más difícil a la que se podía enfrentar. Si la policía no había encontrado fisuras, nadie lo haría. Circulábamos por el barrio. El sol me daba de lleno y el calorcito era agradable, así que me quedé medio amodorrada. Pensé en pedirle a mi padre que me dejara saltarme el resto de las clases.

—Sienta bien hacer lo correcto, ¿eh? —comentó de repente.

—Sí —le respondí.

—Me alegra que pienses así, porque ahora vamos a ir a pedirle perdón a Marko.

Me incorporé en el asiento de un salto.

—Vuelves a poner la misma cara que cuando hemos entrado en comisaría —rio mi padre.

Durante unos instantes confié en que se tratara de una broma.

No lo era.

Aparcamos junto a la acera, frente al trozo de valla que había quedado chamuscado por el cóctel molotov. Ya habían cambiado los cristales de las ventanas, pero en la fachada se apreciaban las marcas de los impactos de las piedras y de los palos; la pintura verde había saltado en algunos puntos, dejando a la vista el color amarillo original. Un hombre se asomó a una ventana de la planta baja y desapareció al segundo. Bajamos del coche y entramos en el jardín. El tablón de obra que había lanzado aquel tipo enorme seguía allí tirado, sobre la hierba.

Marko Usko nos abrió la puerta. Me sonrió, amablemente, y nos hizo pasar al interior de la casa. El perro salchicha nos ladraba desde el fondo del pasillo, y se iba alejando de nosotros, muerto de miedo. Todavía debía de estar traumatizado por el ataque. Entramos en la sala. La mujer del ureno estaba allí de pie. Se presentó y me preguntó si quería tomar un zumo. Se llamaba Sanja. Negué con la cabeza y ocupé el sofá que me indicó con la mano. Clavé la mirada en la alfombra. No había esperado un recibimiento tan amistoso. Me sentía fatal. En efecto eran una pareja encantadora. Mi padre se sentó a mi lado y apoyó su mano en mi cuello.

—Adelante, Anna —me animó.

Marko y su mujer ya conocían la historia porque mi padre se la había contado por teléfono. Lo único que yo tenía que hacer era pedir perdón, pero tenía un nudo en la garganta y sabía que, si pronunciaba una sola palabra, me echaría a llorar. Me quedé callada. Nadie me apremió. Me dieron tiempo a que reuniera fuerzas.

—Lo siento... —dije por fin—. Yo solo copié la dirección en un papelito... —la voz se me rompió y tuve que callarme de nuevo.

Mi padre me acarició la espalda y tomó la palabra.

Explicó que me había llevado allí para que me disculpara, aunque en realidad era él quien debía disculparse. Habló de lo mal que había gestionado la captura de Kiril y de cómo nuestros vecinos habían dado rienda suelta a sus sentimientos antiurenos. Más o menos, les soltó el mismo discurso que a mí la noche anterior. Cada tanto yo alzaba la vista. Sanja escuchaba a mi padre con gesto serio, pero cuando notaba mi mirada me sonreía.

Al finalizar, no solo aceptaron mis disculpas, sino que dijeron que ellos también veían muy improbable que los bestias que los habían atacado hubieran conseguido su dirección por mí, y

nos rogaron que nos quedáramos a tomar un café. Mi padre se excusó diciendo que todavía teníamos algo importante que hacer y les prometió que volveríamos otro día. Yo estaba encantada de salir de aquella casa, aunque al mismo tiempo me aterraba pensar en la próxima sorpresa que me tenía reservada mi padre.

—¿Adónde vamos ahora? —le pregunté en cuanto subimos al coche.

—Enseguida lo verás —me contestó.

—Papá, si he de disculparme con alguien más, prefiero estar preparada.

—Pues te aguantas.

Encendió la radio, dando por concluida la discusión.

Condujo hacia el sur y tomó la autopista de circunvalación. Cuanto más nos alejábamos de nuestro barrio, más desconcertada estaba yo. Mi padre mantenía la vista en el tráfico. A la izquierda se veían ya los rascacielos del centro y, tras ellos, el océano. Seguimos adelante un par de millas y tomamos la salida que conducía a la playa. Circulamos por el laberinto de calles del barrio latino durante unos diez minutos. Yo no tenía ni idea de dónde nos encontrábamos hasta que desembocamos en la Avenida de la Constitución, frente al enorme edificio del acuario. Me volví bruscamente hacia mi padre y vi que tenía una amplia sonrisa dibujada en el rostro. Le abracé y le estampé un beso en la mejilla, que le obligó a dar un volantazo. Me pidió que me controlara, pero reía.

El acuario es el sitio que más me gusta del mundo.

Habré ido una docena de veces, pero siempre con mi hermano o mis primos. A ellos solo les interesan las pirañas, las morenas, los pulpos y, por supuesto, el gran acuario de los tiburones y las rayas, con lo que se pasaban todo el rato metiéndome prisa. A mí me gusta todo. Soy capaz de tirarme diez minutos delante de cada una de las peceras, así que me resultaba muy frustrante que no me dejaran ir a mi ritmo. Muchas veces le había pedido a mi padre que un día me llevara a mí sola al acuario. Y aunque mi sueño era llegar a las diez, cuando abrían, todavía tenía por delante más de cinco horas, y eran todas para mí. Ni siquiera fui a comer a la cafetería con mi padre. No quería perder ni un minuto. Me trajo un sándwich de pollo al curry, que me comí a escondidas sin que me viera ninguno de los vigilantes. También me compró una gorra muy chula en la tienda, con un dibujo de una raya vista desde abajo que parecía un fantasma.

Volví a casa completamente feliz. Y no solo por aquella maravillosa tarde en el acuario. Declarar ante la policía e ir a pedirle perdón a Marko y a Sanja habían sido dos tragos duros de pasar. Pero, una vez superados, me hicieron sentir genial. En vez de tomar la solución sencilla y decirle a mi padre que yo no había copiado la dirección del ureno, le había confesado la verdad y había asumido las consecuencias. Bueno, no le había contado toda la verdad, pero eso había sido únicamente para proteger a mis primos, lo que me hacía sentir si cabe más orgullosa de mí misma.

Al llegar al barrio, mi padre se detuvo frente a El Gato Verde, donde hacían las mejores patatas fritas del mundo. Normalmente no nos dejaba comer «guarradas» antes de la cena. Pero aquel era un día especial. Me pedí un cucurucho gigante con mostaza y mayonesa, y otro para mi hermano, con *ketchup*. Hacer lo correcto era estupendo, pensé.

Llegamos a casa diez minutos más tarde.

Algunos de mis primos estaban reunidos en la escalera de entrada de nuestro edificio. Mi padre detuvo el coche frente al callejón que conducía al garaje para que me pudiera bajar y se fue a aparcar él solo. Yo corrí al encuentro de mis primos. Me moría de ganas de contarles todo lo que había pasado desde esa mañana, pero me recibieron con extrema frialdad.

—¿Qué pasa? —les pregunté.

—¿Todavía no lo sabes?

—¿El qué?

—El tío ha metido a Danylo en la escuela militar. Se lo llevan mañana.

—¿Qué? —grité—. ¿Por qué?

—¿Tú qué crees? —me contestó Jonas, y me dio la espalda.

Se metió en el edificio. Los demás me lanzaron miradas desdeñosas y le siguieron. Yo me quedé allí inmóvil, con un cucurucho de patatas en cada mano y la estúpida gorra del acuario calada hasta las cejas.

Al final resultaba que hacer lo correcto era una mierda.

Capítulo dieciséis

No tardé en reconstruir lo que había sucedido.

Esa mañana, antes de recogerme en el colegio, mi padre había ido a hablar con los tíos y el abuelo Josef para contarles que yo le había robado la dirección del ureno. Y resultó que mi historia no era tan sólida como yo pensaba. Tenía una fisura. Todo giraba en torno a un detalle: ¿cuándo había conseguido la dirección? Yo tenía una respuesta preparada: el miércoles, o sea, el mismo día que mi padre recibió la visita del amigo de Marko Usko. Después de guardar el papelito azul en el cajón de su escritorio, mi padre se había ausentado del despacho durante un cuarto de hora para ir a una reunión, con lo que, en teoría, yo había tenido tiempo de sobras de copiar la nota y volver a dejarla en su sitio. Y eso era lo que pensaba decir. La gran ventaja de esa versión era que, ese día y a esa hora, Danylo estaba entrenando, con lo que le ofrecía una coartada perfecta.

Sin embargo, mi padre no me preguntó cómo y cuándo había conseguido la dirección, y yo preferí no entrar en detalles. Más tarde averigüé que, si no me lo preguntó, no fue por falta de interés o porque se le pasara por alto, sino porque él ya sabía que me había colado en su despacho el jueves a última hora. Y es que fui tan estúpida de olvidar guardar el papelito azul de nuevo en el cajón del escritorio después de copiar la dirección. Lo sé, es para matarme. Supongo que me distraje al ver a Danylo ojeando el libro en el que salía mi abuelo biológico muerto. El caso es que cuando mi padre entró en su despacho el viernes por la mañana, se encontró el papelito azul encima de su escritorio. Aquello le extrañó. Él es muy ordenado. Aun así, no le dio demasiada importancia hasta que se produjo el ataque. Fue entonces cuando ató cabos.

Como os podéis imaginar, el número que había montado Danylo en el váter no había pasado desapercibido. El portero se lo había contado a mi padre con todo lujo de detalles muerto de risa, con lo que mi padre dedujo que, mientras Danylo estaba en el lavabo, yo había subido a su oficina a copiar la dirección.

Mi padre intentó ocultar la participación de Danylo en el asunto. Pero mi tío es un hueso duro de roer. Lo machacó a preguntas, y aunque mi padre insistió en que yo había actuado sola, acabó por decirle que le había robado la dirección el jueves por la tarde. Y no hace falta que os recuerde que precisamente ese jueves Danylo había llegado media hora tarde a casa. Mi tío fue al Centro Cultural. Allí se enteró de la anécdota del lavabo de minusválidos e incluso encontró a alguien que nos había visto salir del callejón poco antes de las ocho. Así averiguó que habíamos actuado juntos. Pero, a diferencia de mi padre, él no se creyó que yo hubiera perdido los libros de texto con la nota dentro. Hizo sus propias elucubraciones. Y, aunque me pese, he de reconocer que no se equivocó de mucho.

El día que la policía reunió a profesores y vecinos en el Centro Cultural para mostrarles el vídeo de las cámaras de seguridad, el director del colegio creyó reconocer a Mykhailo en una toma. Cuando le volvieron a pasar las imágenes, se retractó. Dijo que no podía estar seguro. Sin embargo, el nombre de Mykhailo ya se había pronunciado en voz alta como sospechoso y, en la

cabeza de mi tío, aquella era una prueba concluyente de su culpabilidad. Así que cuando supo que Danylo había robado conmigo la dirección del ureno, sumó dos más dos. Mykhailo era amigo de Danylo, y le pareció demasiada casualidad que justo el día del ataque a la casa del ureno hubiéramos organizado una noche de primos. Creyó a su hijo capaz de lanzar un cóctel molotov contra una casa en la que vivía un niño de cinco años y tomó medidas.

Al día siguiente lo mandó interno a una escuela militar.

Ni siquiera pude despedirme de él.

Mis primos me acusaron de ser una chivata y me hicieron el vacío. Para ellos, la visita al acuario había sido la recompensa por haber vendido a Danylo. Y supongo que verme aparecer con la gorra y un cucurucho de patatas fritas en cada mano no causó muy buena impresión. Debió de ser algo así como sorprender a Judas contando sus treinta monedas de plata.

Yo me podría haber defendido, pero no lo hice.

En parte actué así por orgullo. Me dolía horrores que mis primos me hubieran juzgado sin ni siquiera escuchar mi versión de los hechos. Aunque, sobre todo, si no planté cara fue porque los acontecimientos de aquellos días me desbordaron. Fue como si un tsunami devastara mi mundo. El *shock* me impidió reaccionar y me quedé contemplando cómo las aguas se retiraban de nuevo hacia el mar, llevándose todo lo que había sido mi vida hasta entonces y dejando a sus espaldas un paisaje yermo y desolador. Porque no solo mis primos se enfadaron conmigo. Logré ponerme a todo el mundo en contra. En poco más de seis meses, conseguí pasar de ser una de las chicas más populares del colegio a ser una apestada de la que nadie quería saber nada.

Cuando mis amigas se enteraron de que Danylo no había acudido a casa de Aleksander porque estaba conmigo en el Centro Cultural robando la dirección del ureno, me retiraron la palabra. Eso sí, antes me hicieron una visita para dejarme bien claro que nunca me perdonarían lo que le había hecho a Olga.

En mi antigua escuela también echaban pestes sobre mí. Allí, sobre todo, me criticaban por haberme posicionado a favor del ureno en aquel asunto. No me perdonaban que hubiera ido a disculparme a su casa.

En el colegio nuevo las cosas tampoco me iban mucho mejor, por el motivo contrario. El hijo de Marko y Sanja Usko estudiaba allí. La historia del ataque corrió por las aulas y, de la noche a la mañana, me convertí en la távara que había intentado descalabrar al pobre niño de un ladrillazo. No es exactamente el tipo de fama que te ayuda a hacer amigos.

Hasta mi hermano se enfadó conmigo. Los primos acabaron por contarle la excursión a casa del ureno y él, en vez de entender que le había mantenido al margen para protegerlo, lo vio como una falta de confianza, como si hubiera temido que él fuera incapaz de guardar el secreto.

—Y ya ves —me soltó—. No soy yo el chivato de la familia.

Pese a todo, lo que peor llevaba era que sabía que Danylo sería muy infeliz en la escuela militar y que yo le había metido allí. No el tío. Yo. Era imperdonable que no hubiera vuelto a guardar el papelito azul en el cajón. Y por si no me sentía lo suficientemente culpable, me enteré de que Danylo no le había hablado a Mykhailo del ureno. Fue Laszlo quien se lo contó. Cuando salía de la tienda de comprar los *sprays* de pintura, se encontró con él por casualidad y Mykhailo le presionó hasta sacarle la verdad.

Necesitaba hablar con Danylo, pedirle perdón y, especialmente, averiguar si me odiaba. Pero no era posible. A aquella escuela militar mandaban a los chicos conflictivos para que se les inculcara disciplina y el tío había exigido que sometieran a Danylo al régimen más estricto. No se le permitía ningún contacto con el mundo exterior. Solo se le concedía una llamada de diez

minutos a la semana con un miembro de la familia que se consignaba en la inscripción y que, por supuesto, era el propio tío. A partir de los dos meses, si su comportamiento era ejemplar, empezarían a darle permisos de fin de semana para volver a casa.

El único que permaneció a mi lado fue mi padre. Él estaba muy pendiente de mí. Se sentía culpable de lo que nos había pasado a mí y a Danylo, aunque seguía insistiendo en que habíamos hecho lo correcto. Quizás por eso, para demostrarme que habíamos actuado bien, me pidió que me leyera unos libros sobre la guerra de Turenia. Yo seguía pensando que hacer lo correcto era un asco, pero si algo me sobraba durante aquellas vacaciones de Navidad era tiempo, así que me leí los libros.

Y, al menos, aprendí algo...

Capítulo diecisiete

Muchos de los periodistas que cubrieron la guerra de Turenia aseguraron que era un conflicto inevitable, que los años de paz y de prosperidad que había vivido el país no habían sido más que un espejismo bajo el que no habían dejado de latir los «odios ancestrales» que se profesaban távaros y urenos. Y eso es ridículo. Esos periodistas hablaban de «odios ancestrales» porque era la explicación más cómoda. Convencerse de que había sido algo inevitable les libraba de profundizar en los motivos reales por los cuales estalló la guerra y hacía su trabajo más fácil.

Los pueblos predestinados a odiarse no existen.

Los vecinos siempre han tenido conflictos entre sí por el simple hecho de ser vecinos, lo que no quiere decir que no puedan llevarse bien. Basta con mirar el ejemplo de Francia y Alemania. Entre 1870 y 1945, las dos potencias combatieron en tres terribles guerras: la Guerra Franco Prusiana, la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial. Millones de alemanes y franceses se mataron unos a otros con extrema crueldad. Y, sin embargo, hoy son aliados y el motor económico de Europa. Y a nadie le sorprende ni recurre a los «odios ancestrales» para explicar sus conflictos del pasado, sino que se habla de política y de circunstancias históricas. Y precisamente eso, la política y las circunstancias históricas, nos condujo a nosotros a la guerra.

Los távaros llegamos a Turenia en tiempos de los romanos. Fuimos los primeros colonizadores de las fértiles llanuras del sur; éramos un pueblo de comerciantes y agricultores. Los urenos se instalaron en las montañas, se dedicaban al pastoreo y tenían un carácter más hosco y guerrero. Durante más de diez siglos los enfrentamientos entre nosotros fueron habituales. Las numerosas ruinas de castillos medievales que hay por todo el país así lo atestiguan. Es sobre todo a ese milenio negro al que recurrieron los periodistas para sustentar su teoría de los «odios ancestrales». La mayoría olvidó mencionar que el comportamiento del resto de los príncipes de Europa en la misma época no era muy diferente.

A finales del siglo XIV, el Imperio Otomano conquistó nuestro territorio.

Muchos távaros huyeron de las llanuras y se establecieron en las montañas. Allí, se aliaron con los urenos y, durante más de cuatrocientos años, mantuvieron una guerra de guerrillas intermitente contra el invasor. Los otomanos solo llegaron a someter completamente a los pobladores de las montañas durante breves periodos de tiempo, y a costa de derramar mucha sangre y perder muchos hombres.

El repliegue de los otomanos en el siglo XIX no trajo la libertad, ya que quedamos automáticamente bajo dominio del Imperio Austrohúngaro. La lucha contra los nuevos ocupantes continuó en las montañas hasta que, por fin, tras la Primera Guerra Mundial, alcanzamos la tan ansiada libertad. Turenia se convirtió en un Estado libre y soberano. Fue entonces cuando Churchill, en una conversación con periodistas, comentó que al desaparecer nuestro enemigo común, távaros y urenos empezaríamos a matarnos entre nosotros. Según él, éramos pueblos demasiado primitivos y feroces, y no seríamos capaces de adaptarnos a la paz. Sin embargo, el gran estadista se equivocó. Durante los siguientes veinte años nuestra

convivencia fue modélica. En las ciudades del sur, távaros y urenos llevaban más dos siglos viviendo mezclados. Se casaban entre ellos y era imposible distinguirlos entre sí.

En las montañas, seguían manteniéndose separados. El motivo era que allí, tradicionalmente, la aldeas se construían en torno a clanes familiares y nadie de fuera era bienvenido. Y aunque es verdad que en una aldea urena miraban con desconfianza a los távaros que pudieran estar de paso por la localidad, no es menos cierto que también recelaban de los urenos que pertenecieran a otro clan familiar con el que no hubieran establecido lazos de sangre.

Nada más estallar la Segunda Guerra Mundial, los nazis nos invadieron y nos impusieron un gobierno títere, en el que todos sus miembros eran ultranacionalistas urenos. Ese gobierno formó las Águilas Pardas, un terrible cuerpo paramilitar cuyo cometido era aplastar cualquier intento de sedición. Las atrocidades que cometieron fueron tan salvajes y gratuitas que hasta los propios nazis quedaron horrorizados de su crueldad. Ese es otro de los argumentos que más les gustaba repetir a los periodistas para vender su teoría de los «odios ancestrales». Pero de nuevo es un argumento parcial. En primer lugar, porque, aunque es verdad que la mayoría de los muertos durante aquella época fueron távaros, también hubo muchos urenos entre las víctimas. En segundo lugar, porque la guerrilla que luchó durante la ocupación contra los nazis y su gobierno títere estaba compuesta en un treinta por ciento de urenos. Y por último, porque cuando expulsamos a los nazis de Turenia, las represalias no se tomaron contra los urenos en general, sino únicamente contra los que habían colaborado con el régimen nazi.

El gran Datzó, líder de la guerrilla durante la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en nuestro presidente. Era hijo de távara y de ureno. Él nos guió a través de una dura posguerra, y reconstruyó el país. Bajo su batuta, vivimos treinta años de paz. A su muerte, algunas voces dijeron que las grandes dotes de gobernante de Datzó habían sido el único motivo por el cual urenos y távaros habíamos sabido convivir en paz tanto tiempo y auguraron que no tardaría en estallar una guerra civil. Y, en efecto, así sucedió seis años más tarde.

Sin embargo, la causa de la guerra no fue la muerte de nuestro presidente. La culpa la tuvo la corrupción y la desastrosa gestión del nuevo gobierno, que nos hundió en una crisis económica sin precedentes. Los bancos quebraron y la gente perdió todos sus ahorros de la noche a la mañana. El paro llegó al sesenta por ciento. La inflación se disparó de tal forma que, en el rato que se hacía cola para que te atendieran en una panadería, el precio del pan subía dos y tres veces. Y en este ambiente de desesperanza, surgió un político sin escrúpulos y con una ambición desmedida que nos condujo al desastre: Víctor Skorina.

Antes de que él entrara en escena, la situación económica ya había propiciado que en el norte resurgiera el Partido Ultranacionalista Ureno, heredero de las Águilas Pardas y conocido como la Doble U. Ellos fundaron Radio Libertad, una emisora local a través de la cual se dedicaron a fomentar el odio entre las dos comunidades. En sus programas insistían en que la crisis económica había sido un montaje de los távaros para saquear los bancos y apropiarse de los ahorros de los urenos con total impunidad y que, no satisfechos con ello, ahora se dedicaban a subir artificialmente los precios de los productos de primera necesidad para arrebatarles lo poco que les quedaba. Esta teoría se basaba en que la mayoría de los banqueros y dueños de comercios eran távaros. Por supuesto, se olvidaban de mencionar que todos los ciudadanos de Turenia habían perdido sus ahorros, y no solo los urenos, y que los precios de los productos de primera necesidad eran los mismos para todo el mundo. La solución, según Radio Libertad, era expulsar a los távaros. El lema que repetían de forma machacona era: «Tenemos que acabar con ellos antes de que ellos acaben con nosotros». Y cualquier suceso se interpretaba en clave

de enfrentamiento entre las dos comunidades. Hubo un caso muy famoso de un drogadicto que entró a robar en una casa y, al verse sorprendido por la dueña, la mató de un golpe en la cabeza. Él era távaro, y ella, urena. Radio Libertad presentó el crimen como la prueba de que los távaros habían iniciado un plan para exterminar a los urenos. Aquel delincuente que había entrado en una casa para conseguirse una dosis de heroína se convirtió por arte de magia en un sicario távaro contratado para asesinar a sangre fría a un ama de casa urena.

La Doble U se aprovechó de este caso para provocar algunos incidentes.

En Torva, la capital del norte, sus simpatizantes saquearon e incendiaron dos supermercados távaros. Algunos comercios amanecieron con los cristales rotos o con pintadas en la persianas metálicas en los que se acusaba a sus dueños de usureros. La tensión subió. Aun así, jamás hubiera estallado la guerra de no ser por Víctor Skorina.

Víctor Skorina era el presidente del Partido Comunista. Acababa de cumplir los cuarenta años. En aquella época tenía un discurso moderado y conciliador, y era enemigo de los ultranacionalistas de uno y otro bando. Todos daban por hecho que saldría elegido Primer Ministro de Turenia en las elecciones que se celebraron cinco años después de la muerte del gran Datzo. Sin embargo, un par de errores en la recta final de la campaña electoral le hicieron perder la amplia mayoría que le auguraban todos los sondeos. Los partidos de la oposición se aliaron e impusieron al jefe del Partido Liberal como Primer Ministro.

Para Skorina fue un fracaso estrepitoso. Sus enemigos dentro del Partido Comunista le culparon de la derrota, le obligaron a dejar la presidencia del partido y le mandaron a la delegación de Torva. Aquello fue una humillación terrible para él, ya que a la capital del norte solo mandaban a los políticos cuya carrera estaba acabada.

Nada más bajar del avión en Torva, Víctor Skorina notó que el ambiente estaba cargado de tensión. Camino del centro, el taxista ureno que le llevaba le explicó que la noche anterior el pueblo había saqueado e incendiado dos supermercados, y estuvo despotricando contra la avaricia sin límite de los távaros. Antes de llegar a su hotel, se vieron metidos en un embotellamiento. De una calle adyacente les llegó un griterío ensordecedor. Medio millar de távaros protestaba frente a una comisaría por la pasividad que había mostrado la policía durante los disturbios de la noche anterior. Algunos iban armados con palos y piedras, y los agentes habían optado por encerrarse en el interior de las dependencias a la espera de que les mandaran refuerzos.

En ese instante, Víctor Skorina tuvo una revelación. Comprendió que aquella era su gran oportunidad para renacer de sus cenizas. Se bajó del taxi, se abrió paso entre la masa enfurecida y subió los cuatro escalones que conducían a la puerta de la comisaría. Nadie intentó detenerlo. Skorina era un político conocido y respetado por su tolerancia. Los távaros allí congregados quisieron escuchar lo que les tenía que decir, creyendo que los iba a apoyar. Skorina los miró medio minuto en silencio, y despojándose en un instante de las convicciones y los valores por los que había luchado durante toda su vida, pronunció un breve discurso que pasaría a la historia:

—¿De verdad creáis que podríais seguir chupándonos la sangre indefinidamente sin que hubiera consecuencias? —rugió—. ¿Y encima os atrevéis a protestar? Ya podéis dar las gracias de que no hayamos incendiado también vuestros hogares. Largaos de aquí. Y, por vuestro bien, espero que hayáis aprendido la lección.

Aquellas duras palabras, en boca de un hombre que hasta entonces había hecho gala de su moderación, desconcertaron de tal forma a los presentes que se disolvieron en silencio. Víctor Skorina se acababa de enfrentar a quinientos távaros armados con palos y piedras y los había

ahuyentado con unas pocas y contundentes frases. Los ultranacionalistas urenos, que estaban divididos en distintas facciones y grupúsculos, acababan de encontrar al líder que los iba a unir bajo el mismo paraguas. Paradójicamente, era un hombre que hasta entonces había sido enemigo declarado de ellos.

Víctor Skorina sabía que el camino que acababa de tomar era muy peligroso. El gobierno central no se iba a quedar de brazos cruzados mirando cómo los ultranacionalistas se hacían fuertes y ponían en peligro la convivencia entre távaros y urenos. Seis meses antes, el Parlamento había aprobado una ley que condenaba a penas de cárcel a quienes incitaran al odio entre comunidades. El propio Skorina había participado en la redacción de esa ley y había sido uno de sus máximos defensores, con lo que sabía mejor que nadie que, si acumulaba demasiado poder, el gobierno no dudaría en arrestarle y mandarle a prisión. Por eso empezó a cubrirse las espaldas desde el primer día.

Concertó una cita secreta con un general ureno, ultranacionalista fanático, con el que hasta entonces se había odiado. Él le informó de los apoyos que tenía la «causa urena» entre los oficiales de alto rango del Ejército. Eran más de lo que Skorina había sospechado, pero no suficientes. Así que empezaron a conspirar para quitarse de en medio a los mandos que les eran hostiles. Los investigaron a todos. Sacaron a la luz los trapos sucios de dos generales y les obligaron a dimitir. A otros cuatro, les tendieron trampas para que pareciera que habían aceptado sobornos a cambio de librar a jóvenes de familias adineradas de hacer el servicio militar. Aunque las pruebas contra ellos no eran sólidas, se decidió apartarlos del cargo hasta que se celebrara el juicio. Otros dos generales murieron de forma extraña: uno en un accidente de coche y otro al resbalar en la bañera. El gobierno comprendió que se estaba realizando una peligrosa purga dentro de las fuerzas armadas, pero tardó demasiado en reaccionar. Para cuando intentó tomar cartas en el asunto, ya era tarde: los ultranacionalistas urenos controlaban el Ejército del norte.

Paralelamente, Skorina había encargado a su mano derecha la creación de las milicias urenas, que se componían de ex convictos y miembros de la hinchada radical del Fútbol Club Torva. Ellos eran los encargados de asaltar comercios távaros y crear disturbios cuando se les ordenaba. Se trataba de acciones puntuales y cuidadosamente planeadas. Skorina no quería que los actos de violencia se extendieran demasiado y justificaran una intervención del gobierno central, pero al mismo tiempo necesitaba mantener la tensión alta. Su plan era convertirse en el único capaz de mantener la paz en el norte y así consolidar su posición. El apoyo del Ejército le hizo creer que era intocable. Pero se equivocó. Un viejo amigo, que trabajaba en el ministerio del Interior, le avisó de que el cuerpo de élite de la policía ya tenía lista una operación relámpago para hacer una incursión en el norte, detenerle y conducirlo en helicóptero a la capital, donde se le juzgaría por incitación al odio.

A Víctor Skorina solo le quedó una salida para evitar la cárcel: la guerra.

Dos días después de recibir la llamada de su amigo, empezó a expulsar a los távaros del norte del país. La táctica que utilizó fue tan efectiva como perversa. Baterías del Ejército bombardeaban una aldea desde lejos, ocultas tras las colinas, de forma que no se sabía quién estaba lanzando los proyectiles. A continuación mandaban a las milicias urenas para que saquearan, mataran y violaran. La autoridades del pueblo se defendían como podían y solicitaban ayuda al Ejército. Entonces, las milicias se retiraban y el Ejército entraba en el pueblo como liberador. Para cuando los habitantes descubrían el ardid, ya era tarde; les habían desarmado y hecho prisioneros. Con esta estrategia y en solo dos semanas, Skorina ocupó un tercio del norte de Turenia. Tras tomar los pueblos, los varones távaros eran asesinados

sistemáticamente y sus casas incendiadas. Era la política de limpieza étnica. Se trataba de provocar un daño tan profundo que hiciera imposible la reconciliación entre las dos comunidades en el futuro. De esta forma se aseguraban de que los távaros nunca regresaran a sus casas en las montañas. Ya que no le habían dejado ser el presidente de Turenia, Víctor Skorina decidió que al menos lo sería de una parte del país, de un territorio homogéneamente ureno.

Lo que sucedió a continuación es bien conocido: una guerra inhumana que duró cuatro largos años y que dejó doscientos cincuenta mil muertos y más de un millón de desplazados. Turenia quedó dividida en dos entidades. La República Urena, al norte, y la Confederación Turena al sur. Skorina cumplió su sueño de convertirse en presidente, pero solo lo pudo disfrutar durante cuatro años. Murió de cáncer de próstata antes de que un tribunal internacional lo pudiera juzgar por crímenes contra la humanidad y genocidio.

Hoy, veintiséis años después de que se firmaran los acuerdos de paz, las relaciones entre los dos países siguen siendo muy malas. El odio sigue vivo entre távaros y urenos. Pero no es un «odio ancestral», como decían aquellos periodistas. Es un odio nuevo, joven, un odio que tan solo tiene treinta años de edad. Un odio que se construyó artificialmente. La guerra de Turenia no estalló de forma espontánea. No fueron los civiles los que se alzaron en armas contra sus vecinos impulsados por viejas rencillas. La guerra la iniciaron un Ejército y unas milicias compuestas por criminales, que cumplían órdenes y que seguían una estrategia cuidadosamente planeada en un despacho por un hombre sin escrúpulos que quiso evitar la cárcel.

Y si ese odio se construyó artificialmente, está en nuestras manos desarmarlo. De nosotros depende reconciliarnos con los urenos, para que dentro de unos siglos ningún periodista pueda hablar de «odios ancestrales».

Aquí irían los aplausos.

Me refiero a los del público.

Cada año, aprovechando las fiestas del Día de la Bandera, el Centro Cultural Távaro organiza un concurso de retórica que premia al mejor discurso. Solo pueden presentarse los menores de dieciséis años. Y aunque aún faltaban varias semanas, decidí aprovechar las vacaciones de Navidad para trabajar en el mío.

Espero no haberos aburrido. Personalmente estoy muy satisfecha de cómo me quedó. Y, aunque lo pueda parecer, mi padre no me ayudó. Ya sabéis lo recto que es. No le gusta hacer trampas. Como si los padres de los demás concursantes no ayudaran a sus hijos.

De todas formas, si me decidí a participar en el concurso fue sobre todo para poder explicar en público por qué fui a pedirles perdón a Marko y Sanja Usko.

Y ahora, por fin, ya puedo hablaros de Aurora K.

Capítulo dieciocho

Me enteré de la existencia de Aurora K. el día de fin de año.

Mi hermano jugaba con unos amigos en su cuarto, no paraban de pelear y de montar jaleo, así que me trasladé a la mesa de la sala para seguir trabajando en mi discurso sobre los odios ancestrales. Mi padre llegó a media tarde y se quedó mirando con enorme tristeza los libros y las notas que tenía desperdigados por la mesa. Supuse que se había cruzado con los primos al entrar en el edificio. Estaban decorando el apartamento de invitados para la fiesta que iban a montar después de la cena en casa del abuelo. Seguro que pensaba que mi sitio estaba abajo con ellos, y no ahí arriba trabajando.

—¿Vas a ir a la fiesta? —me preguntó.

—No.

—Algún día tendrás que arreglar las cosas con tus primos.

—Pues hoy no va a ser. Mis amigas, o mejor dicho, mis ex amigas, han puesto como condición para asistir que yo no fuera.

Vi el dolor en su rostro.

—No te preocupes por mí, papá, estoy bien. La verdad es que tampoco me apetecía. No conseguiría divertirme sabiendo que Danylo está encerrado en esa escuela militar.

Mi padre permaneció un instante inmóvil y se volvió hacia el pasillo, desde donde, a pesar de que la puerta estaba cerrada, nos llegaba el griterío de mi hermano y sus amigos.

—¿Sabrías guardarme un secreto? —me preguntó.

—Claro —dije.

Sacó un sobre doblado del bolsillo de su americana y me lo entregó. Dentro había una carta escrita a mano. La caligrafía era muy redondeada, casi infantil, de alguien que hace un esfuerzo para que se le entienda. La leí.

Apreciado señor:

He estado dudando mucho antes de sentarme a escribirle esta carta y, si al final me he decidido, ha sido por algo que dijo en el programa de Eddy Glenn sobre la importancia de dar a conocer la verdad. Solo la verdad nos hace libres y nos permite restañar las heridas. Esas fueron sus palabras. No podría estar más de acuerdo con usted. Y de todas las verdades, ¿no es la más importante saber quiénes fueron nuestros padres? No quiero darle falsas esperanzas. Lo que le voy a contar seguramente no son más que los desvaríos de una mujer solitaria que creyó hallar conexiones donde no las hay. Si es así, por favor, no pierda un minuto más de su valioso tiempo conmigo. Su historia, la historia de cómo acabó en manos de su familia adoptiva, tiene algunos puntos en común con la de una amiga. Pobre Aurora. Ella le podría haber dado todos los detalles. Por desgracia, lleva seis años muerta.

Aurora perdió a su marido y a su hijo al principio de la guerra. Ella había acompañado a su

madre a la ciudad para que la operaran de la cadera. Durante su ausencia, las Hienas de Kiril atacaron su pueblo: Grébovo. Le suena, ¿verdad? Es el mismo pueblo donde usted dijo que mataron a su padre biológico. Por boca de uno de los supervivientes de la masacre, mi querida Aurora supo que su marido había sido torturado y asesinado, y que le grabaron una doble U con un cuchillo en el pecho, exactamente como a su padre, aunque supongo que los milicianos le dispensaban el mismo trato a muchas de sus víctimas. Cuando se produjo la tragedia, el niño tenía tres años, su edad. Aurora nunca supo qué había sido de él, aunque creía que lo habían asesinado. También le puedo decir que no se llamaba Stefan Malnik. Un detalle que podría ser importante es que el niño tenía una mancha de nacimiento en la espalda en forma de media luna. Y eso es todo lo que puedo recordar.

Si cree que Aurora puede ser su madre, la encontrará en el cementerio de Clayton enterrada bajo el nombre de Aurora K.

PD. Perdona que no firme la carta. De hacerlo, me arriesgaría a indisponerme con alguien a quien temo. Soy una mujer mayor que quiere vivir en paz el resto de sus días. No quiero estar vigilando mi espalda cada vez que salgo a pasear al perro.

Dejé caer la carta sobre la mesa y miré atónita a mi padre. Tenía que ser ella, su madre biológica. Había demasiadas coincidencias: la edad del niño, el asesinato del padre en Grébovo, la doble U grabada en el pecho y, sobre todo, esa mancha de nacimiento con forma de media luna en la espalda. Me puse en pie y supongo que empecé a hablar de forma bastante confusa. Mi padre rio y me rogó que me calmara.

—Cariño, no te excites. A lo mejor es una pista falsa.

—¿Una pista falsa? ¿Es que no has leído la carta? ¡Habla de tu mancha de nacimiento! Es tu madre.

—Es la segunda vez que creo encontrar a mi madre —habló con calma—. En la otra ocasión también había indicios bastante verosímiles, pero resultaron ser coincidencias. Así que no nos adelantemos. Lo sabremos seguro cuando hagamos las pruebas de ADN.

—¿Vas a hacerle pruebas de ADN a Aurora K.?

—Sí, pero recuerda que es nuestro secreto. No quiero que lo sepa nadie. No podría soportar tener a toda la familia preguntándome a cada minuto si ya he averiguado algo. Antes de decir nada, prefiero esperar a tener los resultados. No me gusta levantar falsas expectativas.

—¿Y por qué me lo has contado a mí? No voy a dormir hasta que sepa si es ella.

Mi padre volvió a reír.

—Te lo he contado porque a tu edad no deberías pasarte las vacaciones encerrada en casa. Así que he pensado que a lo mejor te apetecía hacer un viaje. El juez me ha dado el permiso para exhumar el cuerpo de Aurora K. y hacer las pruebas de ADN. Voy a ir a Clayton el tres de enero. Si me acompañas, luego podríamos hacer un poco de turismo por la zona.

—Me encantaría —dije.

—Estupendo, pero no te hagas muchas ilusiones acerca de que Aurora K. sea tu abuela. Esta historia es mucho más extraña de lo que piensas. Hay algo que no acaba de cuadrar...

Capítulo diecinueve

En efecto, la historia era realmente extraña.

Cuando recibió la carta, mi padre encargó a Mike Peterson que fuera a Clayton a averiguar lo que pudiera sobre Aurora K. Lo que descubrió fue desconcertante. Alguien se había tomado la molestia de borrar su rastro y, por lo visto, había hecho un trabajo excelente. Los datos que aparecían en su certificado de defunción y en la licencia del entierro eran falsos. El nombre completo era Aurora Kretnik y correspondía a una vagabunda turena que había muerto de frío en Cincinnati quince años atrás. Y la dirección de Clayton que aparecía en los papeles no existía. En teoría, aquella mujer había vivido en el 103 de una calle que solo tenía noventa y dos números.

El funcionario que se había encargado del entierro no había notado nada raro en los documentos. Recordaba que solo tres personas habían asistido a la ceremonia, dos mujeres y un niño, y que habían llegado en una ranchera verde con matrícula de Kansas, el estado vecino. El hombre se había fijado en ese detalle porque nunca antes había visto a aquel trío, y Clayton era un pueblo pequeño en el que todo el mundo se conocía. Apenas intercambió unas palabras formales con una de las mujeres. Y en cuanto se acabó la ceremonia, los tres se subieron a la ranchera y desaparecieron. No volvió a verlos, aunque de vez en cuando alguien dejaba un ramo de rosas blancas en el nicho de Aurora K.

El funcionario solo se percató de que los datos que figuraban en los documentos eran falsos hacía cosa de dos años, a raíz de otra historia curiosa. Una pareja de Clayton había comprado dos nichos contiguos para poder reposar juntos por toda la eternidad. Pero la mujer había muerto relativamente joven, y el marido se había vuelto a casar. Con el tiempo, la nueva esposa también había caído enferma y, en el lecho de muerte, le había rogado que compartiera la eternidad con ella y no con su primera mujer. El hombre se enfrentaba a un difícil dilema. Al final, decidió comprar un nuevo nicho junto al suyo; así podría yacer entre sus dos esposas. El problema era que el nicho en cuestión estaba ocupado. Ni más ni menos que por Aurora K. El funcionario intentó hablar con sus familiares para pedirles permiso y trasladar el ataúd a otra tumba. Fue como descubrió que el número de teléfono que le habían dejado no existía. La dirección y el nombre de contacto también eran falsos. Y se encontró en un callejón sin salida. Mientras tanto, aquella mujer agonizaba. El tiempo se agotaba. Y como el alcalde de Clayton era amigo del marido de la moribunda, firmó un permiso especial para trasladar el ataúd de Aurora K. sin el consentimiento de sus familiares.

Mike investigó el número de cuenta desde el que se había pagado el nicho. La cuenta solo estuvo activa media hora, el tiempo de hacer la transferencia, y figuraba a nombre de una empresa fantasma. Un nuevo callejón sin salida.

La única pista que quedaba por seguir era el matasello de la carta anónima que había recibido mi padre. Era de Dighton, un pueblo de Kansas, precisamente el mismo estado al que pertenecía la matrícula de la ranchera verde. Parecía un buen punto de partida. Sin embargo, ¿cómo encontrar a aquellos tres? La descripción que había dado el funcionario era muy general:

una mujer de unos sesenta años, otra de cincuenta y pico y un niño de diez. No supo dar más detalles. Quedaba la ranchera verde, pero habían pasado seis años desde entonces; perfectamente podían haberse deshecho de ella. Y aunque la conservaran, ¿cuántas rancheras verdes habría en ese pueblo? Dighton tenía ocho mil habitantes. ¿Y cómo sabría Mike que había dado con la persona adecuada con una descripción tan vaga? Aquellas dos mujeres habían puesto mucho empeño en que no se las pudiera rastrear, no iban a reconocer sin más que ellas habían enterrado a Aurora K., ¿no?

Mi padre había decidido aparcar la investigación hasta saber si Aurora K. era realmente su madre. No tenía sentido seguir invirtiendo tiempo y dinero en aquel asunto mientras no estuvieran seguros.

A mi padre le llevó más de dos meses conseguir la orden del juez para exhumar los restos de Aurora K. El hecho de que la carta anónima mencionara la mancha de nacimiento que tenía mi padre en la espalda fue esencial para que se la concedieran.

El dos de enero volamos hacia el aeropuerto más cercano a Clayton.

Nuestra intención era tomar las muestras de ADN y pasarnos los siguientes días haciendo turismo por la zona. Pero después de encontrar el frasquito y las llaves en el ataúd, a mí no me cupo la menor duda de que íbamos a cambiar de planes. Aquella mañana, tras tomar las muestras de ADN, mi padre midió el esqueleto con una cinta métrica y le estuvo sacando fotos desde todos los ángulos. Yo estaba que me subía por las paredes. No veía el momento de abrir el frasquito y leer el mensaje.

Pero no había forma de quedarse a solas.

El funcionario del ayuntamiento era un pesado. No conseguíamos librarnos de él. Y ni siquiera era el mismo que se había ocupado del entierro de Aurora K., con lo que no le podíamos sonsacar información. Al salir del cementerio, nos acompañó en su coche al estudio de un escultor. Mi padre tenía que hacerse cargo de reponer la lápida que se había roto al abrir el nicho y aquel escultor era el único que hacía ese tipo de trabajos en Clayton. Por mucho que llamamos al timbre, nadie nos abrió. Mi padre dejó en manos del funcionario la elección del mármol. Le pidió que fuera lo más parecido al que se había roto y le dio el pequeño trozo de muestra que había recogido del suelo. Luego, le firmó un cheque por el precio de la lápida.

De ahí, fuimos andando a desayunar al bar que nos recomendó. El funcionario nos acompañó hasta la misma puerta hablándonos de su afición a la pesca. Cuando ya nos despedíamos, mi padre le invitó a un café. Casi me da algo. Por suerte el hombre declinó la invitación, dijo que se le había hecho tarde y que tenía que volver a la oficina.

Ocupamos un reservado en una esquina.

Mi padre se acomodó en el asiento, alcanzó una de las cartas que estaban sujetas al servilletero por una pinza metálica y se puso a consultarla. Trataba de fingir que no se daba cuenta de cómo le miraba yo, pero su sonrisa le delataba. Se estaba burlando de mí.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? —le espeté.

—Mira la carta. Vamos a pedir antes de abrir el frasquito.

—Papá... —protesté.

—Anna, la gente que enterró a Aurora K. se tomó demasiadas molestias por no dejar ninguna pista. ¿No creerás que iban a dejar su dirección dentro del ataúd para que tú la encuentres?

—No sabremos lo que pone hasta que lo hayamos abierto.

—Antes pidamos —sentenció, y llamó la atención de la camarera con un gesto de la mano—. Estoy hambriento.

Pidió unos huevos fritos con beicon y patatas fritas. Yo, unos panqueques con jarabe de arce. Cuando la camarera hubo tomado nota y se alejó, mi padre sacó el frasquito del bolsillo y lo dejó encima de la mesa.

—¿Quién lo va a abrir? —preguntó.

—Yo misma —dije.

—¿Y si se trata de una de las maldiciones távaras de la abuela?

Durante un instante sentí miedo, hasta que comprendí que era otra de sus gracias.

—Desde luego, hoy estás que te sales... —le dije y alcancé el frasquito.

—No te hagas demasiadas ilusiones, cariño.

El tapón de corcho del frasquito estaba podrido. Al intentar quitarlo, se me partió por la mitad. Desmenucé el trozo que se había quedado enganchado al gollete con un palillo. Para sacar el papelito enrollado, tuve que utilizar unas pinzas que llevaba mi padre en su maletín. Lo extendí sobre la mesa y lo leí. Estaba fechado hacía dos años y en él decía que David Townsend y Pat Griffons habían sido testigos del traslado el ataúd de Aurora K. desde el nicho 5D6 al 7B12. Abajo aparecían las firmas de ambos. Mi padre no se rio al ver mi cara de profunda decepción.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Ahora vamos a hacer el viaje que teníamos planeado, cariño.

—¿Y no tendríamos que hablar con estos dos hombres?

—David Townsend es el funcionario del ayuntamiento que se ocupó del entierro de Aurora K. y Pat Griffons era el alcalde de Clayton cuando trasladaron el ataúd. Mike ya ha hablado con ellos, por teléfono y en persona. Ya nos han contado todo lo que saben.

—Se le podría haber pasado algo por alto.

—¿A Mike? Anna, estás hablando del hombre que dio con Kiril en solo tres semanas. ¿No creerás que eres mejor detective que él?

—Yo no he dicho eso. Lo que digo es que, ya que estamos aquí, no cuesta nada hablar con ellos.

—No me gusta disponer del tiempo de la gente, cariño. David Townsend no ha venido esta mañana al cementerio. Ha mandado a su ayudante. Y eso quiere decir que tiene otros asuntos que atender.

—O que no le gusta madrugar.

Mi padre rio.

—Hija, si hubiera una posibilidad de conseguir algún dato nuevo, por pequeña que fuera, iría a sentarme delante del despacho de esos dos hombres y no me levantaría hasta que me recibieran. Pero sé que no voy a averiguar nada. Mike es muy concienzudo en su trabajo. En los siete años que llevamos trabajando juntos no le he visto cometer ni un solo error, y sé que se ha tomado este caso como algo personal. Es mi amigo y es muy consciente de que está buscando a mi madre. Así que no vamos a molestar a esos dos hombres.

—Yo solo digo que no cuesta nada hacer una llamada.

Mi padre volvió a reír y sacudió la cabeza con incredulidad.

La camarera trajo nuestros desayunos.

Mientras comíamos, mi padre me propuso ir a un parque natural en el que había bisontes. No tuvo que insistirme. Aquel plan era tan bueno como ir al acuario, o mejor. Volvimos al hotel. Preparamos una mochila con ropa de abrigo y un par de mudas, por si al final decidíamos quedarnos a dormir allí. El parque natural estaba a unas sesenta millas hacia el este. Antes de

partir, mi padre hizo que le guardaran el pequeño neceser con las muestras de ADN en la caja fuerte del hotel. En cuanto la compañía nos consiguió un nuevo coche de alquiler, emprendimos el viaje. El vehículo tenía un manos libres que permitía hablar por teléfono a través de los altavoces. En la autopista, mi padre aprovechó para llamar a Mike y ponerle al corriente de cómo nos había ido. Antes, le advirtió que yo estaba en el coche, para que no dijera ninguna barbaridad. Le contó lo del mensaje del frasquito y le dijo que le había mandado una fotografía de las tres llaves para que las investigara. Después estuvieron hablando del otro caso en el que estaba trabajando Mike y yo dejé de escuchar.

La idea de ver bisontes en libertad me había puesto de buen humor.

Cuando ya estábamos a quince millas del parque natural, mi padre recibió una llamada. Miró hacia el número que aparecía en el salpicadero. Por su expresión, deduje que no ubicaba quién era y estaba dudando si responder o no. Por fin, contestó.

—¿Stefan Malnik? —preguntó una voz que sonaba metálica a través del altavoz.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—¿Es usted Stefan Malnik? —volvió a preguntar la persona, como si no le creyera o no hubiera oído la respuesta.

—Sí, soy yo —mi padre alzó la voz—. ¿Qué desea?

—¿Es usted quien ha tomado las muestras de ADN en el cementerio esta mañana?

—El mismo. ¿Hay algún problema?

—No, no, nada. Es que el papeleo y los permisos están a nombre de Mike Peterson.

—Mike trabaja para mí. Siempre hacemos los permisos a su nombre. En general es él quien hace el trabajo de terreno. Pero en este caso me he ocupado yo. Perdona, ¿de dónde me llama?

Se produjo un breve silencio.

—Soy David Townsend, señor Malnik, trabajo en el ayuntamiento de Clayton. Mi ayudante le ha acompañado esta mañana a exhumar los restos de Aurora K. Tengo algo para usted. Algo que podría ser importante. ¿A qué hora nos podemos ver?

Mi padre y yo nos miramos.

—Ahora mismo no estoy en Clayton, pero podría estar de vuelta en una hora.

—¿Le parece bien el bar donde han desayunado?

—Perfecto. Nos vemos ahí.

Salimos de la autopista por el primer desvío y dimos media vuelta. Mi padre mantenía la vista en el tráfico como si estuviera absorto en sus pensamientos, pero yo no tenía ninguna intención de dejarle escapar tan fácilmente. Le estuve mirando fijamente. No se daba por aludido.

Al fin le pregunté:

—¿Cómo ha dicho que se llamaba el hombre ese con el que hemos quedado?

Soltó una carcajada.

—Eres peor que tu abuela, hija.

—Papá, quiero oírlo.

—¿El qué?

—Papá...

—Está bien... Tenías razón, hija, debería haberle llamado.

Capítulo veinte

Aunque a esa hora el bar estaba lleno, mi padre no tuvo ningún problema en reconocer a David Townsend. Mike había incluido una foto suya en el informe.

Era un hombre corpulento, con la cara grande y colorada. Estaba sentado en la misma mesa que habíamos ocupado nosotros por la mañana, dando buena cuenta de un sándwich de pollo. Más que comerlo, lo devoraba. En cuanto nos acercamos, se puso en pie, engulló el último trozo de un bocado, se limpió las manos con una servilleta y nos pidió con un gesto que nos sentáramos. Tenía gotitas de mayonesa en la barbilla. Se dejó caer en el asiento frente a nosotros y miró a mi padre con una amplia sonrisa.

—Stefan Malnik... —dijo.

Mi padre asintió en silencio.

David Townsend detuvo a una camarera que pasaba por nuestro lado cargada de platos y le dijo que le trajera una ración doble de tarta de arándanos. Mi padre pidió café y yo, un refresco. Cuando la camarera se alejó, David Townsend la miró por detrás con total descaro y se volvió hacia mi padre.

—Por suerte, soy una persona muy desconfiada —dijo en tono jovial—. Y cuando mi ayudante se ha presentado esta mañana en la oficina con su cheque, he querido asegurarme enseguida de que tuviera fondos.

—¿Ha tenido problemas para cobrarlo?

—No, ninguno, pero no hubiera sido la primera vez que nos la juegan, ¿sabe? Le he dicho a Andy que fuera inmediatamente a ingresarlo al banco. Pero él se hacía el remolón. Primero ha atendido a una visita y luego se ha puesto a hacer llamadas. El cheque seguía allí, encima de su escritorio, y yo me estaba poniendo frenético, así que he bajado yo mismo al banco. Y ha sido entonces cuando me he fijado en la firma: Stefan Malnik...

Mi padre no dijo nada. Supongo que él tampoco tenía ni la menor idea de lo que nos estaba hablando. David Townsend apartó su plato vacío hacia un lado y apoyó ambos codos sobre la mesa, echándose un poco hacia adelante.

—¿Le puedo dar un consejo, señor Malnik?

—Dígame.

—Mike Peterson, el hombre que trabaja para usted... Con esa corpulencia y rapado al cero, parece un matón de la mafia. Debería decirle que suavizara un poco su aspecto.

—En su trabajo, tener un aspecto intimidante suele ser útil.

—En este caso no le ha ayudado.

Hizo una pausa y miró hacia la camarera que, de camino a nuestra mesa, se había detenido a hablar con otro cliente.

—¿Para qué quería vernos, señor Townsend? Por teléfono ha dicho que tenía algo para mí.

—Enseguida se lo doy. En cuanto me enseñe un documento que demuestre que es usted

realmente Stefan Malnik. Le ruego que no se lo tome a mal. Se trata de un asunto serio y no me perdonaría si alguien resultara lastimado por mi culpa.

Mi padre sacó su carné de conducir y se lo entregó.

El hombre lo examinó con mucha atención, haciéndolo girar entre sus manos, como si pensara que era falso. Solo dejó de jugar con él cuando la camarera llegó con su ración doble de tarta de arándanos y nuestras bebidas. David Townsend le guiñó el ojo a la chica y le devolvió el carné a mi padre. Miró su tarta con apetito, cortó la punta con el tenedor, se la llevó a la boca y la masticó.

—Supongo que está al tanto de todo lo que le conté a Mike Peterson —apuntó a mi padre con el tenedor—. Lo del entierro hace seis años, el cambio de nicho...

—En efecto.

—Bien, entonces permítame que vaya al grano. Hay algo que no le conté a su hombre. Hace cuatro meses se presentó en mi despacho una de las mujeres que asistieron al funeral de Aurora K. Había venido a visitar la tumba de su amiga y no la había hallado en su sitio. La oficina del cementerio estaba cerrada, así que se pasó por el ayuntamiento para preguntar. Me ofrecí a acompañarla en persona hasta la nueva ubicación. El asunto de la identidad de Aurora K. me intrigaba y pensé que era mi oportunidad de conocer la verdad. Cuando llegamos frente al nicho, le dije que sabíamos que el nombre con el que habían enterrado a Aurora K. era falso, así como el teléfono y la dirección de contacto que nos habían dejado. La mujer se puso blanca como el papel y sus ojos se llenaron de terror. Pensé que le iba dar un ataque allí mismo. Aquel miedo era genuino. Se lo aseguro. Supuse que debía de tener prohibido visitar a su amiga en el cementerio, que había desobedecido, y que ahora temía las consecuencias de su acto. Así que le dije que no se preocupara, que yo jamás le hablaría a nadie de nuestro encuentro. La mujer se dejó caer al suelo de rodillas y, llorando, me besó las manos. No paraba de repetir: gracias, gracias, gracias...

Los ojos de David Townsend se humedecieron. Para disimular, bajó la vista a su tarta, cortó otro trozo y se la llevó a la boca. Esta vez lo masticó despacio.

—¿De qué tenía tanto miedo? —preguntó mi padre.

—No lo sé. Pero si le interesa mi opinión, yo creo que Aurora K. era una testigo protegida.

—¿Una testigo protegida?

—Sí, es lo único que tiene sentido. Los datos de su certificado de defunción y los de su licencia de entierro son falsos, pero los documentos son auténticos, lo que quiere decir que esos datos se alteraron en el registro civil. Y eso no está al alcance de cualquiera. Quizá se ocupó una agencia del gobierno.

—¿Se refiere al FBI?

—El FBI, la CIA, la NSA, lo que sea. Claro que solo es una hipótesis. Quizás, el testimonio de Aurora K. sirvió para meter en la cárcel a algún capo de la mafia y sus hombres quieran llegar hasta ella o sus familiares para matarlos. O quizá quien testificó fue su marido. Esas cosas pasan.

—¿Por eso pensó que Mike era un mafioso?

—Tiene el aspecto de serlo y encajaba con mi hipótesis. Y entre nosotros, esa historia de que Aurora K. podía ser una mujer que había desaparecido en la guerra de Turenia sonaba a cuento chino.

—Pues es cierta.

—Solo digo que sonaba poco creíble. Y estará de acuerdo conmigo en que, si un mafioso se hubiera dejado caer por Clayton para sacarme información, se habría inventado una historia así. No iba a llegar diciendo que estaba buscando a los familiares de Aurora K. para cargárselos a

todos.

—¿No sabe cómo se llama esa mujer? —preguntó mi padre.

—No. Y aunque lo supiera, no se lo diría. No quiere que usted contacte con ella. En eso fue tajante. No quiere volver a exponerse. La volví a ver esa misma tarde. Pasó por mi despacho. Por lo visto, pensó que yo era una persona digna de confianza y me dejó algo para usted. Una carta. Tenía que entregársela si aparecía por Clayton preguntando por Aurora K.

David Townsend cortó otro trozo de tarta y lo masticó despacio.

—Dígame algo, señor Malnik. ¿Cuál es su interés por Aurora K.?

—Hay una posibilidad de que sea mi madre.

—Sí —asintió—, eso tiene sentido. Cuando me dio la carta, aquella mujer comentó que no tenía derecho a seguir ocultándole más tiempo una información así.

David Townsend sacó un sobre doblado por la mitad del bolsillo interior de su cazadora y se lo entregó a mi padre. El sobre era idéntico al de la carta anónima. Marrón, de papel reciclado y con una ancha solapa acabada en pico. Mi padre lo desdobló. Y ahí estaba la letra de aquella mujer, redondeada e infantil. Solo había escrito: Stefan Malnik. Mi padre lo contempló unos instantes, lo dobló de nuevo y se lo guardó en el bolsillo. Noté la decepción de David Townsend. Sin duda había confiado en que lo abriera delante de él. Pero no protestó. Bajó la mirada a su plato y rebañó las migas.

—¿Recuerda la fecha exacta en que recibió la visita de esa mujer? —preguntó mi padre.

—No, pero lo puedo averiguar. ¿Es importante?

—Podría serlo.

David Townsend sacó su móvil y consultó su agenda. Estuvo trasteando unos segundos hasta que dio con ella. Mi padre no necesitó anotar la fecha. Era la misma que figuraba en el matasellos de la carta anónima. Aquella mujer había visitado Clayton el mismo día que le envió la carta a mi padre. Parecía un dato relevante, aunque yo no tenía ni la menor idea de lo que podía significar. Nos quedamos todos silencio.

—¿Le contó Mike el motivo por el que tuvimos que trasladar a Aurora K. de nicho?

—Un hombre quería que le enterraran con sus dos mujeres, ¿no?

—En efecto. Pues ahora el viejo crápula se va a casar de nuevo. Por tercera vez. La boda será dentro de un mes. El muy caradura me ha invitado. Supongo que se está preparando el terreno para cuando tengamos que dejar libre el nicho que queda justo encima del suyo.

Soltó una gran carcajada.

Mi padre trató de pagar la cuenta, pero David Townsend no se lo permitió. Cuando nos despedíamos, mi padre le preguntó si sabía por qué en la lápida solo habían grabado la inicial del apellido en vez de ponerlo completo. El hombre dijo que no lo sabía. Fue entonces cuando me di cuenta de que, aunque todos sabíamos que el nombre con el que habían enterrado a aquella mujer era Aurora Kretnik, seguíamos llamándola Aurora K.

Nos dirigimos hacia nuestro coche. Por suerte no habíamos aparcado lejos. Nos metimos dentro. Mi padre abrió el sobre con la navaja suiza que usaba de llavero. Sacó la carta del interior y la desplegó de forma que yo también la pudiera leer. Solo había un nombre y una dirección escritos. La dirección era de Dighton, el mismo pueblo del matasellos de la carta anónima. El nombre pertenecía a una mujer urena: Sonia Brachko. Iba a preguntarle a mi padre qué podía significar aquello, cuando una idea hizo que me estremeciera. ¿Y si ese era el verdadero nombre de Aurora K.? ¿Y si la madre de mi padre era urena?

Capítulo veintiuno

Mi padre me pidió que le sostuviera la carta plana contra el salpicadero. Le sacó una foto con el móvil y se la mandó a Mike. De camino al hotel, le llamó por el manos libres. Le resumió el encuentro con David Townsend sin saltarse ningún detalle y le pidió que averiguara todo lo que pudiera sobre Sonia Brachko. En la recepción del hotel, contrató el servicio de Internet y me mandó a la habitación con las claves para que las fuera introduciendo en el portátil. Él recuperó las muestras de ADN de la caja fuerte y fue a mandarlas por mensajería urgente al laboratorio que realizaba los análisis. Cuando volvió, yo había conseguido por fin conectarme a Internet.

Fue una tarde emocionante, aunque no descubrimos gran cosa.

Localizamos a tres Sonia Brachko. La que acaparaba la mayoría de las páginas web era una cantante de pop electrónico ultranacionalista de veintisiete años, una pelirroja que vivía entre Londres y Torva. De las otras dos, una era enfermera y la otra se dedicaba a la cría de perros. Ninguna residía en Estados Unidos.

Por su parte, Mike averiguó que el número de teléfono que correspondía a la dirección de Dighton estaba a nombre de S. Brachko. El dato solo nos servía para confirmar que la mujer vivía allí, ya que tanto Mike como mi padre opinaban que no había que renunciar al factor sorpresa. Pensábamos presentarnos en su casa al día siguiente sin avisar.

Los listados, documentos y testimonios que mi padre había recopilado a lo largo de los años sobre criminales y víctimas de la guerra de Turenia estaban almacenados en discos duros que bajo ningún concepto se conectaban a Internet. Era una medida de seguridad, para que ningún *hacker* se pudiera hacer con ellos. Mike tuvo que pasarse por el Centro Cultural a consultarlos. Averiguó que un Vital Brachko había formado parte de los Hurones, una milicia que acabó integrada en las Hienas de Kiril, aunque él había muerto antes de que eso sucediera. No había pruebas de que hubiera participado en ninguna matanza pero, como miembro de los Hurones, era difícil creer que no hubiera cometido ningún crimen. Aparte de eso, se sabía que había estado en la cárcel por robo. Nada más. Mike consideraba poco probable que Vital Brachko fuera un familiar de Sonia, ya que Brachko era un apellido bastante común en el norte de Turenia.

A las siete y media, mi padre me obligó a apagar el ordenador y salimos a cenar. Yo hubiera pedido unos bocadillos al servicio de habitaciones para poder seguir navegando por Internet. Pero lo cierto era que llevábamos un buen rato sin encontrar nada. Y menos mal que salimos. Me comí la mejor pizza de mi vida. Con la masa muy fina y crujiente, de jamón y champiñones, con mucho tomate y una yema de huevo que estaba en su punto. Divina.

A las ocho del día siguiente estábamos desayunados y en marcha.

Llegamos a Dighton a las once.

El GPS nos condujo directos a la dirección de Sonia Brachko. Era un barrio de viviendas unifamiliares de clase media. La casa de Sonia era grande, de dos pisos, de madera oscura, con un pequeño porche en la entrada y tejado de pizarra más propio de una población de alta montaña que de Dighton. Tenía un aspecto mucho más deteriorado en vivo que lo que nos había

parecido a través de la imagen de Google Street. El jardín delantero estaba descuidado, los arbustos crecían a su aire, y el buzón estaba sujeto a un poste con un alambre. Mi padre pasó despacio por delante de la casa sin detenerse. No apreciamos ningún movimiento en el interior. Un pasaje lateral conducía al jardín trasero, donde había una construcción de una sola planta que no pudimos divisar bien por culpa de la sombra de los árboles. Quizás era un garaje.

Mi padre dio la vuelta a la manzana y aparcó frente a la casa. Yo estaba muy nerviosa. Me hubiera gustado que mi padre me comentara cuál iba a ser su estrategia y me dijera cómo tenía que comportarme, pero no me atreví a importunarle. Cruzamos el jardín y subimos las escaleras del porche. El botón del timbre estaba medio suelto. Cuando mi padre lo apretó, no nos llegó ningún sonido del interior de la vivienda. Golpeó la puerta con la palma plana dos veces y aguardó. Todo seguía en silencio. Volvió a llamar con más insistencia. Oímos un gruñido. Unos pasos se arrastraban ahora en nuestra dirección. Esperamos. Sonaron los chasquidos de tres cerraduras, una tras otra, y la puerta se abrió. En el umbral apareció una anciana encorvada, vestida de negro y con aspecto furibundo.

—¿Sonia Brachko? —preguntó mi padre.

—¿Qué quieren de mí?

—Necesitamos hablar con usted. ¿Podemos pasar?

La mujer miraba a mi padre. De pronto, se asustó, como si hubiera visto al mismísimo demonio. Dio un paso hacia atrás con sorprendente agilidad y nos cerró la puerta en las narices. Mi padre volvió a llamar con fuerza.

—Por favor, señora Brachko, es importante.

—Lárguese. No quiero hablar con usted.

Mi padre había girado la cabeza hacia mí, pero me miraba sin verme.

Sus ojos centellearon.

—Señora Brachko —dijo en tono duro—, he venido hasta aquí para hacerle un favor. Así que no me haga perder el tiempo y abra de una vez. Sé que me ha reconocido. He averiguado lo que hizo Vital durante aquellas primeras semanas de guerra. Estoy preparando un documental sobre cómo se formaron las milicias urenas. Si no me abre, me aseguraré de que el nombre de Vital ocupe un puesto destacado en el documental. Y mencionaré que usted vive en Dighton. ¿Me ha oído?

Yo miraba atónita a mi padre. Aquel farol era demasiado arriesgado. Estaba segura de que acababa de arruinar las pocas posibilidades de que esa anciana nos recibiera.

—¿Es eso lo que desea, señora Brachko? —insistió mi padre—. ¿Quiere que se recuerde a Vital como un violador y un asesino? Venga, ábrame, podemos arreglar esto. Lo único que le pido es que me conteste a unas preguntas. Si colabora conmigo, eliminaré sus nombres del documental.

Guardó silencio. Al otro lado, no se oía nada.

—Está bien —dijo mi padre—, como quiera.

Estábamos a la mitad del jardín, cuando la puerta de la casa se abrió. En el umbral se volvió a dibujar la figura de la anciana. A pesar de estar encorvada, había adoptado un postura orgullosa y desafiante. Miraba a mi padre con un odio inmenso. No dijo nada. Permaneció ahí inmóvil unos segundos y desapareció dentro de la casa dejando la puerta abierta de par en par.

Nos dirigimos de nuevo hacia allí.

La casa estaba en penumbra y olía a cerrado y a humedad. Todas las ventanas estaban cubiertas por gruesos cortinajes y solo había una lámpara de pie encendida que emitía una luz

tenue. Sonia Brachko nos esperaba sentada en una mecedora, junto a la chimenea, pero no se balanceaba. Sus pies, embutidos en unas zapatillas, estaban sólidamente apoyados en el suelo. El fuego estaba casi apagado. Solo quedaban unos rescoldos cubiertos de ceniza, que apenas brillaban en la oscuridad. Mi padre ocupó el sofá que quedaba frente a la anciana y yo me senté a su lado. Me sentía incómoda. Mi padre y esa mujer se miraban. Mis ojos se fueron adaptando a la penumbra y entendí por qué aquella sala me había parecido tan desolada. Los muebles eran elegantes y caros, pero no había objetos de decoración, ni en la repisa de la chimenea, ni en las estanterías, ni sobre la mesa. Y las paredes estaban desnudas. En algunos sitios se podía distinguir el lugar que había ocupado un cuadro. Desde donde estaba sentada, distinguía parte de un largo pasillo, que se perdía en las entrañas de la casa.

—¿Así es como consiguió atrapar a Kiril? —la voz de la mujer resonó cavernosa en la habitación—. ¿Amenazando a ancianas?

—Necesitaba que me recibiera, señora Brachko.

La mujer empezó a balancearse muy suavemente.

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y cuatro.

—Así que tenía... ¿qué, cuatro años cuando empezó la guerra?

—Tres.

—¿Y se cree con derecho a juzgarnos? Usted no sabe lo que fue aquello. No lo vivió. Pero como es távaro, está en el bando de los buenos, es usted una víctima y se cree con derecho a todo. Se presenta en mi casa y me amenaza con restregar por el barro el nombre de mi marido si no respondo a sus preguntas. Me da asco. Mi marido era un hombre mucho más íntegro que usted. Él jamás hubiera hecho algo así.

Sonia Brachko calló.

Mi padre se mantuvo en silencio.

—¿Ha averiguado por qué le metieron en la cárcel? —dijo la mujer.

—Sí, por robo.

—Sí, así lo llamaron. Vital fue al bosque y cortó un árbol porque estaba harto de que su familia se helara de frío. Para mí eso no es un delito, pero el juez lo vio de otra forma. Le cayeron dos años, por reincidente. Y usted no se imagina cómo eran las cárceles en aquella época. Las palizas, los apuñalamientos, los robos... Por no hablar de otras cosas. Vital jamás habría sobrevivido allí dentro por su cuenta. Le faltaba maldad. Buscó protección, como hacían todos, y la encontró entre los presos de la Doble U. Un año después aquellos hombres fueron liberados y se les obligó a ingresar en las milicias. No había elección. O eso o el tiro en la nuca. La víspera de su muerte, se presentó en casa en mitad de la noche. Estaba fuera de sí. Me dijo que les obligaban a hacer cosas horribles y que a los que se negaban a obedecer los mataban. Le pedí que desertara, que huyera. Pero él volvió a la milicia. Lo hizo por su hija y por mí. Temía que si desaparecía tomaran represalias contra nosotras. Antes de despedirse, me juró que nunca más le volvería a hacer daño a una mujer. Al día siguiente sus propios camaradas lo asesinaron. Ni siquiera me dejaron recuperar su cuerpo... Así que dígame, señor Malnik, ¿con qué derecho se presenta en mi casa acusándole de ser un criminal de guerra? ¿Quién es usted para negarle su condición de víctima? Me hubiera gustado ver a algunos de sus héroes de guerra en la situación de Vital. ¿Cree que ellos se habrían atrevido a desobedecer las órdenes sabiendo que les esperaba un tiro en la nuca?

La mujer miró a mi padre con los ojos todavía llenos de ira.

—Señora Brachko, mi intención nunca ha sido restregar el nombre de su marido por el barro. Si quiere, puedo volver otro día a tomarle declaración para que quede constancia de las circunstancias en que Vital se vio obligado a integrarse en su milicia.

—Lo que quiero es que nos deje en paz.

—Ya le he dicho antes que estoy dispuesto a hacerlo. En realidad, no he venido a verla por Vital. Es otra persona quien me interesa: Aurora Kretnik.

La estupefacción transformó el rostro de la mujer.

—¿La señora?

—Sí...

—¿Está investigando a la señora? Eso es absurdo. Ella era távara. Ella...

La mujer se calló de golpe.

Mi padre le mantuvo la mirada en silencio una vez más.

—Todo esto es porque acogió a la mujer de un miliciano ureno, ¿no? —negó con la cabeza—. Ahora que se le están acabando los criminales urenos, se ha puesto a perseguir a los que les ayudaron. Es usted un hombre despreciable. Pues esta vez ha pinchado en hueso. La señora Aurora era una santa. ¿Me oye? ¡Una santa! Y que Dios le castigue si se atreve a ponerlo en duda. Cuando ella me acogió, yo no tenía dónde caerme muerta. Me sacó de la calle, me dio un trabajo y nos alojó bajo su propio techo. Y nunca, en los años en que la serví, me echó en cara que mi marido hubiera pertenecido a una milicia. Ella, que tanto perdió en la guerra...

—Perdió a su hijo y a su marido en Grébovo, ¿no?

—¿Quién le ha contado eso?

—¿Acaso no es cierto?

Sonia escrutó a mi padre durante unos instantes, como si tratara de penetrar en sus pensamientos. El silencio se alargaba más que en las anteriores ocasiones. La mujer hizo un gesto con los labios, como si se dispusiera a hablar, pero justo entonces nos llegó una risa ahogada desde el pasillo. Miré hacia allí, pero no vi a nadie. Seguramente provenía de alguna habitación. La mujer volvió la cara hacia el pasillo, aunque desde donde estaba no lo podía ver, ya que quedaba a su espalda. Sus manos se agarraron con fuerza a los reposabrazos de la mecedora.

—¡John! —gritó.

La risita se apagó de golpe.

—¿Qué quieres, abuela? —respondió una voz displicente.

—¿Con quién estás?

—Con nadie. He entrado a hacerme un bocadillo.

—Ya has vuelto a meter a ese granuja de Gabe en mi casa, ¿no?

—Te he dicho que estoy solo.

—¡No me mientas! —su voz sonó como un ladrido.

—No le miente, señora, le juro que no estoy aquí —dijo otra voz, y estalló en risas.

Sonó un golpe seco, una colleja, y el tal Gabe soltó un quejido, pero volvió a reír. El rostro de la mujer se crispó.

—Si quieres seguir viviendo en mi casa, tienes que aceptar mis normas, ¿me oyes?

—No seas pesada. Solo nos estamos haciendo un bocadillo.

—¿Y por qué no vais un día a comer a casa de Gabe para variar?

—Porque su madre es incluso más insoportable que tú. Pero puedes estar tranquila, ya nos

vamos. Y a ver si compras queso. Este está como una piedra.

Distinguí dos sombras que salían al pasillo y se alejaban. Al poco sonó un portazo. Todo quedó en silencio durante unos instantes. Sonia Brachko seguía inmóvil con la cara ladeada y aferrada a la mecedora. A través de las ventanas nos llegaron las voces de los dos chicos que abandonaban la casa por el jardín. La mujer apretó los labios y miró a mi padre como si se hubiera olvidado de su presencia y acabara de descubrirle de nuevo.

—Me estaba contando cómo perdió la señora Aurora a su marido y a su hijo —retomó el hilo mi padre.

—No, yo no le estaba contando nada.

—¿No murieron en Grébovo?

—¿Por qué no me dice de una vez por qué ha venido a mi casa?

—Ya se lo he dicho. Quiero hacerle unas preguntas sobre la señora Aurora.

—¿Por qué?

La mujer empezó a balancearse suavemente en la mecedora.

—Mire, señora Brachko, tengo sospechas fundadas de que Aurora Kretnik podría ser mi madre.

La mecedora se detuvo en seco.

Tras unos instantes de desconcierto, el rostro de la anciana se crispó. Se levantó de la mecedora y se dirigió con decisión hacia un armario que había junto a la entrada. Tanto mi padre como yo presentimos el peligro y nos pusimos en pie de un salto. La mujer sacó del armario una escopeta de caza y nos apuntó con ella. Parecía que sus ojos iban a salirse de las órbitas.

—¡Fuera! —rugió.

—Nos vamos —dijo mi padre, muy sereno, y pidiendo calma con las manos.

Me indicó con una mirada que le siguiera y en todo momento procuró colocarse entre el cañón de la escopeta y yo. Cruzamos por delante de Sonia Brachko sin hacer movimientos bruscos y manteniéndonos a una distancia prudente de ella.

—Usted no puede ser su hijo —soltó un chillido con la escopeta temblando entre sus manos—. Si la señora hubiera tenido un hijo, yo lo sabría. Trabajé años para ella. Ella era mi amiga. Me lo habría dicho.

—Sin duda se trata de un error...

—Lo es. Un error. Un gran error.

Curiosamente, no temí por mi vida en ningún momento. Sonia Brachko daba más lástima que miedo. Aquella escopeta parecía estropeada, los cañones estaban recubiertos de óxido, y aunque funcionara, dudaba mucho que se atreviera a dispararnos. Seguramente no estaba ni cargada.

Al llegar a la puerta de la calle, mi padre me hizo salir primero. Me agarró con suavidad por el cuello y me condujo hasta el coche, manteniéndome siempre por delante de él. Subimos al coche. Cuando nos pusimos en marcha, me volví a echar una última mirada. Sonia Brachko estaba inmóvil en medio del porche, la escopeta de caza colgaba de su brazo, apuntando hacia el suelo. Se la veía desamparada. En su porte, no quedaba nada de la altanería con la que nos había recibido. Mi padre la vigilaba a través del espejo retrovisor.

Cuando giramos por la primera esquina, se volvió hacia mí.

—Lo siento, Anna —me dijo—. ¿Estás bien?

—Sí. Se notaba que no iba a disparar.

Mi respuesta le sorprendió.

—Hija, nunca subestimes a alguien con un arma en la mano. Y más si está loco. ¿Me has entendido?

—¿Aunque la escopeta esté oxidada?

—Sí, aunque la escopeta esté oxidada.

Un par de manzanas más adelante, me fije en dos chicos vestidos con cazadoras de cuero y tejanos ajustados. Ambos eran muy delgados. El más alto llevaba en la espalda de su cazadora el logo de los Ramones. Avanzaban en nuestra dirección y caminaban en actitud desganada, arrastrando los pies y con los hombros caídos hacia adelante. De sus gorros de lana asomaban largas melenas. Cuando los adelantamos, vi que el más bajo se estaba comiendo un bocadillo. Masticaba mientras le contaba algo a su amigo muerto de risa. El otro le escuchaba con media sonrisa y aire muy triste. Supuse que él era el nieto de Sonia Brachko. Debía de ser muy duro haberse criado en una casa así.

Me acomodé en el asiento y fijé la vista al frente, pensando en lo que nos había contado esa mujer.

—Si Aurora K. no tuvo hijos, no puede ser tu madre —dije.

—Es pronto para sacar conclusiones. Habrá que esperar a los análisis de ADN. Y ha sido demasiado vehemente al decir que no tuvo hijos. Es sospechoso.

—¿Cuándo estarán listos?

—¿Los análisis? Dentro de un mes, más o menos.

—¿¡Un mes! —exclamé.

—He estado esperando treinta años, hija, un mes más o menos no va a cambiar nada.

Llegamos a una calle de varios carriles, con bastante tráfico. Mi padre se detuvo en el stop y esperó a un hueco para incorporarse a la circulación.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —pregunté.

—Ir a comer algo.

—Me refería a nuestra investigación, papá.

—Mike está intentando localizar a la mujer que nos envió la carta anónima.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo va a hacer eso? No sabemos nada de ella.

—Algo sí sabemos. ¿Recuerdas la posdata de la carta?

—Explicaba que no la firmaba porque tenía miedo.

—Sí. Y que no quería tener que estar vigilando su espalda cada vez que saliera a pasear el perro.

—¿Y?

—Podría tratarse de una vecina de Sonia Brachko. Mike está averiguando si en el barrio vive alguien más con apellido tureno.

—¿Entonces crees que la persona de la que tiene miedo es Sonia Brachko?

—Bueno, es algo que se me ocurrió anoche. Pensaba que se trataba de una posibilidad remota, pero después de la visita que le hemos hecho ya no me parece tan descabellada. A fin de cuentas, nos acaba de echar de su casa a punta de escopeta.

—Una escopeta oxidada.

—Ya, pero no todo el mundo tiene tu sangre fría, hija —se burló.

Capítulo veintidós

Hacía un buen rato que nos habíamos acabado la hamburguesa y Mike seguía sin tener nada. En las páginas amarillas de Dighton no aparecía ningún nombre tureno, aunque todavía era pronto para descartar la teoría de mi padre. Si aquella mujer vivía de alquiler, la casa podía estar a nombre del propietario. Mike tenía un contacto en la Oficina Central de Datos que estaba averiguando en ese mismo momento a nombre de quién figuraban las facturas de luz, gas y agua, y los impuestos municipales de basura y aparcamiento de toda esa área de Dighton, ya que era posible que ahí apareciera el nombre del inquilino. El problema era que el contacto de Mike no sabía distinguir los apellidos turenos, así que estaba confeccionando una lista con todos los que le sonaban raros y por eso la gestión se estaba demorando.

Yo estaba harta de permanecer sentada en ese restaurante y le sugerí a mi padre que, en vez de quedarnos de brazos cruzados, fuéramos a dar vueltas en coche por el barrio de Sonia Brachko. Quizás encontraríamos a esa mujer por nuestra cuenta.

—¿Y cómo lo hacemos? —dijo—. ¿Buscamos una casa con una bandera de Turenia o les preguntamos a todas las señoras que encontremos paseando a un perro si me han escrito una carta anónima?

—¿Te parece mejor idea quedarnos aquí perdiendo el tiempo?

—No estamos perdiendo el tiempo, estamos esperando. El trabajo de detective exige paciencia. No todo son emociones fuertes. Te has traído un libro, ¿no? ¿Por qué no vas al coche a por él?

Mi padre pidió que le rellenaran la taza de café y siguió leyendo los papeles que había sacado de su cartera. Yo no fui a por mi libro. No hubiera sido capaz de concentrarme en la lectura.

Afuera el cielo empezaba a despejarse y parecía que al final no iba a llover.

No tuvimos que esperar mucho más.

Mike dio con una mujer de nombre távaro: Darina Zhumi. Cuando introdujimos su dirección en el GPS, vimos que vivía muy cerca de Sonia Brachko. Noté que la adrenalina circulaba de nuevo por mis venas. Condujimos de vuelta a aquel barrio. La calle era muy corta, de apenas dos manzanas. En cuanto la tomamos, supe cuál era la casa sin necesidad de mirar los números. En el jardín delantero tenía plantados dos mástiles. En lo alto de uno ondeaba la bandera americana. En el otro, la de la Confederación Turena. Al verla, mi padre se volvió hacia mí con expresión incrédula.

—Tienes buen instinto, hija. Lo admito —dijo.

—El tuyo tampoco está nada mal —le contesté.

Aquella casa, como la de Sonia Brachko, era de madera, de dos pisos y grande, pero estaba bien conservada, pintada de blanco y con grandes ventanales cubiertos por visillos, que preservaban la intimidad sin impedir que entrara la luz. El jardín estaba muy cuidado. Sobre la hierba se distinguían perfectamente las franjas paralelas que había dejado recientemente una máquina cortacésped. El sendero que conducía a la puerta dibujaba una curva y estaba

flanqueado por arriates de flores de diferentes colores. Un camino conducía a un garaje cuya puerta estaba abierta. Dentro había una ranchera verde. Mi padre y yo nos miramos. La habíamos encontrado. Agarré la manija de mi puerta para salir, pero mi padre me pidió que me esperara.

—Llamemos antes —dijo.

—¿Vas a renunciar al factor sorpresa?

—En este caso puede ser contraproducente. Esa mujer está asustada.

Conectó el teléfono al manos libres para que yo también pudiera oír la conversación. Darina Zhumi contestó al quinto timbrado. Su voz era dulce, confiada, pero se llenó de miedo en cuanto mi padre se presentó. Negó conocer a ningún Stefan Malnik y aseguró que no sabía de qué le estaba hablando.

—Por favor, señora Zhumi, necesito su ayuda —insistió mi padre—. Jamás la hubiera molestado si no fuera importante. Acabo de hacerle una visita a Sonia Brachko...

—¿Le ha dado ella mi teléfono?

—No, ella no tiene ni la menor idea de que estamos aquí.

—¿Aquí? ¿Qué quiere decir aquí? —su voz sonaba cada vez más alarmada.

—Estoy aparcado frente a su casa. Necesito hablar con usted.

—Pero... usted no puede... No lo entiende...

Los visillos de una de las ventanas del piso de abajo se movieron y apareció la figura de una mujer de unos sesenta años con el pelo corto y teñido de rubio platino. Se la veía muy alterada. Volvió a desaparecer al instante.

—Nunca debí mandarle esa carta —dijo.

—Nadie sabe que estamos aquí, señora Zhumi. Por favor, solo necesito hablar unos minutos con usted, le prometo que nunca más la volveré a molestar ni mencionaré nuestra entrevista.

—Váyase, por favor.

—Sonia Brachko acaba de decirme que Aurora Kretnik no tuvo ningún hijo.

Se hizo silencio.

—Esa bruja... —la indignación vibró en la voz de la mujer—. Así es como te pagan los urenos que los acojas en su casa. No tienen remedio. Aurora hablaba a todas horas de ese niño. Era su obsesión. Nunca consiguió superar su pérdida.

—¿Podemos entrar un momento?

—No. Aquí no. Usted no sabe de lo que es capaz esa mujer... —la preocupación volvió a su voz—. ¿Conoce el supermercado City Max?

—Lo encontraré.

—Está en dirección a la autopista. En la parte de atrás hay una explanada de tierra donde la gente deja el coche cuando el *parking* está lleno. Espéreme allí en media hora.

—Lo haré. Y muchas gracias, señora Zhumi.

Encontramos el sitio sin problemas.

A pesar de que un viento helado barría aquella explanada, mi padre y yo acabamos por salir del coche. Empezábamos a estar inquietos. Aquella mujer ya llevaba un cuarto de hora de retraso. Yo temía que nos hubiera citado allí simplemente para librarse de nosotros. Traté de convencer a mi padre para que la llamara de nuevo. Pero él me pidió que tuviera paciencia y aprovechó para reservar un hotel para esa noche. Ya eran las cuatro y habíamos decidido quedarnos a dormir en Dighton. El cielo se había vuelto a cubrir. Yo estaba muy pendiente de los coches que tomaban la vía de acceso al supermercado. Al principio, solo buscaba una ranchera

verde; luego empecé a fijarme en los conductores de todos los vehículos. Había bastante tráfico, tanto de entrada como de salida, pero la mujer no aparecía.

Por fin, a las cuatro y veinte, distinguí una ranchera verde. Darina Zhumi iba al volante. Se la señalé a mi padre, aunque él ya la había visto. El vehículo desapareció detrás del inmenso edificio del City Max y, al cabo de poco, accedió a la explanada en la que nos encontrábamos. Aparcó a nuestro lado.

Darina Zhumi bajó del vehículo ayudándose de un bastón. Llevaba puestas unas grandes gafas de sol y se había cubierto el pelo con un colorido pañuelo. Miraba a su alrededor con desconfianza.

—Esto es un error —dijo.

—¿Quiere que subamos a mi coche?

—No, pregúnteme lo que me tenga que preguntar y acabemos de una vez.

—Está bien... ¿Cómo dedujo que yo podía ser el hijo de Aurora Kretnik?

—Ya se lo escribí en la carta —dijo con impaciencia—. Y supongo que si ha venido a Dighton es porque tiene esa mancha en forma de media luna en la espalda, ¿no?

—Así es.

La mujer asintió.

—Cuando le oí contar por televisión cómo murió su padre, supe que era usted. Al principio dudé sobre escribirle, pero comprendí que no tenía derecho a guardarme esa información. Yo también perdí a seres queridos en la guerra. Desaparecieron un día y nunca más volví a saber de ellos. Sé lo doloroso que es vivir sin conocer la verdad.

—¿Por qué no me dio la dirección de Sonia Brachko?

—No quería correr riesgos innecesarios —la mujer volvió a mirar a su alrededor con aprensión—. Me he expuesto mucho al ayudarle, señor Malnik. Y no quería que se presentara en casa de Sonia Brachko sin un motivo de peso. Por eso le dejé la dirección al señor Townsend. Si usted iba a Clayton a investigar, significaría que se tomaba en serio la posibilidad de ser el hijo de Aurora. Y en ese caso no tendría más remedio que arriesgarme.

—¿Tan peligrosa es Sonia?

—No se deje engañar por su aspecto. Usted no la conoce. En este momento, debe de estar cavilando cómo ha conseguido su dirección. Y Dios quiera que no sospeche de mí.

Un coche naranja avanzaba por la vía de acceso al City Max. Darina Zhumi lo miró, tensa. El sitio que había elegido para nuestra reunión no podía ser menos discreto. Todos los que entraban y salían del supermercado nos veían, y debíamos de llamar la atención en aquella explanada desierta, charlando fuera de nuestros vehículos.

—¿Por qué cree que Sonia Brachko nos ha dicho que Aurora nunca tuvo un hijo?

—¿Le dijo usted que sospechaba que Aurora era su madre?

—Sí.

Darina Zhumi asintió, como si todo cuadrara.

—Al morir, Aurora le dejó la casa. Sonia ha debido de temer que usted tratara de quitársela o, como mínimo, que le reclamara parte de la herencia. Es una mujer repugnante. Con lo generosa que fue Aurora con ella.

—¿De qué murió Aurora?

—Un cáncer de pecho. Fue fulminante, acabó con ella en tres meses.

—Su verdadero apellido no era Kretnik, ¿verdad?

—No. Se lo cambió. Me lo contó en el hospital.

—¿Sabe cuál era su verdadero apellido?

—No me lo dijo. Aurora solo me habló de su pasado cuando se encontró al borde de la muerte, y no me lo contó todo.

—¿Sabe al menos por qué se cambió de apellido?

La mujer asintió.

—Supongo que sabrá quiénes son los hermanos Varka.

—¿Los hermanos Varka? ¿Qué tienen que ver Aurora con ellos?

Los hermanos Varka fueron dos de los principales lugartenientes de Kiril durante la guerra de Turenia. El FBI los detuvo cruzando la frontera de Estados Unidos desde México con pasaportes falsos. Hasta que mi padre capturó a Kiril, fue la operación más importante que se había realizado contra criminales de guerra urenos. En el colegio nos hablaron de ellos.

—No los arrestaron en un control rutinario, como se ha dicho siempre —siguió la mujer—. Aurora proporcionó la información que permitió detenerlos. Parece que lo de capturar criminales de guerra es algo genético en su familia.

—Pero... ¿qué relación tenía con ellos?

—El mayor de los Varka fue el amor de adolescencia de Aurora. Los dos hermanos se encontraban en México, solos, sin dinero, y empezaron a ponerse paranoicos. Creían que les habían descubierto así que decidieron arriesgarse. Pensaron que Aurora los ayudaría. Sin embargo, ella estaba al tanto de las atrocidades que habían cometido y no dudó en entregarlos. Aunque antes negoció con el FBI para que la admitieran en un programa de protección de testigos. Conservó su nombre de pila, se cambió el apellido, y se instaló en Dighton. También pactó que la enterrarán en un lugar que nadie pudiera encontrar. Eligió Clayton. Su madre era una mujer muy supersticiosa. Usted es un hombre que se mantiene en contacto con la cultura de su país, así que supongo que conoce esa creencia turena de que, si se le roba un hueso a un muerto, se condena a su alma a vagar por el inframundo hasta que el hueso sea restituido a su tumba.

—La conozco.

—A su madre le aterraba esa posibilidad.

Otro coche naranja tomó por la vía de acceso al supermercado, la mujer se puso tensa. Cuando el coche pasó de largo, miró a mi padre.

—Me temo que no le puedo ayudar más, señor Malnik. Aurora me contó lo de los hermanos Varka dos días antes de su muerte exclusivamente porque le aterraba que el FBI no cumpliera con su parte del pacto. Me hizo jurarle que la enterraríamos en Clayton. No me dio más detalles.

—¿Y sobre Grébovo? ¿Le contó algo?

—Le escribí en la carta todo lo que sé. Ella acompañó a su madre a la ciudad para que la operaran de la cadera, y las Hienas de Kiril atacaron el pueblo. Nunca más supo nada de su marido y su hijo.

—¿Sabe si buscó a su hijo?

—No lo sé, pero no creo. Ella estaba convencida de que los habían matado a los dos. En Grébovo no dejaron a nadie con vida, ni mujeres, ni niños, ni ancianos.

Darina Zhumi volvió a mirar hacia la carretera.

—Este es un sitio espantoso para hablar —dijo en un tono de recriminación, como si nosotros lo hubiéramos elegido.

—Podemos ir a otro lado.

—Ya le he dicho que no sé nada más.

—¿Tiene alguna foto de ella o del niño?

—Cuando los médicos le dijeron que no estaba respondiendo al tratamiento, Aurora quemó todas sus fotos. Las supersticiones de nuevo. Pero se la puedo describir. Era rubia, muy alta, delgada y con unos ojos azules muy claros, como los suyos. Debió de ser una auténtica belleza en su juventud.

Yo no entendí a qué superstición se refería. La abuela me había contado que si colocabas la fotografía de tu enemigo en medio de un corriente de aire, enfermaba, pero no sabía que también se pudiera utilizar una fotografía para atormentar a los muertos.

—¿Algún otro rasgo físico particular? —preguntó mi padre.

—No que yo recuerde.

—En el ataúd encontramos tres llaves. Una es de una caja fuerte.

—¿Las llaves estaban dentro del ataúd? —se sorprendió.

—Sí.

—Aurora llevaba esas llaves siempre colgadas al cuello. Nunca se separaba de ellas, ni para dormir. Desaparecieron tras su muerte. Una era de su despacho, otra de la caja fuerte y la tercera de su secreter.

—¿Qué guardaba en la caja fuerte?

—No lo sé. Dinero, me imagino. Aurora no se fiaba de los bancos. Perdió todos sus ahorros durante la crisis, cuando los bancos tureños quebraron. De todas formas, lo que guardaba en esa caja fuerte ha desaparecido. La mañana en que Aurora murió, Sonia Brachko estaba con ella. A mí no me avisaron hasta unas horas más tarde. Cuando me presenté en el hospital, las llaves habían desaparecido. Supongo que a la urena le faltó tiempo para correr a la casa a robarlo todo. No pudo esperar ni a que se enfriara el cuerpo.

—¿Por qué acogió Aurora a Sonia en su casa?

—Aurora era demasiado cándida. ¿Le ha contado Sonia Brachko la historia de su marido?

—Sí, nos la ha contado.

—Yo no me creo una palabra. El marido de Sonia debía de ser un miliciano como cualquier otro, que disfrutaba matando y robando. Supongo que alguna de sus víctimas se lo llevó por delante. Pero ella le contó a Aurora esa historia lacrimógena de que era un hombre bueno, y Aurora la creyó.

Darina Zhumi miró hacía la carretera. Frente al semáforo que regulaba la entrada a la autopista, se había formado una cola. El tráfico había aumentado. Uno de los conductores parecía mirarnos con atención.

—Ahora he de irme —se puso tensa.

—¿La puedo llamar si tengo alguna otra pregunta?

—No, se lo ruego. Ya me ha obligado a implicarme más de lo que deseaba. Y tampoco le sería de ninguna utilidad. Le he contado todo lo que sé.

La mujer se dirigió hacia su coche, apoyándose en su bastón.

—Señora Zhumi —dijo mi padre—, antes ha dicho que familiares suyos desaparecieron en la guerra. Ya sabe a lo que me dedico. Si me da sus nombres, podría investigarlos. Le prometo máxima discreción.

La mujer se detuvo, miró a mi padre y negó con la cabeza.

—No, gracias —dijo—. Admiro su lucha por sacar la verdad a la luz, señor Malnik. Es usted

un hombre valiente. Pero ya han pasado treinta años desde aquello y, a estas alturas, creo que prefiero seguir viviendo en la ignorancia. Me aterra lo que pueda descubrir —señaló con la punta de con el bastón hacia el charco helado que había junto a sus pies—. ¿Ve este charco? La superficie es lisa, limpia, hermosa. Pero si lo rompemos... —le dio un golpe seco con el bastón—, debajo aparece un agua turbia y llena de barro. Ese es el riesgo de buscar la verdad, que podemos encontrar cosas que preferiríamos no haber averiguado nunca. Y yo ya soy mayor. Les dejo esa tarea a ustedes, los jóvenes, que todavía tienen estómago para asimilarla. No vuelva a contactar conmigo, por favor. Espero haberle ayudado a encontrar a su madre, pero no quiero saber nada más de esta historia. Lo único que deseo es olvidar.

Cuando Darina Zhumi se fue, subimos a nuestro coche. Vi en el reloj del salpicadero que eran las cinco. Teníamos tiempo de seguir con nuestra investigación.

—¿Cuál es nuestro siguiente paso? —le pregunté a mi padre.

—¿Nuestro siguiente paso? —me miró divertido—. Esperar los resultados de ADN.

—Papá...

—¿Acaso te parece que hemos avanzado poco en dos días?

—No es eso, pero todavía quedan muchos cabos sueltos.

—Y el más importante de todos es que no sabemos si Aurora K. es mi madre. Cuando tengamos los resultados de ADN, decidiremos cómo proceder. Sonia Brachko sabe muchas más cosas de las que nos ha contado, pero no nos recibirá si no tenemos algo con lo que presionarla. Si las pruebas de ADN confirman que Aurora K. era tu abuela, podré decirle que si no me cuenta la verdad reclamaré mi parte de la herencia. Hasta entonces no tenemos nada. En cuanto a Darina Zhumi, nos ha dado mucha información y muy valiosa. Sin ella no hubiéramos descubierto nada. Así que no quiero volver a molestarla si no es absolutamente necesario.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Yo tengo que trabajar un par de horas en el hotel. Tú puedes hacerme compañía o salir a dar una vuelta por el centro. Me ha dicho el recepcionista que la zona comercial está al lado. Puedo darte algo de dinero y te vas a comprar algo.

Aquella idea me pareció estupenda.

Recliné un poco mi asiento hacia atrás y me acomodé. En la radio sonaba música *country*. Normalmente la detesto, pero en ese momento me relajó. Era igual que estar dentro de una película. Empezaba a anochecer, pero aún había bastante gente por la calle. Al pasar por delante de un parque, vi a un chico con el logo de los Ramones en la parte trasera de su cazadora. Estaba sentado en un murete, de espaldas a mí. Y llevaba un gorro de lana. Tenía que ser John, el nieto de Sonia Brachko. Estaba con algunos amigos. Dos practicaban con sus *skates*. Fui a señalárselo a mi padre, pero, a medio gesto, intuí que él no estaría de acuerdo con abordarle ahora, y bajé la mano. Él notó mi vacilación y me miró con curiosidad.

—¿Te importa si cambio de música? —le dije para disimular.

—Adelante...

Sintonicé otra emisora, muy atenta al camino que recoríamos. Quería ser capaz de volver al parque. Cuando aparcamos frente a nuestro hotel, tanteé a mi padre.

—¿Y no podríamos buscar al nieto de Sonia Brachko? Tenemos su nombre y sabemos dónde vive. Seguro que a Mike no le costaría encontrarlo.

—No —dijo—. No vale la pena. Tendría unos diez años cuando Aurora K. murió. Lo más probable es que no sepa gran cosa. Y seguro que le cuenta a su abuela que le hemos abordado, con lo que pondremos a Sonia Brachko aún más a la defensiva. Mejor esperar a tener los

resultados de ADN. Además, ya hemos hecho suficientemente de detectives por hoy. Ahora te toca comportarte como una adolescente. Ve a comprarte algo de ropa y luego te invito a una buena cena.

Asentí como si estuviera de acuerdo con él, pero no lo estaba. El día anterior le había insistido para que llamara a David Townsend y él me había convencido de que era inútil. Y luego había resultado que David Townsend era la clave para llegar hasta Sonia Brachko y Darina Zhumi. Esta vez, no pensaba dejarlo pasar. Iba a seguir mi instinto. Y, de hecho, era mucho mejor que me encargara yo sola de aquel asunto. Tenía muchas más probabilidades de sacarle alguna información útil a John si no me acompañaba mi padre.

Capítulo veintitrés

Nuestro hotel estaba en la misma calle del parque y a unos diez minutos a pie, con lo que no tuve ningún problema en encontrarlo. Estaba muy mal iluminado. La mayoría de las farolas estaban apagadas. Sospeché que las habían roto a pedradas los mismos que estaban allí reunidos, para procurarse algo de intimidad. Eran una quincena larga. Más de los que creía haber visto desde el coche. Todos tenían un aspecto desgredado y roquero, y no distinguí a ninguna chica entre ellos. Algunos practicaban con el *skate* en una rampa de cemento. Los demás ocupaban diferentes bancos, bebían, fumaban y discutían en tono de voz muy alto. John, o quien yo creía que era John, estaba sentado con otro chico en un murete, de espaldas a mí y algo apartado, con lo que podía llegar hasta él sin pasar por delante de los demás.

Apreté los puños y me metí en el parque. La escandallera que montaban se detuvo de golpe. Hasta dejó de oírse el ruido de los skates. Todos me estaban mirando. Yo mantuve la vista al frente. Los dos chicos que ocupaban el murete notaron que algo raro sucedía y se volvieron hacia mí. No me había equivocado. Eran los mismos que había visto caminando por la calle al salir de la casa de Sonia Brachko.

—¿Eres John? —le pregunté al del logo de los Ramones.

—No. John soy yo, nena —se apresuró a decir el otro con una sonrisa asquerosa—. ¿Vienes a por un poquito de marcha?

Reconocí su voz. Era Gabe, al que Sonia Brachko había prohibido entrar en su casa. Empecé a hacerme una idea de por qué no quería verlo ni en pintura. Le ignoré y le pregunté a John si podíamos hablar a solas. Me miró como si no hubiera entendido la pregunta, pero asintió. Se puso en pie sin decir una palabra. Llevaba una lata de cerveza en la mano.

Nos dirigimos hacia un banco que había junto a la calle, mientras sus amigos hacían comentarios irónicos y reían. Noté que John caminaba muy rígido. Nos sentamos en el banco, no muy lejos de una de las pocas farolas que estaban encendidas. John me ofreció un trago de su cerveza. Le di las gracias pero lo rechacé. Él buscó un cigarrillo liado que tenía apoyado en la oreja y lo prendió.

—Que se besen, que se besen... —empezó a gritar alguien.

Sus amigos no tardaron en unírsele. Gritaban y reían como locos.

—No les hagas caso —John dio una calada al cigarrillo con la vista al frente—. Son idiotas.

—Eres el nieto de Sonia Brachko, ¿verdad?

Me miró sorprendido.

—¿Conoces a mi abuela?

—He estado esta mañana en su casa con mi padre.

—¿Por qué? ¿Qué queréis de ella?

Se puso tan a la defensiva que temí haber cometido un error monumental. Quizás mi padre tenía razón y hablar con John solo complicaría aún más las cosas. Pero ya no había vuelta atrás.

—Mi padre perdió a su madre durante la guerra, en Turenia, y la estamos buscando —dije—. Creemos que era la mujer para la que trabajaba tu abuela.

—¿La señora Aurora?

—Sí.

Chasqueó la lengua con desprecio y escupió a un lado.

—No te caía muy bien, ¿eh?

—Era una bruja.

—¿En serio? Tu abuela nos ha dicho que era poco menos que una santa.

—Mi abuela es tonta. No sabe lo que se dice. Esa mujer la estuvo explotando durante años y luego la dejó tirada. Siempre nos trató como a perros.

—¿Y entonces por qué dice que siempre os trató bien?

—¿Qué quieres de mí, tía? —John se volvió hacia mí, agresivo.

—No te enfades. Solo estoy tratando de averiguar lo que pueda sobre esa tal Aurora.

—¿Y por qué pones en duda todo lo que digo? ¿Piensas que me lo estoy inventando? ¿Pues sabes lo que te digo?, que si no me vas a creer, mejor te largas y me dejas en paz. Además, ¿cómo me has encontrado? ¿Quién te ha hablado de mí?

—Nadie me ha hablado de ti. Estábamos en casa de tu abuela cuando tú y Gabe habéis entrado a prepararos un bocadillo. Hemos oído la discusión. A la salida, os he visto caminando por la calle.

—¿Y cómo sabías que estaba aquí?

—No lo sabía. Nos hemos alojado en el hotel Metropol, está en esta misma calle, a diez minutos. He salido a dar una vuelta y te he reconocido por la chaqueta.

—¿Te gustan los Ramones?

—No lo sé, creo que nunca los he oído. Pero conozco el logo.

John volvió a encender su cigarrillo, que se le había apagado. Lanzó una bocanada de humo por un lado de la boca.

—Me llamo Anna —dije.

Él asintió y miró de reojo hacia sus amigos, que parecían haberse hartado de burlarse de nosotros y charlaban de sus cosas. Uno practicaba un salto con el *skate*.

—Oye, John —le dije—, no estoy poniendo en duda lo que me dices. Solo busco la verdad. Y si te repito lo que nos ha contado tu abuela es porque me extraña que tengáis una opinión tan diferente.

—¿Qué quieres saber?

—¿En serio os trataba como perros?

—Sí, esa mujer nos despreciaba. Y no lo disimulaba.

—¿Porque sois urenos?

—Yo soy americano, tía. Pero sí, supongo que era por eso. ¿Sabes lo que le hizo a mi abuela? Le retenía cada mes una parte de su salario. Para el futuro, le decía. Para que ahorrara. Pero cuando se murió y mi abuela fue a recuperar su dinero, en la caja fuerte solo había billetes del Monopoly. Y no de un Monopoly cualquiera. Un Monopoly ureno. La muy cerda se rio de nosotros hasta después de muerta.

—Esa caja fuerte... ¿es la que abrían las llaves que había en el ataúd?

John me miró atónito.

—¿Cómo sabes tú lo de las llaves?

—Ayer abrimos el ataúd para tomar muestras de ADN y las encontramos dentro.

—¿Y no aprovechasteis para llevaros un hueso? —John sonrió—. ¿Sabías que la muy imbécil creía que si alguien le quitaba un hueso su alma estaría condenada a vagar por el mundo?

—Es por el inframundo. Se trata de una superstición turena.

—¿Tú también crees en esas cosas? —el tono de John era de burla.

—No. Pero las conozco.

—Nunca he entendido esa obsesión por Turenia y por la guerra. ¿De qué sirve seguir viviendo en el pasado? Ya has visto a mi abuela. Está amargada.

Sonaron unas risotadas. John volvió la cabeza hacia sus amigos algo tenso, pero las risas no tenían nada que ver con nosotros. Le dio la última calada a su cigarrillo, lo tiró al suelo y lo aplastó bajo la suela de su zapatilla.

—Había dos llaves más en el manajo —dije—. ¿Sabes qué abrían?

—Sí, una era de su despacho y la otra de un mueble de esos que tienen una persiana corredera.

—Un secreter.

—Sí, eso —volvió a sonreír—. Fui yo quien metió las llaves en el ataúd, ¿sabes? Mi abuela me obligó a ayudarla a preparar el cadáver de la bruja y, cuando nadie me veía, las metí dentro. Para que se pudriera con ellas en el infierno.

—¿Encontrasteis algo dentro del secreter?

—No, facturas de gas y electricidad. Nada de valor.

—¿No había fotos?

—La loca las quemó cuando supo que iba a palmar. Creía que le podían hacer vudú o algo por el estilo. Pero yo encontré una detrás de un mueble. La colgué en mi cuarto y durante un tiempo la estuve usando de diana.

—¿Tienes una foto de ella?

—Debe de andar por alguna parte. Si quieres te la puedo buscar.

—Claro. ¿Cuándo?

—No sé, cuando vuelva a casa. Te la puedo dar mañana.

—Mañana nos vamos.

—¿Quieres que vayamos ahora?

—Si no te importa...

John volvió a mirar hacia sus amigos.

—De acuerdo —dijo.

Cuando nos levantamos y nos dirigimos hacia la calle, todo el grupo empezó a tomarnos el pelo. No tengo ninguna intención de repetir lo que nos llegaron a soltar; solo diré que esta vez yo también me puse colorada, y que por los comentarios deduje que John no tenía demasiado éxito con las chicas.

—No les hagas caso —me dijo—. Son idiotas.

La casa de Sonia Brachko estaba a un cuarto de hora andando.

Las primeras manzanas las recorrimos en silencio. Luego, John se fue relajando y resultó ser bastante agradable. Me contó que su madre le había abandonado a los cinco años y que nunca más había vuelto a tener noticias de ella. Ni siquiera le llamaba de vez en cuando ni le mandaba una postal. Me dijo que, aunque jamás le perdonaría que le hubiera dejado en aquella casa con su abuela, entendía por qué se había escapado. Vivir allí era un infierno. Y la situación no había

mejorado mucho tras la muerte de Aurora K. Su abuela había asumido el papel de señora de la casa y había empezado a comportarse como una tirana. John tenía diecisiete años y no veía la hora de largarse del pueblo. Había montado un grupo de música *punk* con Gabe y otro amigo. Estaban ahorrando para comprarse una furgoneta. Instalarían un colchón en la parte de atrás y se dedicarían a recorrer los Estados Unidos. Si no les salían conciertos, se ganarían la vida tocando en la calle. Lo que fuera con tal de irse de Dighton. De su abuelo, opinaba lo mismo que Darina Zhumi. No se creía que fuera tan inocente como aseguraba Sonia Brachko y le despreciaba. Según él, a ningún hombre se le podía obligar a matar inocentes. También me confirmó que Aurora K. hablaba a menudo del hijo que perdió en la guerra.

Entramos en su casa por el pasaje lateral.

John vivía en el garaje que había en el jardín de atrás; lo habían acondicionado como vivienda cuando Sonia Brachko entró a trabajar en la casa. Allí tenía la foto. Al pasar por delante de la sala donde había estado con mi padre esa misma mañana, oí un televisor a todo volumen. Por el tono dramático que utilizaban los actores, comprendí que se trataba de un culebrón. John miró hacia allá. Las gruesas cortinas apenas dejaban que se filtrara algo de luz.

—¿Quieres ver la caja fuerte? —señaló con la cabeza hacia el segundo piso.

—¿Y qué pasa con tu abuela?

—Tranquila, cuando está viendo la tele, no se entera de nada. Siempre aprovecho para colarme en la casa cuando echan su serie.

No sé por qué acepté. Fue una estupidez. Por lo que yo sabía, en aquella habitación no había nada importante. John me había contado que la caja fuerte estaba llena de billetes del Monopoly y no tenía motivos para pensar que me había mentido o para creer que iba a encontrar algo más que viejas facturas en el secreter. Así que, ¿para qué arriesgarse? No tenía nada que ganar y mucho que perder. Si Sonia Brachko me sorprendía dentro de su casa, me echaría de malas maneras, y aunque no creía que me pegara un tiro, perdería la oportunidad de conseguir la fotografía de Aurora K. Sin embargo, para cuando fui consciente, ya habíamos entrado en la casa por la puerta trasera.

Al fondo de un largo pasillo se veía el salón en penumbra, iluminado por el resplandor del televisor. El sonido del aparato era atronador. John me precedía sin ningún sigilo. Una a una, fue pasando de largo todas las puertas y, por un momento, temí que aquello fuera una encerrona. Me detuve, dispuesta a huir, pero John se coló por la última puerta. Seguí adelante caminando con cautela. Llegué a ver el codo de Sonia Brachko, balanceándose en el apoyabrazos de la mecedora, a menos de dos metros de mí. La puerta por la que había desaparecido John daba al distribuidor del que arrancaban unas escaleras. John ya estaba a la altura del primer rellano. Le seguí.

Una corriente helada y húmeda recorría el pasillo de arriba. Casi hacía más frío que en la calle. La iluminación era débil y el papel de pared estaba despegado y abombado. John se metió por la segunda puerta y accionó un interruptor. El despacho de Aurora K. era una habitación mediana, sin ventanas y con pocos muebles. La caja fuerte estaba empotrada en la pared, y no era muy grande. Dentro todavía quedaban algunos billetes de Monopoly. John los juntó en un fajo y me los entregó.

—Ten —dijo—, ya que eres la nieta de la bruja, supongo que te corresponde parte de su herencia.

Los observé con atención. Nunca había visto unos billetes de Monopoly así, pero solo salían números; no había nada escrito ni aparecía ningún símbolo que indicara que pertenecieran a un juego ureno.

—¿Cómo sabes que son urenos? —le pregunté.

—Porque son los billetes de mi Monopoly.

Me los guardé en el bolsillo de mi anorak. Aquello podría interesarle a mi padre y quizás fuera una nueva pista.

El secreter estaba cerrado. John abrió la persiana con excesiva brusquedad. Me sobresalté. A él pareció divertirle mi reacción y me invitó con un gesto a que lo registrara. Permanecí un instante inmóvil, escuchando. Me parecía imposible que Sonia Brachko no nos hubiera oído, pero de abajo nos seguía llegando el sonido del televisor al mismo volumen. Dentro del secreter, había unos pocos papeles desordenados, que sin duda habían quedado así tras el último registro. Casi todos eran facturas. Abrí todos los cajoncitos de forma sistemática, pero dentro no había nada de interés. Algunos centavos de dólar, velas, un pedazo de madera que se había roto de algún mueble, un sacapuntas, un trozo de goma, chinchetas de colores, bolas de naftalina... Busqué un falso fondo.

—No te esfuerces —dijo John—. Lo he buscado mil veces. No hay nada. La bruja se llevó a la tumba el secreto de dónde escondió su dinero.

—¿Te importa si saco unas fotos?

—Adelante.

Fotografié la habitación con mi móvil. Tomé primeros planos de todo, incluida la cerradura de la puerta, aunque sobre todo me concentré en el secreter y en la caja fuerte. Quizás Mike y mi padre fueran capaces de descubrir algo que a mí se me había pasado por alto. Mientras repasaba las fotos para asegurarme de que estuvieran todas bien de luz, noté algo raro. Miré a John y, al ver su cara, lo comprendí. El televisor ya no se oía. Un escalón crujió. John apagó la luz de la habitación acompañando el interruptor muy despacio para que no hiciera ningún ruido, me indicó que me mantuviera en silencio, y salió al pasillo. Se alejó en dirección contraria a la escalera caminando sin ningún cuidado.

—¿John? —sonó la voz de Sonia Brachko.

—¿Qué quieres?

—¿Qué estás haciendo? Sabes que no me gusta que subas aquí arriba.

—No fastidies, abuela. Solo estoy buscando una maleta.

—¿Una maleta? ¿Para qué quieres tú una maleta?

John no contestó. Le oía remover cosas al fondo del pasillo y, por el ruido que hacía, era obvio que no ponía ningún cuidado. Sonia Brachko pasó renegando por delante de la puerta del despacho donde yo me escondía. Contuve la respiración y permanecí atenta a sus pasos.

—Deja de jugar con esa escopeta —se burló John—. Un día te vas a pegar un tiro en el pie.

—Esa maleta es mía.

—Tú nunca sales de casa.

—Déjala donde estaba. Es mía.

Asomé la cabeza con cuidado. El pasillo estaba desierto. Al fondo había una habitación con la puerta abierta, a unos tres metros. Un rectángulo de luz se proyectaba en el suelo del pasillo, limpio, sin sombras. Era el momento de escabullirse. Me dirigí hacia la escalera procurando no hacer ruido y de prisa.

—Te he dicho que la dejes en su sitio —bramó Sonia Brachko.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Matarme? No seas patética y quítate de en medio.

—Es mi maleta —dijo ella una vez más, pero esta vez su voz sonó desvalida y llena de tristeza.

—Deja de dar la lata, pesada.

Bajé las escaleras a toda prisa, corrí por el pasillo y salí de la casa por la puerta trasera. Me sentía fatal. Colarse en el despacho de Aurora K. no había sido ni emocionante ni divertido, como cuando había ido con Danylo a robar la dirección del ureno. La relación que mantenían John y su abuela era horrible. La forma en que peleaban por todo, ya fuera una maleta o un trozo de queso duro, me resultaba deprimente. Algo en mis entrañas me aconsejaba que me largara de allí inmediatamente, pero mi cabeza me pedía que me quedara hasta conseguir la foto de Aurora K.

Me oculté detrás de un árbol, a la entrada del garaje. John no tardó en salir al jardín. Se acercó con la maleta en la mano. Cuando me descubrió, sonrió y me guiñó un ojo. Se le veía muy satisfecho de sí mismo. Debía de sentirse orgulloso de cómo había manejado la situación, pero para mí se había comportado con innecesaria crueldad. Sentí pena por su abuela.

—¿Para qué quieres esa maleta? —le pregunté.

Se encogió de hombros y abrió la puerta del garaje.

Entramos en una habitación grande que estaba hecha una pocilga, con ropa sucia, latas de cerveza arrugadas, revistas de música, cajas de pizza, platos sucios y montones de objetos por todos lados. Había un olor rancio, a cerrado, y el suelo estaba pegajoso. John cerró la puerta y comenzó a apartar la ropa que había sobre el único sofá, muy apurado. Lo tiraba todo por detrás del respaldo, para que no quedara a la vista.

—Perdona el desorden —se disculpó—. A Gabe le han echado de su casa y se ha instalado aquí hasta que encuentre un sitio. Y ya ves que es un cerdo.

Una vez despejado el sofá, me invitó a que me sentara. Yo no me moví de mi sitio.

—¿Dónde tienes la foto? —pregunté.

—Ahora la busco. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

—Yo necesito una cerveza. Mi abuela me saca de quicio.

Abrió una pequeña nevera que había en una esquina y sacó una lata. La abrió y le dio un trago. Yo seguía de pie en el mismo sitio.

—Siéntate un minuto —insistió él.

—Tengo un poco de prisa —le dije—. Mi padre me está esperando en el hotel.

—No puedes irte sin escuchar a los Ramones, tía. Es un pecado que no los conozcas. Venga, te pondré una canción —señaló hacia el sofá—. Luego, te doy la foto y te acompaño de vuelta.

John fue hasta un portátil que había apoyado encima de un bafle, junto a una guitarra eléctrica a la que le faltaban dos cuerdas. Mientras buscaba la canción que quería poner, me acerqué al sofá. Estaba asqueroso. Busque el sitio donde las manchas parecían secas, y me senté. No entendía cómo alguien podía vivir en medio de tanta suciedad. El bafle emitió un fuerte chasquido y la canción empezó a sonar, atronadora. Inmediatamente, John se puso a dar saltos y cabezazos enloquecidos, tocando una guitarra imaginaria y cantando, aunque yo apenas le oía porque la música estaba demasiado alta. Se había quitado el gorro de lana y dejaba que el pelo le tapara la cara. Aunque se comportaba como si yo no estuviera ahí, sabía que ese número me lo dedicaba a mí. Me sentí muy violenta. Aquello era ridículo, y la música, además de ser demasiado agresiva, sonaba distorsionada. La letra hablaba de un adolescente que amenazaba con entrar a robar en tu casa y matarte. En uno de sus saltos, John le dio una patada a una silla y la volcó. El grueso cenicero de cristal que estaba apoyado encima se rompió, pero él siguió dando botes y pegando patadas a diestro y siniestro, cada vez más animado. Yo empezaba a

asustarme. Tal como acabó la canción, el cantante contó hasta cuatro y empezó otro tema, sin apenas pausa. Por suerte John no siguió bailando. Bajó el volumen y me sonrió. Tenía las mejillas coloradas y sudaba.

—Es mi canción favorita —dijo, recuperando el aliento—. Psycho Therapy. La canto con mi grupo. Tendrías que vernos en directo. Es la caña.

Le miré en silencio. Él le dio un trago a su cerveza y me volvió a sonreír.

—¿Podemos buscar la foto? —le pregunté.

—Ahora mismo —dijo, pero en vez de ir a por ella, se dejó caer en el sofá a mi lado.

Antes de que pudiera reaccionar, pasó el brazo por detrás de mi hombro y trató de besarme. Giré la cara hacia un lado bruscamente y quise ponerme en pie, pero él me retuvo con su cuerpo. Sus labios buscaban mi boca. Forcejeé y pataleé, chillando que me dejara. Muerta de miedo. Él me soltó y caí hacia atrás, por encima del apoyabrazos del sofá, arrastrando conmigo una lámpara. Miré aterrada hacia el sofá, temiendo que John aprovechara para atacarme de nuevo, pero no se había movido de su sitio. Me miraba con los ojos muy abiertos. Junto a mi mano estaba el cenicero roto. Me aferré a un trozo de cristal bien afilado y lo esgrimí como un cuchillo mientras me ponía en pie.

—Lo siento —me dijo él—. Pensaba que habíamos conectado...

—Si te acercas, te lo clavo —le advertí.

—Deja eso. No voy a hacerte nada.

Para llegar hasta la puerta tenía que pasar por delante del sofá y aunque la actitud de John no era agresiva, no me fiaba. Era mucho más fuerte que yo. Empecé a desplazarme procurando no tropezar con nada y sin dejar de amenazarle con el trozo de cenicero.

—Oye, que pensaba que era parte del juego... Gabe siempre dice que las tías os resistís un poco al principio. No quería asustarte.

—No te muevas.

—Deja al menos que te dé la foto. Tiene que estar por algún lado.

—Quédate en el sofá, John.

Llegué hasta la puerta caminando de espaldas y busqué la manilla a tientas, sin dejar de vigilarle.

—Cuidado —me dijo—, está suelta.

Entendí lo que me decía en el momento en que me quedaba con la manilla en la mano. Oí el sonido metálico que hacía la de la parte exterior al caer al suelo. Y la pieza de metal que se introducía en la cerradura para hacerla girar también había caído por fuera. Sentí pánico. Me había quedado encerrada en el garaje con John.

—Hay un destornillador encima de ese mueble —me dijo—. Puedes abrir la puerta con él.

—No te muevas —repetí.

Encontré el destornillador y lo encajé en la cerradura sin perder de vista a John. Lo giré y la puerta se abrió. Él seguía sentado en el sofá. Tenía una expresión abatida.

—Yo pensaba que te gustaba... —dijo—. No quería asustarte.

Dejé caer el destornillador al suelo y salí disparada.

Al llegar a la calle, me volví un instante hacia atrás. No detecte ningún movimiento ni ruido que indicara que John me estuviera persiguiendo, pero seguí corriendo con toda mi alma. Aquel barrio era muy solitario. Solo me sentí a salvo cuando llegué a una calle en la que había gente y tiendas abiertas. En la mano llevaba todavía el trozo de cenicero. Lo tiré a una papelería y me quedé recuperando el aliento. El codo me dolía y tenía un pequeño corte en la mano. Me chupé la

sangre.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida de ir a casa de un tío al que no conocía de nada? Y un tío así... Reemprendí el camino y pronto me encontré cerca del parque. Me planteé dar un rodeo para evitarlo, pero el trazado de las calles era irregular y temí perderme. Además, no veía el momento de estar de vuelta en el hotel con mi padre, y aquel era el camino más corto. Cambié de acera para no tener que cruzar por delante de la entrada. Confiaba en pasar desapercibida, pero, por supuesto, los amigos de John me vieron. De nuevo me gritaron burradas y se reían. Daban por supuesto que John había intentado seducirme con tanta torpeza que me había echo salir corriendo y se ofrecían a ocupar su puesto. Aceleré el paso, conteniendo apenas las lágrimas.

Cómo odiaba ese pueblo.

Cuando entré en la habitación del hotel, mi padre hablaba por Skype con Mike. Fue a colgar, pero le indiqué con un gesto que no lo hiciera. Antes de salir a cenar quería ducharme. Me encerré en el lavabo y permanecí bajo el chorro de agua caliente hasta que conseguí serenarme lo suficiente como para que mi padre no notara que me había llevado un buen susto.

Mientras nos preparábamos para salir, me preguntó cómo me había ido el paseo. Yo me limité a encogerme de hombros, dando a entender que las tiendas de aquel pueblo no valían nada. Era consciente de que tendría que contarle lo que había descubierto esa tarde. Aunque no había conseguido la foto de Aurora K., había averiguado cómo habían llegado las llaves al ataúd, sabía qué contenían la caja fuerte y el secreter, tenía fotos de todo, y algunos billetes del Monopoly ureno. Además, lo que opinaba John sobre Aurora K. no encajaba con lo que nos habían contado de ella su abuela ni Darina Zhumi. Se trataba de una información importante. Sin embargo, prefería contárselo cuando estuviera más calmada.

Salimos a buscar un restaurante en coche.

Yo soñaba con una pizza como la que me había comido la noche anterior en Clayton. Una buena cena me habría ayudado a recuperarme, pero aquel pueblo no tenía remedio. Tardamos un cuarto de hora en dar con una pizzería que no valía nada. El local era desaplacible, hacía frío, la masa de la pizza parecía de chicle, los champiñones eran de lata y el tomate era *ketchup*. Y a mi padre tampoco parecieron gustarle sus espaguetis, porque apenas los tocó.

Cuando comprendí que ya no había quien arreglara aquella noche, me armé de valor y decidí confesarle lo que había descubierto.

—Hoy he hecho una tontería, papá... —admití cuando nos sirvieron el postre—. Pero no quiero que me riñas, ¿vale? He aprendido la lección.

Le expliqué lo que había sucedido, aunque lo suavicé bastante. No le dije cómo me habían recibido aquellos chicos en el parque, ni le conté que Sonia Brachko estaba en casa cuando subimos a echar un vistazo al despacho de Aurora K., y por supuesto no mencioné que John se había lanzado sobre mí en el sofá. Aun así se enfadó mucho. No hizo aspavientos, ni alzó la voz, pero su expresión me asustó. Nunca le había visto tan furioso. Dijo que era una irresponsable y que había tenido mucha suerte de que no me pasara nada.

—Pensaba que podía conseguir una foto de Aurora K. —me disculpé.

—Ni esa foto ni nada justifican la tontería que has hecho. ¿Me oyes? Júrame que nunca más volverás a hacer algo parecido.

—Ya te he dicho que he aprendido la lección.

—Júramelo, Anna.

—Te lo juro.

Volvimos al hotel en silencio.

Mi padre se había llevado las llaves de la habitación, así que nos dirigimos directamente al ascensor. Estábamos esperando a que bajara cuando el recepcionista asomó la cabeza por encima del mostrador.

—¿Eres Anna? —me preguntó.

—Sí —le dije.

—Un chico ha dejado un sobre para ti.

Mi padre y yo nos miramos.

Me acerqué al mostrador. Junto al sobre, el recepcionista me entregó una nota doblada en cuatro. La desplegué. Era de John. Me pedía perdón. Había escrito la palabra tres veces seguidas: «Perdón, perdón, perdón». A continuación había escrito su número de teléfono y me rogaba que le llamara. Al ver de reojo que mi padre se acercaba, arrugué la nota y la lancé hacia la papelería, fingiendo indiferencia, aunque no debí de resultar muy convincente. Estaba roja como un tomate. Mi padre se detuvo a mi lado. Le entregué el sobre. Al tacto, ya había notado que contenía algo más grueso y rígido que un papel. Para mí, no había la menor duda de que contenía la foto de Aurora K. Era su madre. A él le correspondía abrirlo.

Rasgó el sobre, metió dos dedos dentro y sacó una fotografía. Se quedó contemplándola, inmóvil. Tuve que cambiar de posición para verla yo también.

—Esto no cambia nada —dijo mi padre, bajando la mano—. Ir a casa de ese chico ha sido una estupidez. Y si para que lo entiendas, he de quemar esta foto, lo haré. ¿Me has oído?

—Sí —le contesté.

A pesar de ello, sabía que no la iba a quemar. Esa foto era muy importante.

Capítulo veinticuatro

La fotografía estaba ligeramente desenfocada y los colores habían amarilleado por el paso del tiempo.

Aurora K. leía un libro sobre una desgastada alfombra, estirada boca abajo y apoyada sobre los codos. Se la veía de perfil, de cintura para arriba. Su expresión era relajada. El pelo rubio le cubría buena parte de la cara, su ojo quedaba parcialmente tapado por un mechón, pero se apreciaban perfectamente el contorno de su nariz, los labios y la estilizada línea que dibujaban su barbilla y su cuello. Era una mujer joven, de unos dieciocho o veinte años. Y extremadamente guapa. Vestía una camisa verde, arremangada hasta los codos, con los botones superiores desabrochados.

El fotógrafo estaría a su altura, y la forma en que ella parecía no darse cuenta de su presencia denotaba cierta intimididad con él. De fondo se veía una trozo de chimenea. Mi padre reconoció el estilo. Los toscos ladrillos con los que estaba construida, de un rojo oscuro, casi negro, y el característico hueco que tenía debajo para guardar la leña eran típicos del norte de Turenia. Calculando la edad de Aurora K., dedujo que la instantánea se había tomado antes de la guerra. La fotografía tenía también una decena de pequeños agujeros, sin duda producidos por un dardo. Era la aportación de John al retrato.

Yo estaba descolocada. La Aurora K. que me había imaginado no encajaba en nada con la mujer de la fotografía.

Me pasé la noche soñando obsesivamente con ella.

La mañana siguiente se nos fue en recados.

Nos quedaban tres días antes de tomar el avión de vuelta a casa y habíamos decidido recuperar el plan de ir a ver bisontes al parque natural. Las previsiones meteorológicas no eran ideales, se esperaban lluvias intermitentes en toda la zona, y el hotel en el que teníamos pensado alojarnos estaba lleno, así que reservamos una habitación en un refugio de montaña en el que no te daban ni sábanas ni mantas. Compramos impermeables, sacos de dormir y unas botas para mi padre. También escaneamos la fotografía y se la mandamos a Mike.

Todos aquellos recados, que en cualquier otro lugar del mundo nos hubieran llevado a lo sumo un par de horas, nos ocuparon la mañana entera. Bienvenidos a Dighton. Primero encontramos la tienda de deportes cerrada. El dependiente había ido a desayunar y aunque había dejado un cartel en el que aseguraba que estaría de vuelta en cinco minutos, tardó veinte. Encima no tenía botas de montaña. Tuvimos que ir a otra zapatería y esperar a que una mujer se probara media tienda antes de que nos atendieran. Tampoco nos fue mucho mejor con el escáner. En el hotel no había. En la copistería del centro se les acababa de estropear. Y cuando por fin conseguimos que nos escanearan la foto en una pequeña tienda de fotografía, les llevó un cuarto de hora mandar el archivo a Mike porque pesaba demasiado. Cuando acabamos, ya era tarde. Decidimos comer antes de emprender el viaje. Fuimos al mismo restaurante que descubrimos después de visitar a Sonia Brachko. Las hamburguesas no eran nada del otro mundo, pero tras la

experiencia en la pizzería, preferimos no asumir riesgos.

Y, por fin, nos pusimos en marcha.

El GPS nos llevó por la calle de nuestro hotel. Cuando comprobé en la pantalla que la ruta pasaba por delante del parque donde John se reunía con sus amigos, me puse algo tensa. Me dije que era poco probable que se encontraran allí a esa hora. Sin embargo, ahí estaban. Eran cinco. Uno era John, con su cazadora y su gorrito de lana. Y también estaba Gabe. Se habían congregado alrededor de un banco. Al llegar a la esquina, el semáforo se puso en ámbar. Mi padre se detuvo. El coche que nos seguía no lo previó y tuvo que pegar un frenazo para no embestirnos desde atrás. Gabe se volvió hacia nosotros. Yo me puse a jugar con mi flequillo para mantener la mano frente a mi cara. Lo último que deseaba era que me reconocieran. Si mi padre me consideraba una irresponsable por haber acompañado a un desconocido a su casa, no quería ni imaginarme cómo reaccionaría al descubrir el aspecto que tenía el desconocido en cuestión. Los observé de refilón. Comentaban algo entre risotadas. Solo John se mantenía serio. Estaba sentado con la mirada clavada en el suelo y los antebrazos apoyados en las rodillas. De entre sus dedos asomaba un cigarrillo. No creo que se estuvieran burlando de él, pero daba por supuesto que lo habrían hecho y que lo seguirían haciendo durante unos días. Se le veía hundido.

A pesar de todo, sentí pena por él.

Le había estado dando vueltas a lo que había sucedido. Y no es que le perdonara, porque me había dado un susto de muerte, pero seguramente se había creído realmente que me gustaba. El hecho de buscar la fotografía y traérmela al hotel era una forma de demostrarme que no me había arrastrado hasta su casa con falsos pretextos. Le vi dibujar algo sobre la gravilla con la punta de su zapatilla, ajeno a lo que les hacía partirse de risa a sus amigos.

De pronto, empezaron a tocarnos el claxon de forma muy agresiva. Mi padre estaba sintonizando una emisora de radio y no se había dado cuenta de que el semáforo acababa de ponerse verde.

Yo volví a jugar con mi pelo, pero por mucho que me cubriera, John me reconoció. Mi padre arrancó, pendiente del energúmeno que teníamos detrás, mientras John me miraba con ansiedad, casi suplicante, como si esperara de mí un gesto con el que le indicara que le perdonaba, pero yo me mantuve seria. ¿Qué esperaba? Desvié la vista al frente y tragué saliva.

El coche que nos había pitado nos adelantó bruscamente y mi padre negó con la cabeza.

Enseguida divisamos el cartel de nuestro hotel y sentí un impulso.

—¿Puedes parar un segundo, por favor, papá?

—¿En el hotel? —me miró extrañado.

—Creo que me he olvidado el cargador del móvil.

Se detuvo junto al bordillo. Salté fuera del coche antes de que se ofreciera a ir él a por el cargador. No conocía al recepcionista. Le expliqué que me había hospedado allí la noche anterior con mi padre y que quería ver si en la papelería había una nota que había tirado por error. Por su expresión comprendí que mis aclaraciones sobraban. La papelería estaba vacía, pero gracias a mi pésima puntería la nota de John había ido a parar junto a la pata de un sofá. En cuanto la identifiqué, corrí a recogerla y me la guardé en el bolsillo. No es que hubiera perdonado a aquel bruto, pero, si en el futuro me decidía hacerlo, quería tener la posibilidad de llamarle y decírselo. Su expresión de tristeza en el parque me había parecido tan genuina que quizás se merecía una oportunidad.

—Falsa alarma —le dije a mi padre al subir al coche—. Lo tenía en el bolso.

—¿Entonces nos podemos ir de una vez de este pueblo?

—Por favor —le dije.
Me sonrió y aceleró.

Capítulo veinticinco

En el parque natural vimos bisontes, ciervos, una serpiente de cascabel y todo tipo de pájaros y rapaces. Montamos a caballo al atardecer por una pradera inmensa, bajamos un tramo de río en canoa y caminamos durante horas. Tras las excursiones, volvía al albergue hambrienta y la comida me sabía deliciosa. No llovió. Al contrario, la última noche, el cielo estaba tan despejado y limpio que nos envolvimos en nuestros sacos de dormir y nos sentamos en la terraza a ver estrellas fugaces. Yo vi siete. En fin, fue absolutamente genial. Aquellos dos días fueron para mí tan intensos como los que pasamos tras la pista de Aurora K. Y acabaron de reconciliarme con mi padre.

Cuando volvimos a casa, yo tenía la sensación de que habíamos estado mucho tiempo fuera. No obstante, apenas había pasado una semana.

La actitud de mis amigas y mis primos hacia mí no había variado. Y yo no hice ningún esfuerzo por suavizar las cosas. Quien sí se alegró de verme fue mi hermano; nos había echado de menos. De Danylo no tenía más noticias que lo que nos transmitía el tío, es decir, nada, ya que resumía sus charlas con un escueto: «Está bien». Y en mi colegio los compañeros de todos los cursos me demostraban continuamente que me odiaban. Allí las cosas dieron un giro de ciento ochenta grados a principios de febrero, cuando a la salida del colegio me encontré con Sanja Usko, la esposa de Marko, que me saludó muy cariñosa y estuvo charlando conmigo un buen rato, toda sonrisas y simpatía. Puede que la directora o los profesores le hubieran explicado mi situación de marginada en el centro y aquel encuentro estuviera planeado. Sea como sea, le estaré agradecida toda la vida. Como medio colegio nos vio hablando, mis compañeros comprendieron que yo no podía haber intentado matar a su hijo, como se decía. Y el cambio de actitud fue alucinante. Supongo que se sentían culpables por haberme tratado tan mal de forma injusta.

Sin embargo, de nuevo me he avanzado en mi relato...

Decía que, antes de que Sanja entrara en escena, pasé tres semanas espantosas. Si sobreviví a aquel mes de enero fue porque me dediqué en cuerpo y alma a tratar de averiguar la verdadera identidad de Aurora K.

Mi padre seguía sin querer hablarle a nadie de aquel asunto hasta tener los análisis de ADN, con lo que mantuvimos la investigación en el más estricto secreto. Solo trabajábamos fuera de los horarios de oficina, o sea, a partir de que yo volvía del colegio y los fines de semana.

Como Darina Zhumi nos había dicho que Aurora K. solo se había cambiado el apellido, y había conservado su nombre de pila, Mike había buscado a todas las mujeres que se llamaban Aurora. Si en las fichas de las bases de datos consultadas había fotos, las comparaba con la que me había dado John. Si no, estudiaba sus datos biográficos para ver si alguno encajaba: edad, estatura, lugar de nacimiento, pueblo en el que había residido... No encontró ninguna coincidencia. Buscó a todas las rubias y las que medían más de metro ochenta. Nada. Trató de utilizar un programa de reconocimiento facial para localizarla en la base de datos de mi padre.

Inútil. En la foto Aurora K. posaba de perfil y el pelo le tapaba parte de la cara, así que el programa no tenía suficiente información para la búsqueda. Después trató de conseguir información a través de un amigo que trabajaba en el FBI. El hombre le dijo que ni siquiera podía informarle de si de verdad había existido una testigo protegida bajo el nombre de Aurora Kretnik.

Mientras tanto mi padre y yo estudiamos las fichas de todas las mujeres cuyo nombre empezaba por «A» y de las que habían vivido en Grébovo o sus alrededores. Nos llevó un fin de semana entero y tampoco obtuvimos ningún resultado. La última alternativa que nos quedaba era examinar las fichas de los refugiados una por una. Había más de cien mil. Era un trabajo de locos y tampoco teníamos ninguna garantía de que Aurora K. estuviera en los archivos de mi padre. Sin embargo, la idea de quedarme sin una actividad con la que matar las horas de ocio me dio tal terror, que me ofrecí a hacerlo. En contra de lo que pensaba, mi padre me dio permiso.

Era una tarea que exigía mucha concentración. Si te despistabas un solo instante, podías pasar de largo la ficha que estabas buscando. En cada ficha había espacio para una fotografía, que ocupaba el tercio superior izquierdo de la pantalla. Al lado aparecían los datos de la persona: nombre, apellido, fecha y lugar de nacimiento, estatura, peso, sexo, color de pelo y de ojos, constitución, rasgos físicos particulares, nombres de los padres, del cónyuge, de los hijos y de otros familiares, nombre del colegio al que había asistido, de la universidad, profesión, dónde había trabajado y muchos datos más. En definitiva, que había un montón de campos por rellenar, si bien en la mayoría la información estaba incompleta. En unas solo aparecía el nombre de la persona. A menudo, no había fotografía. Y, cuando la había, no siempre era de buena calidad. Las que habían sacado las ONG en los campos de refugiados eran las mejores; mostraban a las personas de frente y de perfil, como las que les sacan a los delincuentes cuando los meten en la cárcel. Otras veces eran fotografías de grupo y el individuo en cuestión estaba marcado con un círculo.

En tres ocasiones creí dar con Aurora K., pero en todas ellas me equivoqué. Otro día me encontré frente a una foto de un niño que me recordaba mucho a mi hermano cuando era pequeño. Al leer el nombre, di un salto en la silla. Era mi padre. No sé por qué, ni se me había pasado por la cabeza que él también pudiera estar en los archivos. Pero, como es lógico, él también tenía su propia ficha. Le habían sacado la fotografía en el campo de refugiados. Y entendí enseguida por qué nunca nos la había enseñado. Su mirada estaba llena de dolor. Verla me impresionó tanto que me hizo ser consciente de la horrible experiencia por la que había pasado.

De pronto, la historia de cómo le abandonaron en manos de unos desconocidos que huían de la guerra se hizo mucho más real y sentí una enorme pena.

Y los análisis de ADN no llegaban. Por lo visto, el laboratorio, que colaboraba con la policía, estaba a tope de trabajo y todo apuntaba a que el plazo de un mes se iba a alargar. A mí me desesperaba que mi padre no le diera prioridad a nuestros análisis, pero no intenté convencerle. ¿De qué iba a servir? Si no era capaz de colarme en el dentista porque lo consideraba una falta de respeto hacia los demás, ¿cómo iba a darse prioridad en un asunto como este?

Llegó un momento en que yo solo pensaba en llegar al despacho de mi padre y sentarme frente al ordenador. Era lo único que me importaba. Me obsesioné. Si no cumplía con las previsiones que me autoimponía, me enfadaba conmigo misma y al día siguiente me exigía hacer más fichas para mantener la media. Y encima me esforzaba por ocultar mi estado de ansiedad. Sabía que si mi padre lo notaba o bajaba mi rendimiento escolar, me prohibiría seguir consultando sus archivos. Y lo debí de hacer bastante bien, porque no me dijo nada.

Lo que no hubo forma de ocultar fue la conjuntivitis.

El oculista fue categórico: me la había provocado por permanecer demasiadas horas con la vista fija en la pantalla del ordenador. Así que me prohibieron examinar más fichas y mi padre me pidió que me tranquilizara hasta que tuviéramos los resultados de ADN.

—Esos análisis no van a cambiar nada —le dije un día—. Solo servirán para confirmar que Aurora K. es tu madre, pero si queremos averiguar su verdadera identidad, tenemos que consultar esas fichas. Lo único que pretendo es ganar tiempo.

—Si al final resulta que Aurora K. es mi madre...

—Lo es —le corté—. Y tú lo sabes tan bien como yo.

—Si al final resulta que es mi madre —me repitió con calma—, volveré a Dighton a presionar a Sonia Brachko. Así conseguiremos más información.

—¿Y qué va a saber ella? Darina Zhumi la conocía mucho mejor, ellas dos eran amigas, y ni siquiera nos ha podido decir su verdadero nombre.

—Sonia Brachko trabajó años para ella, Anna. Vivían en la misma casa. Algo sabrá. Estoy seguro. Nos bastaría con que aportara un rasgo físico distintivo, como mi mancha de nacimiento o una cicatriz. Así podríamos localizar su ficha sin tener que mirarlas todas.

En ese instante me di cuenta de que había sido una completa estúpida. Durante un mes había estado examinando miles y miles de fichas, y muy a menudo me había fijado en el campo en el que se especificaban los rasgos físicos distintivos, pero ni se me había ocurrido explorar esa vía. ¿Cómo podía ser tan tonta? Mi padre no tenía más remedio que esperar a los resultados de las pruebas de ADN para apretarle las tuercas a Sonia Brachko. Pero yo no las necesitaba.

Yo tenía acceso a otra persona que también había convivido unos años con Aurora K. y que seguramente estaría dispuesto a darme toda la información que le pidiera.

Capítulo veintiséis

Llamé a John al día siguiente, a la salida del colegio. Lo hice desde una cabina porque prefería que no tuviera mi número de teléfono.

—¿Gabe? —contestó en tono malhumorado.

—No, soy Anna.

Guardó silencio. De fondo sonaban voces, que enseguida perdieron presencia. Supuse que lo había pillado en el parque con sus amigos y quería alejarse de ellos antes de hablar, pero como siguió sin decir nada, pensé que tal vez no me situaba.

—Anna —le aclaré—, la chica que te pidió la foto de la señora Aurora.

—Ya pensaba que no me ibas a llamar.

—Yo también.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Tengo que pedirte un favor —fui sincera—. Es sobre la señora Aurora. Quería saber si recordabas alguna peculiaridad física suya, como una cicatriz...

Silencio.

—¿John?

—¿Desde dónde me estás llamando, tía?

—Desde Lower Hill. ¿Por qué?

—Estás en una cabina, ¿verdad? El número es muy raro.

—Sí...

—Así que no quieres que sepa tu número de teléfono. Estupendo. No dudas en acudir a mí, pero te aseguras de que no pueda localizarte si soy yo el que necesita algo. ¿O es que crees que voy a llamarte a todas horas? ¿Es eso? ¿Piensas que soy un acosador?

—Me asustaste mucho, John.

—Yo no hice nada raro, tía. Estaba en el parque con mis amigos. Tú viniste a buscarme y me propusiste que fuéramos a mi casa. ¿Qué querías que pensara?

—Fuimos a por una foto y me saltaste encima.

—Eso no es verdad, solo intenté besarte. Tal vez interpretara mal las señales, pero no había motivo para que te pusieras histérica. Yo nunca te habría hecho daño. Y tú me amenazaste con rajarme.

—Ya te he dicho que estaba muy asustada. Pero te agradezco mucho que me llevaras la foto al hotel.

—¿Y no podías haber llamado para decírmelo?

—Pensé en hacerlo, pero... Tenía miedo que interpretaras la llamada de forma equivocada.

—¿Y ahora que me necesitas, ya no te importa cómo la interprete?

—Oye, John, no te conozco de nada. No sé si eres un buen tío o no, así que no puedo

adivinar qué intenciones tenías en tu casa. Lo que sí sé es que pasé muchísimo miedo. Nunca me había sucedido algo así. Y si me he decidido a llamarte es porque la información que estoy buscando es importante para mí. Si estás enfadado conmigo y no me quieres ayudar, nadie te lo impide. Me cuelgas y nunca más te volveré a molestar.

Aguardé.

—Tenía un tatuaje —dijo de pronto.

—¿Un tatuaje?

—Sí, una araña. En el muslo. Lo vi cuando ayudé a mi abuela a lavar el cuerpo para el entierro.

—¿Sabes qué tipo de araña era?

—Era pequeña, negra y con una mancha roja en la espalda. Muy realista. Casi parecía que estaba trepando por su muslo de verdad. No le pegaba nada.

—¿Recuerdas algún detalle más?

—No. Como entenderás, me fijé lo mínimo. No fue un espectáculo agradable verla.

—Gracias, John, y perdona que no te llamara antes.

—No te preocupes.

—¿Cómo va con tu grupo?

—No va. Gabe ha desaparecido. Le robó a mi abuela las tarjeta de crédito y el dinero que tenía en el bolso, y se llevó la funda de mi guitarra. Para su bajo.

—Lo siento.

—No es tu culpa.

—De todas formas lo siento. Y gracias otra vez.

—Oye, Anna, la próxima vez que me llames, si quieres que te ayude, más vale que lo hagas desde tu móvil —me riñó en tono cordial.

—Lo haré.

En cuanto colgué, estuve tentada de mandarle mi número de teléfono, como muestra de confianza, pero al final no lo hice. John no parecía mal chico, pero seguía temiendo que lo interpretara mal.

Corrí al Centro Cultural.

Al entrar, me encontré con que había una actividad inusual. Acababan de llegar parte de las obras de la exposición que iban a inaugurar el Día de la Bandera. Había cajas y gente por todos lados. Mi padre estaba en la sala de reuniones con el comisario de la exposición decidiendo cuál era el mejor sitio para enmarcar las fotografías. Le dije que tenía que hablar con él de algo muy importante.

—Espérame en el despacho. Voy en cinco minutos —me dijo.

Sus cinco minutos se transformaron en media hora.

Llegó con Mike. Cuando les pedí que cerraran la puerta, mi padre me miró divertido. Guardó los papeles que llevaba en la mano en una carpeta y se dejó caer en su silla con gesto cansado. Mike cerró la puerta.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué es eso tan importante que no puede esperar?

—Tengo una pista nueva.

Ninguno de los dos parecía tomarme demasiado en serio, pero cuando mencioné el tatuaje y empecé a describirlo, vi cómo sus sonrisas se congelaban en sus rostros. Comprendí que había dado con algo importante. Y malo. Mi padre clavó la vista en su escritorio y se quedó inmóvil.

Mike permanecía de pie, con las manos en los bolsillos del pantalón, balanceándose ligeramente.

—Supongo que hemos estado buscando en los archivos equivocados —musitó.

Mi padre asintió.

Aguardé a que añadieran algo más, pero no lo hicieron.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —me impacienté.

Mi padre alzó la vista hacia mí como si acabara de descubrir que yo también estaba en la habitación. Mike había dejado de balancearse.

—Habla de una vez, papá —insistí—. ¿A qué archivos os referís?

—A los de los criminales de guerra —dijo.

—¿Cómo...?

—Esa araña que nos has descrito es una viuda negra, hija. Se la tatuaban algunas ultranacionalistas urenas, en especial familiares y esposas de los milicianos.

—Eso no tiene sentido... Aurora K. era távara.

—Eso es lo que suponíamos hasta ahora... Si lo piensas, no sabemos gran cosa sobre ella. Si estuvo implicada de alguna manera con las milicias urenas, es lógico que se inventara su pasado. Eso explicaría por qué hemos sido incapaces de averiguar su verdadero nombre.

Bajamos al sótano. El disco duro que contenía los datos sobre criminales de guerra estaba en la caja fuerte. Mi padre lo sacó y lo conectó a un ordenador. Mike se sentó al teclado y mi padre se colocó a su lado. Lo hicieron de forma automática, acostumbrados a trabajar juntos. Yo permanecí de pie detrás de ellos, observando la pantalla por encima de sus cabezas.

—¿Empezamos por el tatuaje? —preguntó Mike.

—Sí —dijo mi padre.

Tecleó las palabras «viuda negra» en el campo de búsqueda.

Había treinta y cuatro coincidencias. Empezamos a examinar las fichas. En la mayoría, no había fotografías. Solo se mencionaban las descripciones físicas de testigos y supervivientes de alguna matanza de las milicias urenas. En cuanto mi padre concluía que no se trataba de Aurora K., le indicaba a Mike que pasara a la siguiente ficha con un gesto de la cabeza. A mí nunca me daba tiempo a leer la descripción completa, pero confiaba en mi padre y no quería ser un estorbo.

Cuando la ficha tenía fotografía, el descarte era mucho más rápido. Por eso me sorprendió que mi padre se entretuviera en la foto de una mujer que, desde luego, no era Aurora K. Tenía unos treinta años y desfilaba con el uniforme de la Doble U en medio de un gentío que portaba banderas ultranacionalistas urenas. Su rostro estaba marcado por un círculo para destacarla. Observé la foto con más detenimiento por si se me había pasado algo por alto. Pero no lograba averiguar qué había llamado la atención a mi padre. Aunque la resolución de la imagen no era muy buena, para mí era obvio que ninguna de las mujeres que aparecían en la instantánea podía ser Aurora K. En la ficha leí que habían sacado la fotografía en Torva, en la manifestación con la que se celebró la proclamación de la República Urena. Aquella mujer era Inha Demjanko, la pequeña de las cuatro hermanas de Kiril. Quizás eso era lo que le interesaba a mi padre.

Mike aguardaba en silencio, con la vista fija en la pantalla.

—¿Puedes conseguir más detalle de su cara? —preguntó mi padre.

—Lo dudo. La imagen está escaneada de un periódico.

—Hay más fotos, ¿no?

Mike manipuló el ratón, y en el lugar donde estaba la foto de la manifestación, apareció otra. Era una fotografía de muy buena calidad, y mucho más impactante. La escena era tremenda. Se desarrollaba en un pequeño pueblo, poco después de que lo tomaran las milicias urenas. Al

fondo, se veían tres casas con los techos hundidos y las paredes acribilladas por los impactos de las balas y los obuses. De una todavía salía humo. En primer plano, un miliciano ureno le acababa de colocar un cigarrillo encendido entre los labios a un cadáver. Miraba a cámara y reía como un poseso. Sin duda le dedicaba aquella macabra broma al fotógrafo. Detrás de aquel miliciano había dos hombres con sus Kalashnikov al hombro, que también reían, y una mujer con los brazos en jarras que vestía camisa militar y llevaba una pistola al cinto. Era la misma mujer de la foto anterior. Inha Demjanko.

Mi padre le pidió a Mike que seleccionara la cara de la mujer y la ampliara. La cara ocupó la mitad de la pantalla. El tatuaje de la viuda negra, aunque borroso, se hizo visible en su cuello. Mi padre suspiró y se volvió hacia mí.

—¿Has visto? —me preguntó.

—Tiene el tatuaje.

—No, hija, no me refiero al tatuaje. ¿No la reconoces?

Volví a mirar hacia la pantalla sin entender a qué se refería.

—Imagínatela con treinta años más —siguió—, ponle gafas de sol, un pañuelo en la cabeza...

Se me erizaron todos los pelos de la nuca.

—Darina Zhumi... —dije.

—Darina Zhumi —repitió mi padre—. Ha estado jugando con nosotros desde el principio. El número que montó en el aparcamiento del supermercado no fue porque tuviera miedo de que nos sorprendiera Sonia Brachko. Necesitaba una excusa para ocultar su cara. Temía que yo la pudiera reconocer.

Yo estaba aturdida.

—No lo entiendo —dije—. ¿Por qué te iba ayudar ella a encontrar a tu madre? Tú metiste en la cárcel a su hermano y...

En el instante en que lo comprendí, mi padre lo expresó en voz alta.

—Porque sabía que íbamos a descubrir algo horrible.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Averiguar quién es en realidad Aurora K. Por dolorosa que sea, la verdad sigue siendo el arma con más poder para luchar contra los criminales de guerra. No lo olvides, hija.

—¿Miramos las fichas que nos quedan? —preguntó Mike.

—No. Aurora K. tenía el tatuaje en el muslo, es un sitio muy privado. Es posible que nadie más que su círculo íntimo supiera que se lo había hecho. Pensemos un minuto, Mike. Inha Demjanko quiere que averigüe quién es Aurora K. Me ha estado guiando en la dirección correcta desde el principio. Con la primera carta anónima me condujo hasta su tumba, para que le hiciera las pruebas de ADN. Quería que supiera que era mi madre antes de descubrir su verdadera identidad. Es su forma de vengarse de mí por haber capturado a Kiril. Hasta ahí tiene sentido. La segunda carta nos condujo hasta Sonia Brachko, aunque creo que lo que Inha pretendía era que la localizáramos a ella. La información de la posdata de que no quería tener que vigilar su espalda cada vez que saliera a pasear el perro no se le escapó. Sabía que deduciríamos que eran vecinas. Y parece obvio que la bandera de la Confederación Turena estaba en su jardín solo para que la encontráramos. Y si Inha Demjanko quería que la encontráramos, era porque tenía que decirme algo. La clave para dar con la verdadera identidad Aurora K. Entre todas las mentiras que nos contó debe de haber algo cierto... —mi padre miró a Mike—. Dijo que Aurora K. solo se había cambiado el apellido, pero tú ya pasaste su nombre por la base de datos, ¿no?

—No por la de los criminales de guerra —admitió Mike—. Soy un imbécil. Lo siento. No sé cómo no se me ocurrió. Estaba convencido de que era una refugiada.

—Todos lo pensábamos, no te preocupes.

Mike tecleó el nombre Aurora en el campo de búsqueda.

Solo había un resultado.

Era ella. Aurora K.

Se trataba de una foto de colegio, de adolescente. Estaba de pie, en la última fila, y le sacaba la cabeza a todos sus compañeros. Sonreía a cámara, seductora. El pelo rubio, lacio, le caía sobre los hombros. Era una belleza. La ficha decía que su verdadero nombre era Aurora Luka y que su apodo era la Sabueso.

Mi padre se dejó caer contra el respaldo de su silla y suspiró.

—¿Quién es la Sabueso? —pregunté yo.

Capítulo veintisiete

La Sabueso era un monstruo.

Mi padre había reunido una veintena de testimonios sobre sus actividades. En principio, no tenía las manos manchadas de sangre. No había indicios de que matara a nadie o incitara a alguien a hacerlo, pero había estado presente mientras torturaban al menos a tres hombres. Los tres habían declarado que, mientras los golpeaban, había entrado en la habitación una rubia bellísima, de ojos azules y muy alta. Ninguno creía que ocupara un puesto de mando en las Hienas de Kiril, pero tenía cierto peso, ya que había participado en los interrogatorios con alguna pregunta. En los tres casos, el objetivo de las palizas no había sido recabar información sobre la disposición de las tropas del enemigo o sus planes de defensa; lo que buscaban los torturadores era que sus víctimas confesaran dónde habían escondido sus objetos de valor.

Uno de los incentivos para los hombres de Kiril era que tenían libertad absoluta para saquear los pueblos que tomaban. A menudo, los civiles, al escapar, se llevaban consigo sus bienes más valiosos: joyas, dinero, oro. Eso hacía que perseguirlos fuera una gran tentación para los milicianos. Si los alcanzaban, bastaba con pegarles un tiro y vaciarles los bolsillos para hacerse con un buen botín. Otras veces, la gente tenía tan poco tiempo para huir de sus casas que dejaba todas sus pertenencias atrás. Y también estaban los que, temiendo que los asaltaran por el camino, escondían sus objetos de valor en algún sitio con la esperanza de volver a recuperarlos algún día. Y ahí es donde entraba en acción la Sabueso. Tenía un olfato increíble para dar con esos escondrijos.

Según Kobra, nadie la superaba.

Kobra era uno de los hombres de Kiril. Fue capturado en Suiza tras la guerra y decidió colaborar con la justicia a cambio de que le redujeran la pena de cárcel. Su testimonio sirvió para condenar a dos de sus antiguos mandos, y para localizar cinco fosas comunes. También aportó el relato más detallado de cómo trabajaba la Sabueso, ya que, según sus propias palabras, tuvo la suerte de ser su escolta durante uno de los registros.

Sucedió durante las primeras semanas de guerra. La milicia acababa de tomar un pueblo y los hombres que no estaban de guardia o vigilando a los prisioneros se habían entregado al saqueo. Kobra y cuatro de sus compañeros centraron sus esfuerzos en la casa más lujosa, pero tras media hora de revolverlo todo, el botín que habían conseguido seguía siendo decepcionante. Fue entonces cuando apareció Kiril y echó a todo el mundo. A Kobra le ordenó que se quedara con la Sabueso, pero le advirtió que se mantuviera en completo silencio y a unos metros de distancia de ella para no interferir en su trabajo.

Siempre según Kobra, la Sabueso estuvo paseando por las habitaciones sin prisa. Se sentaba en una cama, ahuecaba una almohada, examinaba un vestido a la luz de la ventana, deslizaba los dedos por encima de una cómoda de madera, escrutaba las manchas de humedad del techo del lavabo, tiraba de la cadena, abría los grifos, olía un bote de crema antiarrugas, agitaba la barandilla de la escalera como si quisiera evaluar su solidez, curioseaba por la cocina, encendía

los fogones, comprobaba si el horno funcionaba, revolvía los botes de especias, encendía y apagaba una lámpara de mesa, ojeaba un álbum de fotos... En fin, que se comportaba más como una posible compradora de la casa que como una saqueadora.

Aquel día, Kobra todavía no sabía quién era aquella mujer. El número que estaba montando le parecía ridículo, pero se guardó mucho de dejar traslucir su opinión. Era demasiado peligroso contrariar a Kiril.

De pronto, la Sabueso tomó un atizador y se puso a golpear con él los ladrillos de la chimenea. Los fue soltando uno a uno. Detrás, en un agujero, apareció una bolsa de cuero llena de joyas. Aquel alarde de intuición dejó estupefacto a Kobra. Aunque lo que más le impresionó fue la forma en que el rostro de la Sabueso se iluminó.

—Parecía un ángel —declaró—. Nunca he visto a una mujer tan hermosa.

Mi padre me advirtió que no me tomara al pie de la letra la declaración de Kobra, ya que era un hombre con una marcada tendencia a la exageración. Pero lo cierto es que los demás testimonios coincidían en lo básico. La Sabueso necesitaba meterse en la piel de los dueños de las casas; por eso paseaba por las habitaciones, sin prisas, examinando los objetos de las personas que vivían allí. Pensar como ellos le facilitaba encontrar el lugar donde ocultaban sus objetos de valor. Y su olfato era infalible. Si ella decía que había algo de valor escondido en una propiedad, lo había. Nunca se rendía hasta encontrarlo. Si era necesario, hacía levantar los suelos de la casa, tumbar paredes o excavar el sótano hasta los mismísimos cimientos del edificio. Pero siempre se salía con la suya. Donde otros habían fracasado, ella tenía éxito. El otro aspecto en el que todos coincidían era que, cuando encontraba el botín, su rostro se iluminaba y su belleza se acentuaba hasta límites intolerables.

A mí me afectó especialmente la declaración de una mujer távara a la que obligaron a acompañar a la Sabueso durante uno de sus registros. Describió así la transformación que se produjo en ella al encontrar el dinero que escondían bajo el entarimado: «Sus ojos se llenaron de luz. Durante unos segundos su mirada adquirió una profundidad tal que parecía que te podías caer dentro. Eran del azul del cielo».

Esa misma transformación la había visto yo varias veces en los ojos de mi padre. Y aunque él seguía insistiendo en que había que esperar a los resultados de las pruebas de ADN, para mí ya no había la menor duda: la Sabueso era su madre. Mi abuela.

Por nuestras venas corría la sangre de una criminal de guerra urena.

Capítulo veintiocho

Todos estábamos de acuerdo en que había que hacerle otra visita a Inha Demjanko cuanto antes. No obstante, discrepábamos en un punto esencial. Tanto Mike como mi padre creían que yo no debía acompañarlos a Dighton.

Inha nos había suministrando con cuentagotas las pistas sobre Aurora K. con la evidente intención de hacernos el mayor daño posible. Y todavía faltaba su número final. Las miguitas de pan que nos había dejado conducían directamente a su casa. Nos estaría esperando, frotándose las manos, impaciente por revelarnos las cosas horribles que sabía sobre la Sabueso. Así iba a completar su venganza. Y ni mi padre ni Mike querían colocarme en una situación en la que esa mujer pudiera herirme.

Sin embargo, la alternativa que me ofrecían era mucho peor. Ellos sí que me iban a causar un daño psicológico irreparable como me apartaran de la investigación a estas alturas. Me sulfuraba que no comprendieran lo injustos que estaban siendo conmigo. Gracias a mí sabíamos quién era Aurora K. Yo había conseguido la fotografía y el dato del tatuaje. No podían dejarme al margen. Y a mi favor tenía unos argumentos que ni mi padre podía rebatirme.

—Papá —le dije en presencia de Mike—, los últimos meses han sido los peores de mi vida. Mis amigas me odian, los primos todavía me hacen el vacío, a Danylo le han internado en una academia militar por mi culpa, en el colegio nuevo al que me arrastraste en contra de mi voluntad me despreciaban hasta hace poco, e incluso mi hermano dejó de hablarme durante un tiempo... ¿Y todo por qué? Porque tú me convenciste de que tenía que admitir que había robado la dirección de un ureno y asumir las consecuencias. Y no te lo recrimino. Al contrario. A pesar de todas las cosas malas que me han sucedido, hice lo correcto. ¿Pero recuerdas cómo me convenciste? —hice la primera pausa dramática—. Me contaste que en las escuelas de la República Urena siguen enseñando a los niños que la guerra fue un mal necesario para preservar la paz y que los profesores olvidan mencionar que durante los primeros meses no hubo dos ejércitos combatiendo sobre el terreno, sino unas milicias y un Ejército masacrando a civiles távaros. También me dijiste que hasta que los urenos no admitan su culpa y reconozcan que los távaros fueron las víctimas de aquella guerra, no serán capaces de pedir perdón y no podremos reconciliarnos y sanar las heridas. Por eso era tan importante que juzgaran a Kiril, para que en la República Urena se conociera la verdad... —hice la segunda pausa dramática—. Y ahora, respóndeme a una pregunta. Si todos estos años has estado luchando para que las nuevas generaciones de urenos conozcan la verdad, para que sepan lo que hicieron sus padres y sus abuelos, ¿por qué quieres impedir a tu hija que descubra lo que hizo su abuela?

Mi discurso los dejó sin palabras.

Mike fue el primero en reaccionar: soltó una carcajada.

En ese instante pensé que la batalla estaba ganada, pero no fue así. Mi padre siguió resistiéndose a que les acompañara a Dighton, sin aportar argumentos. Simplemente se cerró en banda. Tuve que ponerme muy pesada para que admitiera cuál era el verdadero problema.

Mi padre no iba a ir a visitar a Inha Demjanko en calidad de hijo que busca la verdad sobre su madre. Iba a hacerlo como investigador. Los criminales de guerra y sus familiares son muy poco propensos a hablar sobre las fechorías que presenciaron o cometieron. Por eso, aquella era una oportunidad única. Inha Demjanko estaría dispuesta a contar cosas que jamás habría revelado en un interrogatorio normal. Y mi padre sabía que, cuanto más vulnerable pareciera él, cuanto más creyera esa mujer que sus palabras podían provocar sufrimiento, más se animaría a hablar. Y para mi padre no había forma más efectiva de mostrarse vulnerable que presentarse en casa de Inha Demjanko conmigo, con su propia hija. Por eso precisamente no quería que le acompañara. No le preocupaba el daño que me pudiera hacer la verdad, ya que lo que averiguara me lo iba a contar de todas formas; lo que le parecía intolerable era la idea de utilizarme.

Al final, le convencí de que, si yo participaba en aquel juego de forma voluntaria, él no me estaría utilizando.

—Y aunque me utilizaras —le dije—, no me importa. Te doy permiso. Yo también quiero contribuir a que se sepa la verdad.

Mi padre acabó por ceder con la condición que yo me limitara a sentarme a su lado y a escuchar en silencio. Por supuesto acepté de inmediato. Sin embargo, mi papel iba a adquirir más protagonismo enseguida.

Mi padre no se conformaba con sacarle toda la información que pudiera a Inha Demjanko, quería tenerla grabada en vídeo mientras relataba los crímenes que había cometido la Sabueso o cualquier otro de los hombres de Kiril. Con un poco de suerte, conseguiría una imagen descarnada y contundente que mostrara al mundo y a los propios urenos la crueldad y la falta de principios de los ultranacionalistas. Mi padre no había obtenido la deseada imagen de Kiril sentado en el banquillo de los acusados, pero quizás podría mostrar a su hermana burlándose de las víctimas távaras o admitiendo algún crimen atroz. Valía la pena intentarlo.

El problema era que había que filmarla con cámara oculta. Y como mi padre quería que las imágenes tuvieran la suficiente calidad como para emitirlas por televisión, el aparato abultaba bastante, era poco manejable y difícil de camuflar.

Mi padre se empeñó en que él debía llevar la cámara. Pero era tan evidente que debía ocuparme yo, que Mike acabó por hacerle entrar en razón.

Yo era una chica de quince años, era normal que no quisiera separarme de mi bolso. Y si Inha Demjanko cambiaba de repente de asiento y había que variar la posición de la cámara, yo podía fingir buscar un pañuelo o un chicle dentro de mi bolso con toda naturalidad. En cambio, si mi padre tenía que mover su maletín, resultaría sospechoso. Así, además, él podría centrarse exclusivamente en el interrogatorio, que era lo que realmente importaba.

—¿De qué nos sirve tener una imagen perfecta de Inha Demjanko hablando, si no nos dice nada comprometedor? —le preguntó Mike—. Tu misión es sonsacarle información a esa mujer y no te lo va a poner fácil. Será una rival dura. Olvídate de la cámara y céntrate en lo tuyo, Stefan. Anna lo hará muy bien.

Así me convertí en la operadora de cámara.

Me pasé todo un fin de semana practicando con Mike en su casa.

El primer día, la cámara estaba conectada a un monitor, con lo que los dos podíamos ver en todo momento lo que encuadraba. Mike hacía el papel de Inha, me invitaba a entrar en la sala y me hacía ocupar un sillón, el sofá o una silla. Él siempre se sentaba en un sitio diferente. Yo apoyaba el bolso en mi regazo o a mi lado, y lo encuadraba, atenta al monitor. A medida que aprendía a hacerlo, Mike iba complicando el ejercicio. Se levantaba, cambiaba de silla, se quedaba de pie apoyado en una mesa, ponía un jarrón o una tetera entre la cámara y él. Entre los

dos buscábamos soluciones y decidíamos cuáles eran los gestos más naturales para cambiar de posición el bolso y hacer el reencuadre.

El segundo día, hicimos lo mismo sin ayudarnos del monitor. Grabábamos varias pruebas y después las visualizábamos.

Y, aunque está mal que yo lo diga, lo bordé.

Todo el proceso, desde que descubrimos quién era Aurora K. hasta que aprendí a manejar bien la cámara oculta, duró unos diez días. En cuanto estuvimos listos, mi padre compró los billetes de avión y alquiló dos coches. Él y yo nos presentaríamos en casa de Inha Demjanko en uno. El otro lo utilizaría Mike. Aparcaría en la esquina, dentro del radio de acción del micrófono oculto que iba a llevar mi padre pegado al pecho, y grabaría la conversación. Si la cámara fallaba, al menos tendríamos el audio. Además, de esa forma, Mike sabría lo que estaba sucediendo en la casa en tiempo real y podría intervenir si las cosas se ponían feas.

Trataron de ocultármelo, pero me enteré de que Mike iba a llevar su pistola.

La víspera de nuestro viaje, me fui a dormir muy temprano, ya que al día siguiente teníamos que madrugar.

Mi padre había bajado a contarles a los abuelos que íbamos a ausentarnos dos o tres días. Habíamos decidido mantenerlo en secreto hasta el último momento, para que no me atosigaran a preguntas.

Antes de meterme en la cama, me estuve probando el bolso con la chaqueta que iba a llevar al día siguiente frente al espejo del armario. No sabía si cruzármelo sobre el pecho o colgármelo del hombro. Aún estaba decidiendo qué quedaba más natural, cuando alguien abrió la puerta muy despacio. Me sobresalté. Era mi padre. Él nunca entraba sin llamar.

—Perdona —se disculpó—, pensaba que igual dormías y no quería despertarte.

—Solo estaba mirando cómo me quedaba el bolso con la chaqueta.

—¿Nerviosa? —preguntó.

—No, no mucho. Lo haré bien, papá.

—No tengo la menor duda. Mike está muy impresionado de cómo manejas la cámara.

Le sonreí. Me quité el bolso y lo dejé junto al ordenador. La chaqueta la colgué del respaldo de la silla. Mi padre me contemplaba, apoyado al marco de la puerta.

—Por lo demás, ¿estás bien?

Asentí, aunque no entendí muy bien a qué se refería.

Él debió de notarlo, porque se volvió un instante hacia el fondo del pasillo, donde estaba la habitación de mi hermano, entró en el cuarto y cerró la puerta tras de sí.

—Me refiero a la Sabueso —dijo—. Nos hemos centrado tanto en preparar la entrevista con Inha que no te he preguntado cómo llevas el saber que tu abuela pueda ser una criminal de guerra.

—No sé... Es una sensación muy rara. No acabo de creérmelo.

—Bueno, todavía no lo sabemos seguro.

—¿Aún piensas que podría no ser tu madre?

—De momento, la única que lo asegura es Inha Demjanko, y no ha aportado ninguna prueba. Es verdad que en su primera carta mencionaba la mancha de nacimiento que tengo en la espalda, pero eso no quiere decir nada. Esa información no es secreta. Está en mi ficha de refugiado. Pudo conseguirla de muchas maneras.

—¿Y para qué se habría inventado una historia así?

—Es una de las cosas que tenemos que averiguar mañana.

—Leí los informes que tienes sobre la Sabueso, papá. Una testigo contó cómo le cambió el color de los ojos cuando encontró el dinero. A ti te pasa lo mismo cuando tienes una idea.

Mi padre sonrió.

—Podría tratarse de una casualidad, hija.

—¿Lo dices en serio?

—Hace unos años tuve un caso muy extraño. Localizamos en los archivos a dos mujeres a las que habían separado al principio de la guerra, cuando todavía eran bebés. No solo coincidían las circunstancias y las fechas, sino que guardaban un parecido físico asombroso. Yo no tenía la menor duda de que eran hermanas. Sin embargo, los análisis de ADN demostraron que no tenían ningún parentesco. Era tan desconcertante, que los hicimos repetir, por si el laboratorio había cometido algún error. Pero no había ningún error. Y no digo que no tengas razón respecto a la Sabueso, sino que es mejor esperar a tener certezas.

—¿Y por qué no has querido acelerar los análisis de ADN? ¿No hubiera sido mejor saber la verdad antes de ir a ver a Inha Demjanko?

—Prefiero no saberlo. Es una cuestión táctica. Nunca en mi vida he conseguido sentarme frente a un criminal de guerra que tenga ganas de hablar, y necesito mantener la cabeza bien fría. Si me tomo la entrevista como algo personal, igual no le saco todo el jugo... Y ahora es mejor que te vayas a dormir. He puesto el despertador a las cuatro y cuarto.

Me metí en la cama y me dio un beso de buenas noches.

—De todas formas —le dije—, a mí no me importa que la Sabueso sea tu madre. Todas las cosas horribles que pueda haber hecho no tienen nada que ver con nosotros. Tú mismo lo dijiste. Los crímenes de tus padres no te convierten a ti en un criminal.

—Esa es una gran verdad, hija. Buenas noches.

—Buenas noches.

Mi padre iba a salir de la habitación, cuando se volvió hacia mí, muy sonriente.

—Casi se me olvida por qué había venido a verte —dijo—. El abuelo me acaba de decir que van a dar un permiso a Danylo. Estará aquí para las fiestas del Día de la Bandera. Me he imaginado que te gustaría saberlo.

—Gracias, papá —dije.

Traté de mantenerme impasible hasta que mi padre cerró la puerta, y entonces casi se me saltan las lágrimas. Aquella noticia era estupenda, mejor que estupenda, era magnífica. Aunque no me ayudó precisamente a conciliar el sueño.

Capítulo veintinueve

Cuando mi padre me despertó a las cuatro y media, tenía la sensación de no haber pegado ojo. No me duché. Ni siquiera me lavé la cara. Preferí no despabilarme para tratar de dormir algo durante el viaje. Y vaya si lo conseguí. Dormí en el taxi, camino del aeropuerto, en el avión, y durante la mayor parte del trayecto desde el aeropuerto hasta Dighton. Me sentó de maravilla.

A las once estábamos sentados en nuestra hamburguesería, desayunados y listos para entrar en acción. Mike había revisado las baterías de la cámara y le había colocado el micrófono a mi padre en el lavabo. Decidimos no posponerlo más. Nos levantamos de la mesa..., y en ese instante me entraron todos los nervios de golpe.

Al llegar frente a la casa, supimos que no nos habíamos equivocado. Inha Demjanko nos estaba esperando y sus intenciones no eran amistosas. En el mástil en el que habíamos visto ondear la bandera de la República Turena había izado ahora la de los ultranacionalistas urenos, un damero blanco y azul con el símbolo de la Doble U en el centro, encuadrado en un pentágono invertido. Toda una declaración de intenciones. Mi padre esperó la llamada de Mike. Hicieron unas pruebas para asegurarse de que la recepción del sonido era buena. Luego, estuvo manipulando su teléfono. Vi que seleccionaba el programa de grabación de voz y lo ponía en marcha.

—Es solo por si acaso —me dijo—. ¿Estás lista?

Asentí, tratando de mostrarme serena, a pesar de que tenía ganas de vomitar. Los panqueques con jarabe de arce, que tan a gusto me había comido, se me habían atravesado en el estómago. Pulsé el botón de grabar en la cámara y salí del coche.

Cruzamos juntos el jardín. Mi padre tocó el timbre y esperamos.

Oímos unos pasos que se acercaban y la puerta se abrió. Inha Demjanko nos miró, primero a mi padre y luego a mí. Sonrió, apoyada en su bastón. Iba bien arreglada.

—Por fin —dijo—. Aunque no esperaba que trajera a su hija.

—Tiene tanto derecho a saber la verdad como yo.

—Por supuesto. Pasen.

En la casa hacía calor.

Colgamos nuestras chaquetas en un perchero de pared y pasamos a un salón cuyas ventanas daban al jardín delantero. Menos el suelo de madera, todo en aquella habitación tenía tonos pastel. Predominaban el blanco, el rosa y el celeste, que eran los tres colores del papel pintado con motivos de flores. En un extremo había una estantería llena de libros. No es que esperara que aquella mujer tuviera fusiles de asalto colgados de las paredes y granadas de mano en la repisa de la chimenea, pero, desde luego, no parecía el salón de una criminal de guerra. Inha Demjanko nos invitó a sentarnos. Fue un gesto amplio hacia los sofás. Me adelanté y ocupé el que quedaba de espaldas a la ventana. Mike me había explicado que, en lo posible, evitara que Inha Demjanko estuviera a contraluz. Así tendríamos una imagen mucho más limpia de ella. Mi padre se sentó a mi lado.

—¿Quieren beber algo? —preguntó Inha—. Puedo preparar té.

—No, gracias —dijo mi padre.

—¿Un vaso de agua?

—No.

—¿Tiene miedo de que les envenene?

Mi padre no reaccionó a la sonrisa cínica de la mujer.

Inha Demjanko ocupó el sillón colocado en la punta de la mesa de centro, en diagonal con mi padre, y no el sofá que quedaba justo enfrente de nosotros, como yo había previsto. Giré el bolso para encuadrarla; la luz seguía siendo buena. Ella no me prestaba atención, ni pareció advertir nada raro en mi gesto. Estaba sentada en la punta del cojín, sin apoyarse en el respaldo, examinando a mi padre.

—¿En serio le ha llevado un mes entero averiguar que su madre era la Sabueso? —soltó de golpe.

—Estoy trabajando en varios casos a la vez.

—No me tome por estúpida. Solo hay dos razones para justificar su retraso: o es un incompetente o necesitaba tiempo para tramar algo contra mí. El Tribunal Penal Internacional emitió una orden de busca y captura contra Aurora, así que sé que está en su base de datos. Y no debe de tener muchas rubias de ojos azules, de metro ochenta y cinco, que se llamen Aurora y que fueran una belleza en su juventud.

—Al principio solo la buscamos entre los archivos de los refugiados távaros.

La mujer negó con la cabeza con desprecio.

—Ya veo que no se merece la reputación de investigador brillante que le han colgado. Si lo hubiera sabido, se lo habría puesto más fácil. Estaba impacientándome. Estuve a punto de mandarle una carta con la verdadera identidad de su madre. Ya la tenía metida en el sobre, con su dirección escrita y el sello puesto, hasta que recordé que tardó varios meses en encontrarme desde que le mandé la primera carta anónima, y que le llevó más de diez años dar con mi hermano. Así que decidí concederle un par de semanas más. Ahora me doy cuenta de que su única virtud es ser un hombre tenaz.

—Se ha tomado muchas molestias para que descubriera quién era mi madre, Inha. ¿Por qué? ¿Qué saca usted de todo esto?

—¿Qué saco yo? —la mujer rio—. ¡Por Dios! Puedo hablarle de la infancia de su madre, de sus años de universidad, de cómo entró en la Doble U y se convirtió en la Sabueso. Podría decirle ahora mismo cómo se llama usted en realidad. ¿Y prefiere perder el tiempo discutiendo sobre mis motivaciones? ¿Qué importa lo que saco yo mientras usted averigüe la verdad? ¿No es ese el objetivo al que ha dedicado su vida? ¿La verdad?

—Sus motivaciones son importantes, ya que afectan a la credibilidad de lo que nos va a contar.

—No sea ridículo. También podría mentirle sobre mis motivaciones.

—Aun así me gustaría oírlas.

—¿Usted cuáles cree que son?

—Venganza.

—¿Venganza? ¿Por qué? ¿Porque capturó a mi hermano? No se dé tantos humos, señor Malnik. Usted no capturó a mi hermano, fue él quien se dejó capturar. Si se hubiera cambiado de nombre después de la operación de estrabismo, como yo le aconsejé, jamás habría dado con él.

—Entonces, si no es la venganza, ¿qué es?

—Soy una mujer impulsiva. Me irritó el discursito que soltó en el *show* de Eddy Glenn. La falsa modestia con la que dijo que su trabajo no consistía en cazar criminales de guerra, sino en sacar a la luz la verdad. Como si fuera usted un gran hombre. Tan digno. Tan recto. Tan íntegro. Es muy fácil escarbar en busca de la verdad cuando la opinión pública está de tu lado y te consideran una víctima, cuando sabes que, encuentres lo que encuentres, nadie te llamará asesino ni te señalará con el dedo por la calle. Lo difícil es cumplir con tu deber cuando tienes la certeza de que la historia te condenará y de que tu propia gente te dará la espalda, cuando sabes que morirás solo y difamado, y ni eso te detiene. Es en esas circunstancias cuando un hombre demuestra lo que vale.

—Supongo que ahora está hablando de su hermano.

—Sí, hablaba de él. Pero ese no es el asunto que le ha traído aquí. Le explicaré cómo va a funcionar esto para que no perdamos el tiempo con jueguecitos. Solo le voy a hablar de su familia. No trate de desviar la conversación hacia otros miembros de la milicia o daré la entrevista por finalizada. ¿Ha quedado claro?

—Muy claro.

—En ese caso, en cuanto apague la grabadora, podremos empezar en serio.

—¿Perdón?

—¿Quiere saber quiénes eran sus padres sí o no?

Más que una pregunta, fue una amenaza.

Mi padre sacó del bolsillo interior de su americana el móvil. Detuvo la grabación ante la atenta mirada de Inha Demjanko, que sonrió satisfecha. Me sentí muy orgullosa de él. Cuando en el coche me había comentado que ponía en marcha el programa de grabación de voz por si acaso, yo había entendido que lo hacía por si el otro micrófono fallaba. Solo entonces comprendí por qué lo había hecho. Había sido una jugada maestra. Así Inha Demjanko no sospecharía que había otro micrófono. La mujer no se conformó con que cerrara el programa, apagó el teléfono y lo dejó sobre la mesa de centro.

—Ahora la niña —dijo.

Yo me sobresalté. Pensé que había notado cómo giraba mi bolso y había adivinado que llevaba una cámara oculta. Sin embargo, mi padre se volvió hacia mí con una mirada tranquilizadora.

—Dame tu teléfono, cariño.

Le obedecí y él se lo entregó a Inha Demjanko.

Tras comprobar que no había ningún programa de grabación en marcha, apagó también mi teléfono y lo dejó junto al de mi padre.

—¿De acuerdo ahora? —preguntó mi padre.

—Adelante, pregunte.

—¿Por qué no me dijo directamente quién era mi madre? ¿No hubiera sido más sencillo?

—Más sencillo, sin duda, pero mucho menos divertido. Y me apetecía averiguar cuál era su compromiso con la verdad. Quería ver si estaba dispuesto a llegar hasta el final, aunque lo que descubriera por el camino no fuera de su agrado. Y aquí está. Comienzo a pensar que se cree en serio todas las tonterías que dijo en ese programa de televisión.

—¿Cómo supo que yo era el hijo de Aurora?

—Por la entrevista. Lo sospeché cuando explicó cómo acabó con esa familia de refugiados. La fecha, el lugar, todo encajaba. Y lo supe con certeza cuando mostró a cámara ese libro con la fotografía de Bohdan muerto sobre una pila de cadáveres.

—¿Bohdan? ¿Mi padre se llamaba Bohdan?

—Parece sorprendido. No esperaba que tuviera un nombre távaro, ¿no?

—¿Por qué le mataron? Las Hienas de Kiril no acostumbraban a matar urenos.

Inha Demjanko mantuvo la vista fija en mi padre durante unos segundos.

—Ya veo que si le dejo dirigir esto, no vamos a acabar nunca. Lo haremos de otra forma. Yo le cuento lo que sé y, si necesita alguna aclaración, me interrumpe.

—Si lo prefiere así.

—Lo prefiero. Y vamos a tutearnos. A fin de cuentas, soy tu madrina.

Mi padre indicó que no tenía ningún problema en tutearse. Si la noticia de que era el ahijado de Inha Demjanko le afectó, no lo demostró. Yo me quedé tan de piedra que se me abrió la boca. La mujer me miró con desdén, como si le molestara mi presencia, y devolvió la atención a mi padre.

—Y ya que estamos —dijo—, permíteme que te llame Volod.

—Volod... —repitió mi padre.

—Sí, Volod Rudenka.

Mi padre asintió y se quedó pensativo.

—¿Algún Rudenka en tus listas de criminales de guerra? —preguntó Inha Demjanko, sarcástica.

—No que recuerde ahora mismo.

—En todo caso, estoy segura de que Bohdan no aparece en ellas. Era un cobarde.

—¿Por qué lo mataron?

—Por tu culpa. Pero ten un poco de paciencia. Antes he de hablarte de tu madre.

Mi padre la invitó a hablar con un gesto de la mano.

—Aurora era una mujer espectacular, de una belleza que cortaba la respiración. Cuando entrabas en un local con ella, se hacía una especie de silencio, todo el mundo se volvía a mirarla, hombres y mujeres. Pero era tonta. No tenía dos dedos de frente. Si nos hubiéramos conocido de mayores, nunca me habría hecho amiga suya. Sin embargo, fuimos juntas al colegio, y las amistades de infancia tienen esa extraña capacidad de sobrevivir en el tiempo. Bohdan también fue compañero nuestro de clase. Era un niño gris, con un cuerpo blando y una personalidad despreciable. Ya de pequeño era un cobarde. Se esforzaba por llevarse bien con todo el mundo, no porque fuera sociable, sino porque le aterrorizaba meterse en peleas. Siempre estuvo enamorado de Aurora. Ella no le correspondía, claro; que fuera tonta no significa que tuviera mal gusto. En nuestro grupo de amigos nadie soportaba a Bohdan, pero durante un tiempo nos fue útil. Como muchas mujeres guapas, Aurora tenía un carácter caprichoso. Era capaz de llamarte en mitad de la noche echa un mar de lágrimas porque su último novio le había roto el corazón, y dar por sentado que ibas a vestirme y a atravesar la ciudad para ir a consolarla. Tampoco era una mujer que supiera estar sola. Necesitaba que la acompañaras para hacerlo todo. Era un fastidio. Y para eso nos servía Bohdan. Él asumió encantado el papel de amigo incondicional y sumiso que acudía corriendo en cuanto ella chasqueaba los dedos. Por eso le tolerábamos. Durante el primer año de universidad, yo entré en la Doble U. Aurora me siguió y arrastró a Bohdan. Para entonces Bohdan había transformado su cuerpo en el gimnasio y lucía una musculatura decente, pero seguía siendo un cobarde. Cuando iba con los chicos al fútbol o a un barrio távaro a buscar pelea, no conseguía ocultar su miedo. No estaba hecho para la violencia. Le faltaba estómago. Mi primo siempre decía que golpeaba como si tuviera miedo de hacer daño. Recuerdo la vez que le abrieron la cabeza de un botellazo. Llegó a las oficinas de la Doble U con la camisa empapada en

sangre y pavoneándose como un gallito. Los compañeros le dieron palmaditas en la espalda y le hicieron un poco más de caso de lo habitual. El pobre creyó que aquel botellazo era una prueba de su valentía, pero ese botellazo solo demostraba que no había tenido los reflejos de apartar la cabeza a tiempo. Una cicatriz en el cuero cabelludo no iba borrar el hecho de que fuera un cobarde y un compañero poco fiable. Siguió siendo útil para hacer bulto cuando se trataba de saquear un supermercado o dar una lección a algún usurero, pero nunca entendió que le apartarían en cuanto las cosas se pusieran serias. Por aquella época Aurora se quedó embarazada. El padre se desentendió del asunto y Bohdan se ofreció a casarse con ella para darle un apellido al niño. El muy imbécil creyó que con ese gesto de caballerosidad la conquistaría.

—Entonces Bohdan no es mi padre.

—Eso depende. En la entrevista dijiste que, aunque descubrieras quién era tu padre biológico, para ti, el távaro que te recogió seguiría siendo tu auténtico padre. ¿Era solo una de tus frases o hablabas en serio?

—Hablabas totalmente en serio.

—En ese caso, Bohdan también fue tu padre. Él te crió durante tus primeros años de vida. Aurora no estaba hecha para ser madre. Necesitaba salir, ir a fiestas, que la admiraran y la cortejaran. Así que cedió la tarea de criarte a su abnegado marido.

—¿Quién es mi padre biológico?

—Todo a su tiempo, Volod. Aún no he acabado con Bohdan. Todos tratamos de convencer a Aurora de que no se casara con él. Sabíamos que aquel matrimonio destrozaría a Bohdan. Él nos daba igual, pero si se peleaban, cada vez que Aurora tuviera una de sus crisis acudiría de nuevo a nosotros. Y eso no nos interesaba. Al final se casaron y, por increíble que parezca, el matrimonio funcionó a su manera... Un día los vi paseando por la calle. Bohdan empujaba el cochecito de bebé y Aurora iba colgada de su brazo. Eran la estampa de la pareja joven y enamorada que lo tiene todo. Por supuesto era una estampa falsa; estaban interpretando un papel. Aurora se comportaba así porque ese era su carácter, ella siempre estaba actuando. En cuanto a Bohdan, se conformaba con esa ficción de llevar una vida feliz. Era un hombre patético. Aurora no le trataba especialmente mal, pero salía todas las noches. Lo dejaba en casa cuidando de ti y él nunca protestaba. Siempre obediente como un perrito. Aunque viendo cómo actuó después..., supongo que algo de orgullo debía de quedarle. Aquella fue una época muy excitante para nosotros. Estábamos haciendo historia. Víctor Skorina se acababa de adherir a nuestra causa y mi hermano estuvo formando el núcleo duro de lo que sería su milicia. Seleccionó a los hombres más válidos y descartó a los demás. Bohdan no entendió que le dejara fuera y no se le ocurrió otra cosa que presentarse en la sede de la Doble U para exigirle una explicación a Kiril. Y, encima, lo hizo en público. Mi hermano no estaba para tonterías; le soltó delante de todo el mundo que había hombres cuyo destino era llevar el peso de una nación y hombres que habían nacido para dar el biberón a los hijos bastardos de otros. Bohdan quedó tan mortificado que fue incapaz de articular palabra. Se quedó ahí plantado, igual que un niño al que acabaran de quitar un caramelo y no pudiera asimilar que hubiera tanta maldad en el mundo. Y eso que Bohdan no captó en toda su extensión lo hirientes que eran las palabras de mi hermano, ya que entonces ni sospechaba lo que para todos los demás era un secreto a voces: que el hijo de Aurora era de Kiril.

Inha escrutó el rostro de mi padre. Sus ojos estaban llenos de maldad.

Yo procuré mantenerme impasible, pero volví a notar que el desayuno me formaba una bola en el estómago. No pude ver bien la cara de mi padre, así que no estoy segura de cómo reaccionó él, pero cuando habló, su voz sonó normal.

—¿Estás segura de que Kiril es mi padre biológico? —preguntó.

—Para mí no hay la menor duda, aunque mi hermano y Aurora nunca lo admitieron abiertamente. De todas formas, como supongo que mi palabra no te bastará, te aconsejo que recurras a la ciencia. La policía tiene el ADN de Kiril, así que hazte la prueba de paternidad. Únicamente verás que tengo razón.

—¿Qué pasó con Bohdan?

—Bohdan se quedó lloriqueando como una niña pequeña. Ya no pudo seguir mintiéndose. Tuvo que enfrentarse al hecho de que en la Doble U nadie le respetaba. A partir de entonces nos evitó. Aunque, por algún extraño motivo, siguió confiando en que tu madre llegara a amarte algún día. El pobre nunca entendió nada. Aurora ya había decidido separarse de él cuando nos llegó la orden de hacer limpieza en las montañas.

—Limpieza de távaros...

—¿Tú qué crees?

—¿Quién dio la orden?

Los rasgos de Inha Demjanko se endurecieron.

—¿Qué te he dicho antes sobre desviarte del tema? ¿Tienes prisa por irte a casa?

—Perdona. No volverá a pasar. Sigue, por favor. Aurora iba a divorciarse de Bohdan... —le dio pie mi padre.

—No, al final no se divorció. Yo me uní a la milicia de mi hermano y tu madre decidió acompañarnos en el último momento. Para ella era una forma de huir, de no enfrentarse al problema que tenía en casa, y supuse que no aguantaría mucho con nosotros. Pero me equivoqué. No solo se adaptó a las mil maravillas, sino que por primera vez en su vida encontró algo para lo que era realmente buena. Se transformó en otra mujer, más serena, más hermosa. Tendrías que haber visto cómo le brillaban los ojos cuando hallaba los escondites donde esas ratas guardaban sus tesoros. Estaba deslumbrante. Y pasó lo que tenía que pasar. Mi hermano reanudó su relación con ella. Mientras tanto, Bohdan estaba en Torva, haciéndote de niñera, y ahí se hubiera quedado el resto de la guerra si un alma caritativa no hubiera cometido la estupidez de ir a contarle quién era en realidad tu padre. Personalmente, yo sigo sin entender su reacción. Si estaba dispuesto a criar al hijo de otro hombre, ¿qué más daba quién fuera el padre? Pues a él le resultó insoportable que se tratara precisamente de Kiril. El caso es que decidió hablar con Aurora. Nosotros nos aprovisionábamos sobre el terreno, pero también recibíamos suministros de la ciudad, así que Bohdan convenció al conductor de uno de los camiones para que le llevara hasta nuestro campamento. Iba contigo. Nos alcanzasteis a las afueras de Grébovo. Vuestra visita no le sentó nada bien a Kiril. Se lió a bastonazos con el conductor que os había traído, y si no lo mató fue únicamente porque necesitaba que al día siguiente os llevara de vuelta a la ciudad. A Bohdan y a ti os confinó en una zona apartada del campamento. Aurora ni se acercó a verte. Fui yo quien le contó a Bohdan cuál era la situación entre su esposa y mi hermano. Incluso le señalé la tienda donde dormían juntos. A la mañana siguiente, habíais desaparecido. A Bohdan le capturamos dos días después. No dejaba de repetir que el bastardo había muerto y que jamás encontraríamos su cadáver. Aunque lo torturamos durante varias horas, se negó a decirnos qué había hecho contigo. Recuerdo que reía como un loco. Al final, Kiril se hartó y le pegó un tiro en la cabeza. Hasta que no te vi en la tele, no comprendí qué le hacía tanta gracia a Bohdan. Le debía de resultar cómico que unos refugiados távaros fueran a criar al hijo de Kiril y de la Sabueso.

Inha Demjanko hizo una pausa y sonrió.

—Es sorprendente cómo el destino puede servirse de los personajes más ridículos para cumplir sus designios. Siempre creí que el sacrificio de Bohdan estaba a la altura de su estupidez. A Kiril le daba igual lo que te pasara. Y Aurora... Si hubiera tenido que ocuparse de ti no habría

podido seguir siendo la Sabueso. Y dudo que estuviera dispuesta a renunciar a eso. La fiesta acababa de empezar y ella era una de las *vedettes*. Bohdan le hizo un favor entregándote a unos desconocidos. Sin embargo, la cosa no acabó allí, ¿verdad? Con los años, aquel niño creció, y cuando se hizo adulto se puso a perseguir a su propia gente y, sin saberlo, metió a su padre en la cárcel e hizo que se suicidara. Y así la venganza de un hombre ridículo se convirtió en una venganza digna de las mejores tragedias griegas. Casi puedo oír las risotadas de los dioses del Olimpo.

Volvió a sonreír sin apartar la mirada de mi padre.

—Dime, Volod, ¿qué se siente al ser responsable del suicidio de tu padre?

—Ya lo pensaré cuando tenga el resultado de las pruebas de ADN. ¿Qué pasó después?

—¿Después? Nada. La guerra siguió su curso. Ya sabes cómo acabó.

—¿Cuándo se trasladó Aurora a Dighton?

—¿Acaso importa?

—El otro día nos contaste que Aurora entró en un programa de protección de testigos del FBI por entregar a los hermanos Varka. Tú también estás en ese programa, ¿no? Por eso te has arriesgado a contactar conmigo, porque sabes que no te podré perseguir judicialmente. ¿Qué te ofrecieron? ¿Inmunidad? ¿Que nunca te extraditarían?

—Vaya, no eres tan estúpido como pensaba. Debes de haber heredado algo de la inteligencia de tu padre.

—¿Y tú? ¿Eres tan lista como te crees?

El tono que adoptó mi padre sorprendió a Inha Demjanko.

—Noto rencor en tu voz. ¿Te ha molestado lo que te he contado sobre papá y mamá?

—Quizás no te pueda perseguir judicialmente, pero todavía hay un par de organizaciones en activo que estarían encantadas de ocuparse de tu caso al margen de la ley. Lo único que tengo que hacer es pasarles tu dirección y ellos se encargarían de todo.

—¿Y mi cuerpo aparecería en un vertedero? —se burló—. No tienes agallas para cargar con mi muerte en tu conciencia, Volod. En eso te pareces a Bohdan. Además, ¿quién te dice que en cuanto abandones esta casa no voy a llamar al FBI para informarles de que me has localizado? Me trasladarían en cuestión de horas.

—No te estoy amenazando, Inha. Lo único que digo es que has asumido muchos riesgos solo para reírte en mi cara. Y, ya que me tienes aquí, sería una pena que no acabaras de contarme la historia de mi madre. Seguro que encuentras una forma hiriente de hacerlo.

Inha Demjanko sonrió.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo acabó Aurora en Dighton?

La mujer suspiró, como si le diera pereza contarle.

—Mi hermano no se dejó engañar. Comprendió que, antes o después, el gobierno de la República Urena necesitaría congraciarse con la comunidad internacional para que le levantaran las sanciones, y que los miembros de las milicias tenían todos los números de convertirse en moneda de cambio. Cuando se enteró de que Víctor Skorina se estaba muriendo de cáncer, puso en marcha su plan de fuga y mandó a Aurora de avanzadilla a Estados Unidos. La idea era que tu madre se instalara en alguna población pequeña y se integrara, para que la gente la consideraran una vecina más. Llegado el momento, él se podría esconder en su casa sin llamar la atención. Aurora aceptó aquel sacrificio por amor. Pasó cuatro años en Kendall Park, sola, acudiendo a misa cada domingo y apuntándose a todas las asociaciones de mujeres de su barrio. Entonces, las

cosas empezaron a ponerse delicadas para nosotros en la República Urena y Kiril me mandó por delante para que me ocupara de la segunda parte de su plan de fuga. No podía arriesgarse a dejarlo en manos de Aurora. Era demasiado estúpida. Sin embargo, alguien me delató. El FBI me estaba esperando en el aeropuerto. Me siguieron hasta casa de Aurora y nos arrestaron a las dos —sonrió—. Aurora pasó cuatro años en aquel pueblo para nada. Bueno, para nada tampoco. Kiril podía haber mandado a cualquier otro de avanzadilla; si eligió a tu madre fue porque era la forma más cómoda de deshacerse de ella.

—¿Lo ves?, sabía que encontrarías la forma de ser hiriente.

—Solo cuento las cosas como sucedieron, Volod.

—¿Qué pasó después? ¿Entregasteis a los hermanos Varka a cambio de vuestra inmunidad?

La mujer asintió.

—Mi hermano lo organizó todo. Transformó aquel contratiempo en una oportunidad. Una vez en Dighton, con nuestros nuevos nombres, nadie nos podría localizar. No había sitio más seguro en el mundo para esconderle.

—¿Por qué no se quedó con vosotras en Dighton?

—¿Con nosotras? Querrás decir conmigo. Aurora nunca entró en nuestros planes. Kiril y yo íbamos a instalarnos en el rancho de Utah los dos solos. Pero no pude acompañarle. Me había convertido en una testigo protegida. Si hubiera desaparecido, el FBI habría removido cielo y tierra para encontrarme. Era demasiado arriesgado, así que se tuvo que ir solo.

—¿Lo sabía Aurora?

—¿Que no contábamos con ella? No. Se lo expliqué unos años después, cuando ya era una mujer amargada y no había quien la aguantara. Me culpaba de todos sus males. Se le metió en la cabeza que si el FBI no me hubiera seguido desde el aeropuerto, ella estaría viviendo feliz con mi hermano. Al final, me harté y le solté la verdad para ver si se callaba. No le gustó. Pero, al menos, estuvo unos meses sin hablarme. Fue un alivio.

—¿Tan enamorada estaba de Kiril?

—Yo creo que sobre todo echaba de menos ser la Sabueso. Y Kiril formaba parte de aquella época de su vida. Durante la guerra, vivió su momento de esplendor. Luego, su vida inició una caída en picado. Te enseñaré algo...

Inha Demjanko se puso en pie apoyándose en su bastón, y se dirigió hacia una cómoda. Dudé si seguirla con la cámara, pero mi padre me indicó con un gesto disimulado que no tocara el bolso. La mujer volvió con una caja de galletas de metal. Cuando la dejó sobre la mesa de centro frente a mi padre, algo tintineó en el interior, un objeto pequeño.

—Unos días antes de que Aurora muriera —dijo sentándose de nuevo en el sillón—, fui al hospital a visitarla. Me dio las llaves de su caja fuerte y me pidió que destruyera el sobre marrón que encontraría dentro. Cuando vi lo que era, preferí conservarlo. En esa caja está el contenido del sobre. Adelante, ábrela. Son los recuerdos más preciados de tu madre.

Mi padre abrió la caja y sacó de dentro una docena de fotografías. Las fue examinando una a una. Me arrimé un poco a él para verlas, pero poniendo mucho cuidado de no mover el bolso.

Eran fotos de Aurora con distintos milicianos. Posaban sonrientes; a algunos les faltaban dientes y tenían un aspecto desastrado. Todos iban armados. Detrás de ellos se veían casas o pueblos medio derruidos. Dos fotos me impresionaron especialmente. En la primera, Aurora se había retratado con tres milicianos frente al cadáver de un hombre que yacía bocabajo a sus pies. Su actitud era la de unos cazadores que se jactaban del venado al que acababan de abatir. En la segunda foto, posaban con el botín de su saqueo: un chico joven se había puesto un sombrero de

copa y una estola de visón al cuello, y fumaba un cigarrillo con una larga boquilla con gesto afectado; un barbudo sujetaba un reloj de cuco frente al pecho y reía; Aurora llevaba un chaqué de hombre con un clavel blanco en el ojal y una pipa entre sus dientes, le habían pintado un fino bigote con carbonilla. Parecía un grupo de amigos que se hubiera disfrazado para una fiesta. Pero no se trataba de una fiesta. Seguramente acababan de asesinar a los dueños de aquellos objetos.

Inha Demjanko vigilaba nuestras reacciones.

—Imagínate cómo debía de añorar aquellos tiempos para arriesgarse a conservar estas fotos —dijo de pronto—. Las podrían haber utilizado como pruebas contra ella.

—¿No le dieron inmunidad?

—Eso fue más tarde, Volod. Cuando entró con ellas en Estados Unidos, se suponía que era una refugiada távara. Y no son solo las fotos. Mira bien en la caja.

Había unas piedrecitas doradas sueltas.

Tardé unos instantes en comprender que no se trataba de piedrecitas. Eran dientes de oro. Me eché hacia atrás, asqueada. Esta vez Inha Demjanko no me miró con desprecio. Simplemente sonrió. Mi padre tomó los dientes de oro y los sopesó en su mano, como quien agita unos dados antes de lanzarlos.

—¿Los arrancó ella misma? —le preguntó a Inha.

—¿Aurora? No, por Dios. Se los regalaría alguno de sus admiradores. Pero fue una inconsciente por entrar con eso en el país.

—¿Por qué crees los conservó?

—La gente va de vacaciones a una playa paradisíaca y vuelve con unas conchas de recuerdo... Ella se trajo esos dientes de oro.

Yo no entendía qué hacía mi padre jugando con esos dientes. ¿Y a qué venía esa pregunta de si los había arrancado su madre personalmente? Me estaba poniendo muy nerviosa, cuando observé que las fotos estaban sobre la mesa de centro, frente a mí, y bastante apartadas de la caja de metal. No sabía cómo habían llegado hasta allí, pero desde luego no era el sitio donde mi padre las hubiera apoyado de forma natural. Y entonces creí comprender lo que sucedía. Me estaba pidiendo que filmara las fotos. Las alcancé y fingí examinarlas con atención, asegurándome de que quedaran planas frente al objetivo de la cámara. Me demoraba varios segundos con cada una, mientras mi padre no dejaba de jugar con aquellos dientes para retener la atención de Inha Demjanko.

—¿Dejaste tú el dinero del Monopoly en la caja fuerte? —preguntó mi padre de repente.

—¿Cómo te has enterado tú de eso? —se sorprendió la mujer.

—Tú nos condujiste hasta Sonia Brachko y nosotros investigamos. Por cierto, que su actuación fue sublime. ¿Le diste instrucciones?

—¿A qué te refieres?

—En ningún momento sospeché que Aurora pudiera ser urena. Lo hizo muy bien.

Se echó a reír.

—No hizo falta que le diera instrucciones. ¿Ves, Volod?, esa historia sí que es graciosa, y para contártela no me importa dedicarte unos minutos más. Sonia Brachko era una mendiga de Dighton. Pedía limosna a la salida del City Max. Se pasaba el día de rodillas sobre un cartón suplicando con voz lastimera que le dieran unas monedas. A mí me repugnaba, pero Aurora se enteró de que era urena y la tomó de criada. La estúpida de Sonia, pensando que Aurora era realmente una refugiada távara, se sintió culpable de aceptar su caridad habiendo pertenecido su marido a una milicia urena. Así que un día le confesó su pasado al borde de las lágrimas. Le

contó esa historia ridícula de que a Vital le habían asesinado sus propios compañeros por negarse a matar civiles y le juró por lo más sagrado que él no era como esos monstruos de los que hablaban por televisión. Para acabar de arreglarlo, le aseguró que cada mañana, al levantarse, rezaba para que todos los criminales urenos pagaran con su sangre por el daño que habían hecho. Lo que me reí cuando me lo contó Aurora. A tu madre, en cambio, aquello no le hizo ninguna gracia y empezó a maltratar a Sonia. Y Aurora sabía ser cruel. Si Sonia se quejaba, tu madre le decía que era muy libre de volver a pedir limosna al supermercado. Y lo más cómico de la situación es que Sonia creyó que tu madre la detestaba porque su marido había matado távaros durante la guerra, cuando era por todo lo contrario... Fue una época bastante entretenida. Cada semana se le ocurría una nueva perrería para amargarle la vida a Sonia. En cualquier caso, Aurora no era una mujer constante y con el tiempo se ablandó. Cuando nos distanciamos, solo le quedaba Sonia para charlar y acabaron por hacerse amigas. El día que fui a recuperar el sobre marrón, vi que en la caja fuerte había también un sobre para Sonia. Lo abrí. Había mucho dinero, demasiado, y una carta muy tierna en que le decía que esperaba que viviera feliz en aquella casa. Me lo llevé todo y dejé los billetes de Monopoly.

—Y ahora Sonia vive en la miseria, amargada y pensando que su amiga la odiaba.

—Ese dinero lo ganó Aurora expulsando a los távaros de nuestra patria. Pertenecía a la causa urena. Antes lo hubiera quemado, que permitir que acabara en manos de la viuda de un traidor.

—Eres la persona más despreciable que he conocido en mi vida.

—Pues sí que has corrido poco mundo, Volod. Y ahora es mejor que os marchéis. Me habéis entretenido más de lo que esperaba.

—Una última pregunta.

—No, no hay última pregunta.

—¿Por qué en la lápida de Aurora ponía solo Aurora K.?

Inha Demjanko le quitó los dientes de oro a mi padre y me indicó que le pasara las fotos con un gesto autoritario. Comprobó minuciosamente que no nos hubiéramos quedado con nada, lo metió todo en la caja de metal, la cerró bien y se la colocó en el regazo. Luego, miró a mi padre, con las manos sobre la caja.

—¿Te gustan los clásicos, Volod?

—Sí.

—Entonces habrás leído *El Proceso*, de Kafka, ¿no?

—Josef K. —dijo mi padre tras meditar unos instantes.

Más tarde, ya de camino hacia Clayton, me explicaría que Josef K. era el protagonista de la novela. Intenté leerla al llegar a casa, pero me dio demasiado mal rollo y la tuve que dejar. De todas formas, el resumen que me hizo mi padre me bastó para entender por qué Inha había grabado esa «K» en la lápida. Es una historia muy claustrofóbica. Comienza con la detención de Josef K., que nunca llega a saber qué delito ha cometido porque nadie se lo aclara y él no tiene conciencia de haber hecho nada malo. Ni los hombres que le interrogan parecen saber de qué se le acusa. Y cuando se inicia el juicio, no se puede defender porque no consigue averiguar qué tribunal le está procesando. Y encima le condenan a muerte. Vamos, una novela de lo más alegre. Pues bien, según Inha Demjanko, Aurora se sentía un poco como Josef K.

—Aurora era demasiado estúpida —le dijo a mi padre—, nunca comprendió la estrategia de nuestros enemigos para destruirnos. Nosotros los derrotamos militarmente y conseguimos limpiar nuestras tierras de távaros. Pero ellos nos ganaron la lucha conquistando la opinión pública mundial. Consiguieron que nos impusieran sanciones y que nos persiguieran como si

fuéramos criminales. Aurora nunca entendió que tuviéramos que vivir como fugitivos, lejos de nuestra patria, cuando lo único que habíamos hecho era defendernos. Tendrías que haberla visto el día que se enteró de que la Corte Penal Internacional había emitido una orden de búsqueda y captura a su nombre. La pobre quedó tan desconcertada como Josef K. en la novela. Por eso hice grabar Aurora K. en su lápida. No fue algo premeditado, se me ocurrió sobre la marcha. Era el epitafio perfecto para ella. Explicaba su incapacidad de comprender los tiempos que le había tocado vivir. Y reconozco que también me tentó la idea de obsequiarla con un epitafio que ella jamás habría entendido. Eso decía mucho sobre su estupidez.

—Insisto, eres la persona más mezquina que he conocido.

—Por suerte para ti —sonrió—. Gracias a eso has podido averiguar tanto sobre tu madre. Y ahora, Volod, es hora de que os vayáis. Ya es la segunda vez que me insultas. Y, aunque seas mi ahijado, todo tiene un límite.

Nos acompañó hasta la puerta en silencio.

Se la notaba satisfecha.

Por mi parte, no veía el momento de alejarme de esa casa. Creía que había hecho un buen trabajo con la cámara y temía que me descubriera en el último minuto. Recogí mi chaqueta y salí al porche sin despedirme. Mi padre se entretuvo poniéndose la bufanda frente al espejo con mucha calma.

—Ah, casi me olvidaba —sacó un papel del bolsillo de su americana, lo desdobló y se lo entregó a Inha Demjanko—. Esto es para ti. Es una copia de las pruebas de ADN que encargué para averiguar si Aurora K. es mi madre. En estas dos columnas comparan nuestros alelos. Y por si es la primera vez que lees unas pruebas de paternidad, lo importante es ese recuadro, allí abajo, donde pone que las posibilidades de parentesco son del 0%.

Supongo que mi boca se abrió tanto como la de Inha Demjanko.

Miré a mi padre.

—Lo siento, cariño —me dijo, saliendo al porche—, necesitaba que creyeras que Aurora era realmente tu abuela. Era la única forma de que esta mujer nos contara todo lo que sabía. Sé que he jugado sucio, pero tú misma me diste permiso para que te utilizara, ¿no?

Inha examinaba los análisis, cada vez más desconcertada. Sus manos temblaban.

—No puede ser —balbuceó—. Tienes sus ojos... Eres su hijo. Lo sé. ¿Por qué te iba a entregar Bohdan a esos refugiados si no? No puede tratarse de una casualidad.

—Eso no lo sé. Pero he hecho repetir los análisis. No hay error.

—No es verdad...

—La ciencia no miente, Inha. Hasta nunca. Ahí tienes el teléfono del laboratorio, puedes llamar para confirmar los resultados.

Mi padre me condujo hacia el coche, sin darle la espalda del todo a Inha Demjanko por si nos atacaba. Vi el coche de Mike en medio de la calle, con el motor en marcha. Imagino que se había acercado por si surgían problemas. Había adoptado una expresión fiera. Realmente parecía un matón de la mafia. Cuando llegamos al final del sendero, mi padre se volvió hacia la mujer.

—Por cierto, Inha —le gritó—, gracias por la información, nos será muy útil.

En ese instante, Inha Demjanko estalló y nos cayó encima una lluvia de insultos.

Capítulo treinta

Las imágenes que había grabado eran estupendas.

Los únicos planos que fallaban un poco eran los de las fotografías, porque a veces los reflejos tapaban a alguno de los milicianos que posaban con Aurora K. Mike me dijo que no me preocupara. Todos los hombres se veían bien en algún momento y, en realidad, mi padre solo necesitaba las fotos para identificarlos.

Celebramos nuestro triunfo en la pizzería de Clayton. Y la pizza me supo incluso mejor que la primera vez. Me sentía flotando en una nube. Todo nos había salido a pedir de boca. Si yo había hecho muy bien mi trabajo, mi padre había estado brillante. Había jugado sus cartas de manera magistral. Había engañado a esa mujer horrible y le había sonsacado una información que jamás nos hubiera dado en otras circunstancias. Y lo mejor era que la Sabueso no era mi abuela. Sé que nadie es responsable de los crímenes que hayan cometido sus antepasados, a pesar de lo cual, os aseguro que fue un gran alivio averiguar que no tenía nada que ver con ella. Y no digamos con ese asesino de Kiril Demjanko.

Encima, cuando volvimos a casa, advertí que la actitud de mis primos había cambiado. Sospecho que Danylo les dijo algo por teléfono. El caso es que, de pronto, me incluían en sus planes y estaban mucho más simpáticos. Yo estaba encantada. Aun así, no salí mucho con ellos. Y no es que pretendiera hacerme de rogar. Lo que pasaba era que quería que el reencuentro con Danylo fuera perfecto y, como coincidía con el día del concurso de retórica, ganarlo se convirtió en una prioridad. Quería impresionarle. A él. Me pasé toda la semana puliendo mi discurso y practicándolo frente al espejo de mi habitación. El primer ensayo con público lo hice frente a mi padre, para que me diera su opinión. Le dejé boquiabierto, literalmente.

—Si no ganas —comentó—, presento mi dimisión.

Y sé que lo decía en serio. No lo de dimitir, claro, me refiero a que de verdad creía que iba a ganar. Yo también estaba convencida de que nadie tenía un discurso mejor que el mío. Así que todo dependía de que no me pusiera nerviosa. Y no tenía ninguna intención de ponerme nerviosa. Si había mantenido el tipo frente a Inha Demjanko, podía hacerlo frente a un auditorio compuesto por personas que en su mayoría me conocían desde niña.

El día del concurso, sin embargo, nada salió bien.

Capítulo treinta y uno

Mi padre me había dado un único consejo: que por la mañana mantuviera mi mente ocupada con cosas agradables, para que cuando subiera al escenario estuviera lo más relajada posible. Incluso se ofreció a llevarme al acuario.

Se lo agradecí, pero le dije que yo ya tenía mi día perfectamente organizado. Danylo iba a llegar en el tren de las diez y media, y todos los primos íbamos a ir a recibirle a la estación. No se me ocurría un plan mejor para olvidarme del concurso. Pero Danylo es Danylo, y él no se ajusta a los planes de nadie. Perdió el tren. ¡Le hubiera matado! Y aunque no fue culpa suya que el taxi sufriera un pinchazo, si no hubiera apurado tanto, el taxista habría podido cambiar la rueda y dejarle en la estación a tiempo. El siguiente tren llegaba pasadas las cuatro, con lo que no le vería hasta minutos antes de que empezara el concurso, o directamente entre el público cuando subiera al escenario.

Ese fue el primer contratiempo del día.

El segundo se produjo a eso de las doce.

El orden de los participantes se decidía por sorteo la misma mañana del concurso, y la lista se colgaba en el tablón de anuncios del Centro Cultural. ¿Y a quién le tocó justo detrás de mí? A Olga. A la bondadosa y cándida Olga. No nos habíamos vuelto a ver desde que mis amigas me retiraron la palabra. Ni siquiera nos habíamos cruzado por la calle. Iba a ser muy violento. Tendríamos que esperar nuestro turno juntas en la sala desde la que se accedía al escenario. Por si la cosa no fuera ya mala de por sí, cuando Olga se enteró, decidió retirarse. Me lo contó uno de mis primos. El asunto me puso de muy mal humor. Comprendí que, de nuevo, me iba a tocar ser la mala de la película. Podía imaginarme perfectamente a Irena diciendo que, si me quedara un poco de dignidad, la que se tenía que retirar era yo.

El tercer contratiempo fue más bien una catástrofe.

Mi padre me comentó una vez que las supersticiones son peligrosas porque la gente, al creer en ellas, acaba por hacer alguna tontería. Me puso el ejemplo de un amigo suyo que conducía por una carretera cuando se le cruzó un gato negro. Se obsesionó de tal forma con que algo malo le iba a suceder que acabó teniendo un accidente.

Yo me obsesioné con una carpeta.

Era la carpeta naranja que me había comprado para meter dentro mi discurso. Me había pasado veinte minutos eligiéndola en la papelería. Pero cuando fui a buscarla, descubrí que el imbécil de mi hermano había dibujado en una esquina el típico garabato que se hace para comprobar si un bolígrafo funciona. Me obliqué con que si no la sustituía no tendría ninguna posibilidad de ganar el concurso. Necesitaba otra carpeta. De las que encontré por casa, ninguna me valía. Y la papelería ya estaba cerrada. Así que fui al despacho de mi padre a pedirle una.

Al ver el gentío que había frente al Centro Cultural, se me hizo un nudo en el estómago. Faltaban tres cuartos de hora para que empezara el concurso. Reconocí a tres de los participantes. Iban trajeados y trataban de aparentar tranquilidad, pero se notaba que estaban muy nerviosos,

agarraban sus discursos con fuerza y era evidente que no atendían a las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor. Los saludé con un gesto de la cabeza y entré en el edificio. De la sala grande me llegó la voz del técnico de sonido haciendo las últimas pruebas con los micrófonos. Subí las escaleras deprisa. La piernas me temblaban. Ya no es que me pareciera imposible ganar, me parecía imposible hacer un papel digno.

En el despacho de mi padre no había nadie. Abrí el armario donde guardaba el material de oficina. Todas las carpetas eran horribles, marrones y con esos ganchos de plástico para colgarlas de las guías de los archivadores. Maldije en voz alta. Sabía que era absurdo ponerse histérica por algo tan ridículo, pero no podía evitarlo. Estaba perdiendo el control. Entendí al amigo de mi padre. Pensé que si yo estuviera al volante de un coche, también acabaría sufriendo un accidente. Me puse a abrir los cajones del escritorio de mi padre como una loca. Y entonces la vi. Una carpeta verde turquesa preciosa. No tenía ni garabatos ni dobleces. Era perfecta. Saqué los documentos que había dentro y los sustituí por mi discurso, pero no me reportó mucho alivio. Estaba demasiado nerviosa. De la planta baja me llegaba ahora mucho barullo de voces.

Faltaba media hora para que empezara el concurso.

Me acomodé en la silla y me puse a respirar acompasadamente. Empezaba a tranquilizarme un poco, cuando me fijé en los papeles que había sacado de la carpeta verde turquesa. Tenían el logo del laboratorio que hacía las pruebas de ADN y eran muy parecidos a los que le había entregado mi padre a Inha Demjanko. Los examiné con cierta aprensión. Se trataba de dos análisis diferentes. Una prueba de maternidad y otra de paternidad. En el primero, fechado hacía un mes, decía que las probabilidades de parentesco de la supuesta madre eran del 98%. En el segundo, fechado hacía tan solo cuatro días, decía que las probabilidades de parentesco del supuesto padre eran del 95,5%. Busqué nombres, pero no los encontré. Únicamente aparecían los números de las muestras. El del supuesto hijo era el mismo en los dos análisis.

Las manos me temblaban cada vez más. Me dije que no debía dejarme arrastrar por el pánico, podían ser perfectamente los análisis de ADN de otra persona, aunque entonces, ¿por qué no estaban archivados con las otras pruebas de ADN? ¿Qué hacían en el cajón de mi padre, entre sus cosas personales? Oí un ruido y alcé la vista. Mike acababa de entrar en la oficina con una caja de aspecto pesado entre las manos y me miraba muy serio e inmóvil. Todo en su lenguaje corporal indicaba que mis sospechas eran ciertas. Me estremecí.

—¿Estos análisis...?

A media pregunta la voz me falló.

Mike asintió.

—Todo lo que nos contó Inha Demjanko es cierto —dijo.

—No puede ser...

—Lo es, Anna. Lo siento.

Dejó la caja en el suelo, cerró la puerta del despacho y se sentó en una silla frente a mí. Yo estaba muy alterada. Me miró unos instantes con gesto grave y resopló.

—Ya le advertí a tu padre que era un error no contarte la verdad enseguida —dijo.

—No lo entiendo... ¿Por qué me mintió?

—No estoy del todo seguro. Me dijo que era la primera vez que te veía tan feliz en mucho tiempo y que quería dejarte disfrutar un poco antes de que se conociera la verdad. Pero, si te soy sincero, no creo que ese sea el único motivo. Y estoy preocupado.

—¿Qué quieres decir?

—Inha Demjanko no es idiota. Estoy seguro de que no se ha dejado engañar por los análisis

de ADN que le dimos. Si esos análisis fueran auténticos, querría decir que Bohdan huyó del campamento de Kiril con tu padre y al día siguiente les entregó a los Pekar otro niño de la misma edad. Y eso no tiene ningún sentido. Además, está la mancha de nacimiento que Stefan tiene en la espalda. Así que estoy convencido de que no la engañamos.

—¿Y qué importa lo que piense ella?

—Importa. Y mucho. Le dimos esos análisis falsos para hacerla dudar y ganar algo de tiempo. Necesitábamos controlar la forma en que se hacía público que tu padre era hijo de la Sabueso. Y ahora que sabemos que también es hijo de Kiril, es aún más importante. Verás, Anna, que Stefan desvele la verdad a la prensa es muy diferente a que lo haga Inha Demjanko. Si lo cuenta él, se interpretará como un acto de honradez y de transparencia. Si lo hace ella, la gente podría pensar que tu padre ha tratado de ocultarlo y eso dañaría su credibilidad. Podría destruir su imagen. Y cada día que pasa, el riesgo de que Inha Demjanko actúe es mayor. Ya no sé cómo decírselo.

—¿Y a qué está esperando?

—Primero lo pospuso hasta confirmar que era hijo de Kiril. Ahora asegura que no te quiere fastidiar. Dice que has trabajado mucho en tu discurso y que no pasa nada por retrasarlo unos días más. Sin embargo, ayer me enteré de que todavía no se lo ha dicho ni a tu abuelo. Y eso no encaja con tu padre. El Stefan que conozco habría corrido a contárselo. Me temo que no encuentra la manera de decírselo. Creo que está bloqueado.

—¿Mi padre?

—Él también es humano. Y desde luego no ha de ser nada fácil confesarle al hombre que te acogió y te crió que tu padre biológico es el asesino de su familia.

—¿Y qué podemos hacer?

—Tú no tienes que hacer nada, Anna. Únicamente, si me das permiso, le diré que ya estás al tanto. Quizás eso le haga reaccionar. Ahora, tú eres su excusa.

—Claro...

Nos quedamos unos instantes en silencio.

De abajo nos llegó un aplauso cerrado. Mike se volvió hacia la puerta.

—Soy un animal —dijo—. No debería haberte contado todo esto ahora. Tendría que haber esperado al final del concurso.

—No te preocupes. Ese concurso ya no tiene ningún sentido para mí.

—No estarás pensando en retirarte, ¿eh?

—¿Por qué no? Ahora ya da igual.

—No da igual, Anna. Por lo que me ha contado tu padre, con tu discurso desmontas los argumentos que utilizan los ultranacionalistas urenos para justificar los crímenes que cometieron durante la guerra. Si no te subes a ese escenario y lo lees, le estarás concediendo una victoria a Inha Demjanko. No le des esa satisfacción. Esa mujer ya os ha hecho demasiado daño.

Bajé la vista hacia los análisis de ADN que demostraban que mis abuelos eran criminales de guerra, pensando en las palabras de Mike. Luego, alcé la vista hacia él con cierto rencor.

—Eres igual que mi padre y mi abuelo, ¿lo sabías? Un manipulador —le dije.

Él me sonrió.

Agarré mi discurso y me puse en pie.

Capítulo treinta y dos

En la sala donde aguardaban los participantes del concurso me encontré con todas mis ex amigas. En teoría ahí no nos dejaban entrar acompañados, así que debían de haberles dado un permiso especial. Quizás había sido la única forma en que los organizadores habían conseguido que Olga no se retirara. Me recibieron con hostilidad, pero sus miradas no me afectaron. Me sentía como sedada. Ocupé la silla que quedaba justo enfrente de ellas. No fue un acto de desafío, simplemente fue la primera que encontré libre.

Estaba muy confundida. Me había criado en una casa en la que se comparaba a Kiril con el mismísimo diablo. Él era la encarnación del mal. Y ahora resultaba que era mi abuelo. El padre de mi padre. Y la Sabueso, su madre. Por mis venas corría la sangre de dos criminales de guerra urenos. La idea era tan absurda que me resultaba imposible asimilarla. Y, al mismo tiempo, sabía que era cierta. La voz de los concursantes resonaba en la sala y cada tanto estallaba una salva de aplausos, pero era como si todo aquello me llegara desde muy lejos. No me veía con fuerzas de enfrentarme al público.

No obstante, Mike tenía razón. Inha Demjanko ya nos había hecho suficiente daño. No podía concederle una nueva victoria.

De pronto noté que me sacudían del hombro.

—Tu turno, Anna —me dijo uno de los chicos que trabajaban en la organización del evento.

Por el tono que utilizó y la actitud con la que me miraba todo el mundo en la sala, comprendí que había tratado de llamar mi atención más de una vez.

—¿Estás bien? —me preguntó incluso.

—Sí... —mentí.

Me puse en pie.

Accedí al escenario por un lateral y recorrí los cinco metros que me separaban del atril con una extraña sensación de ingravidez. Sonaron aplausos y varias voces gritaron mi nombre. Apoyé la carpeta, la abrí y alcé la vista. Los focos me deslumbraron. Apenas percibí las siluetas del gentío que abarrotaba la sala. En lo alto de la página había escrito a mano la frase con la que iba a iniciar el discurso: «Buenas tardes, soy Anna Malnik y voy a hablaros de los odios ancestrales».

Respiré hondo y ya me iba a lanzar, cuando noté una mirada llena de maldad clavada en mi nuca. Me volví bruscamente hacia atrás, convencida de que Inha Demjanko estaba en el escenario conmigo.

Por supuesto no había nadie. Estaba sola.

Un murmullo se extendió por la sala. La carpeta se me había caído y las hojas de mi discurso estaban desparramadas por el suelo. Las recogí apresuradamente, las ordené y las volví a colocar sobre el atril. La risa de Inha Demjanko resonaba ahora dentro de mi cabeza.

Miré de nuevo hacia el público, temblando.

El corazón me iba a mil.

Empezaba a distinguir las caras de la gente. Identifiqué a Danylo, al fondo de la sala, sentado con algunos de mis primos. Levantó su pulgar en el aire para darme ánimos, pero su sonrisa era tensa. Se notaba que estaba pasando un mal rato por mí.

Tragué saliva y bajé la vista a mis papeles.

Podía leer las frases, reconocía mis palabras, pero era como si no tuvieran ningún significado. Estaba bloqueada. Y la risa de Inha Demjanko resonaba cada vez con más fuerza en mi interior. Comprendí que no conseguiría recuperar el temple y leer mi discurso. Cerré la carpeta, dispuesta a admitir mi derrota, cuando recordé que mi padre me había dicho que el arma más poderosa que tenemos para luchar contra un criminal de guerra es la verdad. Y tal como lo recordé, las palabras surgieron de mi boca:

—Mis abuelos son criminales de guerra... —dije.

En la sala se hizo un silencio absoluto.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

Busqué a mi padre, aterrada. Estaba sentado en la tercera fila. Se había puesto pálido. Entonces me hizo un gesto afirmativo con la cabeza, indicándome que siguiera adelante. El abuelo Josef había adoptado esa expresión tan característica suya de cuando algo le irritaba profundamente. Seguramente pensaba que se trataba de alguna broma de mal gusto. No pude sostenerle la mirada. Ni a él ni a nadie más. Bajé la vista y me agarré al atril para disimular el temblor de mis manos. La risa de Inha Demjanko se había silenciado.

—Por supuesto me refiero a mis abuelos biológicos... —añadí—. No a los Pekar...

Un nuevo murmullo recorrió la sala.

Yo continuaba sin alzar la vista y me aferraba con tanta fuerza al atril que temí romperlo.

—Mi padre recibió hace unos meses una carta anónima —seguí—. En ella le decían que su madre biológica podía estar enterrada en Clayton bajo el nombre de Aurora K. Hemos estado investigando y lo que hemos descubierto es terrible...

La voz se me rompió.

Me obligué a mirar hacia el auditorio.

La expectación era máxima.

—Mi abuela era Aurora Luka... —dije—. Aunque seguramente vosotros la conoceréis por el nombre de la Sabueso...

No tuve ocasión de aclarar quién era.

Se desató un vocerío. Hubo exclamaciones de asombro, algún exabrupto, peticiones de silencio... Algunas personas se volvían confundidas hacia sus vecinos de asiento intentando averiguar quién era la Sabueso. Otras se habían levantado de sus sitios y se dirigían a mi padre agitando los brazos. Mi tía se cubría la cara. El abuelo Josef permanecía inmóvil con la vista al frente. Busqué a Danylo entre mis primos, pero la muchedumbre que se había puesto en pie me lo tapaba. Y entonces me encontré con unos ojos desamparados, de animal herido, clavados en mí. Era Matja, mi hermano. Me sentí fatal.

No había pensado en él hasta ese instante. ¿Cómo podía ser una hermana tan horrible? ¿Qué derecho tenía a desvelarle de manera tan espantosa quiénes eran sus abuelos biológicos? Le pedí perdón, formando la palabra silenciosamente con los labios. Él ignoraba quién era la Sabueso, si bien había deducido que era una persona muy mala por la reacción de la gente, pero sabía perfectamente quién era Kiril, así que aquello iba a ser muy duro para él. Le volví a pedir perdón. Esta vez por adelantado. Y algo debió de entender, porque le vi escurrirse en su asiento y

desaparecer de mi vista.

Mi padre seguía pidiendo calma sin ningún éxito. El barullo era ensordecedor y me sentía cada vez más mareada. La verdad me ardía en la garganta.

—¡Dejadme terminar! —grité.

Mi voz atronó en la sala.

Todo el mundo se calló de golpe.

Había vuelto a captar la atención de la gente. Miré hacia el asiento de mi hermano. Vacío. Y me lo imagine acurrucado en el suelo, deseando que la tierra se lo tragara. Laszlo estaba sentado a su lado y me indicó que no me preocupara. Por su postura, comprendí que le estaba sujetando la mano. Por tercera vez pedí perdón a Matja, esta vez mentalmente. Los ojos se me habían llenado de lágrimas.

—Adelante, Anna —oí que decía mi padre—. Cuéntales quién era mi padre.

Me sequé las lágrimas con el reverso de la mano y aspiré por la nariz.

Danylo me contemplaba con la boca entreabierta.

—Adelante, hija...

Apreté los párpados y conseguí pronunciar con voz temblorosa:

—Kiril... Mi abuelo era Kiril Demjanko...

Esta vez el escándalo fue tremendo.

Todo el mundo se volvió hacia mi padre, incluidos mis primos. Solo Danylo continuaba mirándome a mí, inmóvil, con una expresión muy extraña. Busqué alguna señal de apoyo en él, pero no reaccionó. Debía de estar conmocionado.

Por su parte, mi padre trataba de hablar, pero los mismos que le pedían explicaciones se lo impedían.

—¿Desde cuándo lo sabes, Malnik? —se escuchó a través de los altavoces.

Quien había hablado era el tío de Elsa Bisiak. Se había subido a la tarima donde estaba instalado el jurado del concurso y se había hecho con un micrófono. Era un hombre horrible, con la cara picada de viruela, altivo y prepotente. Ambicionaba ser el director del Centro Cultural Távaro y había intrigado varias veces con algunos de los socios para echar a mi padre, como él mismo me había explicado. Su intervención hizo que el alboroto se suavizara.

—¿Desde cuándo lo sabes, Malnik? —insistió en el mismo tono arrogante.

—Enseguida os lo cuento...

—No queremos oír ninguno de tus discursos. Contesta a mi pregunta —alzó la voz—. Eres el hijo del hombre que asesinó y torturó a muchos de nuestros familiares. Nos debes una respuesta clara y concreta. ¿Desde cuándo lo sabes?

Ahora todo el mundo aguardaba en silencio.

—Descubrí la identidad de mi madre hace casi un mes. Lo de Kiril..., hace cuatro días.

—¡Mientes! Yo siempre he sabido que ocultabas un secreto. Que Kiril Demjanko sea tu padre explica muchas cosas de tu comportamiento en el pasado. Así que no digas que te acabas de enterar. ¡Como mínimo lo sabes desde hace cuatro años!

Se alzaron voces de disconformidad en la sala, pero el tío de Elsa Bisiak pasó por encima de ellas con facilidad gracias al micrófono.

—¿Es que no os acordáis de lo que sucedió hace cuatro años? ¿A vosotros no os sorprendió la facilidad con la que Stefan Malnik accedió a colaborar con la Interpol para capturar a dos de nuestros hombres? ¡A dos patriotas távaros! ¿O es que os tragasteis ese discurso de que un

criminal es un criminal y debe pagar por sus delitos sin importar el bando al que pertenezca? Yo no niego que aquellos hombres cometieran algunos excesos, pero en ese momento los urenos nos estaban masacrando y nadie nos defendía. Ellos fueron los primeros en tomar las armas y plantarles cara. Se merecían nuestro reconocimiento, no que les traicionáramos. Eran héroes, Malnik, y tú los entregaste.

—Eran mafiosos... —gritó alguien.

—Eran héroes —la voz del tío de Elsa Bisiak restalló como un látigo—. Durante años me he estado preguntando por qué lo hiciste, Malnik. No lo entendía. Y qué claro está todo ahora. Entonces tú ya sabías que eras ureno y como todo ureno no puedes evitar odiarnos —acabó chillando para imponerse a las protestas—. Todos estos años pensando que eras un incompetente..., y resulta que eres más astuto que un zorro. Tú sabías que Kiril se escondía en ese rancho de Utah y por eso estuviste conduciendo la investigación en otras direcciones. Te gastabas nuestros fondos en seguir pistas absurdas para que no pudiéramos utilizar el dinero en investigar a otros criminales de guerra urenos. Porque tu misión no ha sido nunca capturarlos, ¡tu misión era protegerlos!

Sonaron abucheos y silbidos.

Danylo apretaba los dientes con fuerza, sus ojos estaban llenos de odio.

—Hace un año la posición de Stefan Malnik al frente de esta institución era insostenible —siguió hablando con firmeza el tío de Elsa Bisiak—. En el Comité Ejecutivo, nadie, aparte de Josef Pekar, le apoyaba. Estaba acabado. Y, entonces, justo cuando su suerte parecía echada, captura a Kiril y le da la vuelta a la situación. Lo que no lograron durante años los servicios secretos del país más poderoso del mundo lo consiguió él en tres semanas consultando los ficheros de un hospital de Milwaukee. ¿Un golpe de suerte? ¡No me hagas reír! Yo os digo que el motivo por el cual encontró a Kiril tan deprisa es que sabía de antemano dónde buscar. Y lo peor es que no creo que decidiera vender a su padre. Mucho me temo que lo planearan entre los dos para que Malnik pudiera seguir al frente del Centro Cultural Távaro. Quizás ese fuera el último gran sacrificio de Kiril por la causa urena. La idea es aterrador, lo sé. Si Kiril estaba dispuesto a sacrificarse para que este hombre siguiera siendo nuestro director, no quiero ni imaginarme lo que han estado haciendo con la información que hemos recopilado durante todos estos años.

Esta vez, junto a los abucheos, sonaron algunas risotadas. Muchos tildaban de loco al tío de Elsa Bisiak y le exigieron que dejara de hacer el payaso con el micrófono, pero también hubo quien pidió que le permitieran acabar.

Yo me fijé en que Danylo le escuchaba con mucha atención. Y su mirada seguía llena de odio.

—Hace unos meses, un ureno se instaló en nuestro barrio. Todos conocéis la historia. Y de los miles de habitantes de Little Tavaría, ¿a quién escogió para preguntarle si estaba a salvo aquí? ¿A quién? Sí, eso es, precisamente a Stefan Malnik. ¡Otra casualidad!

Busqué a mi padre y me pareció que estaba muy tranquilo. De pie, en su sitio. Llevaba ahora un micrófono inalámbrico en la mano. Alguien debía de habérselo conseguido. Comprendí que, si no había intervenido todavía, era porque consideraba que su mejor defensa sería dejar que el otro se descalificara con sus disparates. Por supuesto, yo no estaba tan segura de que fuera la mejor táctica.

—¿Y por qué nos iba a contar ahora quién es su padre? —preguntó alguien.

—Porque no tiene más remedio —respondió el tío de Elsa Bisiak—. Puede que alguien le esté haciendo chantaje o que un periodista ande tras su pista. Y ha preferido adelantarse.

—Unas teorías muy originales, Bisiak, como siempre —la voz de mi padre sonó a través de los altavoces—. Ahora es mi turno de hablar.

—Habla cuanto quieras, Malnik. Yo no me voy a quedar a escucharte. Jamás conseguirás convencerme de que no estoy en lo cierto. Y aunque lo hicieras, no cambiaría nada. Este es el Centro Cultural Távaro. La palabra *távaro* no la pusimos de adorno. Jamás nos habríamos hecho socios de haber sabido que teníamos a un ureno como director. Y no te digo ya si resulta que además es el hijo de Kiril Demjanko.

Sacó su carné de socio y lo lanzó con desdén en dirección a mi padre. Acto seguido, dejó el micrófono con violencia sobre la mesa y se fue de la sala.

El golpe del micrófono, estridente, ensordecedor, fue como una señal. Muchas personas abandonaron el auditorio. De algunas me lo esperaba. De otras, no. Gente que se había sentado a nuestra mesa, gente que había acudido a mi padre a altas horas de la noche en busca de ayuda y siempre la había encontrado, gente que hacía un año había besado las manos de mi padre con lágrimas en los ojos por haber capturado a Kiril.

Por supuesto, también hubo muchos que se quedaron en señal de apoyo. Y aplaudían, puestos en pie. Entre ellos había amigos y familiares, pero también personas que no se llevaban especialmente bien con mi padre.

De pronto, se produjo un revuelo entre mis primos. Descubrí que Danylo se abría paso con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Uno de mis primos trató de retenerle por el brazo, pero él se liberó de un tirón.

Las piernas me flaquearon. No me lo podía creer. No de Danylo. La vista se me nubló. Gruesos lagrimones corrían por mis mejillas. Deseaba salir corriendo de allí, pero las fuerzas no me acompañaban. Y, entonces, en una de las puertas sonaron gritos e insultos. Las lágrimas me lo emborronaban todo. Me sequé los ojos. Alguien entraba de nuevo en la sala, abriéndose paso a empujones. ¡Era Danylo! Arrastraba de la mano a Boris y Lev, dos de mis primos pequeños. Había ido a buscarlos. No había huido de mí. No me odiaba. Boris y Lev debían de haberse sentado con sus amigos y, al ver que ellos se marchaban, los habían seguido sin entender muy bien qué estaba sucediendo. Danylo los condujo con el resto de los primos. A continuación, se abrió paso hasta Laszlo, le apartó y sacó de debajo del asiento a mi hermano. Le hizo ponerse de pie, bien erguido. Entonces me miró. Y lo hizo con evidente orgullo.

Yo rompí a llorar de nuevo, pero esta vez de felicidad.

Capítulo treinta y tres

Dos semanas más tarde, mi padre presentó su dimisión. Y el abuelo Josef la aceptó.

Fueron días de mucho trasiego.

Casi ningún vecino compartía las demenciales teorías del tío de Elsa Bisiak, pero no fueron pocos los que amenazaron con darse de baja del Centro Cultural si mi padre seguía al frente. En eso había acertado: no querían a un ureno de director.

El abuelo Josef se mostró dispuesto a aceptar el envite y aseguró que le traía sin cuidado perder socios. Fue mi padre quien le convenció de que le permitiera abandonar el cargo. El Centro Cultural había sido un importante elemento de cohesión dentro del barrio desde el día de su creación. No quería que ahora se transformara en un foco de tensiones. Y había gente muy válida para sustituirle. Eso sí, el abuelo puso como condición renovar el Comité Ejecutivo al completo. Y, tras muchas discusiones, así se hizo.

Yo me sentía muy culpable.

Mi padre insistía en que no había ninguna diferencia entre que hubiera sido yo y no él quien hizo público que era hijo de Kiril. Desgraciadamente, yo no estaba tan segura. Sospechaba que él hubiera encontrado la mejor forma de contar la verdad y mantenerse al frente del Centro Cultural Távaro. Mi único consuelo era que ya estaba metido de lleno en otro proyecto.

Las imágenes que habíamos grabado de Inha Demjanko eran tan buenas que decidió utilizarlas para hacer un documental sobre las Hienas de Kiril. Era una manera de darles mucha más difusión. Comentó la idea con un amigo que trabajaba en televisión y él le sugirió que contactara con Parvani Levi, una directora de documentales que había ganado numerosos premios en festivales alternativos y que hasta había sido nominada a un Óscar. Tras ver sus documentales, mi padre se convenció de que era la socia ideal. Le mandó un correo electrónico a su productora y ella le contestó en menos de una hora. La historia de que el hombre que había capturado a Kiril era en realidad su hijo biológico estaba en ese momento en todos los periódicos e informativos, y aquella mujer sentía mucha curiosidad por averiguar qué quería Stefan Malnik de ella. Mi padre voló a Los Ángeles dos días más tarde y le mostró las imágenes. La mujer se entusiasmó tanto con el material, que decidió posponer los dos proyectos en los que estaba trabajando para darle prioridad a este.

Otra de mis preocupaciones era mi hermano.

Se había tomado demasiado bien la noticia de que era el nieto de Kiril y la Sabueso, y eso no nos parecía normal. Temíamos que nos estuviera ocultando sus verdaderos sentimientos. Pero los días fueron pasando y él seguía tan tranquilo, haciendo su vida de siempre. Al final tuvimos que aceptar que la realidad era tan sencilla como aparentaba: a mi hermano le traía sin cuidado quiénes eran sus abuelos biológicos. Hasta que llegamos a esa conclusión, toda la familia estuvo muy pendiente de él. Quizás por eso, nadie se preocupó por mí.

Yo era Anna, la hermana fuerte, la que no había dudado en admitir que había robado la dirección del ureno aun sabiendo que me iba a indisponer con todos mis primos. Yo era la que

había filmado a Inha Demjanko con una cámara oculta. Yo era la que se había subido a un escenario para soltar ante más de quinientas personas la bomba de que era la nieta de Kiril. Nadie pensó que yo necesitara ayuda.

Sin embargo, la necesitaba.

Podía aceptar que mis abuelos fueran criminales de guerra; no era fácil, pero lo podía aceptar. Lo que me tenía totalmente desconcertada era que no sabía en qué me había convertido yo. Me había criado y educado en una familia távara, en un barrio távaro. Nunca me había preguntado qué era yo, porque la respuesta era obvia: yo era una chica távara. Al enterarme de que un ureno se había instalado en Little Tavaría tan solo unas semanas atrás, me había indignado de tal forma que había montado una expedición nocturna con mis primos para hacer pintadas en su casa exigiéndole que se marchara. Y en todo momento creí estar haciendo lo correcto. Y de pronto, descubrí que mi propio padre era ureno. Y si él era ureno, ¿qué era yo? ¿Se podía ser mitad távara y mitad urena? ¿O los porcentajes se medían de otra manera? Porque todo el mundo decía que había salido en todo a mi padre, así que quizás fuera un 65% urena y un 35% távara. Aunque lo más perturbador era que no conseguía acomodar mis sentimientos a esa nueva realidad. Yo me sentía la misma de siempre, aun sabiendo que no lo era. Estaba hecha un lío.

Y no encontraba el momento de hablar con mi padre.

Al principio, cuando todos estábamos pendientes de mi hermano, no quise agobiarle con una preocupación más. Y, luego, cuando empezamos a tranquilizarnos respecto a Matja, mi padre ya no paraba por casa porque estaba siempre de viaje con los preparativos del documental. Una de mis tías comentó, no sin malicia, que las ausencias de mi padre no eran todas de índole profesional, insinuando que tenía un romance con Parvani. A mí me daba igual. Lo que necesitaba era encontrarme a solas con él para pedirle consejo.

Capítulo treinta y cuatro

Por fin, un sábado de finales de abril se me presentó la ocasión, y mi padre me entendió perfectamente.

—Te ha confundido averiguar quiénes eran tus abuelos, ¿no? —dijo.

—Un poco, sí.

—Y ahora ya no sabes muy bien quién eres tú.

Así planteado, sonaba ridículo, pero asentí.

—Yo no puedo decirte quién eres, hija, eso tendrás que averiguarlo por ti misma. No obstante, quizás te sirva de ayuda si te digo quién soy yo.

—Eso me ayudaría mucho.

Mi padre sonrió y golpeó con la mano plana sobre el cojín del sofá, a su lado.

—Anda, siéntate aquí conmigo.

Le obedecí.

—Te lo diré en orden de importancia: soy padre, soy viudo, soy un Pekar y soy távaro.

La última afirmación me desconcertó tanto que se me reflejó en la cara, porque mi padre reaccionó enseguida.

—Así que tú tampoco crees que yo pueda ser távaro, ¿eh?

—Bueno, papá, te han echado del Centro Cultural por ureno, ¿no?

—No, hija, me han echado porque algunos socios son unos intolerantes. Lo mismo que ser hijo natural de dos criminales de guerra no me convierte en un criminal de guerra, el que sean urenos no me convierte en ureno. Esas cosas no se transmiten a través de la sangre. El hermano mayor de Mike es de origen etíope. Sus padres le adoptaron a los cuatro años, se lo trajeron a Estados Unidos y le criaron aquí. Tendrías que verlo ahora. Encaja tan bien en el prototipo de americano medio que parece una caricatura. Y yo, aunque a algunas personas les duela, soy távaro. Desde que tengo recuerdos, los Pekar han sido mi familia. Sufrí la guerra como távaro, primero en el campo de refugiados y luego aquí, en el exilio, cuando el barrio todavía era muy peligroso y vivíamos en la miseria. Hablo tureno con acento távaro, me casé y os bauticé según la tradición távara, enterré a vuestra madre en un cementerio távaro. Celebro las fiestas távaras y en esas fiestas canto canciones tradicionales távaras con mi familia, los Pekar, que son todos távaros. Y aunque no ha sido agradable descubrir que mis padres biológicos eran Kiril y la Sabueso, eso no ha cambiado en esencia quién soy. Mis ideales y mi valores siguen siendo los mismos. Mi visión del mundo es la misma. La percepción que tengo de mí mismo es la misma. Soy la misma persona que antes. Y nadie tiene derecho a decidir por mí que soy ureno.

—De alguna manera sí lo han hecho... Tú eras el director del Centro Cultural, papá. Si han conseguido echarme esta vez es únicamente porque ahora dicen que eres un ureno.

Mi padre me volvió a sonreír.

—Que un puñado de fanáticos se empeñe en decir que soy ureno no me convierte en ureno.

Pueden obligarme a dimitir de mi cargo, pero no pueden decidir por mí lo que soy, hija. ¿Lo entiendes?

—Sí...

—Pues hay otra cosa importante que debes saber. No hay una sola forma de ser távaro o de ser ureno. Hay muchas. Y todas son igual de válidas. Cuando era niño, había dos equipos de béisbol en la ciudad: los Green Gloves y los Rockies. La rivalidad entre ambos era enorme y se suponía que, si eras seguidor de un equipo, tenías que odiar al otro a muerte. En casa todos éramos de los Green Gloves, pero yo no odiaba a los Rockies. Tus tíos me acusaban de no ser un verdadero *greenie*, que era como nos llamaban a los seguidores de los Green Gloves. Pero lo era. Y mucho más apasionado que tus tíos. Me sabía de memoria los promedios de bateo de todos los jugadores, los *home run* que habían completado..., para mí eran casi como una segunda familia. Si perdían un partido, me llevaba tal disgusto que me pasaba varios días de mal humor. Pero por muy hinchado que fuera de los Green Gloves nunca odié a los Rockies. Y había un motivo. El hombre que me enseñó todo lo que sé sobre béisbol, con el que aprendí a amar ese deporte, era un vecino, un viejecito encantador. Pasé muchas tardes oyéndole hablar de béisbol y nos hicimos amigos. Él era seguidor de los Rockies. Por eso me alegraba cada vez que su equipo ganaba, porque sabía que esas victorias le hacían feliz a él. Así aprendí que se podía ser hinchado de los Green Gloves sin odiar a los Rockies. Tus tíos siguieron metiéndose conmigo y diciéndome que yo no era un auténtico *greenie*. Su actitud me dolía horrores, pero no consiguieron que odiara a los Rockies. Y si aguanté fue sobre todo porque sentía que, si cedía, traicionaría a mi amigo, y me habría traicionado a mí mismo. Porque, hija, ceder a la presión del grupo y adoptar como propia la opinión de los demás puede ser muy peligroso. Y ahora ya no te estoy hablando de béisbol. La semilla de la guerra de Turenia la plantaron los políticos nacionalistas el día que decidieron que solo había una forma válida de ser távaro o de ser ureno. Ellos definieron las características que debía tener un «buen távaro» y un «buen ureno», y lo hicieron de forma fría y calculada. Necesitaban que toda la gente pensara igual que ellos para poder movilizarla en sus propios intereses. Y como todo nacionalismo, para subsistir, necesita un enemigo a quien culpar de todos los males de la sociedad, impusieron como principal condición para ser «buen távaro» odiar a los urenos, y para ser «buen ureno», odiar a los távaros. Así se creó el clima propicio para que Víctor Skorina se hiciera con el poder en el norte y condujera al país a la guerra. Sin ese clima, la guerra no habría sido posible. Por eso es tan importante resistir y no permitir que nadie nos diga lo que somos o lo que tenemos que ser. Eso solo lo podemos decidir nosotros. Nadie más. Sé que son conceptos complicados. Y si ahora no los entiendes del todo, no te preocupes. Pero, por favor, no dejes que nadie te imponga su criterio sobre un tema tan importante como es tu propia identidad.

—No lo haré.

—Individuos como el tío de Elsa Bisiak pueden parecer ridículos ahora, pero en tiempos de crisis se convierten en hombres peligrosos. Nadie se tomaba en serio a Hitler al principio, muchos se reían de él y decían que era un payaso, y ya ves cómo acabó la cosa. Esos tipos son nuestro enemigo, hija. No lo olvides. No hay que ceder ni un milímetro frente a ellos. Hay que luchar con uñas y dientes.

—Lucharemos, papá. Y la próxima vez no nos dejaremos ganar ya lo verás.

—¿La próxima vez? —me miró desconcertado.

Su reacción hizo que me sintiera un poco violenta. Realmente para mí no había la menor duda de que nos habían vencido. Le habían obligado a dimitir del Centro Cultural. Si eso no era una derrota, ¿qué era?

—¿Lo dices porque me han echado? —preguntó.

—Pues claro...

—No, hija —rio—. Esta batalla no nos la han ganado. De hecho, les hemos pegado una paliza descomunal. Ya te expliqué que mi objetivo al frente del Centro Cultural ha sido siempre luchar para dar a conocer la verdad. Y estoy muy satisfecho con lo que hemos conseguido a lo largo de estos quince años. Aunque sé que queda mucho trabajo por hacer, cuando capturamos a Kiril me di cuenta de que el Centro podría seguir funcionando sin mí y, por primera vez desde que asumí la dirección, sentí que había llegado la hora de iniciar una nueva etapa de mi vida. Pero las circunstancias no acompañaban. En ese momento era poco menos que suicida dejar mi puesto. La mayoría de los miembros del Comité Ejecutivo estaba en nuestra contra y, solo uniendo fuerzas, el abuelo y yo conseguíamos mantenerlos a raya. Dimitir hubiera sido como entregarles el control del Centro en bandeja. Y eso no estaba dispuesto a hacerlo. Encima, no tenía ni idea de a qué dedicarme si dejaba mi trabajo. Aun así, el deseo de cambiar de vida era cada día más apremiante. Empezaba a sentirme atrapado. Y, de pronto, todo se ha solucionado por sí solo y de la mejor manera. Cuando la gente averiguó quiénes eran mis padres biológicos, mi continuidad como director se convirtió en una seria amenaza para el Centro Cultural. Tanto tu abuelo como yo comprendimos que la única opción era que yo dimitiera. Por supuesto el abuelo jugó muy bien sus cartas, y fingió resistirse. Exigió que, si yo caía, se tendría que renovar todo el Comité Ejecutivo. Era la forma más directa de librarnos de nuestros enemigos. Y como ellos llevaban tanto tiempo obcecados con acabar conmigo, no dudaron en sacrificarse. Creyeron que me estaban destruyendo, pero me estaban haciendo el favor de mi vida. El nuevo Comité Ejecutivo es mucho más cercano a nuestras posturas, con lo que mi sustituto podrá hacer su trabajo sin apenas oposición. Y eso me permite dejar el cargo sin remordimientos de conciencia. Y encima todo sucede en el momento en que tengo el proyecto del documental para seguir luchando por la verdad. Mejor no me podría haber salido.

—¿Tanto éxito crees que va a tener el documental?

—Sin la menor duda, hija. La historia que cuenta es increíble. Comercialmente, tiene mucho gancho. Inha Demjanko no se equivocó al describirla como una tragedia griega. Y no hay que olvidar las espléndidas imágenes que grabaste de Inha Demjanko. Su testimonio es demoledor. Muchos távaros y urenos querrán ver el documental solo por eso. Así que sí, estoy convencido de que vamos a tener mucha difusión. Para serte sincero, únicamente me inquietaba una cosa. Cuando Parvani propuso que el documental se estructurara en torno a la investigación que habíamos realizado desde el momento que recibí la carta anónima, e ir intercalando todo lo que yo quería contar sobre las Hienas de Kiril, no tuve nada que objetar. Estaba totalmente de acuerdo con ella. Y aun así sentía que faltaba algo. Pero no sabía qué era. Y, por fin, hace un par de semanas lo descubrí. Comprendí que, por encima de todo, el documental debía tratar sobre la identidad. Tenía que contar cómo me había transformado averiguar quiénes eran mis padres, o mejor dicho, cómo no me había transformado. Era fundamental remarcar que, pese a todo lo que había descubierto, seguía siendo la misma persona: un padre, un viudo, un Pekar y, sí, también un távaro.

—Parece que te lo estás pasando bien con esto. ¿Cuándo nos vas a presentar a Parvani?

—¿A qué viene eso? —noté que se ponía a la defensiva.

—A nada. Solo quiero conocerla.

—Ya has estado escuchando las tonterías que dice tu tía...

—Es imposible no escuchar a la tía, pero no te lo digo por eso. Parece una mujer muy interesante. No haces más que hablar maravillas de ella.

Se me quedó mirando fijamente, como tratando de adivinar si había un poso de ironía en mis palabras. Yo le aguanté la mirada con expresión inocente. Y eso me debió de delatar.

—Anda —dijo entre risas—, vete a ayudar a tus primos a preparar esa fiesta que estáis organizando. No querrás que se vuelvan a enfadar contigo.

—Me voy, me voy...

Acababa de abrir la puerta del apartamento, cuando me llamó.

Al volverme, vi que estaba serio.

—Anna, no tengas prisa por averiguar quién eres, ¿vale? Esas cosas llevan su tiempo.

—No lo haré —le dije.

Capítulo treinta y cinco

Desde esa conversación han sucedido un montón cosas.

De entrada, las tonterías de mi tía han dejado de ser tonterías. Parvani ya es oficialmente la novia de mi padre. La vemos a menudo. Con nosotros es siempre encantadora y dulce, pero se nota que puede ser muy dura y tiene una voluntad de hierro.

El documental avanza bien. Empezarán a rodar en septiembre.

Respecto a mí, todavía no he averiguado quién o qué soy.

En parte, si no tengo respuestas, es porque seguí el consejo de mi padre y me lo tomo con calma. Pero también es porque últimamente tengo otras cosas en la cabeza. Y es que en lo que respecta a Danylo, se han producido novedades. Y si mi historia sobre la búsqueda de la verdadera identidad de Aurora K. os ha aburrido, podéis echarle la culpa a él, porque Danylo, y nadie más que Danylo, es el responsable de que me haya pasado la noche en vela contándoosla.

Pero vayamos por partes.

Mi confesión pública de quiénes eran mis abuelos trajo otra cosa buena: me reconcilié con mis amigas.

Tras las fiestas del Día de la Bandera, Elsa Bisiak se puso a despotricar en mi antiguo colegio contra mí y contra mi padre, y se atrevió a decir que nos tendrían que echar del barrio. Mis amigas lo oyeron y salieron en mi defensa. Se montó una buena bronca. Mis primos y sus amigos también intervinieron. Hubo zarandeos y empujones, y Elsa Bisiak se llevó un puñetazo en la cara. Se lo dio Irena, pero en la confusión nadie la vio, así que se libró de que la expulsaran.

En cuanto me enteré de lo que habían hecho por mí, corrí a darles las gracias. Me recibieron con los brazos abiertos. Fue una de esas tardes de exaltación de la amistad, emotivas y lacrimógenas, que tanto me gustan. Por lo visto, llevaban mucho tiempo deseando perdonarme, pero querían que yo diera el primer paso. Y como no lo daba, interpretaron mi actitud como arrogancia y se volvieron a enfadar. Solo cuando se enteraron de que durante esas semanas había estado investigando con mi padre quiénes eran mis abuelos, comprendieron por qué me había comportado de esa forma.

El reencuentro me hizo tan feliz, que me relajé en exceso. Olvidé que con Irena no hay que bajar nunca la guardia, y pagué la imprudencia. Eso sí, en su descargo he de reconocer que esperó a que estuviéramos solas para tenderme la trampa.

—Yo te perdoné enseguida, ¿sabes? —me dijo mientras caminábamos hacia casa.

—¿En serio?

—Sí, en cuanto comprendí que te gustaba Danylo.

Me lo soltó tan de sopetón que no conseguí disimular.

—Lo sabía —rio.

—Tú... Tú no sabes nada... No sabes lo que dices... Tú eres idiota, tía...

—Dios mío. Mírate. Roja como un tomate y balbuceando. No me imaginaba que estuvieras

tan colada por él. Esto sí que es una noticia bomba.

Me detuve en seco aterrada.

Ella volvió a reír.

—Es una forma de hablar, tonta —me agarró por la muñeca—. No se lo voy a contar a nadie. Pero, en mi opinión, deberías decírselo. Siempre he pensado que hacíais una pareja perfecta. Seguro que le gustas. Si quieres, yo podría tantearle...

—¡No, Irena! Ni se te ocurra.

—¡Eh, eh, tranquila, que solo era una sugerencia!

—Prométeme que no se lo contarás a nadie.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—Ni a Aleksander. Júramelo, Irena.

—Te lo juro...

—Y, si no, que tu alma vague por toda la eternidad por el inframundo.

Irena rio una vez más.

No es que no creyera a Irena capaz de guardar el secreto. Lo era. Si alguien le hacía una confidencia, en general no se la sacabas ni bajo tortura. Lo que me preocupaba era que decidiera que yo no sabía lo que me convenía y actuara por su cuenta.

Danylo volvió dos fines de semana más antes de fin de curso.

El primero, lo pasé fatal. Cada vez que los perdía de vista a él y a Irena, me los imaginaba encerrados en una habitación hablando sobre lo enamorada que estaba de él, y me entraban sudores fríos. Pero no fueron más que paranoias.

Irena mantuvo su palabra.

El segundo fin de semana, me relajé; todo parecía ir bien. Cuando acompañamos a Danylo a la estación, el domingo por la tarde, estaba segura de que Irena no me la había jugado. Error. Ya os he dicho que con Irena nunca puedes bajar la guardia. Al entrar en el andén, Danylo se detuvo frente a una máquina de refrescos y me preguntó si tenía suelto. Fui a sacar unas monedas del bolsillo de mi tejano, cuando él me sujetó por el codo y, de pronto, me encontré con la espalda apoyada contra un lateral de la máquina de refrescos, fuera de la vista de mis primos, y con Danylo cortándome el paso. Me miraba a los ojos con aire divertido.

—No te vas a creer lo que me ha contado Irena... —me dijo.

Yo palidecí.

—Dice que estás loca por mí. Qué ocurrencia más absurda, ¿eh?

La cara me ardía. Él se comportaba como si aquella situación le resultara de lo más cómica. Creí que iba a soltar una carcajada de un momento al otro. Entonces, se adelantó hacia mí y noté que su mano me rozaba la cintura, así que pensé que me iba a besar y entorné los ojos, temblando. Pero no me besó. Acercó su boca a mi oído.

—Vuelvo en dos semanas —dijo—. Dos semanas.

Y de pronto, había desaparecido.

Cuando me recompuse y salí de detrás de la máquina de refrescos, Danylo ya se había subido al tren y mis primos me esperaban para regresar a casa. Yo estaba completamente aturdida. No acababa de entender qué había pasado. Que Danylo volvía dentro de dos semanas ya lo sabía. El curso se acababa y él ya no tendría que regresar a la escuela militar. El director del centro le había dicho al tío que, si fuera por él, se quedaría encantado un año más con Danylo, porque era una buena influencia para el resto de los alumnos, pero que esa escuela no era el sitio adecuado

para él. Así que, en septiembre, el tío le iba a matricular de nuevo en el colegio del barrio, con los primos. O sea, que sí, Danylo volvía dentro de dos semanas. Y volvía para quedarse. Eso estaba claro. ¿Pero qué me había querido decir a mí con eso?

Tal como yo lo veía, el que Irena hubiera ido a contarle que yo estaba loca por él era como si yo me hubiera declarado en persona. Así que Danylo tenía dos posibilidades: decirme que él también estaba enamorado de mí y besarme ahí mismo, contra la máquina de refrescos; o decirme que lo sentía y que no me correspondía. Si mucho me apuras, ya que tenía que subir al tren, habría entendido que me dijera que ya hablaríamos con calma cuando volviera de la escuela militar. Habría sido una forma más sutil de anunciarme que yo no le gustaba. Lo que en ningún caso era una opción válida era que me soltara eso de que volvía en dos semanas con la cara de quien está a punto de contarte un chiste buenísimo. Le odié. Necesitaba que me lo aclarara.

Si no conseguía hablar con él antes de que entrara en la escuela militar y le quitaran el móvil, me iba a volver loca. Por supuesto, no quería llamarle delante de los primos, así que esperé a llegar a casa. Todavía tenía margen.

Me encerré en mi habitación y fue entonces, al sacar mi teléfono del bolsillo de la cazadora, cuando se me cayó un papelito doblado en cuatro al suelo. Tardé unos instantes en comprender cómo había llegado allí. Danylo me lo había deslizado disimuladamente mientras me retenía contra la máquina de refrescos. Lo recogí del suelo y lo desplegué con manos temblorosas. Y entonces entendí por qué le costaba contener la risa. Y yo también reí. Rompí a reír como una loca. Y los ojos se me llenaron de lágrimas. Porque en el papel había dibujado dos cisnes que formaban un corazón con sus cuellos. Le adoraba. Solo Danylo era capaz de declarar su amor con un dibujo así y conseguir que no resultara cursi.

Bueno, eso es todo.

Ahora os tengo que dejar. He de levantarme. Son casi las nueve. Hace un rato que oigo a mi padre trastear por la casa. Y huele maravillosamente a café. Voy a necesitar un tazón enorme para ponerme en funcionamiento. Luego, me daré una ducha, me vestiré, bajaré a buscar a los primos e iremos dando un paseo hasta la estación a recoger a Danylo. Su tren llega a las doce. De ahí iremos todos juntos a saludar a los abuelos. Los tíos han organizado una comida con toda la familia en el apartamento de invitados para darle la bienvenida a Danylo. Y después, bueno, pues ya veremos...

Por delante tenemos un verano maravilloso, lleno de posibilidades y todo nuestro.

AGRADECIMIENTOS

A Nacho Casanova y María Pilar Martín por su historia de «la Giganta», el chispazo que puso en marcha el mecanismo que dio vida a *La tumba de Aurora K*.

A mi mujer, Aliénor, por prestarse a discutir cada pormenor de la novela y por sus siempre acertadas e inclementes críticas.

A mi hermana, Bebe, que vela por mí como un espíritu benigno desde que inicié mi andadura en el mundo de la literatura infantil y juvenil.

A mi padre, José María Riera de Leyva, que me enseñó a amar la literatura.

A aquellos que con sus opiniones y comentarios han ayudado a mejorar esta novela: Valle López Tello, Rafael Díaz, Daniel Azancot, Andrea García, Rosa Martí, Carlos Riera y Mar Montaner.

A mi madre, Alejandra de Habsburgo, y a todos los que, como ella, siempre me han apoyado de forma incondicional: Laura Riera, Blanca Riera, Violeta Montaner, Mireia Mateu, Baldo Montaner, Nathalie Bréaud, Anna Giménez, Inmaculada de Habsburgo, Sara Prieto, Víctor Martí, José Luis Martí, Marga Durá, Jorge de Cominges, Jordi Cervera, Hélène Martínez, Sergi Puertas, Alber Vázquez, María Jesús Gil, Álvaro Colomer, Juan Gabriel López, Andrés Salvarezza, Laura Pérez Vernetti, Massimiliano Scognamillo, Montse Mompó, Victoria Bermejo, María Eugenia Pujalá, Vicky Rosés, Sol Brown, Cristina Aliagas, Lejla Hadzimesic, Otto Barnert, Séverine Aupert, Apapi, Sabrina Berberovic, Carmeta, Javier Marroquín, Alejandro Rodríguez, Eva Torres, Gema Redondo, Paloma Madrigal, Nuria González-Sáenz, Pedro Surja, Manuel Lorenzo, Robert Majure, Ilham Majure, Félix Sabaté, Verónica Blasco, Toni Marmota, Lou Garx, Juan Carlos Chandro, Carlos Ortín, Rosa Alberó...

A mi agente, Sandra Bruna.

A Reina Duarte, la editora con la que siempre había soñado, a Marta Muntada, y a todo el equipo editorial de Edebé.